



José Ovejero  
Insurrección



# **INSURRECCIÓN**

**JOSÉ OVEJERO**

JOSÉ OVEJERO

# Insurrección

Galaxia Gutenberg



© Isabel Wageman

## **JOSÉ OVEJERO**

(Madrid, 1958), ha vivido la mayor parte del tiempo fuera de España, principalmente en Alemania y en Bélgica, y ha escrito poesía, ensayo, libros de viajes, cuentos y novelas. En todos esos ámbitos su obra ha merecido premios como el Ciudad de Irún de poesía 1993 por *Biografía del explorador*; el premio Grandes Viajeros 1998 por *China para hipocondríacos*; el premio Primavera de novela 2005 por *Las vidas ajenas*; el premio Gómez de la Serna 2010 por *La comedia salvaje*; el premio Anagrama de ensayo 2012 por *La ética de la crueldad*, y el premio Alfaguara de novela 2013 por *La invención del amor*. José Ovejero no deja de indagar nuevos territorios narrativos, como por ejemplo con la novela *Los ángeles feroces*, publicada en Galaxia Gutenberg en 2015, o *La seducción*, publicada en el mismo sello en 2017.

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© José Ovejero, 2019  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019  
Imagen de portada: © Beatriz Mencos

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-17971-06-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

# 1

Aitor no podía recordar ningún acontecimiento en su vida que le hubiese afectado tanto como la desaparición de su hija. Aunque Ana se había marchado de casa voluntariamente y después de anunciar varias veces su propósito, más bien, de amenazar con él, Aitor sentía la angustia de quien ha perdido a alguien muy querido en un accidente o una catástrofe. Que él nunca hubiese deseado tener hijos no hacía menor la desolación.

Había supuesto que los tendría, no tanto por voluntad propia como porque le parecía la consecuencia lógica de lo que se le antojaba el resultado más probable de su deseo de vivir con una mujer. De adolescente sí había soñado con una vida intensa y sin ataduras, una vida nómada en la que podría ir decidiendo sobre la marcha los lugares y las personas que lo rodearían, también la duración de sus relaciones, pero muy pronto se dio cuenta de que lo que él necesitaba era una mujer sosegada y afectuosa, que le ayudase a apaciguar una inquietud que, aunque no salía casi nunca al exterior, le mantenía con una premonición de desastre inminente, una amenaza para la que tenía que estar preparado. Esa mujer sin duda querría tener hijos -sospechaba que las mujeres sosegadas y afectuosas tienden a aspirar a una familia- y él lo aceptaría, como aceptaría comprar una casa, firmar una hipoteca, tener un empleo estable y visitar a los padres de ella algunos fines de semana y desde luego en Navidades. Esa perspectiva le parecía ligeramente engorrosa pero no muy preocupante, como estar obligado a hacer la compra o a lavar el coche, tareas que no son divertidas pero tampoco tan desagradables como para amargarte el día, rutinas, sucesiones previsibles de actividades que servirían para tranquilizarlo y darle una estructura con la que aliviar sus temores. Pero de haberle preguntado si él, independientemente de los deseos de otros, él, desearía tener hijos, habría contestado sonriendo que le gustaría mucho tener

un perro. Un perro, pensaba, le habría bastado para desactivar el desasosiego que producía zumbidos en su interior.

Es probable que su desapego hacia los niños tuviese que ver con que cuando él lo era, Antón, su padre, un ingeniero dedicado a la construcción de pozos petroleros, pasaba largas temporadas fuera de casa y del país, por lo que su relación con él fue como la que podría haber tenido con un pariente lejano, y con que Maika, su madre, tampoco fue muy dada a las efusiones afectivas. No es que lo maltratase o descuidase, pero se limitaba a cumplir sus obligaciones como quien realiza un trabajo imprescindible, poco placentero aunque no muy molesto, igual, también, que lavar el coche o hacer la compra. Ella habría preferido tener una niña. Más bien, estaba absolutamente convencida de que era una niña la que crecía en su vientre y sin embargo veinticuatro horas antes del parto todavía no había decidido cómo se iba a llamar, decisión que iba a tomar sola porque su marido llevaba tres meses trabajando a cien kilómetros de la costa Noruega y nunca encontraron ocasión de discutir el tema.

Aitor tuvo suerte de no nacer niña.

Si su madre no había decidido el nombre se debía a que aborrecía todo lo que sonase a tanto a vasco a español. El padre de Maika había sido un alcohólico que maltrataba a su mujer con la misma saña con la que defendía la independencia del País Vasco y consideraba afeminados y ateos a todos los españoles sin excepción, y Maika no recordaba ya si los meses que el padre pasó en la cárcel fueron consecuencia de una de las palizas que pegó a la madre o de sus actividades políticas en el círculo aranista al que pertenecía. Maika se llamaba en realidad María del Carmen, pero el padre prohibió que se la llamase así e impuso esa contracción más arraigada, como él decía, en la patria vasca. La hija, aunque despreciaba los discursos del padre sobre la superioridad de los vizcaínos -muy por encima de los guipuzcoanos y, por supuesto, de los alaveses-, no supo desprenderse de su aborrecimiento por los españoles, como tampoco consiguió, una vez instalada en Madrid, volver a llamarse María del Carmen o, al menos, Mari Carmen o Carmen a secas; aunque se presentó así a sus nuevos conocidos, la costumbre, o un orgullo que le resultaba tan difícil explicar como aceptar, la llevó al poco tiempo a volver al nombre de su infancia y su juventud. Así que no se decidía por un nombre habitual en ninguna de esas dos tradiciones que la incomodaban como unos

zapatos demasiado pequeños y había coqueteado con la posibilidad de poner a su hija un nombre indígena americano, como Pocahontas o Malinche, pero una información radiofónica cambió sus preferencias. Aitor iba a nacer el 6 de agosto de 1970, en un parto inducido porque el embarazo se encaminaba a las cuarenta y dos semanas de duración, y desde la cama del hospital Maika oyó en la radio de su vecina de habitación que se conmemoraban los veinticinco años de la bomba de Hiroshima y, quizá algo confundida por los dolores, por la soledad (nadie de la familia estaba con ella en esos momentos) y después por los efectos de la anestesia necesaria para la cesárea, decidió que su hija se llamaría Hiroshima. Le parecía un nombre sonoro, exótico y original a la vez, adecuado para la persona excepcional en la que se convertiría su hija. Cuando le mostraron lo que evidentemente era un varón, ella al principio insistió en haber parido una niña, pero tuvo que aceptar si no las afirmaciones del cirujano y las enfermeras, sí la evidencia de aquel pene de un tamaño que a ella le pareció exagerado para un niño tan pequeño, y cuando horas más tarde una mujer en bata blanca le preguntó cómo se iba a llamar el recién nacido, ella no supo qué responder. ¿Cómo se llama su padre?, quiso ayudar la médica o enfermera. Aitor, respondió Maika, dando el nombre de su propio padre, quizá porque se le trabó la lengua debido a la cercanía fonética con el nombre de su marido, pero, aunque luego habría podido corregir el malentendido o elegir un nombre distinto, la indiferencia y el cansancio la llevaron a dejar las cosas como estaban, por lo que el niño acabó con nombre vasco y apellido castellano, Aitor Sánchez.

Una de las pocas veces que Maika habló a su hijo del embarazo y del parto, él todavía era pequeño, le contó entre carcajadas que en realidad se iba a llamar Hiroshima, en honor de la ciudad arrasada por la bomba atómica. A él le entraron unas ganas inexplicables de llorar y no habría sabido decir si por la hilaridad tan poco habitual en la madre o porque le dolía que no lo hubiese querido a él, precisamente a él, en lugar de a una niña o a un niño cualquiera. Consiguió preguntarle por qué estaba convencida de que iba a tener una niña y ella, después de pensarlo un poco, dijo que había sido un embarazo muy sencillo, casi sin náuseas, y nunca le había dado patadas y apenas se movía, de forma que a menudo ni notaba su presencia, como si el cuerpo del feto no rozase jamás las paredes del útero. Los chicos te patean ya antes de salir de tu cuerpo, aclaró, aunque no tenía motivos para saberlo. Aitor

se imaginaba dentro de su madre como un astronauta flotando y girando sobre sí mismo en el espacio, lentamente, unido a la nave tan sólo por un cable que le impedía perderse para siempre en la negrura que lo rodeaba.

Aitor no tuvo hermanos: su padre decidió quedarse en Brasil, donde llevaba varios meses trabajando para Petrobras en la extracción de petróleo a orillas del Amazonas (envió un par de fotografías de la selva y otra de un tapir muerto al que faltaba una pata), y pidió el divorcio por poderes, que Maika aceptó sin resistencia. La última vez que Aitor vio a su padre fue en una foto de *El País*, que ilustraba un artículo sobre un proceso abierto a Chevron en 2003 por un vertido de petróleo en el Parque Nacional Yasuní, de Ecuador. Su padre sonreía entre los acusados; aparentaba más años de los que podía tener, con unos pocos pelos pegados de lado a lado de una calva reluciente bajo los flashes, una chaqueta de mangas demasiado cortas y gruesas gafas de catedrático de alguna lengua muerta. A pesar de la sonrisa tenía un aire perdido, indeciso, incómodo, y la corbata suelta y el cuello de la camisa desabrochado un botón daban la impresión de que acababan de sacarlo de una fiesta en la que había bebido demasiado para llevarlo al juicio. Aitor no enseñó la fotografía a su mujer y tampoco preguntó a Maika si la había visto.

Su madre no se casó de nuevo ni tuvo, que Aitor supiese, relaciones duraderas con otros hombres. Se suicidó el mismo día que Aitor cumplió veintinueve años, unos minutos después de llamar para felicitarlo y de decirle que se le había olvidado comprarle un regalo.

Así que quizá por no contar con un modelo atractivo para relacionarse con niños, Aitor nunca deseó tenerlos, pero tampoco vivió una experiencia tan conflictiva como para oponerse decididamente a ello. No estaban en su programa, aunque acabarían llegando, como las arrugas o, si heredaba esa característica de su padre, la alopecia. Por eso le sorprendió tanto la fuerza de su vínculo con Ana y que la niña, desde nada más nacer, se convirtiese en el centro de su vida, más que su mujer, Isabel, y desde luego más que Luis, el otro niño que tuvieron cuatro años antes que a Ana, con quien cultivó la relación de amable indiferencia que había caracterizado la de Maika con él. Así que a pesar de todas las dificultades, las discusiones, los insultos, las peleas y los problemas en los que se había ido metiendo Ana desde antes de que se la pudiese siquiera clasificar como adolescente, a Aitor su partida le dejó literalmente sin aliento, con dificultades para respirar debido a la

angustia que le asaltaba en los momentos más inesperados, mientras comía, al despertarse en la noche, también durante el trabajo en la radio, incluso en medio de su programa. Entonces tenía que detener lo que estuviese haciendo y concentrarse tan sólo en respirar, con miedo a perder el conocimiento, y había sido una suerte que, cuando el ataque le dio mientras realizaba la emisión, lo hiciese durante una pausa publicitaria.

Porque esa vez no era como otras. Esa vez Ana no se marchó en medio de un cabreo para volver dos días después, con un nuevo tatuaje o un nuevo piercing, como las muescas en el revólver de un cazarrecompensas o las cabelleras en el cinturón de un piel roja, testimonios de otra aventura y de un grado más en el endurecimiento de su corazón y en su elección de una vida salvaje, sin ley. Ya ni quedaba el consuelo de verla regresar más fría, más distante, más despreciativa que poco antes de marcharse. Ana no iba a volver, a no ser que le sucediese una auténtica catástrofe, y él no sabía si temer la desgracia o desearla.

¿Has visto a tu hermana?

¿Otra vez? Ya me preguntaste ayer por la mañana, y anteayer. Y el otro.

Pero podrías haberla visto después. ¿Qué estás desayunando?

Cereales.

Eso es una porquería, hijo. Tienen un montón de azúcar.

Los como porque me gustan. No espero que sean sanos. Nada de lo que comemos es sano.

Desayuna fruta.

Tiene pesticidas.

¿De verdad que no has visto a tu hermana?

Te lo juro.

Luis, es importante.

Ya lo sé, papá. Me lo recuerdas todos los días.

Y si no fuese por ti no estaría en esa mierda.

Joder.

Sí, eso, joder. ¿No tienes que ir a clase?

Y tú, ¿no tienes que ir a trabajar?

Tampoco te ha llamado, supongo.

No me ha llamado. Y su número está desconectado.

¿Tu madre?

¿Qué le pasa a mamá?

Nada. Que a lo mejor ha hablado con ella.

Pregúntale.

No sé qué hacer. Sí, no me lo digas, estoy muy pesado, pero es que no sé qué hacer. Son ya más de diez días.

Estará bien. Anita sabe buscarse la vida.

Es una menor. A lo mejor no te das cuenta, pero tu hermana es una menor. Podría obligarla a vivir con nosotros.

En teoría sí. Pero ya sabes lo que iba a durar.

Entonces, ¿tu madre...?

Hablo con ella tan poco como tú. No sé siquiera si está en Madrid.

Tengo que irme.

Vale.

Si llama...

Que sí.

Tu hermana se ha vuelto loca. Porque no es normal lo que hace.

Ella diría que tampoco es normal cómo vives tú.

Tengo un trabajo, mantengo a mis hijos.

Eres un esbirro del capital. Quiero decir que es lo que diría ella. Que trabajas para una emisora al servicio del capital.

Soy periodista. Tengo que trabajar para algún medio y no puedo elegir para cuál. ¿O se cree que puedo elegir, que digo quiero trabajar aquí o allí y no necesito más? Encantados, señor Sánchez, empiece cuando quiera, ¿qué despacho desea?

Ella dice que siempre se puede elegir. Pero que nos da miedo hacerlo.

O sea, que sí has hablado con tu hermana.

Vete a trabajar, anda.

Es que me la imagino pegando tiros o atentando contra un político. Y no me digas que exagero. Por Dios, tiene diecisiete años y ya ha estado acusada de terrorismo.

No ha estado acusada de nada. La detuvieron y la soltaron. No había la menor prueba.

Lo que no significa que no fuese culpable. Una bomba en una papelera. Hay que ser gilipollas.

Era sólo un petardo. Un poco de ruido y de humo. No hirieron a nadie.

Pero podían haberlo hecho. Y el petardo estaba frente a una comisaría.

No se demostró que fuese ella. Es sólo que se encontraba cerca, nada más.

¿Por qué la defiendes todo el rato?

Estoy intentando tranquilizarte. Pero ya veo que da igual.

Tengo que irme.

Que sí.

Llegaré tarde, hoy tenemos reunión después del programa. Pero ya sabes cómo localizarme. Anda, desayuna otra cosa.

¿Por qué no te vas de una vez, papá?

Bueno. Dame un beso.

¿Cómo?

Nada, está bien. Me voy. Voy a coger el metro, lo digo por si quieres usar el coche. Avisa si llegas tarde.

Papá, en serio, ¿qué te pasa? Hace años que no aviso si llego tarde. Hace años que no nos damos besos.

Ya. Tampoco pasa nada porque un hijo dé un beso a su padre. Nos vemos luego. O no. De verdad que tu hermana me va a volver loco. Todo el día con esa gentuza. Y no quiero ni imaginar con quién duerme. O con quiénes.

Adiós, papá.

Adiós, hijo. ¿Sabes cómo tengo de alta la tensión? Me la medí ayer. A los cuarenta y siete tengo la tensión de un anciano.

Adiós, papá.

Y tu madre vendiendo bolsos por ahí. Como si le diese todo igual. Le da igual, probablemente. Sí, sí, hasta luego. Qué mierda es todo.

Yo podría vivir bien, te dices nada más cerrar la puerta. Yo podría tener una vida tranquila. Sentarme en un sillón al llegar a casa de vuelta al trabajo. Quedarme un rato sentado sin hacer nada porque ya está todo hecho. Leer un libro mientras bebo una cerveza. Levantar la cabeza y sonreír cuando mi hija llega a casa, esperar, aún con media sonrisa en los labios, a que se acerque y me dé un beso en la mejilla. ¿Cómo estás, papá? Conversar con ella,

preguntarle cómo le ha ido en el instituto. Escuchar sus historias sobre ese profesor tan aburrido o sobre ese compañero que le gusta pero no le hace caso (o de lo que sea que hablan hoy los adolescentes, porque tengo dos hijos pero no sé qué les interesa a esa edad). Leer otro rato. Olvidarme de lo que estoy leyendo porque pienso en esto y aquello, en cosas sin importancia que, en realidad, no me preocupan. Dejarme llevar por esa película sin argumento, la sucesión de escenas poco significativas de recuerdos y fantasías. De pronto caer en que se ha hecho tarde. Levantarme del sillón, abrir la puerta del frigorífico y dudar si hacerme una tortilla o un bocadillo. Darme la vuelta y encontrarme con mi hija en pijama. ¿Te vas ya a acostar? Estoy cansada y mañana tengo examen de Sociales. Darle un beso de buenas noches, me voy a dormir, papá; que descanses, cariño. Cenar de pie, apoyado en la encimera, aún sin pensar en nada concreto. Cepillarme los dientes mientras tarareo una canción tonta. Meterme en la cama con una sonrisa satisfecha. Apagar la luz. Dormirme. No tener sueños. Eso es importante: no tener sueños. Porque la felicidad, digan lo que digan, consiste precisamente en eso: no tener sueños.

Y ahora te sobresaltas al abrirse la puerta del ascensor interrumpiendo tus divagaciones y te quedas un momento dudando, como quien despierta y no sabe si está en su dormitorio o en un cuarto desconocido. Ibas a salir a la calle pero has pulsado el botón equivocado y estás asomado al garaje, a sus luces blancas y a sus rincones oscuros, a su olor a gasolina y a goma y a polvo húmedo, vacío aunque a esas horas la mitad de los habitantes del edificio debería estar saliendo hacia su trabajo. Inicias el ademán de pulsar el botón para subir al bajo e ir caminando o en metro a la emisora, como te habías propuesto, pero al final siempre te pasa lo mismo, que, a pesar de los buenos propósitos de caminar y usar transporte público (por el medio ambiente, por la salud, por el ahorro, etc.) acabas cogiendo el coche. Incluso, con la otra mano, la que no señala el botón del bajo, ya has sacado las llaves del bolsillo y ni siquiera te has dado cuenta. De todas formas, el chico preferirá la moto al coche, o al menos eso esperas, pero sonrías al imaginarlo delante de la plaza de garaje vacía, sacudiendo la cabeza y pensando qué mal está el viejo.

No hay niebla, claro, en el mes de junio, pero la contaminación o tus ojos quizá húmedos convierten las calles en fotografías borrosas o tan antiguas que los contornos se disuelven; tienes la vaga sensación de estar adentrándote en una imagen recordada, en un espacio a punto de desvanecerse. En alguna de

esas calles, quizá en uno de los edificios entre los que avanza tu BMW, residuo de los buenos tiempos, precio embarrancado que aún conservas porque está ya tan viejo, no sólo por las abolladuras y arañazos, también por los ruidos del motor como de piezas sueltas, que apenas sacarías dos o tres mil euros por él si lo vendieses, en uno de esos pisos podría estar Ana y por eso a veces inspeccionas sus terrazas y sus ventanas como si la buscaras, e incluso metes la cabeza entre los hombros para poder barrer con la vista también los pisos superiores. Te la imaginas durmiendo, sola, por favor, que esté durmiendo sola, con el pelo lleno de trasquilones y un hilo de saliva resbalando por la comisura de los labios. Tiene los puños cerrados, siempre dormía con los puños cerrados, con un gesto que a ti te conmovía porque te parecía que preservaba a la niña que todavía era: había en Ana aún residuos de bebé, un recuerdo de cuando te sentabas a su lado mientras dormía, ¿hasta qué edad lo hiciste, hasta que tenía doce años, trece?, y no es que no te hubiese gustado años después seguir sentándote a su lado, de madrugada, mientras no sólo Ana dormía, también tu mujer y tu hijo, porque siempre guardaste esos hábitos no del niño, del adolescente que fuiste aunque te cueste creerlo, trasnochar, deambular por la casa en silencio, asomarte a las calles vacías y quedarte así muchos minutos, viendo la oscuridad falsa de la ciudad, mirando las ventanas de los vecinos e imaginando sus vidas, siempre en las nubes, te decía tu madre cuando te encontraba delante de la ventana o sentado en el sofá sin hacer nada, porque para ella eso era no hacer nada, y te llamaba romántico y te preguntaba si estabas pensando en alguna chica, única explicación que encontraba a la inactividad aquella mujer hiperactiva en sus fases de euforia, que entonces se mordía las uñas y había ido desarrollando tics, como alisarse la falda una y otra vez, o dar golpecitos con el índice en la esfera del reloj -señalando quizá la cercanía de una cita en la que se decidiría el futuro, algún futuro-, pero tú sencillamente te asomabas a la ventana o a tus fantasías porque intuías que la vida estaba en otro sitio, no justo allí donde te encontrabas, siempre un lugar estrecho y sin alicientes, no, la vida no era eso, sino lo que ocurría en casa de los vecinos, con sus dramas y pasiones que esperabas que un día fuesen los tuyos, sin saber entonces que los dramas y las pasiones a menudo no son tan excitantes para quien los vive sino una carga y una fuente de miedos y aprensiones, un peso que a algunos los obliga a asomarse a sus ventanas e imaginar vidas tranquilas, quizá parecidas a la tuya, pero tú eso ni siquiera podías intuirlo y no te acostabas hasta muy tarde, cuando te caías casi

literalmente de sueño, porque no podías aceptar que el día hubiese terminado sin que ocurriera nada memorable, ningún acontecimiento que te abriera de repente la puerta a una vida distinta, más bien, estabas convencido de que un día el distinto serías tú, y por eso no te ibas a dormir, para fantasear y no resignarte a seguir siendo noche tras noche el mismo en el mismo sitio, y se te quedó esa costumbre, también cuando te casaste, y a tu mujer le molestaba como una infidelidad que, aunque os fueseis juntos a la cama, también aunque hubieseis hecho el amor, luego te levantaras y te quedases a veces durante horas en el salón a oscuras, mirando esa calle que era otra y a un tiempo la misma que mirabas de joven, así que fue natural que te ocupases de Ana por las noches, no de Luis, porque tu mujer con el primero aún se sentía obligada a ser la responsable de cambiar pañales, dar biberones, poner el termómetro, pasear al bebé por la casa hasta que se dormía, pero con Ana te cedió el espacio, si de todas formas no duermes, decía, así que con ella sí eras tú quien daba biberones por la noche y cambiaba pañales y acunaba y, más tarde, quien apaciguaba terrores nocturnos tumbándote a su lado hasta que se dormía otra vez, y ni siquiera te importaba leerle o contarle historias si despertaba de madrugada y tú aún estabas con ella, porque en la falta de sueño salió a ti, y la entretenías, os entreteníais, con lo que le leías o inventabas en ese momento para ella, y aún te hace sonreír que, si te sorprendía dudando de cómo seguir, te preguntaba, pero ¿eso es verdad o te lo estás inventando?, y tú respondías, todo lo que te cuento es verdad, un rito ya entre vosotros, aunque sospechas que no te creía, pero necesitaba de todas formas asegurarse de que tu respuesta era sólida, convincente, tranquilizadora, como todos los ritos, y no sabrías decir con exactitud hasta qué edad de Ana seguiste acompañándola por la noche en sus insomnios o también mientras dormía -de alguna manera estar a su lado te hacía sentir que ella percibía tu presencia y le daba el reposo que a ti te faltaba-, pero sería alrededor de sus once años, o doce, la misma época en la que dejaste de bañarla o acompañarla mientras se bañaba, la misma en la que ya no la ayudabas a vestirse -y la ayudaste por mucho más tiempo de lo que habría sido necesario- y procurabas no mirarla con el arrobo de antes, y fingir que no notabas los cambios en su cuerpo, aunque te incomodaban las transformaciones en sus pechos y en sus caderas, y es verdad que no te excitaban pero sí te hacían sentir culpable, porque las rechazabas, no querías que tu hija cambiase, que te abandonase aún apegado a su infancia, y también quizá porque descubrías en ella un azoramiento cuando la encontrabas sin o

con poca ropa o coincidíais en el baño, o, por un reflejo antiguo, te tumbabas un momento a su lado, o ella se sentaba en tus rodillas y jugaba a darte montones de besos, quizá ella también luchando para no darse cuenta de que vuestra relación estaba cambiando, empeñada en seguir siendo para ti la niña, haciéndote el favor que ese cuerpo desmentía hasta que ya no fue posible ignorarlo y se acabaron los besos y los cuentos y ayudarla a vestirse, y ya tocabas siempre a su puerta y esperabas el permiso para abrirla, o ni siquiera, entreabrirla, ¿vienes a cenar?, ¿estás bien?, y más tarde hasta empezaste a sentirte un intruso con tan sólo asomar la cabeza a su dormitorio y ella, porque no era sólo una sensación tuya, a suspirar fastidiada cada vez que la interrumpías -interrumpirla, ¿qué estaba haciendo que era tan importante?- o importunabas, así que dejaste de verla dormir, aunque no es del todo cierto porque alguna vez, de madrugada, muy despacio, giraste el picaporte con miedo a que te oyese, o a que te oyese tu mujer, porque cómo ibas a explicar para qué abrías la puerta del dormitorio de tu hija a esas horas, sobre todo teniendo en cuenta que ya hacía tiempo que tu mujer miraba con desconfianza tu ternura hacia Ana, ya es mayorcita para vestirse sola, decía si te descubriría poniéndole un jersey, y cuando aún dabas a tu hija la crema solar lo hacías sin levantar la vista para no encontrarte con el gesto de recelo y que no te hiciese sentir culpable, no porque lo fueses, porque de verdad tú en la niña seguías viendo a la niña, pero igual que te sientes culpable ante un policía que examina tus papeles aunque estén en regla o, si estás frente a una mujer que te gusta y te fuerzas a no mirarle los pechos de todas maneras eres consciente de estar forzándote y sospechas que ella lo sospecha, así que te quedabas unos segundos escuchando en la oscuridad y sólo entonces, cuando no oías crujidos de la cama ni pasos ni te llegaba el resplandor de la luz de la mesilla de vuestro dormitorio, asomabas muy despacio la cabeza al de Ana, que es por lo que sabes que de adolescente también dormía con los puños cerrados, como estará haciendo ahora, en esa habitación de ese piso que no sabes dónde se encuentra, pero de todas formas la imaginas en él, difuminada como si la niebla inventada de la calle entrara en su cuarto, envolviera los objetos, se desparramara por el suelo, como si la propia habitación fuese parte de lo que está soñando Ana, un mundo deshilachado y a punto de desvanecerse, y querías imaginarla con todo detalle pero te pasa como con los recuerdos, que también están envueltos en niebla, que cuanto más intentas visualizarlos con precisión más consciente eres de cuántos rasgos son imposibles de reconstruir,

y entonces enciendes el móvil con el botón del volante, llamas al de Ana y escuchas mientras haces un giro a la derecha «el número que ha marcado está apagado o fuera de servicio. Inténtelo más tarde», y entonces dudas, avanzas aún cien o doscientos metros, pero te decides por fin y pruebas con el de Isabel.

Hola, Aitor.

Hola. ¿Dónde estás?

Hay un silencio tras la pregunta, que se alarga lo que tardas en rodear la Plaza de Cibeles para subir por Gran Vía, también mientras esquivas la moto que ha aparecido delante del morro del BMW y frenas de golpe, y aún no has añadido nada cuando el motorista da un puñetazo enguantado sobre el capó y tú miras hacia lo alto, hacia el cielo, porque te parece que el motorista está señalando algo allí arriba, sin volverse, y tardas un par de segundos en darte cuenta de que no es el índice el dedo que ha desplegado en vertical.

Quiero decir, si estás en Madrid.

Sí, pero me voy mañana otra vez.

No paras.

Otro silencio. Da igual lo que digas y en qué tono lo digas, incluso aunque te esfuerces en sonar jovial, despreocupado, tanto que hasta a través del móvil podría intuirse la sonrisa con la que adornas tus palabras, de todas formas suenan a recriminación o juicio. Te las repites ahora en el paréntesis que forma su silencio, como creando un eco mental que te resulta fácil producir, y a pesar de todo también a ti te suenan a reproche, porque esa pregunta tan simple, dónde estás, parece implicar otras preguntas que no has hecho ni pensado en hacer, no sólo dónde estás, también con quién, y por qué no llamas, al menos para hablar de Ana, pero parece que no te importa nuestra hija, todo te da igual... Oyes el suspiro de Isabel y como ya estás convencido de que no va a responder a tu pregunta, porque hacerlo sería obligarse a dar explicaciones, y ella no está obligada a absolutamente nada, te lo ha dicho varias veces, que ella ya ha hecho todo lo que podía, y que tenía derecho a vivir sin arrastrarte a ti, ese fantasma quejumbroso, a todas partes en su nueva vida, no, no va a responder más que con ese suspiro cansino, así que eres tú quien da explicaciones.

Es que me gustaría verte.

¿Por algo?

Por la niña.

No tengo mucho tiempo. Ya te digo que me voy pasado mañana.

Por la niña, repites, y si añadieses algo en el nuevo silencio esta vez sí habrían sido recriminaciones, y quizá ella lo intuye, porque ahora responde después de un nuevo suspiro con el que te transmite cansancio o hartazgo.

La semana que viene tengo un hueco, miércoles por la tarde. A eso de las siete.

¿En El Despertar?

Vale. ¿Estás bien?

Te pregunta si estás bien y a ti se te hace un nudo en la garganta, no es la primera vez en estos días que de pronto sientes esa congoja sin motivo, es decir, la congoja claro que tiene motivos, pero no que de repente y en una situación banal, en el coche, en medio del tráfico madrileño, y ante una pregunta banal, estás bien, se te humedezcan los ojos y te cueste articular las palabras, así que mientras introduces la tarjeta en el control del garaje sólo contestas:

Hasta la semana que viene entonces.

Insertas una y otra vez la tarjeta en la ranura pero la barrera no sube, y aunque ya sabes que no va a subir insistes y das un par de golpes al poste electrónico antes de pulsar el botón para hablar con Seguridad.

Soy Sánchez, que no se abre otra vez.

Ya bajo.

Aguardas, sin acordarte de apagar el motor, ya con tus pensamientos en otro sitio, alejándose de Ana y de la cama en la que probablemente duerme a esas horas, porque con la adolescencia esa niña madrugadora comenzó a dormir los fines de semana hasta el mediodía o incluso más tiempo y ahora seguro que todos los días son fines de semana para ella, que reniega del trabajo y del estudio regulado por instituciones y normativas, pero ya estás pensando en que en una hora tienes que enfrentarte a Pascual, que te propondrá la enésima remodelación del programa o te anunciará un cambio de horario, a peor, porque con él los cambios son siempre a peor, y temes que cualquier día te pidan la tarjeta de identificación y la del garaje, que por eso te pone particularmente nervioso que la barrera no se levante, porque podría significar que te han sacado del sistema, y sólo puedes sonreír, sin ocultar del todo tu alivio, cuando el de seguridad llega despacio desde el ascensor, inspecciona

el eje sobre el que gira la barrera, trastea en el poste electrónico y acaba tirando de la barrera hacia arriba con la mano, ya está, pase ahora, deme su tarjeta, sí, a ver qué coño ocurre otra vez, disculpe, luego se la devuelvo, o le hago otra, y el hombre te saluda con un movimiento que no sabes si es una reverencia o sólo se agacha para poder ver tu rostro por la ventanilla, pero hace el movimiento dos veces y no se decide a irse, que es cuando te fijas en que lleva la bragueta abierta, y al mismo tiempo te preguntas si estará esperando una propina, aunque no te parece probable, respondes con un movimiento seco de la cabeza y metes primera para llegar a tu aparcamiento, justo al lado de la pared, el más pequeño y más incómodo, entre el muro y un pilar que dificulta la entrada y, mientras sales del coche, vuelves a preguntarte por qué te han dado precisamente a ti el peor aparcamiento del edificio, y entras en ese otro ascensor, que llega al séptimo sin que se monte nadie en uno de los pisos intermedios, y antes de dirigirte al estudio te quedas mirando por el ventanal, ese paisaje de tejados y altos edificios en el que vuelven a elevarse las grúas que desaparecieron durante la crisis, como aves a punto de extinguirse que poco a poco regresan a colonizar un territorio, una asociación que estableces cada vez que te asomas al ventanal, pero aunque te gustaría quedarte más tiempo allí, incluso te gustaría ser todavía fumador para salir a la terraza como hacen algunos compañeros, y tienes de verdad que hacer un esfuerzo para alejarte, venga, que tienes mucho trabajo, te dices a media voz, susurrado casi entre dientes, lo repites cuando llegas al estudio, entras, saludas y mientras te diriges a tu asiento lo que te dices ahora es que tienes que evitar a toda costa que te dé un ataque de pánico, y justo en medio del gesto de sentarte agarrando los dos brazos del sillón giratorio, vuelves a pensar en Ana, acostada, dormida, desprotegida, sola. Ojalá esté sola. Y te sientes impotente e idiota ante un micrófono para hablar de esas páginas que ni recuerdas haber preparado y las sobrevuelas a toda prisa, mientras tu hija...

Tu hija qué.

## 2

A media mañana y los ojos aún achinados por el sueño. Bostezar despacio, estirando los brazos todo lo que dan de sí, como para tocar al mismo tiempo dos objetos alejados de ella. Su mano izquierda choca con un bulto. El bulto se mueve y chasquea la lengua.

¿Qué hora es?

Ana no responde. Se sienta en el colchón, aún sin volverse hacia la izquierda. Han dormido con los colchones muy juntos, conversando, como siempre con la luz apagada, hasta que Alfon, siempre era él el primero, se quedó callado y comenzó a roncar de forma casi inaudible, como si el aire tuviera que atravesar una delgada capa de líquido al entrar en su garganta.

Echa hacia atrás el edredón. No recuerda haberse quitado las bragas. En general, era la única prenda con la que dormía.

Le ha bajado la regla. Una manchita oscura que apenas se distingue en la sábana no muy limpia. Vino, café, sangre, otros líquidos. Alfon se remueve dejando escapar un olor de animal encerrado, pero no tan punzante. Dúchate, le había dicho el día anterior, dúchate alguna vez. La higiene es un invento de la burguesía, una manera de distinguirse de los obreros, que olían a sudor, respondió él; no oler a sudor significaría renegar del trabajo manual.

No le recordó lo lejos que estaba él del trabajo manual ni le discutió su teoría. Nunca lo hacía porque eso significaba horas de tira y afloja. Él no soltaba la presa, argumentaba hasta que el otro se rendía y le daba la razón. Alfon solía decir que era un hombre sin necesidades, estaba satisfecho con lo que tenía: un jergón, un cuarto, un escritorio y su silla, una máquina de escribir Olivetti Studio 46 con funda, que nunca se olvidaba de cerrar. Pero necesitaba tener razón, a todas horas, desde que abría los ojos por la mañana.

Busca en derredor las bragas pero renuncia enseguida y se va al baño. La puerta chirría y Ana se detiene un momento esperando la protesta, que no llega.

Por suerte no les habían cortado el agua. Cada día esperaba encontrarse con que les habían cerrado el suministro, aunque no habría estado mal tener además agua caliente. El gas sí se lo quitaron el mes anterior, pero esa preocupación puede dejarla para el invierno y quién sabe si entonces aún estarán ahí. Antes de entrar en la ducha se agacha debajo del lavabo. Mete la uña en la ranura entre dos azulejos, donde se junta el borde inferior del lavabo con la pared. Retira un azulejo y palpa en el hueco. Probablemente es un escondite idiota, pero no había encontrado uno mejor. Cuenta los billetes sin sacarlos: cuatro de cien. Está bien. O no, no está bien, pero es todo lo que tiene. No le va a quedar más remedio que trabajar otra vez los fines de semana en el mercado del barrio, que se vuelve zona de tapeo los sábados y los domingos; ya lo había hecho de forma esporádica antes de mudarse a El Agujero. Devuelve el azulejo suelto a su lugar.

El agua fría cayendo sobre su coronilla. Un chorro único porque algún imbécil o algún colgado ha robado la alcachofa. Deja correr un rato el agua, que resbala por su cabeza y enseguida le cubre la cara, casi entrándole en la nariz. Es como sumergirse.

Sumergirse. En el pantano, meses atrás. No, semanas sólo, aunque parezcan meses, porque ocurrían tantas cosas en cada hora que el tiempo se había ido hinchando, expandiéndose, y los acontecimientos se alejaban unos de otros de forma desproporcionada a cada minuto que pasaba. Nerea, una chica que había dejado El Agujero dos semanas antes (Ana visitaba la casa desde hacía mucho, pero sólo pudo quedarse a vivir ocupando el puesto de Nerea), iba por la noche al garaje de sus padres, sacaba el coche, hacía una excursión con él y lo volvía a dejar por la mañana en su sitio, antes de que se levantase el padre para ir a trabajar.

Se aproximaron a la casa como ladrones, Nerea y sus amigos, casi de puntillas. Sacaron el coche del garaje conteniendo la risa. Llegaron al pantano de madrugada; una mancha negra y plana entre el gris ondulado de las orillas. No había viento, recuerda perfectamente que no había nada de viento por lo que se tenía una impresión extraña, de adentrarse en un holograma o en un espacio de realidad virtual. Se desnudó nada más llegar a la orilla y tomó dos

piedras; no lo había hecho nunca, fue una ocurrencia del momento, tomar dos piedras y entrar con ellas en el pantano, muy despacio, casi sin producir ondas en la superficie. Luego nadó sólo con los pies hasta que supuso que ya había suficiente profundidad. Inspiró hondo, se quedó inmóvil y comenzó a hundirse despacio. Fue como morir, como imaginaba ella que sería morir. La frialdad del agua contra su cara y su cráneo; ingresar en una dimensión sin recuerdos ni deseos. Dejarse llevar así hasta el fondo. Aguantar, abrir los ojos a lo negro. Y entonces soltar las piedras y bracear despacio hacia arriba, asomar la cabeza tomando una bocanada de aire también frío, reír, reír tan contenta a carcajadas y sentir cómo la risa rebota sobre la superficie, risas guijarros, y palmear provocando ondas y minúsculos maremotos. Qué buena está, dijo al salir, ¿hacemos una hoguera?

Cierra el grifo y sólo entonces se da cuenta de que se le ha olvidado coger una toalla. Hay una colgada pero no sabe de quién es. Sacude el agua del pelo y se vuelve al colchón.

¿Sabes lo que me sucedió ayer?, pregunta.

Él se ha sentado y se rasca la barba, pensativo, quizá aún medio dormido. Se vuelve hacia ella pero no hace ningún comentario sobre su cuerpo empapado y desnudo ni sobre la mancha de humedad que va apareciendo en la almohada.

¿Ayer?

Fui a sacar dinero del cajero.

¿Todavía tienes dinero? Perra capitalista. ¿Cuánto?

Aunque habla en broma, hay un no sé qué de codicia en su expresión, una curiosidad disimulada. O a lo mejor Ana es demasiado dura con él, demasiado desconfiada.

Nada. Ayer vacié la cuenta. Calderilla. Pero bueno, que estaba en el cajero. Había un señor delante de mí. Y yo me quedé esperando. Por cierto, el yonqui que vive en la entrada del banco no estaba. Su perro sí. Sentado, como si esperase, quiero decir, con las orejas enhiestas.

Enhiestas, qué bien hablas, coño. Pero seguro que ni sabes dónde lleva la hache.

Y bueno, que yo esperaba y miraba esas cosas, y el hombre, un tío mayor, un abuelo o así, no conseguía sacar dinero. No funciona, me dice cuando ya se iba, y entonces me doy cuenta de que lo que tiene en la mano no es la tarjeta

del banco, sino el DNI. Es que está metiendo el DNI, le digo, y sonrío como para quitarle importancia, pero él se pone muy colorado y masculla, qué despiste, vaya despiste que llevo, y está tan nervioso, o avergonzado, no sé, que en lugar de meter la tarjeta buena se va sin su dinero. Luego pensé que no debería haberle dicho nada, que si quería ayudarlo no tendría que haberle advertido de que estaba intentando sacar pasta con el puto DNI.

¿Eso es una parábola? ¿Algo sobre lo que tengo que meditar?

Lo que tienes que hacer es ducharte, o al menos cepillarte los dientes, de verdad. Aunque sea pequeñoburgués.

Bueno, ¿vas haciendo el café mientras me cepillo los dientes?

No. El café te lo haces tú.

La emancipación femenina es un error histórico. Alfon se vuelve a tumbar. Un error de consecuencias trágicas. A mí me habría gustado tener un harén.

Pero si no se te levanta. Quiero decir...

Dices bien. No se me levanta. El otro día, leyendo el periódico, descubrí que no soy impotente, sino asexual, no sé si entiendes la diferencia. No es que quiera y no pueda, es que no quiero. Reconóceme que es mucho más digno.

Pues tú me dirás para qué quieres un harén.

No es por el sexo. Está la ternura, el afecto, los cuidados.

Que te cuiden a ti, no tú a ellas.

Siempre me entiendes a la primera. Por cierto, eres la primera pelirroja con la que me acuesto. Aunque pelirroja del todo no eres. Color cobre o algo así.

Cállate y cepíllate los dientes, por favor. En serio, es que es una pasada.

Vale. Ya voy. ¿Nos haces un café?

Alfon se incorpora, sale despacio del dormitorio sujetando por la cintura el pantalón del pijama, al que se le ha roto la goma. Ana también se levanta, saca unas bragas del cajón, un tampón, y se lo pone, asegurándose con vistazos rápidos de que Alfon aún no regresa del baño. No es que tenga nada que temer de él; al contrario, si pueden compartir cuarto y juntar los colchones, y a veces estar tumbados muy cerca uno del otro aunque ella no lleve ropa, es precisamente porque no hay nada que temer. Y sin embargo no se sentiría cómoda si él la viera poniéndose un tampón.

La cafetera todavía tiene café del día anterior. Ana lo sirve en dos tazas,

una desportillada; la otra dice buenos días cuando la levantas. Es la taza de Alfon, que sonrío al ver que Ana sí está poniendo el café.

¿Hay azúcar?

Ana niega con la cabeza.

¿Leche?

Ana ni contesta.

Seguro que se la han bebido esos dos que durmieron aquí anoche. Unos yonquis muy simpáticos. Muy educados. Pero se han acabado la leche.

Hace siglos que no tenemos leche, Alfon.

Ah, ¿no? Pues habrá que comprar.

Habrás.

Yo apporto mi conocimiento. Contribuyo a tu formación como ser humano. Con eso debería bastar. Por cierto, se me ha olvidado qué estudiabas. ¿Me lo has dicho?

Cómo que qué estudiaba.

En la universidad.

Tengo diecisiete años, tío.

Es verdad, como eres tan serio siempre se me olvida tu edad. Podrías ser mi hermana mayor.

Cualquier mujer podría ser tu hermana mayor.

Él sonrío, lo repite en voz alta, cualquier mujer podría ser mi hermana mayor, e inicia una carcajada que trunca enseguida. Sacude la cabeza. Mientras remueve el café innecesariamente no se le va esa sonrisa tonta de los labios.

Ana arrastra su colchón a un lado de la habitación y echa encima el de Alfon. Luego cubre los dos con una colcha que se ha traído de casa y un par de cojines. Embute los edredones en el único armario del dormitorio. A Ana le habría gustado tener un armario antiguo, uno de esos grandes armarios oscuros de casa de pueblo, y no esa mierda de IKEA al que se le está levantando la chapa de melanina. Melanina, no confundir con melatonina, le había dicho Alfon y ella en aquel momento no había tenido ganas de preguntar. Le molestaban sus explicaciones, pero a veces también las provocaba, porque aunque la irritasen tenía que reconocer que aprendía mucho de él.

Voy a leer un poco, dice y toma de la mesilla un ensayo con el que no

consigue avanzar; demasiados conceptos que no significan nada para ella, referencias a teorías que desconoce, aunque sí está de acuerdo con las conclusiones que van emergiendo del ensayo, como si el autor, hacia el final de cada capítulo, hiciese un resumen para que lo comprenda también gente como ella. Ana ha decidido que, en lugar de ir a la universidad, va a hacerse un programa de aprendizaje de lo que de verdad le importa. Alfon podría ayudarla. Y tiene también los cursos del Centro Social, allí enseñan lo que tienes que saber para vivir, para defenderte, para ocupar tu espacio.

Él se ha sentado en la silla que rescataron de la calle unos días atrás antes de que pasasen los de la recogida de muebles y enseres. Se podría amueblar una casa entera con lo que se encuentra durante un paseo nocturno por el barrio. Aunque los colchones usados le dan asco. En la última asamblea decidieron reservar algo del dinero común para comprar otros en mejor estado. Cierra el libro y se queda mirando cómo Alfon va sacando la cinta de la máquina de escribir, desenrollando con cuidado la bobina y, después, con el mismo cuidado, pasando la cinta por betún, apretándola centímetro a centímetro contra el centro de la caja.

¿Te acuerdas de las cintas originales? Muchas tenían la mitad superior negra y la inferior roja, podías escribir con dos colores, dice Alfon.

¿Dónde has aprendido eso?

Mi padre las usaba, en esta misma máquina.

Digo a impregnar la cinta con betún.

Pero, claro, yo no puedo impregnar la mitad de rojo.

Alfon lleva las gafas para la presbicia y, cuando se dirige a Ana, mira por encima de la montura. Primero Ana piensa que parece un relojero, pero luego le viene más bien la imagen de una mujer mayor bordando, porque en Alfon hay algo de señora entrada en carnes y en años, aunque nunca le ha preguntado cuántos. Alfon continúa su labor hasta haber pasado toda la cinta por la caja de betún y haberla rebobinado entera.

En Cuba. Hice trabajo voluntario allí durante el periodo especial, responde al acabar.

Cuba es una dictadura de mierda.

A veces no puedes elegir a tus amigos, pero sí a tus enemigos.

No entiendo.

Ya lo entenderás cuando crezcas.

Vete a la mierda.

Alfon baja la tapa de la máquina de escribir, se quita las gafas y las guarda en un estuche de cuero.

Yo estuve en las manifestaciones contra la guerra de Irak.

Eso ya me lo has contado.

¿Y quién se manifestaba a mi lado? Unos cabrones dando gritos que hoy a lo mejor son yihadistas y ponen bombas en el metro o se lanzan en una furgoneta robada contra un grupo de peatones, con la esperanza de instaurar el Estado Islámico. Ellos no se manifestaban contra la guerra, se manifestaban contra Estados Unidos. Estaban allí por odio a Estados Unidos y se aprovechaban de los que nos manifestábamos contra la guerra. Entonces, ¿qué haces? ¿Te manifiestas contra la guerra o te quedas en casa porque a tu lado van a ir unos tíos fanáticos a los que les gustaría disparar ráfagas de Kalashnikov?

Ya te entiendo.

Es una cuestión de táctica.

Alfon sigue explicando lo que Ana hace rato ha comprendido, espaciando más y más las frases hasta que parece olvidarse de lo que contaba. Saca una lata de aceite con aplicador y la sostiene en vilo frente a la máquina de escribir, pero a los pocos segundos deja la lata sobre la mesa sin haberla utilizado.

Ana vuelve a su libro y esta vez consigue concentrarse mejor, hasta que Alfon se sienta a su lado sobre el colchón.

¿Me lo resumes?

No puedo.

Alfon se levanta, rebusca en un cajón.

Anda, lee éste, dice, y deja caer un librito de bolsillo junto a Ana. *A nuestros amigos*, El comité invisible, lee ella en voz alta. Suelta lo que estaba leyendo y empieza con el libro que le acaba de dar Alfon. Le gusta enseguida, habla su lenguaje, está escrito para ella, como si se encontrase sentada en un bar con los autores y se lo dijiesen mirándola a los ojos: «Una insurrección puede estallar en todo momento, por cualquier motivo, en cualquier país, y llevar a cualquier parte. Los dirigentes caminan entre abismos».

Ana siente la excitación ante el cambio, ante ese gran acontecimiento que

se avecina aunque muy pocos lo sospechen. Y ella va a ser parte de ese cambio. El mundo tal como lo conocemos da sus últimos coletazos. Las contradicciones del capitalismo sacarán a la gente a la calle. Va a haber un movimiento planetario de gente como ella, que no participa, que ha decidido romper el mapa que le habían dado sus papás para llegar a casa y al trabajo y al matrimonio y a los hijos y a los nietos y a la tumba. La gente está a punto, pero de verdad a punto de lanzarse a la calle. Necesitan una señal, nada más que eso. Y entonces quemarán, como dice Alfon, la biblioteca de Alejandría, la acumulación de saberes inútiles. Todo va a arder y ella tiene ya la cerilla en la mano. ¿No merece la pena estar viva aunque sólo sea para eso?

### 3

Al terminar el programa se encuentra con una nota encima del teclado de su ordenador. Pascual le pide que vaya a verle de nuevo. Cada vez que le convoca empieza a imaginar la escena en la que le rescinde el contrato. Han caído ya decenas. Quedan en pie los últimos soldados de una batalla perdida. Y cada día una novedad. Ahora pretenden externalizar los servicios de conductores porque tener en plantilla a tanta gente no es rentable. Pero no se trata de ser rentables sino lo más baratos posible. Y siempre es posible ser más barato, es un ciclo sin fin, y él sabe que puede formar parte de ese ciclo, de alguna manera lo está haciendo ya. Recorre los pasillos saludando por las cristaleras a técnicos y locutores. Lleva veinte años en la emisora y ha visto pasar a dos generaciones, que se han ido extinguiendo como las grúas, pero quien se va no regresa como ellas lo han hecho. Llegan otros mamíferos más débiles, más timoratos, dispuestos a sobrevivir en hábitat hostil mediante el camuflaje. Ya no hay colmillos ni garras, y quien los tenía ha ido escondiéndolos. Los grandes predadores de la sabana sólo se encuentran en los niveles más altos.

Se detiene delante del despacho del director de informativos sin llamar a la puerta porque cuando iba a hacerlo ha oído voces. Dentro está Carolina, una de las redactoras jefe, que llegó pocos años después que él pero ascendió más deprisa. Oye también los largos silencios, intuye el inicio de un sollozo. Se siente como si espíasen, con la oreja pegada a la pared, a los vecinos haciendo el amor. Con una mezcla de vergüenza y deseo.

No me jodas, Pascual, los ratings llevaban bajando desde antes de que yo llegase.

Pero tú estabas aquí para que dejasen de hacerlo.

Me echas porque estoy embarazada.

¿Qué quieres que te diga?

La verdad.

Vale, te echo porque estás embarazada, y si no te echo, soy yo el que va a tener problemas.

Pero no va a ser ésa la explicación oficial.

Claro que no va a ser la explicación oficial. Si lo fuese nos montarías un proceso y yo también acabaría en la calle. No veo la ventaja de que seamos dos los que nos quedemos sin empleo. Así que pérdida de confianza, poco rendimiento, tú eliges. Pero te voy a dar una indemnización. Oye, ¿no llevarás una grabadora?

Te crees que soy como tú. Debería, pero no se me ha ocurrido.

Porque esto es off the record. La verdad siempre es off the record.

Eres un hijo de puta.

Si fuese un hijo de puta no te indemnizaría. De hecho, lo que me pedían no es que te ofreciese el despido con indemnización, sino que te pasase a los informativos de la noche o un traslado a Melilla, necesitamos un jefe de contenidos en Melilla. Por supuesto, perdiendo todos los pluses. Te estoy haciendo un favor.

Quieres comprarme.

No es que quiera comprarte, es que voy a comprarte. Porque no me queda más remedio y a ti tampoco. Yo me ahorro un follón y tú no te vas de vacío. Joder, Carolina, ya lo sabías, que no puedes ser redactora jefe en estos momentos tan jodidos y quedarte embarazada. Necesito a alguien en quien poder apoyarme, no alguien que se queda en casa porque el niño tiene paperas. Tú conoces el mundo.

A ti no.

A mí también. Sabías que no me dejarías más remedio. No soy un mal tipo, eso sí que lo sabes, pero las cosas son como son. ¿De verdad necesitabas tener un niño? Al menos haberlo adoptado. Nadie se habría enterado hasta mucho más tarde. No habrías tenido que pedir la baja. Hay millones de chinos esperando a ser adoptados. Venga, no me mires así. De verdad que hago lo que puedo.

Entonces se instala el silencio en el despacho. Aitor se retira unos pasos de la puerta y finge observar con interés la planta de plástico que más que

adornar afea el pasillo, una planta supuestamente tropical de hojas anchas y polvorientas. Sólo le faltan colibríes también de plástico.

Carolina no sale pero tampoco continúa la discusión en el despacho. Pasan un par de minutos sin que ocurra nada y Aitor está tentado de llamar a la puerta. ¿Qué están haciendo? Podría tocar con los nudillos y entrar directamente, descubrirlos, quizá uno frente a otro en un duelo silencioso, quizá ella llorando y él incómodo, removiéndose en el asiento; quizá abrazados, porque se rumoreaba que había algo entre ellos, pero no es ésa la forma de hablar de dos personas que mantienen una relación. Cuando se acerca para llamar y se queda aún unos segundos en suspenso antes de golpear con los nudillos, la puerta se abre y Carolina lo encuentra ahí delante, justo en esa situación que él había querido evitar.

Me echan, le dice, y cierra a sus espaldas.

Ya.

¿Lo has oído? ¿Estabas escuchando?

No, para nada, digo que bueno, que poco a poco nos van echando a todos.

A ti no.

Ya ni siquiera soy fijo, dice él, y siente que el rencor de Carolina es injusto, pero no se defiende. Ella se queda mirando el expendedor de agua con los brazos en jarras como si pensara darle una patada. Saca un cucurucho y lo llena. Bebe. Se toca el vientre.

Y eso que no le he dicho que son mellizos.

Ah, qué bien. Enhorabuena.

Vete a tomar por culo.

Aitor espera a que se vaya, hasta no oír ni siquiera sus pasos absorbidos por la moqueta. Llama y no entra antes de escuchar la voz que le da permiso para hacerlo. Los dos hombres se entienden sin decir nada, sacuden la cabeza apesadumbrados, hacen un gesto de qué le vamos a hacer, así están las cosas, no es nada personal.

¿Qué tal?, pregunta Pascual.

Bien.

Tenemos que hablar. Los dos hacen una pausa y sonrían, porque están pensando lo mismo: así comienzan los divorcios. No, no es eso, aclara Pascual. Pero hay que hacer una nueva operación de streamlining.

Ya sabes que el inglés no es mi fuerte. Por eso no fui corresponsal en Londres. ¿Sabes que en una serie estadounidense me estarías ofreciendo un whisky?

Son las diez de la mañana.

Eso da igual. Un whisky, y en los años setenta también un cigarrillo.

¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Joder, Pascual.

Debes de ser el más antiguo. Te imagino grabando en el estudio mientras aún estaban poniendo la moqueta y pintando las paredes. Cuando llegué tú dirigías algo, no recuerdo qué.

Cultura.

Has pasado por todas las secciones.

Soy la chica para todo de esta emisora.

Si te digo la verdad, yo creo que nos van a vender. Por eso los despidos. Ahora ya sabes lo que es streamlining. Quien compra no quiere un exceso de empleados con derechos. Es como cuando llega el verano: hay que adelgazar para resultar atractivo en la playa. Lo mismo. Que no se vean los michelines.

Estrictamente hablando, a mí no me puedes echar, soy autónomo.

Yo no echo a nadie, soy el mensajero con las malas noticias. A esos cabrones no les gusta dar la cara y prefieren poner la mía.

Pero sí podrías dejar de contratar mi programa.

Que no. Lo que pasa es: uno, que te cambian el horario. Vas a salir al aire a la una.

Qué bien.

De la madrugada. Dos: en lugar del directo, vas a la lata. Y va a haber una escabechina de técnicos, así que a veces tendrás que hacer tú mismo la grabación.

Y hacerme selfies para subirlos a Twitter.

Qué cabrón, no pierdes el buen humor. Ojalá fuesen todos como tú. Esta gente si estuviese en la guerra protestaría por tener que limpiar el fusil. Harían una huelga. Se quejarían de que los mandos les exigen cosas que no están en el contrato.

Es verdad que pedís cosas que no están en el contrato. En el mío dice que la emisora pone el estudio y el personal técnico.

Pero es que estamos en una guerra. No es una metáfora. Aquí sólo van a sobrevivir los que mejor se atrincheren.

Lo voy a hacer. Si hay que hacerlo, se hace. Pero un programa cultural a esas horas es una mierda, trabajar así es una mierda.

La guerra es una mierda. Pero te adaptas y sobrevives. Si sales de la trinchera a protestar te meten un tiro en la chola. El buen soldado es el que sabe cuándo disparar y cuándo agazaparse. Eso seguro que lo dijo Sun Tzu, o Clausewitz o Paolo Coelho. O deberían haberlo dicho. Por cierto, ¿cómo estás?

Bien, bien. ¿Y tú?

Remando. La gente se piensa que yo sólo manejo el timón, pero soy el que más rema. Tengo las manos llenas de ampollas. ¿Y tu mujer?

No sé. No nos vemos mucho.

Es verdad, perdona. Se me había olvidado. ¿Tus chicos? La niña empezando la carrera, supongo. Espero que no haga periodismo. No se lo permitirías, ¿verdad?

No. No va a hacer periodismo.

Es simpático, Pascual. Alguien con el que te gustaría beber cerveza acodado en la barra de un bar, hablar de política o de fútbol -si a Aitor le gustase el fútbol-. Se interesa, pregunta, tiene sentido del humor él también, es ocurrente y sin escrúpulos. La gente sin escrúpulos suele ser muy entretenida, dice cosas originales. Aitor se fija otra vez en las grúas. Desde donde está sentado, por la ventana no se ve la ciudad, sólo las cabezas amarillas dibujando círculos sobre el cielo azul. Aitor siente una náusea como si estuviese en una torre giratoria, esa sensación de que los sentidos perciben el movimiento que no ha reconocido la conciencia. Se sujeta involuntariamente al brazo del sillón. Las cabezas de las grúas trazan curvas como puntas de compases escribiendo en el cielo el futuro de la ciudad. Aitor va a levantarse, parece que la conversación ha terminado y él tiene ganas de salir del despacho, de cerrar así esa nueva crisis: una tarea más, una humillación más, pero poca cosa comparada con lo que les sucede a otros. Pascual se ha quedado mirándole, con los ojos ligeramente entornados, como si lo evaluase.

¿Qué?

Nada, nada.

Aitor no querría seguir preguntando, porque las cosas no han salido todo

lo mal que podrían salir, pero hay algo extraño en la postura de Pascual, que sigue en tensión al otro lado de la mesa, un gato a punto de saltar.

¿Qué? Me quieres decir algo. Venga.

Es que no puedo decírtelo aún. Pero tengo un plan. Un plan bueno; que te atañe. Pero primero tengo que estar seguro...

Vamos, dímelo, no me tengas en ascuas.

Que no. La semana que viene. Ven a verme el lunes. Entonces te cuento. Si ha salido. Si no, para qué.

Aitor sale del despacho y va a sentarse a ese sitio en el que ahora trabaja de prestado. Se queda mirando la pantalla, en la que se han ido acumulando archivos y carpetas hasta que ya no sabe lo que contiene la mitad de ellos. Pone las manos sobre el teclado, pero las deja inmóviles. Él había creído que hacerse mayor era un proceso de acumulación. Vas obteniendo experiencia y una manera más relajada de mirar el mundo; como no esperas ya cambiarlo, lo observas, te familiarizas con él, en cierta medida lo aceptas, sin que eso signifique que te guste. Y haces acopio de seguridad: en tus relaciones con los demás y en lo material, en los viajes, en el trabajo; más o menos deprisa, más o menos arriba, has ascendido en el escalafón, ya no estás empezando en nada, has dejado de ser un aprendiz para ser un oficial, te has ido adueñando de un territorio menos amenazado: tu casa, tu familia, tu trabajo, a nadie le interesa quitártelos, son tuyos ya de por vida, mejores o peores te van a acompañar hasta la fase final de desintegración (los muertos cercanos, la salud deteriorada, la jubilación), pero incluso entonces habrás acumulado bienes y seguridades para los últimos días: la pensión, las herencias recibidas con el fallecimiento de la generación anterior, los reconocimientos por tu carrera, el aprecio condescendiente de los más jóvenes. Eso había creído Aitor: que vivir consistía en ir ganando certezas, activos, entrar en un espacio estable, como habitar en una urbanización con seguridad privada. No será el sitio más excitante del mundo, pero resulta tranquilizador.

Sin embargo, tiene la sensación de que a él le ha pasado lo contrario. Su vida es un paisaje erosionado en el que apenas unos matorros resisten a la acción del viento, del agua, del hielo. Como si, sin darse cuenta, hubiese sido trasladado del centro de una metrópoli a un barrio de las afueras, rodeado de descampados y de veredas descuidadas. Porque él ha estado en el centro: tuvo una mujer y dos hijos, un trabajo en el que fue escalando puestos hasta ser jefe

de Cultura (transitoriamente, es cierto), podría vivir en un chalet con jardín, perro y dos coches, pero prefirió seguir en su piso de la calle Ibiza, porque el chalet, las chuletas del domingo y las barreras levadizas para entrar en la urbanización le parecían la entrada al estancamiento, a conformarse con esa vida que sólo se justifica a partir de una edad que no era la suya. Pero lo han ido desplazando codazo a codazo. Ése sí que era un problema de carácter: lo agredían y él no se daba cuenta hasta mucho más tarde. Respondía con una sonrisa: él no discutía, explicaba. Y de pronto, porque le parece que la transformación había sucedido en muy poco tiempo, aunque en realidad había llevado años, ya no es jefe de nada, su salario fue reduciéndose en los sucesivos ajustes de personal, que luego eran salariales: renunciabas a parte de tus ingresos para que la empresa no cerrase, para que echasen a menos colegas, mejor vivir con menos que con nada; le convencieron para desvincularse de la empresa y trabajar como falso autónomo (en aquel momento incluso creyó ingenuamente que la nueva situación laboral le abría posibilidades que no tenía con un puesto de empleado) y, descontando la inflación, ya gana sólo dos tercios de lo que había ganado diez años antes. Y dirige un programa que ahora desplazan a horario de madrugada, le roban el directo, le ponen a grabarse él solo, como si tuviese veinte años y estuviese haciendo un podcast en el garaje de la casa de sus padres.

Aitor mira la pantalla de su ordenador con el deseo, con la necesidad de que nadie se dirija a él. Años atrás había tenido un espacio para él solo, un despacho en el que encerrarse, protegerse, cuidarse. Pero ahora están todos -casi todos- en esa sala con hileras de mesas en las que cada uno se asoma a su pantalla como si tuviese metida la cabeza en una escafandra. En una redacción abierta se comunica mejor, les habían dicho, hay más intercambio, más creatividad. Tendrían que verlos ahora, reducidos a una tripulación en la que las bajas se contaban en asientos vacíos. Y allí está él también; sería demasiado dramático decir como un galeote, pero sí como el superviviente de una tormenta que aún no ha acabado de soplar, y tiene que estar agradecido porque en realidad su contrato no prevé un espacio de trabajo en la redacción. Todo se desmorona. Todo se vuelve fatiga, desilusión. Él había asistido a la disolución de su matrimonio, a la renuncia a esa familia estable que debía ser un seguro en tiempos revueltos, con una mezcla de resignación y de esperanza. No funcionó; Isabel y él no habían sabido crear lazos que los mantuviesen

unidos cuando la vida los zarandease. Pero la ruptura significaba también la posibilidad de un nuevo viaje, de encontrar otra manera de estar, quizá también de atar nuevos lazos. Y cuando los chicos decidieron quedarse con él pensó que era una buena base para empezar el trayecto. Ellos traerían la ilusión, la controversia, la vivacidad que a él le faltaba. Fue una trampa: la Ana que se quedó era una chica cada vez más arisca y crítica. Ella no achicaba el agua del bote que se hundía sino que daba hachazos al fondo alegrándose de ver saltar las astillas. Algo pasajero, poco a poco se irá adaptando. Es la pérdida, la incomodidad con el conflicto de sus padres, se decía. Y él intentaba una conversación, una palabra amable, incluso, los días en los que se sentía más optimista, una caricia. Todo le dejaba con la sensación de estar diciendo siempre la palabra equivocada, de hacer el gesto inaceptable. Y se fue. Ana desapareció. Primero unas semanas. Él sabía que no le había pasado nada por Luis, que le contó lo del grupo anarquista, sus nuevas amistades, su compromiso político. Luego, cuando regresó, era como si lo hubiese hecho a la fuerza, como si cada paso en esa casa, cada bocado de comida, fuese una obligación impuesta por un régimen dictatorial. Era como ver a alguien comer al tiempo que contiene las arcadas. A pesar del dolor, también le supuso un alivio la segunda desaparición de Ana. Dolor, alivio, miedo, por ella y por sí mismo.

Levantó la vista. Carolina caminaba por el pasillo, no llevando una caja con sus cosas, como uno se imagina que hace aquel a quien acaban de echar y le piden que vacíe el escritorio, sino tan sólo un bolso, del que asomaban unos folios, y un maletín de ordenador. No se despidió de nadie. Recorrió el pasillo con la expresión de alguien que oye voces en su cabeza y no tiene a quién comunicárselo. También ella acababa de descubrir que la vida no era ascenso y atesoramiento, sino desgaste, disolución, pérdida.

## 4

Hay una satisfacción que Ana no había conocido hasta ese momento. La vida sencilla. Pero no en el campo cultivando hortalizas, despertándose con el canto de un gallo, escuchando a lo lejos los esquilones de las vacas y el balido de las cabras, no cocinando mermeladas y restregándose las manos en el delantal después de lavarlas con un cubo de agua sacada del pozo. A Ana las imágenes bucólicas de novela rural le producen sueño y desgana, la sensación de que aquello ya pasó y sólo podría aceptarse como refugio después de una catástrofe nuclear o de una crisis global que arrastrase a la miseria a decenas de millones. Como vivir en cuevas o nadar hasta una isla tras un naufragio.

La vida sencilla es para ella otra cosa. Basta con no pensar en otro futuro que el inmediato, porque no puedes vivir preparándote para lo que supuestamente va a suceder, ¿para qué?, luego la vida hace quiebros, regates, se desvía como un reguero que se topa con un obstáculo y busca otro camino, se remansa o, por el contrario fluye con mayor rapidez ladera abajo. Ser agua, ser reguero, saber que ponerse metas es inútil, porque más tarde llueve o llega una sequía, porque tienes que contar con esos otros que abren zanjas o levantan muros. Estar. Ser. Respirar. Apreciar la compañía de aquellos con los que coincides aunque sólo sea un momento y comparten un tiempo tu vida y construyen contigo, cada uno con sus habilidades y sus posibilidades, sin otra obligación que mantener vivo el deseo. Pero hemos ido perdiendo tanto las habilidades como el deseo, la mayoría seríamos incapaces de hacer un pan y de teñir una tela, aunque eso se aprende con facilidad: basta con ayudarse mutuamente, como hacen en El Agujero y en el Centro Social. Vivimos manipulando objetos que no sabríamos reproducir ni reparar: un ordenador, un móvil, el expendedor de billetes de metro. La tecnología nos convierte en inútiles rodeados de cajas negras. ¿Cómo desear si no podemos hacer? El

deseo ha sido sustituido por el capricho.

Se sienta, recostada contra una pared de la panadería, en el cruce de dos calles, mientras Yannick hace malabarismos con el diávolo y dice a cada persona que pasa, una monedita, lo que puedas, y si no puedes me vale una sonrisa, eso es, muchas gracias, que tengas un gran día..., con ese optimismo que a ella le cuesta aceptar como real, pero está ahí, cada mañana, no es la sonrisa del vendedor de coches que nadie se cree, una parte más del disfraz, como el traje azul marino, la corbata, el bolígrafo de metal, el reloj de caballero, la energía que también ellos se visten cada mañana como el soldado que se pone el uniforme para ir a una guerra que aún no saben perdida; no, Yannick sonríe porque siente esa sonrisa, porque es un chico sin rencor, y por eso es tan difícil convencerlo para que participe en muchas acciones que exigen si no rencor, al menos rabia, un deseo de destrucción. La vida sencilla: no pretender cambiar el mundo, tan sólo eso que tienes ahí delante, basta con derribar a ese policía o esa puerta, con quemar la pantalla del cajero, pero no hacerlo como quien tiene un proyecto y cada uno de esos actos (violentos, los llaman en la prensa) sería un paso hacia un objetivo, un mero movimiento en la estrategia global de algo. Eso lo ha aprendido con Alfon, que vivir es otra cosa, es hacerlo como los leones o las águilas, o, para no ponernos alegóricos, las sardinas. Hacer lo que haces cada día y disfrutarlo, dejar que sea el plan genético el que te va llevando de un sitio a otro, el instinto de supervivencia, de reproducción (sin pensar en lo que serán tus niños de mayores y en el máster y en los cursos de inglés durante el verano). La vida es tenaz, uno vive porque estamos diseñados para ello. La persistencia en el ser, lo llama Alfon. Y por eso ni siquiera desea pensar mucho en esas acciones simples de resistencia, que llegarán cuando lleguen: no prever la puerta que vas a derribar, sino derribar una puerta cuando te encuentres frente a ella porque no aceptas las puertas, lo cerrado, la propiedad. Ella no cree en la revolución, sino en algo así como un estado de ebullición que lleva a que de repente todo se desborde.

¿Por qué no nos lías un porro, corazón?, dice Yannick sin retirar la mirada del diávolo. Y ya ni siquiera es una muestra de desafío estar liando un porro sentada en el suelo de esa calle por donde pasa gente pegada al móvil o a la lista de la compra, sino que se ha vuelto no rutina -porque no es rutina como viven los leones, las águilas, etc.- más bien una manera de estar en el mundo,

de estar donde estás y no en el siguiente sitio o en dos a la vez. Papá se cree seguramente que no enciende el móvil para no hablar con él, pero es que ha vendido el móvil. No todos lo hacen, incluso Beto, que vive en la calle, en la puerta de un banco, entre cartones y mantas viejas, conserva su móvil y parte de lo que gana trapicheando lo dedica a tarjetas prepago, una manera de estar conectado, de no estar solo, pero ella no está sola y cuando lo está no se siente así. Lía el porro, lo enciende, se lo pasa a Yannick, que lo sujeta entre los labios y lanza el diávolo varios metros hacia lo alto, y cuando baja no es capaz de controlarlo y cae al suelo, pero qué importa, porque está la belleza del momento en el que el diávolo asciende en el aire, se recorta contra el azul, cae cada vez más deprisa y podrías o no atraparlo. Esa expectación, esa curiosidad. Yannick lleva los pantalones rajados por tantos sitios que evoca la imagen de alguien recién escapado del ataque de una alimaña pero recorre las calles con la sorpresa de un niño en un zoológico. Y a Ana la reconforta porque ella sí, a veces siente alegría, y es maravillosa, pero tiene que confesarse que es siempre fugaz, porque Ana está recorrida por una rabia que regresa una y otra vez, la hace saltar sobre el sitio como si acabase de recibir una patada, por eso a veces acompaña a Yannick, un yonqui que no está en El Agujero por convicción, él no quiere construir una vida en común con otros, pero lo consigue con su mera presencia y con su afecto, aunque todos saben que aguantará poco, porque gente con su perfil dura tres o cuatro meses a lo sumo, bien porque se cansan ellos, bien porque quienes comparten casa con gente como él se hartan de que no asuma sus responsabilidades, o lo haga de manera aleatoria, por lo que las discusiones se vuelven agotadoras, bastante tienes con vivir en una casa okupada, con la amenaza de que te derriben la puerta o te impidan volver a entrar, con la precariedad de quien no sabe cuánto tiempo durarán el dinero y la comida. Aunque por ahora parece que a Yannick no le afectan la precariedad ni el cansancio. Sale cada día con el diávolo, acompañado del perro, de su amiga Elena, de quien quiera ir con él, ocupa su lugar de trabajo con la disciplina de un oficinista, lanza el diávolo hacia el azul y se queda observando su ascenso y su descenso con los ojos entrecerrados y la boca ligeramente abierta.

¿Me das una monedita?, lo que puedas, me conformo con poco, y si no puedes me basta una sonrisa.

## 5

Qué difícil es, ¿verdad, Aitor? Tomar las decisiones adecuadas. No las que resultan directamente más beneficiosas, que eso sería sencillo; más bien, las decisiones que te permiten mirarte al espejo cada mañana y no tener nada que reprochar a ese individuo al que observas ahora como si le fueses a dar un puñetazo. Qué difícil cuando el lunes entras en el despacho de Pascual y te recibe sonriente, de pie delante de su escritorio y enseguida te señala el sofá. ¿Quieres un whisky?

Lo dije en broma.

Da igual, hoy te invito a un whisky. La ocasión lo merece.

Y te sientas donde te indica Pascual y sabes que algo va bien y que algo va mal. Es un pésimo actor: camina con una decisión innecesaria, fija la sonrisa más tiempo, y es más amplia, de lo que parece natural; deja caer los cubitos de hielo en el vaso con una teatralidad de anuncio de bebida alcohólica; te tiende el vaso como si te estuviese haciendo entrega de un trofeo.

¿Qué pasa?

¿No me dijiste que querías whisky?

Pascual toma del escritorio unos folios grapados y te los entrega.

Lee lo que pone ahí. A tu salud.

Te sucede lo mismo que cuando en el colegio te ponían delante un problema de matemáticas: que no eras capaz de leer cifra a cifra, paréntesis a paréntesis, signo a signo. Pasabas de un grupo de dígitos a otro sin haber entendido, se te acumulaban los números pero sin lograr establecer la relación de uno con el siguiente. También saltas de un párrafo a otro en el documento y no consigues enterarte del todo.

¿Es un contrato?

No es un contrato. Es una vida nueva.

Hojeas otra vez de atrás adelante y sigues sin descifrar los párrafos, sólo te quedas con una idea general, una especie de resumen que te haces mentalmente de la nueva situación.

¿Redactor jefe?

Sí, joder. En eso es en lo que estaba trabajando, pero no podía decir nada hasta que no se confirmase. No ha sido fácil. Querían traer a alguien de fuera. Savia fresca. Que dé nuevos aires, que revolucione la emisora. Pero yo no necesito revoluciones. Necesito saber dónde estoy, gente en la que puedo apoyarme sin que se retire de repente y yo me rompa los dientes contra el suelo. ¿Porque sabes lo que pasa con esos que vienen de fuera?

No, cómo lo voy a saber.

Que usan esto de trampolín. Llegan aquí, lo ponen todo patas arriba y se largan sin esperar a ver si funciona o no. Yo no quiero un killer. Yo quiero a alguien sólido. Pero no les gustaba. Decían que llevabas demasiado tiempo dando vueltas por aquí. Que te habías adocenado.

Mientras te transmite cuánto le debes y cómo de agradecido tienes que estarle, relees, más despacio, ahora sí eres capaz de aguantar sin saltar a otro renglón hasta que has acabado el anterior, te fuerzas a ello siguiendo con el dedo la lectura, desplazando la yema verticalmente, aunque tienes que resistir la tentación de hacerlo en diagonal para llegar antes al final de la página y del documento. El sueldo, dices, el sueldo.

Lo que estás señalando es el sueldo base. Más abajo está el plus de responsabilidad, el de disponibilidad, el de exclusividad. No recuerdo ya, pero hay varios pluses. Tú míralo bien.

Asientes admirativo, vas a dar las gracias, pero ya estás en la página siguiente y tu dedo se detiene; lo mantienes inmóvil mientras relees. Has llegado a la parte mala, al precio a pagar, escondido en la letra pequeña.

Entonces, si entiendo bien, yo sería el interlocutor por parte de la empresa en las relaciones con los trabajadores de mis redacciones. Es eso, ¿no?

No siempre, para eso está sobre todo el director de informativos, es decir, yo, pero en algunos casos sí.

Hum.

Hum, ¿qué?

Que yo no sé si valgo para eso.

No puedes esperar ser uno de los jefes pero bailar con los indios. Tampoco es que tengas mucha relación con tus compañeros.

Levantas la vista hacia Pascual. Hace girar el vaso como con prisa de que se deshagan los cubitos de hielo. Se encuentra bajo presión, como todos, y te está haciendo un favor porque necesita a alguien que lo apoye, tener las manos libres para sus maniobras y escaramuzas en las alturas.

Pero si hay despidos soy yo el que tiene que anunciarlo. El que despide a la gente, en cierto modo.

A lo mejor tienes que anunciarlo tú, pero tú no decides nada en ese ámbito. Puedes hacer propuestas..., pero no seas tan negativo, coño, propuestas de despidos, de gente que no te rinde, que perjudica a la emisora, que nos ha metido en esta situación de falta de competitividad, pero también puedes proponer contrataciones nuevas, fichajes, ascensos, remodelaciones, todo, joder, puedes proponer todo lo que tenga que ver con las redacciones. Además, entre nosotros, y digo entre nosotros porque no es bueno que la gente se relaje, se acabaron los despidos. Las cosas han llegado a su límite. Estamos los que tenemos que estar.

Dijiste que nos iban a vender.

Soy un bocazas. Me equivoqué. Sucede lo contrario: el grupo está invirtiendo en la emisora. No quieren librarse de ella, quieren darle nueva vida. Dentro de poco se va a hacer una renovación técnica, mejorar los equipos para apostar más por internet que por las ondas. Parecido a lo que están haciendo con el periódico, que se está librando poco a poco del papel para pasar decididamente a la pantalla. Los inversores no quieren perder los medios, nadie quiere perder los medios. Pero tienen que modernizarse.

Asientes. En realidad, deberías estar contento. Pero eres como un perro al que han golpeado con frecuencia. De todas maneras agachas las orejas y arqueas el lomo y metes el rabo entre las piernas y te meas mientras te acarician.

Entonces dejaría de ser autónomo.

Claro, tendrías un contrato indefinido. Joder, no seas desconfiado, no te estoy engañando. Dejas de depender de cada renovación. La empresa ya ha firmado.

Ya veo.

No estás convencido.

Sí, sí. Es cojonudo.

Pero no estás convencido.

¿Me lo puedo llevar a casa antes de firmar?

Como quieras.

¿Cuánto tiempo se mantiene la oferta?

No tengo ni idea. Ya te digo que me he peleado mucho para poder hacértela. Ni idea, en serio. Hoy sí, claro.

Piensas que debería firmarlo ahora.

Aitor, soy tu amigo, no tu padre. Yo creo que sí, que es una oportunidad de puta madre, pero también es una decisión. Es un cambio de vida. Es un cambio en muchas cosas. Asumes mucha más responsabilidad, tendrás que trabajar como un esclavo porque eres el jefe. Así son las cosas. Los jefes nos dejamos los huevos en el trabajo.

Asientes. Te avergüenzas de tu rabo entre las piernas, de tus orejas gachas. Apuras el whisky. Lees otra vez el contrato pero te pasa como al principio: las letras se juntan unas con otras. Llegas al final, a las firmas, dudas de nuevo y sientes que nunca tomas decisiones, también en el pasado era así, primero tenías que explicar a Isabel la situación y esperar a que ella opinase, a que te dirigiese hacia lo que supuestamente era bueno para ti. Tienes cuarenta y siete años. No es tanto. No es mucho. Es una edad llena de posibilidades. De desafíos. Sabes que vas a tener mucho más trabajo si aceptas, pero Ana no está en casa, Luis como si no estuviese. No haces más que enfrentarte a problemas que no puedes resolver, porque son los problemas de otros. Es un contrato indefinido, dices, porque piensas que a pesar de todo tienes que dar la impresión de saber lo que estás haciendo, de no meterte en esa aventura a tontas y a locas.

Te aseguro que es el mejor contrato que podrías esperar. Lo he negociado yo.

Qué difícil es, ¿verdad, Aitor?, aceptar convertirte en otro, no dejarte caer sino dar el salto, acercarte a los depredadores e intuir que podrías dejar de ser su víctima. Asientes una vez más. Pascual se acomoda tras su escritorio. Te está dando tiempo para que lo pienses y no te sientas presionado. Se retira a un segundo plano. Ahora eres tú el que está ahí, solo, con tu decisión. Vas poniendo las iniciales en cada página, sin prisas, llegas a la última. Tu nombre

está escrito allí. Apoyas la punta del rotulador encima de él. Firmas. Te levantas y dejas el contrato sobre el escritorio. Os sonreís.

Bien hecho, te dice. Os dais la mano. Bien hecho. Sales del despacho y decides celebrar lo que acabas de hacer. Pero no se te ocurre con quién. Sólo entonces piensas en Ana. Ahora sí que eres un esbirro del capital, te diría. Que se vaya a la mierda Ana. Ella qué sabe. Ella no sabe nada de nada. O sí: lo único que sabe con sus diecisiete añitos es que si regresa a casa él le va a abrir la puerta y la dejará entrar. Sin reproches, sin enfados, sin condiciones. Y tendrá comida y cama y agua caliente. Pero a ti si no entras en el momento adecuado nadie te va a abrir la puerta una segunda vez. Las oportunidades ahí fuera, en la vida real, son raras. Hay que aprovecharlas. Te subes al coche. Antes de arrancar haces una llamada. Sí, para esta noche, a las nueve. Sólo una persona. Aitor Sánchez. Eso es. Gracias. Aunque no haya nadie para acompañarte, vas a celebrarlo. Vaya que lo vas a celebrar.

## 6

Ana busca las llaves en un bolsillo de la chupa de cuero, luego en otro, luego en otro. Abre y cierra cremalleras, palpa, rebusca en los mismos bolsillos. Las encuentra por fin en el pantalón, tan ajustado que Ana hace ese gesto casi universal de estirarse y ponerse un poco de puntillas como para volverse más delgada, y saca las llaves tirando de ellas con el índice y el corazón. Sólo entonces se da cuenta de que alguien ha forzado la cerradura. Mira a derecha e izquierda, no sea que anden por allí la policía o algún secreta. Tiene que ponerse una mano de visera porque el sol rebota en los adoquines y las paredes, volviendo objetos y personas apenas sombras, la calle una fotografía a contraluz mal hecha. No hay nadie cerca salvo un barrendero que fuma un cigarrillo haciendo una pausa en su trabajo, la dueña de una frutería de chinos texteadando con el móvil, un hombre sentado en una bicicleta parada que mira hacia donde está ella o calle arriba pero demasiado lejos como para preocuparla. Ninguno de ellos le parece sospechoso, aunque una voz interior le exige: define sospechoso. Para la mayoría de la gente ella es sospechosa. Agachan la cabeza y aprietan el paso cuando, acompañando a Yannick, les pide una moneda o, si se la encuentran sentada en la acera con algún amigo, modifican ligeramente su trayectoria como si el otro lado de la calle les pareciese de repente más interesante.

Examina de nuevo la cerradura: parece que han golpeado con un cincel contra el bombín. Sabe que se llama bombín porque una vez alguien intentó entrar en casa de sus padres a robar (entonces aún habría dicho «en mi casa») y el cerrajero explicó que habían dañado el bombín, mientras lo sostenía entre el índice y el pulgar, y los cuatro miembros de la familia lo examinaban asintiendo aunque ninguno distinguía daño alguno. Ahora sí ve arañazos y abolladuras. Introduce la llave de todas formas por si no se hubiese roto el

mecanismo, pero no consigue siquiera que entre del todo. Empuja la puerta y se sorprende al descubrir que cede un par de centímetros. Da otro par de empujones provocando un tintineo metálico que identifica como proveniente de una cadena.

¿Quién es?

Yo, Ana.

¿Estás sola?

Y a ti qué te importa.

Quiero decir, espera, te abro.

La cadena golpea varias veces contra la puerta, los eslabones entrechocan, Alfon maldice. Pasa un minuto al menos antes de que consiga abrir. La recibe en unos boxer amarillos con pececitos rojos, la barriga tapando el elástico, plantado en medio de la habitación con los pies abiertos medio metro y una palanca de metal en la mano. Rodeado de esas paredes salpicadas de manchas y con el papel pintado despegándose, sobre todo donde la humedad ha dejado burbujas de color ocre, o negruzco en las superficies en las que ha ido creciendo el moho, con la melena que suele recoger en cola de caballo ahora desplegada sobre sus hombros, parece un rufián de película distópica, un merodeador que sale de su escondrijo unas horas después del apocalipsis, un saqueador de supermercados cuyas estanterías están ya vacías. Ana se ríe.

¿Qué haces ahí? Suelta esa palanca.

Es una pata de cabra. Espera que cierre.

Alfon no sabe dónde dejar el instrumento de metal al que acaba de dar un nombre que Ana sólo ha oído en otros contextos, parece dudar si introducirlo en los calzoncillos como podría meter una pistola en el cinturón un personaje de película, opta por dejarla caer al suelo. El ruido metálico retumba en la habitación casi vacía. Luego enrolla la cadena alrededor de dos salientes de metal que probablemente él mismo ha clavado uno a la puerta, otro a la pared, y traba dos eslabones con un candado. Ana está segura de que si diese un fuerte tirón a la puerta los dos salientes saltarían por los aires, pero no hace la prueba.

¿Qué ha pasado?

Debieron pensar que no había nadie. Yo estaba durmiendo por allí, al fondo, con los cascos puestos.

¿Quiénes eran?

Los habrán enviado los propietarios. Joden la cerradura y dejan la puerta abierta. Entonces llega alguien de la empresa acompañado de la policía o de una compañía de seguridad.

Pero eso es ilegal.

No. Es ilegal cambiar la cerradura. Pero si la puerta ya estaba abierta y no hay nadie, entonces lo notifican y ya sí pueden poner una cerradura nueva. El dueño anterior ha vendido esto a una inmobiliaria. Él no daba problemas. No te lo dije, pero los nuevos sí han denunciado.

¿Y por qué no me lo dijiste?

Llevabas dos días aquí, no quería acojonarte.

Esto lo revientan de una patada.

Alfon dio un par de tirones suaves de la cadena con la cabeza ladeada.

Ya, pero no lo saben. Hay que ir a comprar una cerradura nueva, sólo que alguien tiene que quedarse por si acaso. Si viene la poli, tú dices que estás de visita.

Me dijiste que no tengo obligación de identificarme si estoy dentro de la casa.

Pero lo intentan de todas formas, identifican a todos los que pueden. Pero tú no, ¿me entiendes? Eres menor, tía. Tú dices que has venido a ver a Hans, a él ya lo han identificado. El juicio va a ser contra él.

¿Y tú?

Yo tengo ya uno pendiente: resistencia y desobediencia. ¿Has traído de comer?

De las chicas que han abierto esa tienda de comida para llevar.

Qué lujo.

No, capullo, no se lo he comprado. Me han dado restos. Y el postre: pastel de manzana vegano. Un poco reseco, eso sí.

Me vale también. Esta noche tenemos que hacer una asamblea. Para hablar de la situación del juicio. Por lo visto estamos de suerte porque hay irregularidades en las escrituras.

Ana entra en el dormitorio. El perro de Yannick se ha hecho un ovillo sobre el colchón y tan sólo abre los ojos y sacude una vez el rabo cuando Ana se acerca. Es un perro con antepasados de pastor alemán; la forma de su cabeza es la que dibujaría cualquier niño al que le dices dibuja un perro, la

que habría dibujado Ana; también es la forma que siempre intentaba proyectar sin éxito como sombra chinesca usando la luz del flexo de su cuarto infantil: morro alargado, frente recta, orejas puntiagudas. Hola, perro, le dice y se sienta a su lado. Tiene el pelo color canela hacia el vientre y los flancos y gris oscuro con muchas canas en el lomo. Ella había querido tener un perro cuando era niña; su padre dijo que bueno, claro, pero su madre se opuso. Ana juró que ella se ocuparía de sacarlo a pasear, de darle de comer, de llevarlo al veterinario si se enfermaba. El primer mes, dijo la madre, con suerte hasta el segundo, y después soy yo la que tiene que hacerlo todo, como con el hámster, como con el periquito. Probablemente tenía razón, pero de todas maneras la hirió su desconfianza. El padre se encogió de hombros. Puto calzonazos.

## OKUPAS CONTRA ZOMBIS

Ya nadie vive tranquilo en el barrio. Las gitanas que venden romero en la calle Preciados y en el Retiro regresan a sus casas antes de que caiga la noche, trasiegan sus lutos reales o ficticios a toda prisa para que lo oscuro no las encuentre por la calle. También las viejas que habitan buhardillas y semisótanos y esperan la visita de ese hijo que no quiere ya ni oír hablar del barrio porque se fue a vivir a un adosado a una hilera de putas casitas idénticas, casitas de muñecas, casitas de cartón piedra, más cartón que piedra, pero con césped y un perro para cagarse en él, las viejas, encerradas, que hablan en voz bajita por el móvil no sea que las oiga ESO QUE ESTÁ AHÍ FUERA. Y también los chinos, acostumbrados a todo, resistentes, resilientes como se dice ahora, en sus tiendas-islas donde se habla un idioma distinto; es verdad, dicen gracias cuando les pagas y hasta luego cuando te vas, con su particular acento palatal, pero viven en otro mundo. No están aquí ni allí, como si no hubiesen acabado de aterrizar desde su dimensión paralela, la teletransportación que no funcionó del todo: lleváis viéndoos media vida pero no te reconocerían por la calle ni tú a ellos, y han aprendido a contar los céntimos y a dártelos con una sonrisa y a achinar aún más los ojos pero en realidad ni te ven ni te aprecian. ¿Cuántas conversaciones has mantenido con los tenderos chinos?, venga, dímelo, pero sí hablas con el charcutero y con el pescadero y con la punki soñadora que vende hortalizas ecológicas en ese mercado que cada vez es menos mercado y más uy, chicos, qué vermut más

fabuloso dan aquí, y el vino de maceración carbónica es lo más. Ahí sí entras, ¿verdad?, y te tomas unas birritas artesanales y degustas y disfrutas la vida urbana moderna contemporánea del futuro del fin de la historia de lo guay y de lo actual, pero no, no, no hablas con el chino, que podría encerrarse en su tienda y morirse allí y no te enterarías en tres meses ni preguntarías, porque nadie en este mundo sabe adónde van los chinos cuando mueren. ¿Hay un más allá para los chinos? ¿Hay al menos un tanatorio oriental? Son atemporales y aespaciales, pero también ellos intuyen que no están fuera de peligro, que esa particular dimensión en la que habitan no es un escudo de energía ultramegaatómica. Saben, temen, tiemblan, porque lo que ESTÁ AHÍFUERA puede también fijarse en ellos, y entonces olvídate de si eres nacional o extranjero, comunitario o subsahariano. Y estad muy atentos, porque también los negros han dejado de pasear sus figuras elongadas, de recorrer la plaza de Lavapiés con pasos lentos los fines de semana o al atardecer de cualquier día, y esos dos que antes estaban siempre y a todas horas en el cruce de la calle tal y la calle cual para vender un poco de merca han desaparecido. Espera, no lo digamos así, porque «han desaparecido» puede significar lo fatal, lo terrible, lo ya por completo irrevocable y no lo sabemos, quizá están escondidos también en sus casas. Como la anciana en el semisótano. Como el gitano en su pisito pegado al Rastro. Como el chino que ha bajado la persiana metálica y echado el candado mientras mira a sus espaldas no sea que, pero el caso es que todos, todos, todos han abandonado las calles, que ahora relucen bajo el alumbrado público como las avenidas de un sueño, aunque varias de las farolas están apagadas. Malditos okupas, esos cerdos drogados y ruidosos, habría que darles un pico y una pala a cada uno para que se enteren de lo que es trabajar. La gentuza esa que aprovecha o más bien aprovechaba la noche para descerrajar una puerta, venga, todos dentro, con la capucha ocultando el rostro aunque como se han cargado a pedradas la farola de todas maneras las cámaras que están aquí por nuestra seguridad, para protegernos a todos, la policía está a nuestro servicio, todas esas mentiras a las que nos hemos acostumbrado como a leer que el banco tal quiere ayudarnos con nuestros proyectos y que los seguros cual sólo desean nuestro bienestar, los okupas, digo, que rompen farolas y cerraduras y puertas y ventanas y se atrincheran cuarenta y ocho horas, lo justo para que el propietario no pueda hacer que la policía los desaloje, porque vivimos en democracia y las leyes hay que respetarlas incluso frente a delincuentes, porque ése, óigame bien, ése es el

inicio de la decadencia del barrio. Lo dijo la señora como se llame a su hija por teléfono, que ha entrado una gente en el edificio que no veas qué pinta tienen, y cómo huelen, que digo yo que por qué tienen que ser tan cerdos y las chicas, si vieses a las chicas, peor que ellos, y eso es la más grave, porque los chicos siempre han sido brutos, lo eran en el pueblo y lo son aquí, burros que hay que guiar, pero ellas, no me digas, ellas tenían que avergonzarse un poco de todos esos clavos y cosas que se meten en la nariz y las orejas y los labios y me han dicho, pero no puede ser verdad, que se lo clavan ahí también, ahí mismo, menudo gusto que les dará, guarras. Y con ellos, no te rías, es lo que piensan la vieja de la buhardilla y la vieja del semisótano, y con ellos llegaron las ratas, porque echan su mierda en todas partes, tendrías que ver el pasillo, y la entrada, que yo no he visto jeringuillas, pero claro que las hay, que esto es un trasiego de drogadictos que no me atrevo ni a salir a la calle, lo mismo te pinchan y te contagian el sida, y con toda esa mierda, pues claro, cucarachas y ratas y ahora esto, ¡AHORA SE COMEN A LA GENTE!, y yo no puedo más, a mis años voy a tener que mudarme, tendrías que oír los gritos, todas las noches, todas las santas noches.

Los gritos. Es verdad que se escuchan y ya ninguno se engaña, ya saben, sabemos todos lo que son. Y no es que nadie haya intentado negociar con ellos. Elegantes empleados de los bancos dueños de los edificios, dueños de las calles y dueños de las almas les han ofrecido dinero para que se vayan. Y los okupas discuten hasta altas horas de la madrugada, unos hablan de rendición, otros dicen venga, tíos, ke koño es esto, pillamos la pasta y nos vamos a okupar otra. Y algunos aceptan. Y otros no. Así es el anarquismo, un puto desorden. Y los gritos. ¿No estábamos hablando de los gritos? También gritan los okupas,

¿Qué haces?

por la noche, en una de las casas, la que está frente a la buhardilla de Leonardo. Gritos y desapariciones repentinas... ¿De verdad se han ido?, se pregunta Leonardo.

Venid, vamos a seguir a Leonardo.

Leonardo vive en una casa aún sin reformar en la calle del Amparo. No la han reformado porque los vecinos no se ponen de acuerdo, que si uno no

quiere pagar, y que si él no quiere entonces no voy a ser yo el pringao que pague, y además por qué voy a financiar un ascensor que no uso, que lo paguen los del quinto; en fin, la famosa solidaridad de la clase obrera. Y Leonardo es uno de esos que viven en el quinto y necesitaría el ascensor porque está hasta los mismísimos huevos de subir la compra a pulso. Un auténtico dilema filosófico práctico: ¿es preferible comprar mucho de una vez y así sólo tener que enfrentarse al Nanga Parbat una o dos veces a la semana? ¿O comprar de a poquitos y, dulces colinas verdes valles, realizar el ascenso con poco lastre, pero eso sí, todos los malditos días? Porque él no tiene que salir a otra cosa. Él ya tiene una edad y ni recuerda su último empleo.

Que qué haces.

Alfon teclea todavía unos momentos a una velocidad de secretaria de dirección. Levanta por fin la cabeza, busca a su alrededor como si no supiera de dónde ha salido la voz. Por fin sus ojos se fijan en Ana. Si Alfon fuese una cámara fotográfica oirías el obturador abrirse y cerrarse hasta terminar de enfocar.

Ah, nada.

¿Uno de tus artículos?

¿Eh?

Si no quieres regresar al mundo real me voy.

No, no. Está bien. Sólo estaba... Un cuento.

¿Quieres una naranja? Se las he comprado a una gitana.

Ana deja una bolsa encima de la mesa, junto a la máquina de escribir de Alfon. Apoya la barbilla en su hombro y lee en voz alta:

Leonardo palpa el suelo buscando las llaves. Le daría igual encontrarlas. Ahora huele también a pozo de aguas musgosas. Huele a tierra húmeda. Huele a algo ácido que no sabe lo que es. Los pasos más cerca. Esos pies que se arrastran hasta él. El primer contacto, en el hombro, una mano que lo toquetea como la de un ciego escaneando los rasgos de un desconocido. Ni siquiera grita. Tenía razón en lo de los ojos como ascuas, que iluminan ligeramente la escena cuando se le acerca la boca de la que cuelgan babas sanguinolentas.

¿Qué es esto?

Ya te lo estoy diciendo, un cuento. Un cuento de zombis. Se va a titular «Zombis contra okupas», o al revés. Está ambientado aquí, en el barrio.

¿Me lo lees cuando acabes?

Todavía queda mucho. Creo.

Digo cuando acabes.

Alfon no responde. Parece no encontrarse en ese cuerpo al que ahora sólo mueve -tienes que fijarte para percibirlo- una respiración muy lenta. No hay muchos momentos en los que Alfon no cuenta ni enseña ni perora y no recorre el cuarto chocándose con mesas y sillas, que nunca detienen su marcha, como si no fuese consciente de su existencia y su cuerpo absorbiese cualquier impacto. Sólo cuando escribe se ausenta así del mundo. Ana le pasa la mano por la cabeza. Nada. Le toca un hombro. Nada. No le ha preguntado, pero debe de tener veinte años más que ella, y por primera vez Ana piensa que él, un adulto, un hombre que ha vivido las aventuras que ella quiere para sí, quizá conserva inseguridades y miedos no tan distintos de los suyos.

Eh. No me has dicho si quieres una naranja.

Alfon se levanta de la silla, relee lo que lleva escrito en la hoja que aún se encuentra en la máquina de escribir, recoloca los pocos folios que hay a la derecha de la máquina para que sus bordes estén perfectamente alineados unos con otros.

Lo que pasa es que a veces pienso que el zombi soy yo, dice, y a Ana le parece distinguir que se le humedecen los ojos, va a preguntarle algo, se calla. Le tiende una naranja, él la contempla unos segundos, la toma, la huele.

Oxicloruro de cobre, dice, forzando una sonrisa, que Ana consigue devolverle antes de que Alfon se dé la vuelta y salga del cuarto. Ana también huele la naranja pero no nota nada extraño.

## 7

Os confieso una cosa que hacía cuando Ana estaba dormida y yo entraba en su habitación. No se lo he contado a nadie y ni siquiera sé por qué ahora me decido a revelarlo. Es una tontería, nada de importancia, pero a veces nos avergonzamos de lo insignificante. Yo respiraba a Ana. Es decir, algunas noches, mientras la velaba, no me sentaba en el sillón cuya única función era ésa, que yo me sentase a leerle un libro -junto al sillón había una mesa circular con una lamparita de luz amarillenta-, o conversase con Ana desde allí, con la luz apagada, mientras ella se quedaba dormida. No, en lugar de ocupar mi sitio, me sentaba en el suelo al lado de su cama. Ella siempre ha dormido sobre el costado derecho, mirando hacia la puerta; no sé si sigue haciéndolo y me pregunto si dormía así porque se sentía más cómoda sobre ese costado o si era alguna aprensión la que la obligaba a no dar la espalda a la puerta, si aquélla era la posible entrada de monstruos o amenazas para su imaginación de niña. Quiero suponer lo primero, porque Ana se sentiría segura sabiendo que yo era el vigilante de esa puerta, el guardián insomne que habría impedido el paso a todos los tragos y demonios de sus cuentos.

La respiraba, digo. Ella tenía una respiración muy suave, lenta, casi imperceptible, y por eso yo avanzaba mi cabeza para estar cerca, pero no demasiado cerca, y respirar su respiración. No, no penséis que me excitaba, olvidad las fantasías perversas, borrad de vuestra cabeza las noticias que habéis leído en la prensa, ni me excitaba ni buscaba un ritmo en nuestras respiraciones que podría haber sido un remedo de un encuentro sexual. Aunque no me creáis: mi hija nunca ha despertado deseo en mí. Respirar con ella, y de ella, era una manera de ser partícipe del milagro que era mi hija, como sujetar contra el pecho un conejo o un cachorro y sentir su latido contra el tuyo.

Ya está, eso es todo. Ana era mi cachorro y yo era feliz cuidándola, y a veces quería y a veces no quería que creciera, que caminara sola, que se alejase hasta donde yo no podía verla, feliz, libre, ignorante de todas las amenazas del mundo.

No sé si tenéis hijos o si habéis visto crecer a un bebé. Hay una edad, hacia los dos años, en la que todo lo que sucede es un descubrimiento maravilloso. Ya habla y ha comenzado a expresar ideas y deseos complejos, ha descubierto el poder de la palabra; ya no señala la manzana o el pollo, sino que dice manzana, pollo, y el poder mágico de esos sonidos hace que al momento tenga los objetos deseados en la mano; sólo poco a poco irá descubriendo también que a veces no basta decir y expresar, que el mundo sigue inmóvil por mucho que lo conjures, y eso le empuja a caminar, a desarrollar habilidades motrices, a controlar el movimiento de cada dedo para que haga exactamente lo que desea. Ése es el segundo tiempo de los descubrimientos, cuando recorre los pasillos, abre puertas a las que hasta entonces nunca se había asomado, aprende el uso de pequeñas herramientas -una cuchara, un palo, un vaso-, y mientras hace suyo su entorno como cualquier explorador, por el hecho de poner el pie en él y por pequeños actos simbólicos -es lo mismo clavar una bandera en un pico nevado que pintarrapear una pared o desenrollar el papel higiénico, dejar marca, huella, un recuerdo del propio poder-, mientras aprende y crea y destruye, esos actos que podemos llamar vivir, los adultos, también los hermanos mayores, lo acompañan, sonrían ante cada descubrimiento y hacia cada proeza, le animan, a veces también le regañan pero incluso en esos momentos se advierte un deje de orgullo por lo atrevido que es el niño, que se aleja sin volver la cabeza para asegurarse de que mamá o papá le siguen y protegen, y todos se alegran cuando pronuncia una palabra nueva, o cuando inventa una, creando un lenguaje propio -que después irá adaptando al de los demás, también eso es vivir-, y, aunque sea doloroso porque es un paso más en el proceso hacia ser adulto, y es demasiado pronto para deseárselo, cuando por primera vez expresa un recuerdo, cuando el niño deja de ser sólo presente o posibilidad y ya ha empezado a acumular memorias, fragmentos que le acompañarán, transformándose con el tiempo en historias que explicarán y justificarán su vida, y que mucho después pesarán más que el presente y que el futuro, porque ahora, poco antes de cumplir dos años, lo que pesa es lo que sucede justo en

ese instante, el tacto, el gusto, el olfato, la palabra, el movimiento, aún la vida no es para él un texto que se suma a otros y que hay que interpretar -también que tergiversar para darle la forma deseada-, la vida es acto, es aquí, es esto, aunque muy pronto también el niño aprenderá la riqueza de los demostrativos y por tanto el valor de la distancia y de la dificultad: no se tiene el mismo poder sobre el esto que sobre el eso y mucho menos sobre el aquello, y entonces descubrirá el deseo insatisfecho, es decir, la conciencia de los propios límites, de que no todo se puede alcanzar con la mano, y regresará a la palabra, usará un lenguaje más sofisticado como auxiliar para su impotencia, y con la palabra volverá a querer dominar el mundo o a fingir que lo domina.

Pero no corramos tanto, hablaba de esa edad en la que aún parece que sólo es posible ampliar el propio recorrido y en la que cada día equivale a un siglo si nos detenemos a imaginar cuántas cosas, sobre todo cuántas cosas nuevas, han sucedido durante esas veinticuatro horas. La palabra rutina no tiene cabida a esa edad, ni la palabra hábito, ni la palabra remordimiento.

A los trece años Ana era también así, como ese niño de apenas dos años del que hablábamos. Porque entonces, a los trece, o a los doce, en el caso de Ana algo antes, ocurre algo similar: que rompes la estrechez del mundo; a los dos años la cuna y los brazos que te rodeaban, a los doce tu cuerpo infantil y la protección de los adultos; en ambos momentos saboreas la independencia y el riesgo, empiezas a desobedecer conscientemente y te das cuenta de que puedes llegar mucho más lejos de lo que tú mismo habías pensado.

Con diez años, Ana empezó a tocar la batería y lo hizo con la seriedad y disciplina con la que lo hacía todo, con una mezcla de obstinación y terquedad, como si hubiésemos expresado nuestra desconfianza sobre sus posibilidades de aprender y ella quisiera demostrarnos de lo que era capaz. Le compramos una batería muda para soportar su empeño, porque ya antes de desayunar sacaba los palillos y tamborileaba sobre el escritorio (la batería de verdad no la tenía en casa, sino en la escuela de música) y si su madre o su hermano le daban un grito dejaba los palillos y tamborileaba con los dedos, también durante el desayuno, o viendo la televisión, o, con la mano izquierda, mientras hacía los deberes, y su hermano le decía déjalo ya, o, Ana, es insoportable, y alguna vez se atrevió a darle un empujón, o un golpe en la mano para que parase por fin, y yo miraba a Luis con un gesto cómplice, no porque sintiese la menor complicidad con él, sino para hacerle sentir que a mí

me pasaba lo mismo y así apaciguarlo, me daba cuenta de que sus protestas no provenían del malestar provocado por el ruido, sino de la envidia que sentía al ver a su hermana aprender, progresar, convertirse en el centro de atención, y sobre todo envidia de esa pasión, de esa entrega, que cualquiera desearía para sí, yo también, que le permitía dejar atrás lo cotidiano, lo gris, lo previsible, lo adecuado, lo normal, esos ámbitos que habitábamos nosotros, y la llevaba a lugares que no alcanzaríamos, porque nosotros podíamos seguir un ritmo (toda la familia tiene cierta habilidad para la música), y los tres hemos tocado instrumentos, pero era como leer o ir al cine, actividades que te permiten evadirte unas horas, sólo que Ana no se evadía de nada, creaba un mundo a su medida, no llevaba el ritmo, el ritmo la recorría y era lo único que importaba, e incluso cuando veíamos la televisión, los cuatro sentados en el sofá del salón, yo siempre procuraba sentarme a su lado para que, daba igual lo interesante o emocionante que fuese la película, Ana pudiese tamborilear sobre mi pierna, añadiendo sonidos muy amortiguados con la boca para volver más complejo el ritmo, y esos dedos, al golpear mi muslo en rápidas sucesiones, me transmitían parte de su vida interior, de ese entusiasmo del que nosotros estábamos excluidos.

Exagero. Idealizo. Quizá Ana era una niña menos excepcional de lo que yo quería pensar. Aunque nadie negaría que era lista ni que era especial y por eso los profesores, esto es, los profesores de las asignaturas que le interesaban puesto que durante las clases dedicadas a las otras era una niña apática y silenciosa, se paraban a hablar con ella en los pasillos, buscaban su compañía como escolares arremolinándose alrededor del líder natural que hay en cada curso (esa paradoja que siempre la acompañó: era más popular con los profesores que con sus compañeros), y el profesor de batería incluso le propuso, y ella aceptó, que empezase a dar clases a otros niños y también que, en verano, fuese a campamentos en los que ella era, con diferencia, la instructora más joven, y si grababan un vídeo de cualquier actuación de los alumnos, el objetivo se quedaba pegado a Ana durante mucho tiempo, regresaba una y otra vez a ese cuerpo en tensión y a la vez alegre, tanto que a veces te daba la impresión de que no estaba sentada, de que su emoción la mantenía en vilo, alimentaba los bracitos tan delgados, las manos que se movían rápidas de un sitio a otro, y luego, siempre, la cámara volvía a ella hacia el final de cada pieza para dejar constancia de su sonrisa de triunfo, de

cómo añadía unas notas más con las baquetas golpeando el aire, incapaz de parar, de resignarse al esto ha sido todo por hoy.

Sí: exagero. Idealizo. Porque Ana puede que fuese como la he descrito, pero también era una niña normal, y como una niña normal fue olvidándose de la batería, practicando cada vez menos, ya no golpeaba el aire ni las mesas ni la puerta de los armarios, ni mi pierna cuando veíamos la televisión. Y yo no quería preguntarle por qué no tocaba casi la batería, por qué había ido dejando de ir a clase, por qué eso que era su vida y que nos alimentaba a todos (sí, también a su hermano, aunque él lo digiriese con rencor) ya era insignificante como cualquiera de esos hobbies de la niñez que dejas atrás igual que dejas atrás las camisetas con Mickey Mouse o los cuadernos de color rosa con corazoncitos. No quería que fuese una obligación para ella, porque entonces la batería habría perdido su función. Yo quería algo imposible y quizá algo idiota: que fuese ella la que dejase huella en el mundo y no al revés.

En El Despertar, con Isabel, interior, noche, y aún somos los únicos clientes en este bar en el que un hombre con aspecto de profeta bíblico friega con mimo un vaso tras otro y parece absorto en sus meditaciones, Elías en el desierto, y ni siquiera levantó la cabeza cuando entró Isabel, se detuvo un momento nada más atravesar el umbral, giró la cabeza a un lado, después al otro, sin que yo pudiese ver si sonreía al comprobar que nada había cambiado salvo nosotros y quizá la cabeza del dueño, aún más canosa, pero las barbas y los cabellos igual de largos y él, sí, fijándote bien, él un poco más encorvado y más lento, ahora voy, chicos, dijo, al oír los tacones de Isabel, lentos también, un clac, una breve pausa, otro clac, que la llevan con suspense hasta donde yo estoy, ya en pie, y me da dos besos, ni cariñosos ni fríos, dos besos como los hay a millones en el mundo (¿no es triste, dos besos que no podrías distinguir de los que te daría una mujer a la que te acaban de presentar?), antes de sentarse con un gesto que le conozco desde el primer día y cuya función no le quise preguntar para no volverla consciente de él, esa forma de posar las manos sobre la parte exterior de los muslos (¿para que no se le suba la falda?). Tiene los labios de un color al que no podría dar su nombre preciso, violeta o malva diría yo sin saber distinguir uno de otro, y el pelo recogido en una cola de caballo, con el nacimiento tan oscuro que me pregunto si de verdad sigue sin tener una sola cana (una broma antigua entre nosotros, que se

teñía a escondidas, pero sé que no es cierto), una cerveza, yo también, pedimos a Juan, que no hace ningún gesto de reconocimiento, será que hemos cambiado mucho más que él, hemos atravesado ese agitado océano que media entre los adolescentes y los adultos, se nos ha endurecido la piel, hemos echado un caparazón como de tortuga que nos protege de la intemperie, nos limita y aísla a la vez, y ahora, irreconocibles para nosotros mismos, estamos sentados uno frente a otro, intercambiamos palabras que ninguno de los dos recordará en un instante, y parece increíble que esa mujer y yo hayamos estado desnudos juntos, haber estado tumbado encima de ese cuerpo, haber compartido el cuarto de baño, habernos acariciado para darnos consuelo por cualquiera de esos pequeños o grandes dramas que han ido construyendo nuestra biografía íntima, y a lo mejor es porque nota mi ánimo melancólico por lo que la armadura con la que entró y que volvía sus movimientos rígidos y su gesto serio sin ser hosco, se ablanda, casi desaparece, aunque hay en la mirada la prevención del perro callejero que no sabe si esa mano que le tiende un trozo de pan podría golpearlo de improviso.

Querías que hablásemos, dice, como mostrando la incongruencia de todo ese rato de silencio; sobre Ana, añade.

Sí, sobre Ana.

Y quizá espera ahora que de todas formas yo pronuncie un ¿te acuerdas?, y relate la vez que en ese mismo bar, al fondo, nos sentamos a escuchar un recital de un trío de jazz y nos manoseamos y besamos con tanta intensidad que no nos dimos cuenta de verdad de dónde estábamos hasta que uno de los músicos dijo dedicamos este tema a la pareja del fondo, para que no desaparezca esa pasión, y tocaron para nosotros, que lo escuchamos avergonzados y alegres, *As time goes by*, pero recordar eso ahora o cualquiera de los momentos que entonces nos construían, sería revivir su desmoronamiento, aceptar que somos otros y que somos también todo lo que viene después, las veces que estuvimos ahí mismo sentados sin tocarnos no por animadversión sino porque ni siquiera se nos ocurría, y que esos momentos en los que nos ignorábamos también nos han convertido en lo que somos ahora, de la misma forma que un actor en declive, por mucho que recuerde sus grandes papeles, sabe que hablar de ellos es una farsa desplegada para camuflar las películas mediocres, los cameos, los papeles ridículos que está obligado a desempeñar al envejecer. Sí, hay un orgullo, algo

que nos da derecho a decir yo fui aquél, aquí donde me veis yo también fui aquél y al menos yo he vivido esa pasión, ese deseo, ese entusiasmo, no todos han tenido ese privilegio, y no hay que despreciarlo, pero es sólo que el dolor resulta entonces más agudo ante el presente, ante la pérdida, ante esa vida que se ha encogido y descolorido como ropa delicada que fue lavada a demasiada temperatura, por lo que no pregunto te acuerdas, nos ahorro esa herida y sólo digo:

Ana, me tiene muy preocupado.

¿No te ha llamado en todo este tiempo?

Dos semanas. Más de dos semanas.

Yo tampoco sé nada, pero eso es más lógico. En todo caso te llamaría a ti.

No sé, yo ya no sé ni eso.

Entonces Isabel saca una cajetilla de cigarrillos del bolso y la lanza sobre la mesa con descuido, un gesto tan conocido -como el de sujetarse la falda al sentarse- que me dan ganas de olvidar todo, olvidar los cinco o seis o siete últimos años y levantarme y besarla en los labios tomando su cara entre mis manos, y creo que incluso ella se da cuenta y se le escapa un temblor, una inseguridad (esa grieta por la que se manifiesta la mujer emotiva que siempre ha sido y que quizá siga siendo cuando no estamos juntos), y pregunta:

¿Qué quieres hacer? Luis tampoco sabe nada, ¿no?

O no me lo dice.

Pero él ya no está con esa gente.

¿Lo dices o lo preguntas?

Lo digo. Él sólo tonteo unos meses.

Ana es más seria.

Como tú.

Contengo un movimiento reflejo, como el de un animal que detecta a un intruso en su territorio, un movimiento de defensa y de ataque a la vez, iba a saltar ante un agravio que no era tal, no había en la voz de Isabel recriminación ni provocación, sencillamente constataba que Ana y yo éramos serios, lo habíamos sido siempre, incluso los momentos felices o alegres tenían un peso para nosotros que no tenían para Isabel y Luis, dos bandos en la casa, dos alianzas, que se rompieron cuando Ana entró en la adolescencia, y no porque me traicionase y se sumara al otro bloque, sencillamente desertó de

nuestra rivalidad, de las monótonas escaramuzas familiares que sólo pueden llevar a la repetición sin expectativa de cambio, y se fue a vivir a otro campo de batalla, a una guerra seria: la de transformar la sociedad usando la violencia si era necesario, la de enfrentarse a una tarea digna de sus fuerzas y de su rabia, produciéndose heridas que sí merecería la pena recordar.

No me has dicho qué vas a hacer.

Es que no lo sé. No llama, no sé nada de ella, si me presento en su biblioteca o librería anarquista o lo que sea pasará como la última vez. Ni sé si continúa yendo por allí.

¿Seguro que Luis no sabe dónde está?

No me dice nada. Cuando saco el tema me mira como un padre a un niño con unas décimas de fiebre.

Que no lo diga no significa que no lo sepa.

Para ti y para mí es lo mismo.

Anda, sal a fumar un cigarrillo conmigo.

Y salimos, nos paramos a un costado del bar a fumar, como hacíamos antes, durante los últimos años de matrimonio, salir a fumar a la terraza, no tanto una tregua como un momento de reflexión, una forma de romper la dinámica de cada riña o malestar y, uno al lado del otro, mirando los edificios de enfrente, añadir una coda, un apéndice más sobrio o más generoso. Enciendo ahora también un cigarrillo aunque lo dejé cuando nos separamos, y ese gesto nos une, nos recuerda sin sentimentalismos que siempre nos esforzamos por escucharnos a pesar del enfado y de que luego de todas formas no entendiésemos por qué cada uno actuaba como actuaba.

La verdad es que me dolió que los dos decidiesen quedarse contigo, dice Isabel; así, sin negociaciones, primero Ana y luego Luis, «yo me quedo con papá», «y yo». Esperaba que Ana se quedase contigo, pero no Luis. Él estaba en mi bando, lo sentí como una deserción. Quizá por eso me desmoroné más de lo previsto.

No me vas a echar la culpa.

No te voy a echar la culpa de nada. Sólo digo que me dolió. Tuve la impresión de haber estado más sola en la familia de lo que pensaba. Me sentí como esa chica que hay en todas las clases a la que nadie saca a bailar. No creo haberlo hecho tan mal, haber sido una madre tan fría o desinteresada.

(Y no lo era, señor juez, puedo atestiguar que no lo era, aunque nuestros

hijos afirmen lo contrario, pero no aportaré ahora pruebas en su descargo, me limito a esta declaración para que quede en actas.)

Lo siento. Ya ves, yo pensé que era un alivio para ti.

Lo fue. Pero me dolió. Una cosa no quita la otra. He pensado en contratar a un detective.

Tardo unos segundos en rehabilitarme a esa forma que tiene Isabel de discurrir, saltando de un tema a otro como si hubiese entre ellos una secreta lógica de la que estoy excluido.

¿Para encontrar a Ana?

Claro. Para encontrar a Ana.

¿Y si descubre que está cometiendo delitos?

Por eso no lo he hecho todavía. Tengo que averiguar si está obligado a denunciarla.

No hace falta que lo averigües, te lo digo yo. Claro que tiene que denunciarla. Y también aunque no lo haya cometido, basta con que lo esté preparando.

Bueno, tampoco voy a contratar a alguien para que se infiltre en su célula anarquista o lo que sea. Sólo para que la encuentre y la vigile de lejos: dónde está, adónde va, esas cosas. Para que sepamos si se encuentra bien.

Miro a mis espaldas para asegurarme de que nadie me escucha, un gesto que delata el inicio de una sensación de paranoia.

Pero ¿tú te das cuenta? Estamos hablando de contratar un detective. Tú y yo no hacemos esas cosas. Somos gente normal. La gente normal no contrata detectives.

¿Quieres o no quieres encontrar a Ana? Porque a mí no se me ocurre otra manera. Anda, vamos a entrar de nuevo.

Volvemos a sentarnos a nuestra mesa y ahora en el interior del bar me desagrada el olor a tabaco que ha quedado en mis manos. Como me desagrada estar ahí sentado frente a Isabel, que otra vez parece más activa y más decidida que yo, ella ya ha pensado en contratar a un detective mientras que yo me limito a desesperarme sin encontrar una vía de acción.

Lo pagamos a medias, digo.

O sea, que te parece bien.

Es muy raro todo. En serio, un detective, es como irreal. Pero mejor que

pasarme los días esperando a ver si llama.

Le digo que hable contigo. Le llamo yo pero le digo que hable contigo. Tú le puedes dar más información.

Vale. También podemos ir juntos.

No sé.

Se hace un silencio que no es completo porque Juan ha puesto un disco de jazz muy suavcito, tan suave que quizá ya antes sonaba y yo no me había dado cuenta. Un piano, una trompeta, un bajo casi inaudible.

¿Cómo van tus bolsos?

¿Mis bolsos?

Tu trabajo.

Sigues sin saber a qué me dedico.

Más o menos sí.

Más o menos.

No me está criticando, casi sonrío y saca otro cigarrillo y lo golpea contra la cajetilla en un gesto, nuevo para mí, que se me antoja masculino. Tampoco espera respuesta por mi parte. Sencillamente constata la razón de que estemos separados, confirma su lógica.

Juan se acerca a nosotros y nos da la cuenta, aunque no se la hemos pedido.

Cuánto tiempo, pareja. Hacía siglos que no veníais. Me alegra ver que seguís juntos. Uno nunca sabe.

Y se aleja hacia el mostrador rascándose un costado, mientras Isabel y yo nos empeñamos en mirar por la vidriera un coche rojo que se detiene delante del bar, como podríamos mirar cualquier otra cosa, cualquiera que nos distraiga de las palabras de Juan y de ese no saber qué hacer con nuestras manos ni cómo continuar hablando.

## 8

A partir de media mañana la casa suele quedarse vacía. Yannick sale con el perro a ganarse unos euros, a veces con Elena, cuando ella no ha caído en una de sus fases de depresión y se pasa el día en el dormitorio con una silla trancando la puerta para que nadie se aventure a preguntarle cómo está, y también entonces es como si El Agujero estuviese deshabitado, porque Elena en esas mañanas es como un muñeco que alguien se dejó olvidado debajo de un sofá; también Hans y las dos monjitas suelen marcharse nada más desayunar; Hans tiene un trabajo, es el único que aún se relaciona con la economía regular, media jornada en un centro de asesoramiento de inmigrantes que depende del Ayuntamiento, les escucha, les ayuda a realizar las solicitudes de permiso de residencia, les asesora sobre cómo conseguir (casi imposible) que sus familiares vayan a vivir con ellos, les informa sobre sus derechos (escasos) si la policía les requisa los productos del top manta, busca vivienda, resuelve papeleos de la sanidad, informa sobre vacunas para los niños, consuela al amigo del senegalés al que enviaron a un Centro de Internamiento de Extranjeros, regresa a El Agujero desorientado y exhausto, con la expresión de quien, después de un bombardeo, asoma del refugio y no logra reconocer la ciudad destruida, se toma dos o tres cervezas seguidas con ansia; pero eso ya es en la tarde, por la mañana Hans no está, como no suelen estar Yannick y Elena, y las monjitas van a la Biblioteca Nacional porque ahí donde las ves están terminando un curso de posgrado en atención prehospitalaria urgente y sueñan con ir a centros de refugiados en los que hacer algo, hacer algo, ¿entiendes?, dicen con la mirada brillante de entusiasmo y desesperación, porque tratamos a los refugiados como mierda, como animales aquejados de epidemias y parásitos, hacer algo, así que van a la BN todas las mañanas y allí estudian y sueñan y se emocionan y se

entristecen, pero algún día atenderán y curarán y escucharán las terribles historias que crecen en las fronteras, al pie de las murallas, en el puerto al que arriban los rescatados de una patera, agotados, con la mirada perdida, con el miedo aún más dentro que el frío, o trabajarán en los poblados de chabolas de diseño en los que se estabula a los recién llegados hasta saber cómo librarse de ellos. ¿Dónde quedó la hospitalidad griega? ¿Qué fue de la curiosidad por el viajero que podría hablarnos de la vida en tierras lejanas? ¿Cuándo nos convertimos en esos seres atrincherados, parapetados, acorazados? ¿Cuándo mutó nuestra piel en caparazón, el epitelio en quitina? ¿Cuándo nos despertamos como el escarabajo de *La metamorfosis* y seguimos yendo a trabajar y celebrando las Navidades y conversando en las redes sociales sin darnos cuenta de la transformación? Las monjitas preguntan con una desesperación auténtica, no hay en ella pose ni orgullo, no usan la indignación como una forma de superioridad, sino que de verdad les escandaliza la dureza de corazón, así lo dirían ellas, de todos nosotros.

Alfon es quien más se queda en su cuarto por las mañanas, escribiendo o leyendo o pensando, o las tres cosas a la vez, porque suele escribir con un libro sobre la mesa, y a ratos al tableteo eufórico de la máquina de escribir (con ese ¡cling! agudo y alegre que marca el final de cada renglón) le suceden fases de silencio en las que mira la pared sin verla, como si fuese uno de esos monjes que abandonan su cuerpo y vagan por dimensiones desconocidas a los demás, Alfon, la máquina, el libro abierto, los ojos también abiertos pero vacíos, y después un sobresalto como el de un hipnotizado ante cuya cara acaban de chasquear los dedos, y de vuelta al libro o a la escritura. Ana lo contempla en esos ratos como contemplaría un cocodrilo, fascinada y a la vez ajena, incapaz de comunicar o comprender esa completa separación entre dos seres tan cercanos.

Y los demás..., los demás son gente de paso, trashumantes, forasteros que pernoctan allí como podrían hacerlo en cualquier otro sitio. Ésa fue una decisión de los fundadores, de los que sólo queda Alfon, y quizá sea ya hora de narrar ese momento fundacional, así que vamos a abrir aquí un paréntesis y después regresaremos a Ana en esas mañanas en las que El Agujero se queda vacío.

Al principio eran seis, dos de ellos pareja. Alfon había dejado su puesto

de profesor adjunto en la Autónoma. Lo hizo de un día para otro. Sencillamente dejó de ir a las clases. Ni siquiera podría decirse que fue una decisión, más bien, fue la incapacidad de levantarse de la cama, acudir al aula, enfrentarse al amable desinterés de los estudiantes, a la falta de entusiasmo de los compañeros, a ese ligero escepticismo que empezaba ya a contaminarlo a él, no creer, no esperar, no desear, trabajar como quien acude a una oficina a rellenar libros de contabilidad con cifras cuyo significado ignora, con precisión, eso sí, con profesionalidad, con un ligero hastío que sólo puedes ocultar con chistes desgastados o más café. Alfon no se levantó una mañana para ir a trabajar, no respondió al teléfono ni a los correos electrónicos, no supo si lo expedientaron o qué demonios se hace con alguien como él, ni siquiera sabía qué pasaba con la Seguridad Social, con los impuestos, con el alquiler, con la pensión, con toda esa mierda. De pronto un día te da todo igual y eso ya te convierte en un fuera de la ley, porque ni IRPF ni ambulatorio, ni trienios ni un programa que cumplir. Alfon tenía unos conocidos ex CNT que llevaban tiempo queriendo okupar. No por auténtica necesidad, sino como acto político: fundar nuevas formas de convivencia, resistir a un sistema que convierte la vida en propiedad y obligación, que exige documentos hasta de los perros, certificados, chapas, chips. Salirse del sistema, salirse de los datos, empezar la transformación desde lo más básico, el lugar que oc(k)upas. No atravesar desiertos o selvas para encontrar el sitio en el que levantar poblados libres, sino construir la nueva ciudad en el corazón de la vieja. Así que la k es importante, una demostración de que puedes recuperar incluso el control de un lenguaje contaminado.

Dejó sus cosas sin resquemor, no le importaba perder el reproductor de DVD ni la estatuilla africana de aquel viaje a Senegal, ni el ordenador con fotos, cartas, libros, recuerdos. Una bolsa de viaje con la ropa imprescindible y las cosas de aseo; el dinero que había sacado de la cuenta (usó la tarjeta de crédito para obtener unos euros más de los que realmente le pertenecían), y la máquina de escribir, algo que no se pudiese rastrear, eliminar todas las balizas que lo situaban en algún lugar cartografiado, volver a lo analógico y mecánico para difuminar la huella digital, prescindir de circuitos integrados y microprocesadores (ni ordenador, ni móvil, ni tarjeta de crédito), ser la anomalía en el big data, como la polilla que en la Historia Antigua de los ordenadores daba un bocado a la tarjeta perforada y provocaba una catástrofe.

Una nueva sensación. Adentrarse en territorio desconocido. Hic sunt dracones. Ser ese punto en la pantalla del radar, una pulsación de luz que hacía bip a cada movimiento y de pronto se apaga: imaginar la pantalla a oscuras, estar él en el fondo de esa oscuridad. Le dio pena desprenderse de algunos libros (una primera edición de *El derecho a la pereza* en francés, una edición ilustrada de *La conquista del pan*, un reloj de cuco en el que al dar las horas salía Trotski empuñando una pistola), pero necesitaba un gesto radical para quitarse de encima de verdad todas las expectativas, sacudirse los proyectos. Cruzar el Rubicón. Quemar las naves. Abandonar la cápsula espacial y adentrarse en el planeta desconocido. Dejó en el apartamento el DNI, el pasaporte, la tarjeta sanitaria, el carnet de la Biblioteca Nacional.

Habló con sus amigos ex CNT. Una era profesora en un instituto de las afueras de Madrid, esas afueras de ladrillo visto, bloques de ocho o diez pisos, jardines diseñados por funcionarios, avenidas y carreteras por las que nadie paseaba, todo nuevo, todo salubre, todo limpio, no os quejéis. Su compañero había dejado de cobrar el paro después de que privatizasen el hospital en el que trabajaba y la nueva empresa lo echase a la calle. ¿Lo que más me llamó la atención?, decía. Los dientes, tío. Todos tienen los dientes perfectos. A lo mejor el traje tal, o el bolso algo desgastado, o calvos o la piel estropeada, pero sus dientes son la hostia. Impresiona mucho hablar con gente que lleva esa dentadura, no prestas atención a lo que dicen porque una sonrisa así te acojona para siempre.

La pareja tenía tres amigos, dos mujeres y un hombre; vivían desde hacía años en un Centro Social Okupado que iba a ser desalojado por la policía: ya habían perdido todos los recursos, el banco había presentado un plan de explotación, la gente del Ayuntamiento que había ido a informarles -voluntariamente, no tenían obligación- les advirtieron de que no podían hacer nada; aunque fuese un espacio de actividades culturales útiles para el barrio, aunque los vecinos los apoyasen, aunque hubiesen propuesto un plan para rehabilitar el edificio. Nada que hacer. Y aunque no se habían rendido y estaban dispuestos a enfrentarse a la policía, se trataba de una resistencia testimonial: sabían que en pocos días estarían durmiendo en otro lugar. Por eso: una casita que llevaban varios días observando; nadie entraba ni salía, no había luces en el interior, una casa de una sola planta en medio de Madrid, basura amontonada en la puerta, tejado de teja en el que crecía una vegetación

oportunista (como nosotros, dijo Alfon, vegetación okupa), enfrente de un supermercado, o sea que por la noche no había vecinos directos que pudiesen observarlos y llamar a la policía. Pintaba bien, ¿no?

Alfon fue el encargado de ir al Registro de la Propiedad.

¿Para qué necesita la copia simple?

La mujer, parapetada detrás de un mostrador blanco como de clínica privada lo preguntó sin curiosidad ni desconfianza, un puro trámite como le había preguntado un momento antes por la dirección del bien (¿dónde se encuentra el bien?, preguntó sin levantar la vista del ordenador, una pregunta a la vez teológica y capitalista, que convertía lo abstracto en un valor material).

Estamos haciendo un estudio sobre viviendas propicias a la rehabilitación.

La mujer le dijo que cuatro euros y enseguida le entregó la nota simple del registro. Sólo cuando él le dio las gracias levantó la mujer la mirada y sacudió ligeramente la cabeza. Alfon pesaba diez kilos menos que hoy, pero aún entonces era un hombre obeso, las gafas de miope con una patilla soldada por un esparadrapo, el pelo largo y de aspecto grasiento (aunque entonces se duchaba con regularidad) y la chaquetilla vaquera desgastada no parecían inducir a pensar que fuese capaz de realizar estudio alguno.

Puede que los datos no estén actualizados, le dijo.

Alfon se detuvo en medio del giro para marcharse.

¿Qué significa eso?

Que ahí pone que la licencia para el derribo y nueva obra caducó. La crisis, supongo. Pero puede que hayan solicitado una licencia nueva que aún no se ha registrado.

¿Y?

No estás muy bien informado, ¿verdad?

La mujer se levantó, salió de detrás de su parapeto. Llevaba unos pantalones de cuero más para ir a una discoteca que para trabajar en el Registro. Cerró la puerta que daba a una sala más amplia con estanterías llenas de archivadores a la que Alfon no había prestado atención. La mujer llevaba un punto y coma tatuados en la parte posterior del cuello, que la melena corta no tapaba del todo.

Si han pedido una licencia, le dijo a Alfon, aún medio girado hacia la puerta, y alguien decidiese okupar la casa, pueden pedir el desalojo por la vía

rápida.

Ya. ¿Qué debería hacer alguien que va a hacer una okupación?

Si ese alguien fuese yo, pediría un informe a la Delegación de Urbanismo del Ayuntamiento.

Alfon soltó una risita nerviosa que a él mismo le pareció ridícula, se quitó las gafas y las limpió con un pico de la chaquetilla.

¿Y ahí...?

Ahí veis si hay ya concedida alguna licencia de derribo o rehabilitación. Si el edificio está protegido...

Entró en el despacho un joven con un montón de carpetas en una mano y un casco de moto en la otra. Hola, Marisol, luego vuelvo. Dejó las carpetas en el mostrador y salió de nuevo sin cerrar la puerta.

Ambos aguardaron a que el joven hubiese entrado en el ascensor.

¿Y tardan mucho?

Tres meses máximo. En general menos, si no tienen que pedir información adicional.

Un hombre llegó puntuando sus pasos en el largo pasillo con los crujidos de sus zapatos. Ellos se quedaron en silencio mientras se acercaba. Vestido con un traje gris, delgado, cincuentón de expresión poco feliz, chirriaba paso a paso como en una película de Tati.

Hubo un momento de silencio en el que los tres se miraron alternativamente como si esperasen algo.

Gracias. Por todo, dijo Alfon y completó el giro.

¿Y éste?, preguntó el hombre como si ya Alfon no pudiese oírlo.

Quería una nota simple del registro.

Sí, como que se va a comprar este un piso, no te jode. Vaya gentuza.

A Alfon le habría gustado mirar a la mujer para despedirse con una sonrisa, pero temió encontrarse con el gesto despreciativo del otro. Tendió los brazos hacia delante y comenzó a alejarse por el pasillo imitando a un zombi. Sólo recuperó su paso normal cuando llegó a las escaleras. Los ascensores le producían claustrofobia.

En el catastro habían podido comprobar que la casa tenía cuatro dormitorios y un salón, una cocina pequeña y un cuarto de baño que no era grande, pero suficiente. Decidieron que ellos ocuparían tres habitaciones y

mantendrían una disponible para quien estuviese de paso. Pidieron el informe desde la página del Ayuntamiento dando los datos de la profesora, pero prefirieron no esperar el resultado, a riesgo de que los desalojasen de inmediato.

Primero se aseguraron de que no había cámaras que apuntasen a la casa. Los dos hombres, que ya tenían experiencia en okupaciones, se acercaron para examinar la cerradura y decidir si entrarían por la puerta o por la ventana. Era más fácil por la ventana, pero el costado de la casa donde se encontraban daba a una callejuela y frente a él había varios balcones. Era fundamental que nadie denunciase en cuarenta y ocho horas. A partir de ese plazo no podían desalojarles sin un procedimiento judicial.

La ley es cojonuda, dijo Alfon, cuando se lo explicaron. Hay que estar agradecidos porque tenemos un sistema jurídico que funciona.

Vete a cagar, fue la respuesta de su amiga.

Querida, hay que saber explotar las debilidades del enemigo. Del manual de la revolución, tomo uno, página uno.

Que te vayas a cagar.

Decidieron entrar por la puerta. A las tres de la madrugada un aire frío y húmedo subía la cuesta hacia el centro de la ciudad.

Alfon caminaba a tres o cuatro pasos de distancia detrás del otro, al que llamaban Aguirre, como si no tuviese nombre propio. Si los vieses pensarías que sus rumbos sólo coincidían por casualidad, que en cualquier momento uno doblaría por una calle y el otro seguiría recto su camino. Aguirre, cada veinte o treinta pasos, hacía un movimiento como para tirar de los pantalones, pero sin usar las manos, apretando las muñecas contra las costuras laterales y empujando hacia la cintura, lo que hacía pensar en un mecánico con las manos manchadas de grasa pero necesitado de poner su ropa en orden. El entrechocar de herramientas en la bolsa de deporte que llevaba también sugería un empleo en un taller de reparaciones. Se juntaron delante de la puerta. No habían ido los seis para evitar llamar la atención, pero no parecía que nadie pudiese fijarse en ellos en esa calle desierta, salvo por un vagabundo tumbado en un banco bajo dos o tres capas de mantas, con una botella de cerveza vacía entre las manos dormidas, como un niño que se aferra a la almohada o a un peluche.

El ruido del taladro les hizo rechinar los dientes y al vagabundo cambiar de postura. Cada segundo que duró el estruendo les pareció imposible que

nadie se asomase a la ventana, que un coche de la policía no llegase a toda prisa con la sirena sumándose a la cacofonía.

Esta broca no vale, dijo Aguirre. Se está deshaciendo. Yo creía que era para metal.

Comprobaron que la broca había perdido la punta, imposible horadar con ese muñón pulido. Aguirre sacó otra y la puso en la taladradora.

¿Es mejor ésta?

Pensaba que la otra era la buena, así que a ver.

Otra vez el estruendo, un sonido como si se desgarrase una plancha metálica, un ruido de fundición o de fábrica de automóviles. Alfon miraba con tanta atención la broca entrando en la cerradura como la calle por la que podrían llegar los maderos. Salieron chispas de la cerradura, un ruido como de quebrarse algo, la broca se quedó encajada y dejó de girar. Aguirre sacó martillo y punzón y golpeó el trozo de broca trabado. Cayó en el interior de la casa y Aguirre hizo una mueca de personaje de dibujos animados, todo dientes, ojos y arrugas. Introdujo un destornillador y lo giró en la cerradura. Hubo un nuevo chasquido. Alfon empujó la puerta.

Olía a humedad y a polvo. Entraron rápidamente. Con la puerta entreabierta, Aguirre desatornilló lo que quedaba de la cerradura -el tornillo se encontraba en el borde de la hoja- y la sacó con cuidado. Introdujo una nueva que sobresalía un centímetro por cada lado, pero eso daba igual. Echó la llave y dio una a Alfon.

Estás en tu casa, le dijo.

Decidieron no encender las luces para no llamar más la atención de lo que habían hecho. A ninguno de los dos se le había ocurrido llevar una linterna pero entraba suficiente luz por las ventanas sin cortinas ni persianas y por un boquete abierto en el techo del salón.

Eso lo han hecho los propietarios. No les darían licencia de derribo y así se va jodiendo el piso hasta que es insalubre o un peligro o para la seguridad.

Alfon pasó la mano por un sofá volcado hacia la esquina en la que le faltaba una pata. La humedad le produjo una sensación desagradable, como tocar el interior de un tronco podrido. Enderezó dos sillas volcadas, recorrió las habitaciones vacías como quien entra en la casa de un muerto, esperando encontrar huellas, restos, testimonios de una vida terminada. Pero en las demás habitaciones no había nada más que polvo, cascotes quizá de cuando abrieron

el agujero en el techo, grietas en las que se acumulaban tierra y moho. Los suelos eran de terrazo resquebrajado. La madera de las ventanas podía horadarse presionando con la uña. Alfon apoyó la frente contra el cristal; fuera sólo se veía una fachada con desconchones y un palimpsesto de grafitis la mayoría indescifrables. En el primer piso, una anciana sentada y envuelta en una manta lo observaba sin curiosidad ni sorpresa aparentes, quizá ni siquiera lo veía y sólo miraba en su dirección por casualidad. Alfon sintió un malestar inexplicable, una tristeza que no era nueva pero de todas formas inesperada. Como si se viese a sí mismo en esa casa miserable con otros ojos, con los de quien juzga y examina: ¿era eso? Entonces, ¿era eso lo que querías hacer con tu vida? ¿Era aquí adonde querías llegar, a este basurero?

Qué cabrones.

La voz pareció provenir de varias personas al rebotar por las habitaciones vacías.

¿Qué pasa?, preguntó Alfon en voz tan baja que nadie fuera de la habitación habría podido oírle y buscó a su compañero. En el baño contemplaron juntos el lavabo roto en pedazos que algún colgado había intentado embutir en el retrete. Alfon abrió el grifo de la ducha y sonó como si alguien se enjuagase la garganta, luego como si golpeasen las cañerías con un objeto metálico. Voy a buscar la llave de paso, a ver si hay suerte y no han cortado el suministro, dijo.

En la cocina sí había unos cuantos armarios que, lijados y limpios y quizá atornillando mejor las puertas y desde luego quitando la capa de grasa que cubría las baldas, podían cumplir su función. La tubería del gas acababa en un tapón metálico en la parte baja de una pared, allí donde posiblemente hubo un horno. Debajo de un fregadero no conectado por tuberías ni desagüe estaban la llave principal y el contador. Giró la llave y no pareció que sucediese nada, salvo que Aguirre empezó a dar gritos. Alfon sonrió imaginándolo debajo de la ducha en el momento en el que salió el agua.

Se tumbaron a dormir en el salón. Antes de cerrar los ojos, Alfon vio la luna llena a través del agujero en el techo. Le pareció estar mirando a través de un telescopio.

Ésa es la casa en la que vive Ana, ahora más limpia y con el agujero en el techo cerrado e incluso con los marcos de las ventanas, no cambiados ni

reparados, pero al menos cubiertos de una capa de laca blanca que les da un aspecto más sólido, y con fotos en blanco y negro de espectáculos teatrales pinchadas en algunas paredes (ninguna del Che, ni del subcomandante Marcos ni de Johnny Rotten, como podrías esperar), un baño al que han quitado parte del moho adherido a las esquinas y con nuevas juntas de silicona; huele a café y a marihuana, el aroma flota en los cuartos volviéndolos íntimos, habitados, aire compartido que va pasando de un cuerpo a otro, a ella le gusta imaginarlo, que comparten el aire, los olores, los deseos, los afectos, en esa casa que es lo más cercano a un hogar que podría imaginar para un adulto (sin papá protegiéndote y limitándote, sin mamá dirigiendo tus pasos con sus ojos alegres o tristes), esa cercanía, ese calor pero sin el peaje que impone cada familia, ahí, recostada en el sofá leyendo, ahora que se han ido todos y ni siquiera están los que se quedan sólo un par de noches o de semanas, en raros casos meses, en la habitación de tránsito, pero no llegan a ser parte de la comunidad, se les trata bien, se portan bien, alguno más mañoso ayuda con los arreglos siempre pendientes (reparar el pomo de una puerta, tapar con cemento un agujero en el pasillo, fijar la barra del cortinón que oculta el salón a los viandantes, a los chismosos, a los policías, a los dueños), compran comida aunque no siempre suficiente para mantenerse y toman prestado lo que se encuentran en el frigorífico o en la hilera de armaritos desvencijados de la cocina, sueño en demolición de un futuro de clase media con electrodomésticos encastrables, campana extractora y superficies que en su día fueron limpiadas con productos delicadamente abrasivos.

Otros, como ella, llegan para quedarse. Agradecen esa paz de aldea que existe no por obligación o tan sólo porque la gente nace y trabaja allí, porque las tierras o porque la escuela, sino porque un día alguien se instala y dice aquí me quedo, extiende su manta en el suelo y acepta como propio lo que es de todos y al revés. Y se siente tan bien que a veces casi preferiría no tener que salir a la calle, leer y tomar café y a lo sumo fumarse un porro pero a menudo ni eso porque no necesita estar mejor, eso es increíble, haber conseguido una satisfacción sin expectativas, renunciar a cualquier ambición o avidez. A veces le parece mentira haber llegado allí, inverosímiles las casualidades que la pusieron en ese camino:

Ana, en aquel momento de tres años antes, tiene catorce y es la primera

vez que se escapa de casa. Para ser exactos: no se ha escapado de casa sino de la excursión de su colegio, pero no tiene la intención de regresar a casa de sus padres, porque ya no es la suya o al menos no la siente como suya.

No ha sido una decisión premeditada, una huida que surge de un convencimiento y de un plan, sino el resultado de una revelación. Han pasado dos días visitando Córdoba, monumentos, iglesias, patios, calles que la profesora llama pintorescas todo el tiempo, casas con rejas recién pintadas, paredes recién encaladas, una tienda en cada portal. La profesora habla de fechas y de militares y de reyes y reinas, más de reyes que de reinas, habla de batallas y de santos, a veces en la misma frase, les da unos segundos para que asimilen la importancia de lo que acaban de oír, les señala en silencio la estatua de un mártir o la altura de una nave barroca, sólo con un gesto de la mano para que experimenten la emoción y la reverencia. Esto es la herencia de nuestros mayores: estatuas de asesinos, santos en éxtasis o en el potro del tormento, piedras que parecen anclar la ciudad entera al suelo, el peso de los siglos, capaz de aplastar cualquier intento de huida. Ana escucha de refilón, prefiere pasar los dedos por la piedra, seguir los relieves, eh, chica, se mira pero no se toca, quedarse unos metros atrás para no oír la voz de la profesora, que también explica lo que muestran los cuadros, milagros, santos, vírgenes, torturas, fieles e infieles, para no oír las bromas de sus compañeros, no ser testigo de sus diminutas transgresiones que a ellos sin embargo les parecen necesitadas de una audiencia (Carlos levantando el pico de la falda de una Virgen, Yenny fumando un cigarrillo en los baños del museo). ¿Una rebelión escondida es una rebelión?

Le gusta quedarse rezagada e imaginar que camina sola, a veces incluso consigue olvidarse de los demás, pero el grupo no permite disidencias o rechazos, vías individuales, enseguida alguien hace una broma sobre ella, la llaman con un balido coral, se dan codazos. No soporta a sus compañeros, le cuesta cada mañana entrar en el aula y sentirse asfixiada por ese aire cargado de hormonas, podría ahogarse en él como en un fluido, una vaharada de deseos imprecisos, un boceto de futuros sometidos. Esa búsqueda continua de provocar un efecto, ese afán por reír tan alto que no se oiga el murmullo de sus miedos. A ella no la engañan con sus poses y sus bravuconadas: casi todos sospechan que acabarán igual o peor que sus padres.

Después de Córdoba van a Granada y el hartazgo de viajar con sus

compañeros, de visitar ciudades como quien lee las páginas de un libro lleno de datos inútiles, hace que se sienta cada vez más nerviosa. ¿Quién quiere ir a comprar bocadillos para todos?, pregunta la profesora, una mujer que rondará los cincuenta y aún se esfuerza por mantener una apariencia de ilusión y de fe, que escucha con atención excesiva los problemas de sus alumnos, benévola en las calificaciones, con un ojo atento a los chivos expiatorios y a los inadaptados. Le gustaría tanto que sus alumnos la considerasen una más, una de los suyos. ¿Algún voluntario? Son casi las tres de la tarde, han visitado la Alhambra muy temprano y acaban de hacer un recorrido breve y desgano por el convento de San Jerónimo, el calor se refleja en las piedras de la explanada como si fuesen espejos, duele mirar sin entrecerrar los ojos. Los compañeros de Ana sudan y resoplan, yo no, dice uno, ni aunque me paguen, dice otra, y Ana levanta la mano, es la única, yo, dice, yo puedo traerlos. Joder, dice un idiota que se sabe de memoria las alineaciones históricas del Real Madrid, joder, la Ana que nunca hace nada. La profesora sonrío y se alegra por esa buena disposición en una chica normalmente tan retraída. ¿No quiere acompañarla nadie? Venga, chicos, que es mucho para ella sola.

No, no pasa nada. Puedo hacerlo sin ayuda.

Le da un billete de cien euros. Bocadillos variados, y unas botellas de refresco. Pero ¿seguro que vas a poder con todo? Lo pregunta con preocupación fingida; ella también está muy a gusto sentada en un poyete de piedra en la sombra. Claro, sin problemas, dice Ana. No era premeditado, pero esa mañana había guardado en la pequeña mochila que lleva a todas partes (una mochila de cuero, regalo de su hermano cuando cumplió catorce, toma, para tus viajes, Anita) toda la ropa que ha cabido, un libro, el móvil. No tenía ni idea de qué iba a hacer pero sí la inquietud previa a un examen, el deseo de haber terminado y respirar, poder pensar en otras cosas o en nada, y guardó todo sabiendo que sus compañeros se reirían de ella y le preguntarían por qué llevaba una mochila tan pesada con tanto calor. La mochila, precisamente, es lo que llama la atención a la profesora en el último momento, pero Ana, deja aquí la mochila, mujer, y ella niega con la cabeza y no sabría cómo justificarlo hasta que un idiota grita es que lleva ahí las compresas, y todos se ríen y la profesora se queda con la boca abierta sin saber si sería indiscreto insistir más.

Ana, ya a punto de salir del recinto, aún se vuelve para sonreír al grupo

con una necesidad repentina de tranquilizarlos, un último residuo de mala conciencia, la profesora hace un gesto con la mano, como saludando o despidiéndola, y Ana echa a correr en cuanto ha doblado la primera esquina. Le quedan unos ochenta euros de lo que le han dado sus padres. Los cien de la profesora son un extra inesperado. Busca en el móvil la estación de autobuses y corre hacia ella. Vendedores aburridos la ven correr desde banquetas en el umbral de las tiendas, revoloteos de palomas se levantan con sus pisadas, que restallan como petardos en las plazas desiertas, hay una alegría en el cuerpo, en cada movimiento, un peso que se eleva y tira de ella hacia delante y hacia arriba, ya no vuelve la mirada ni comprueba, está tranquila y a la vez expectante, como quien se asoma a un precipicio para ver el arroyo que corre en el fondo. ¿No es hermoso tener catorce años y no saber adónde te diriges, viajar sin que nadie te espere?

En la pantalla tiemblan los nombres de los destinos, atravesados por alteraciones en la frecuencia. Compra un billete para el primero que va a salir. Diez minutos incómodos en la estación, mirando por la mampara el autobús aún a oscuras. Hasta que se den cuenta de que es una huida y no extravío ya estará muy lejos, y hasta que empiecen la búsqueda de verdad, con ayuda de la policía, seguro que ha llegado a su parada. Pensarán primero que se ha perdido o que la han secuestrado. Sus compañeros harán bromas, habrá uno que diga ha huido con la pasta y en esa pequeña rendija empezará a crecer la sospecha. Intenta imaginar quién será el primero en decirlo, cómo de largo será el silencio que seguirá a eso que aún es esa broma, quién será el siguiente que aventurará una explicación disparatada para obtener su diminuto instante de atención. Alguien preguntará quién tiene su número de móvil y descubrirán perplejos, quizá algo avergonzados, que ninguno lo tiene.

Ana apaga el móvil y lo deja caer en una papelera. Tiene catorce años pero no es idiota y sabe que el móvil es una trampa, un espía en tu bolsillo que le dice al mundo quién eres y dónde estás.

Monta en el autobús después de enseñar el billete al conductor con sensación de culpa. El olor a plástico y a gases de combustión, y a algo que le recuerda el cuero cabelludo poco limpio (el olor de la cabeza de su hermano), le produce una ligera náusea. Por suerte le ha tocado ventanilla. El trayecto dura dos horas. En las paradas cierra los ojos para no encontrarse con las miradas de los que van subiendo, un resto más de mala conciencia. Los abre

cada vez que el autobús se pone en marcha, y absorbe cada imagen como si tuviese que memorizarla, tomando nota de cada color y cada sombra, los cambios de plano, la manera en la que el mar aparece detrás de una curva, una franja de metal galvanizado, algo frío y sólido y liso que hace que no parezca disparatada la fantasía de caminar sobre las aguas, también cómo de repente el paisaje se transforma en escenario de lejano oeste, o cómo lo que de lejos le parece un campamento de refugiados (imagina familias africanas acucilladas en silencio bajo la penumbra de los toldos, rumiando una papilla de miedo y esperanza) resultan ser invernaderos, decenas de hectáreas de plástico que hacen pensar más en granjas de experimentación en planetas lejanos que en actividades agrícolas. Nada más apearse en Almería sabe que no se va a quedar allí. Todas las ciudades son la misma ciudad. Se monta en un autobús sin pagar el billete y también se baja de él con la sensación de que las decisiones se toman solas cuando no les concedes importancia. Pronto se va a hacer de noche y ni siquiera eso la preocupa porque las dos noches que habían dormido en Córdoba lo hicieron con la ventana abierta a pesar del ruido, su compañera de cuarto quejándose del calor y de la gente y de por qué no les han puesto en un hotel con aire acondicionado. No cree que vaya a pasar frío. Buscará un lugar apartado de la carretera, una hondonada, un abrigo del viento y de los violadores que tanto miedo dan a sus padres. Transitan pocos coches por la carretera, saca el dedo sin mucha fe mientras camina de espaldas, por primera vez con la sensación de estar fugándose, no sencillamente viajando, un momento de independencia en el que se dice soy yo, soy yo la que se va. Enseguida se detiene un BMW idéntico al de su padre, salvo que el color azul es más claro. En la mano que lleva en el bolsillo empuña la navaja ya abierta, una navaja multiusos con sacacorchos y tijeras inservibles e incluso un palillo de plástico para escarbarse los dientes alojado en uno de los bordes, pero el tipo no se interesa mucho por ella, se pasa la mitad del camino hablando por teléfono con el bluetooth prendido de la oreja.

¿Aquí te va bien?

De maravilla, muchas gracias.

Una mirada extrañada al camino de tierra que cruza un territorio desierto, vistazo al retrovisor, a ella (¿un momento de duda, quizá preguntándose si esa chica no estaría dispuesta a, porque qué hace sola si no es una, y si la llevo conmigo y después?), que ya ha abierto la puerta y desciende intuyendo el

momento de peligro. Camina casi una hora por el camino de tierra, mirando la noche que va absorbiendo el paisaje tan poco a poco que sólo la percibe cuando empieza a mirar con atención dónde pone los pies: se sale del camino al llegar a lo que por el día es un aparcamiento; una caseta, un cartel, nadie cerca; duda pero se dirige hacia donde indica el cartel. El camino pierde consistencia, los pies se entierran en la arena, la sensación de adentrarse en el desierto. Los altos tallos de las pitas se recortan contra el cielo como troncos que hubiesen sobrevivido a un incendio. Bolas de espinos le arañan los tobillos. La playa se abre ante ella al remontar una cuesta, tiene forma de media luna, menos de quinientos metros de arena protegida por riscos. Ni una construcción alrededor. Nadie más que ella atravesando la superficie blanquecina. Al fondo el mar, un lento susurro que apenas cambia de volumen con el ir y venir de las olas. Cangrejos huidizos se refugian en sus agujeros al percibir el retumbar de sus pasos, como supervivientes en una guerra cuando oyen acercarse los bombarderos. Ana se detiene con la esperanza de que alguno vuelva a asomarse de su cueva, pero los cangrejos son más pacientes que ella.

Busca un sitio en el que acomodarse para pasar la noche y sólo entonces se da cuenta de que con la excitación se le ha olvidado comprar comida. Le queda media botella de agua y unos frutos secos. Se tumba boca arriba en la arena.

Es eso. Exactamente eso lo que buscaba. Estar tumbada en la arena mirando el cielo, sin preocupaciones ni deseos. El mar le respira en el oído. Ana recuerda la respiración de su padre cuando se tumbaba a su lado en la cama hasta que se dormía. La respiración como una manera de seguir conversando con ella, envolverla, protegerla. La luz del horizonte se ha vuelto violeta.

Abre los ojos de vez en cuando con una sensación de presencias que no le producen miedo, un cortejo de aves o pequeños e inofensivos animales. Si Ana tuerce un poco la cabeza para mirar el mar ve tres pequeños pesqueros atravesando la imagen de derecha a izquierda, tres líneas de luz flotando en lo oscuro. Una gaviota parada en una piedra, silueta negra que parece tiritar sobre su patas de alambre.

Ha vuelto a dormirse y se despierta hecha un ovillo contra unas piedras y con una vaga memoria de que por la noche le han castañeteado los dientes. El

mar ya no susurra sino que se acerca y se retira con estruendo de cantos rodados deslizándose por una pendiente. Sacude arena del pelo, telarañas de los ojos, residuos de sueños que se le escapan justo cuando va a recordarlos. Gaviotas gritando en lo alto. Unos maderos podridos que anoche no estaban ahí se mecen en el límite de las olas. El sol asoma ya por encima de los riscos. Oye un ruido de ropa ondeando en el viento y justo después ve una bandada de pájaros de colores imposibles, pájaros como pintados por un niño, atravesando el cielo. Le ha parecido ver amarillos y verdes, rojos y azules, pájaros con pintas blancas y negras, a rayas, pájaros arcoíris. No es posible pero es lo que ha visto y siente un vértigo casi agradable. Se sienta excitada en la arena. La bandada de pájaros, parecen palomas, ha quedado oculta por el acantilado que se levanta a la derecha de la playa. Va a tumbarse otra vez cuando llegan de nuevo en idéntica trayectoria. Multicolores, y silenciosos salvo por el batir de sus alas, no gritan como papagayos o loros, no abruman la playa con estridencia selvática: mudos, verdirrojos, rojiazules, pájaros mimetizados con un cuadro de Pollock. Pero esto Ana no puede expresarlo así porque aún no conoce a Pollock. Catorce años, alegres y excitados en una playa desierta, el principio de una vida. La felicidad de estar sola, libre por tanto, o eso piensa ella; catorce años, al fin y al cabo.

Sigue sintiendo frío y se va a buscar el sol sobre la arena. Pero antes se desnuda por completo a pesar de la carne de gallina. No hay nadie en la playa y de todas maneras en el camino de arena que conduce a ella un cartel indicaba que se trata de una playa nudista. Se resguarda tras unas rocas para orinar.

Ana ha observado que las mujeres se descalzan cuando llegan a una playa, muchos hombres no. Caminan sobre la arena húmeda con los zapatos puestos, como si no necesitaran el contacto directo con el mundo. Ana siempre se descalza, también en la casa, y se reía de su hermano, que parecía vivir con miedo de pisar cristales rotos. Hasta en el mar llevaba unas zapatillas de goma. Por los erizos, decía.

¿Cuándo has pisado tú un erizo?

Por eso, porque llevo zapatillas.

Yo tampoco he pisado nunca uno y no llevo.

Has tenido suerte.

Ana hace un par de piruetas en la arena. Busca nubes en el cielo, los

pájaros multicolores, la estela de los aviones, velas desplegadas en el horizonte, cangrejos asustadizos en la arena, algas moviéndose como reptiles que se aproximan y arrepienten, conchas intactas, peces cerca de la orilla (no descubrió ninguno), huellas de perro y de gaviota, también rastros como de lombrices, filigranas, un castillo a medio desmoronar. Llega a un extremo de la playa, intenta escalar los riscos más cercanos al agua para descubrir lo que hay del otro lado, pero las olas golpean con fuerza el saliente de roca y le da miedo. Comienza a caminar en dirección opuesta jugando a horadar con los dedos de los pies la arena húmeda. Levanta la vista y le sale un hipo del susto. No habría sabido decir si había estado allí todo el tiempo o llegó sin que se diese cuenta por el mismo camino que lo hizo ella. Está sentado en posición yóguica casi junto al agua, en medio de la playa; visto de lejos y a contraluz parece parte del paisaje, una roca o un pecio que lleva siglos allí, inmóvil, clavado en la arena, algo pesado y mineral, cubierto de moho y de diminutos moluscos. Debería haberlo visto antes, aunque es cierto que ella estaba en otras cosas, en conchas, en huellas, en algas. Ahora tiene que pasar por delante de ese hombre, camina en su dirección (no en su dirección, sino en dirección a los riscos del otro lado y él se encuentra casualmente en medio de la trayectoria) sintiéndose por primera vez desnuda. Él no lo está, puede apreciarlo cuando ya se ha acercado unos cien metros y va a pasar por delante de él: lleva unos pantalones cortos de rayas azules y blancas que le llegan hasta la rodilla y podrían servir incluso a alguien más gordo que él. Ana camina medio vuelta hacia el mar, para ignorar al hombre y también para ocultarle el pubis y los pechos, aunque una y otra vez tiene que mirarlo de reojo. Lleva el pelo largo, pero no es su melena lacia que clarea ligeramente en lo alto lo que llama su atención, sino el vello que cubre también su pecho, los brazos, los hombros. Ella se había jurado no juzgar a nadie por su apariencia y desde entonces se esfuerza en vencer su timidez y, cuando se atreve, conversa con mendigos en la calle, con yonquis, con mujeres algo chifladas que le cuentan de su nieta o del perro que acaba de morir. Ella no va a ser una esnob como sus padres, que viven, vivían, parapetados tras pantallas y porteros automáticos. La vida son los demás. La vida es la calle. La vida es salir de la autopista de peaje que sus papás han alquilado para que ella circule sin accidentes.

Pero le cuesta, porque la playa está desierta y porque se siente tan desnuda

como cuando su padre fingía no ver que le estaban creciendo los pechos.

No te metas al agua, dice el hombre, al que no se le ven las facciones porque tiene la cabeza agachada y el pelo le cuelga por delante de la cara como una cortina deshilachada. Está pelando un melocotón o una manzana con una navaja de hoja muy delgada y con cachas de nácar, una navaja de delincuente juvenil.

¿Me dices a mí?

El hombre vuelve la cabeza a un lado y a otro, como para subrayar que están solos en esa playa.

Medusas. Normalmente no hay, pero hoy sí. Lo han dicho en la radio.

Vale.

Ana no sabe si continuar caminando o si debería decir algo más. Quisiera añadir un comentario despreocupado, banal, dar a entender que no tiene miedo ni le resulta sospechoso el aspecto simiesco y poco cuidado de ese hombre. Él le tiende la fruta con la misma mano que empuña la navaja.

No gracias, no tengo hambre.

Pero las tripas de Ana dan una especie de bramido que se oye por encima de las olas. Los dos se ríen.

Podemos hacer como con las gaviotas.

¿Qué se hace con las gaviotas?

Me suelo levantar, dejar un trozo de comida en una piedra no muy cercana, volverme a mi sitio y fingir que ni me doy cuenta de que están ahí.

¿Funciona?

Siempre. Por cierto, te aseguro que soy completamente inofensivo, al menos en el sentido en el que podrías sospechar, a pesar de mi aspecto de sátiro.

Cierra la navaja y la lanza a los pies de Ana. Ella no se agacha a recogerla.

No, si no...

Y si te vistes te vas a sentir más cómoda. Venga, voy preparando la mesa. Si quieres, claro.

Cuando Ana regresa a su lado, el hombre ha desplegado cuatro servilletas sobre la arena, y encima de ellas hay una rueda perfecta de gajos de naranja, dos triángulos de tortilla idénticos, cuadrados de sandía con un palillo

pinchado cada uno. Dos vasos de plástico con lo que parece vino tinto. Es una mesa de pícnic como preparada por una madre para los hijos que regresan hambrientos de jugar al fútbol en el colegio. La conmueve tanto detalle, ese deseo de agradarla. Pero las tetas casi colgando sobre la barriga, tetas de orangután entrado en años, y el cuerpo velludo y los ojos diminutos. Pero el pelo lacio y las manos con las uñas comidas. Hay tantos peros que detienen e impiden. Debe de rondar los cuarenta mal llevados, cuarenta años en los que hay que imaginar maltrato o indefensión o angustia. Miras a otro y te pones a imaginar la nota dominante en su vida, qué cadena de sucesos lo han llevado a ser quien es; aunque Ana no sabe qué descubriría alguien que la mirara a ella con atención. Quizá es demasiado joven para eso, quizá su historia no ha dejado aún marcas suficientemente profundas.

A Ana le gustaría poder enamorarse de alguien como ese hombre, olvidarse por completo del físico y apreciar sólo el afecto, la atención. O al menos le gustaría poder desear a alguien así. Ella se ha prometido no querer sólo a los guapos, a los listos, a los privilegiados, a los que pueden llegar lejos; querer a los tullidos, a los que tienen una tara, a los desmadejados, querer a los pobres porque no te pueden dar nada, querer sin establecer redes ni contactos, sin proyecto ni intereses comunes. Amor como arma revolucionaria. El amor como mecha y como chispa.

Pero no hay manera; aunque siente curiosidad por él, también siente prevención que no llega a ser rechazo. Se sienta a su lado.

¿Vino? ¿A estas horas?

Se me ha olvidado el agua. Pero no bebas si no quieres. Soy Alfon.

Yo, Ana. ¿Estabas aquí antes?

Antes, cuándo.

Yo pasé en esa dirección y luego volví, antes, cuando iba hacia allá.

Parecías una niña absorta en un juego, embebida en algo que sólo veías tú, cosechando algas y conchas. Era bonito.

Y ¿cómo has llegado?

Estás pensando que alguien tan gordo no puede haber hecho esa caminata en la arena para llegar aquí.

Pues la verdad es que sí.

He venido a nado, desde Genoveses. Allí se puede ir en coche hasta la playa. No me mires así. Las ballenas nadan bien, y las morsas.

¿Genoveses es la playa esa ancha que queda hacia allá?

Ana señala hacia el otro lado de las dunas y del acantilado y tiene que reírse al pensarlo, porque debe de estar a un par de kilómetros y es inimaginable ese hombre grueso o, más bien, de cuerpo blando, como un animal prehistórico y anfibio salido de las profundidades, brazada a brazada, llegando hasta allí. Y no sólo es el esfuerzo físico. La confianza, la falta de miedo.

No dejan un solo resto de la comida. Ana da un par de sorbos al vino tinto, pero enseguida tiene la impresión de que no le va a sentar bien.

¿Es verdad lo de las medusas?

Claro, ¿por qué te iba a mentir?

No sé.

Alfon asiente y se queda pensativo con la cabeza ladeada como si en esa respuesta hubiese alguna verdad profunda.

Me he escapado de casa, dice Ana. Bueno, en realidad del colegio. Tampoco, de una excursión.

Eso está bien, lo mejor que puede hacer uno es escaparse. Yo llevo toda la vida intentándolo. ¿Tienes móvil? Aunque esté apagado te encuentran, salvo que le quites la batería.

Lo he tirado a una papelera.

Alfon sonrío y Ana se siente incómoda de repente. Quizá no debería haberle dicho que se ha escapado y que no tiene móvil. De esa manera acaba de revelar que nadie sabe dónde está. Siente alivio cuando una pareja con aspecto de jubilados extranjeros entra en la playa, dos manchas de color rojo en la arena, que avanzan despacio arrastrando sillas de plástico, una sombrilla, dos grandes bolsas.

Llegan los bárbaros. Me voy. ¿Tú?

Yo me quedo un rato.

Te doy el número de la casa donde me quedo por si necesitas cualquier cosa.

Te he dicho que no tengo móvil.

Eso no es un gran problema, ¿no? Mira es éste, dice, tras anotar en una servilleta el número con un lápiz de metal que ha sacado de un bolsillo. Pero mañana me vuelvo a Madrid.

Ah, yo soy de Madrid.

Otra vez dando demasiada información, pero se le ha ocurrido que podría llevarla. Él parece esperar algo más; la mira con sus ojos diminutos, con su sonrisa apenas apuntada, con algo así como aprecio. Se levanta, guarda las servilletas en un bolsillo, recoge la navaja y la guarda también. Mete todo en una bolsa transparente que se cierra al vacío.

¿Cómo vas a volver?

Nadando.

¿No le entra agua?

¿A la bolsa? No. Lleva un cierre hermético. Es un invento de la NASA.

Venga ya.

Es broma. Pero no entra agua.

Has dicho que había medusas. Te pueden picar.

Se queda contemplando el mar como evaluando el riesgo.

Sí, dice por fin. Que se jodan las medusas.

Y se aleja, con cada paso un temblor en sus carnes, una agitación como si algo pudiese desprenderse o desmoronarse. Entra despacio en el agua. Cruza la correa de la bolsa a la espalda. No se zambulle sino que avanza como un suicida romántico. Cuando el agua lo cubre por encima de la cintura comienza a nadar despacio, rítmicamente y al cabo de un rato Ana no podría jurar si aquello que ve a lo lejos es su cabeza o un madero flotando en las olas.

Sigue llegando gente a la playa, casi todos parejas mayores.

Define mayor, se dice.

Más de cincuenta o que lo parecen, arrastrando el cuerpo como un lastre, cuerpos no ya descuidados, a veces cuidados pero que causan esa impresión de derrumbe, no importan las cremas ni las gafas de Armani, ese peso en los pies y en el gesto, esos labios contraídos como expresando un ligero disgusto con la realidad. Miran a su alrededor para buscar el lugar más alejado de cualquier otra pareja, complejas operaciones geométricas; Ana lo acaba de dar en clase de matemáticas: hallar el circuncentro de un triángulo cualquiera ABC. Ellos no necesitan trazar mediatrices, a ojo descubren el punto que está igualmente alejado de los tres vértices, las otras tres parejas que ya se han asentado en algún punto de la playa. Gente mayor: que desparrama sus cosas procurando ocupar el máximo de terreno para establecer un perímetro de

seguridad que no debe ser rebasado por nadie. Y se extienden la crema haciendo contorsiones para cubrir la espalda aunque el otro o la otra está allí al lado y podría ayudar y, si se lo piden, se dejan dar la crema como quien va al médico y respira hondo mientras le ponen el fonendo, y el otro realiza la tarea sin atención ni entusiasmo, sin un temblor ni una sonrisa, reparte la grasa sobre la piel ajena (sobre la piel ajena) como un albañil extiende de manera uniforme yeso sobre una pared. Gente mayor que camina deprisa una y otra vez una y otra vez una y otra vez de un extremo a otro de la playa porque caminar es saludable, cuerpos ajados entrenados olvidados, cuerpos máquina objetos propiedades individuos aislados no por un aura sino por una pantalla, no quiere vivir así, Ana no quiere ir a la playa porque es sano o porque es necesario reducir el estrés o porque, sino ir, sin más, como está ahora, pero no, ya no está así, ya no es placer piel vello erizado esa alegría de estar viva, ahora los demás le han colonizado la cabeza, los demás y el desagrado que siente hacia ese futuro encarnado en gente que lleva una nevera portátil para la cerveza y crema solar factor cincuenta por lo menos y una sombrilla y silla plegable y auriculares, el ceño fruncido, ella haciéndose gente mayor a cámara rápida, viéndose un día con o sin niños con o sin pareja con o sin trabajo administrando días de placer como necesarios paréntesis con días de estar jodida explotada asimilada abducida. Se levanta y recoge sus cosas, le gustaría echarse al agua como Alfon, desaparecer sin bordear esos grupos de células agrietadas, pero al menos se alegra de llevar pantalones y camiseta y que lo que ven los hombres, gente mayor, parapetados tras sus gafas de sol que no ocultan hacia dónde miran, es un cuerpo vestido, protegido, no un cuerpo expuesto e inerme. ¿Por qué, se pregunta Ana, si lo que quiero es una vida en la que los demás no sean un estorbo sino complicidad y afecto, por qué los desprecio tanto? Un problema complejo, una ecuación cuya incógnita aún no sabe despejar.

Un perro cabriolea a su alrededor llenándola de arena. Ana acaricia sus greñas lanudas mientras se vuelve hacia la playa. Alguien grita al fondo, no puede ver si niña o mujer, y nadie se levanta, tan sólo la cabeza, un gesto a la vez curioso y desganado, una atención de querer averiguar pero no implicarse. Se quedan mirando como quien espera la resolución de una pelea. Una medusa, dice un grito zarandeado por el viento y las olas, me ha picado una medusa. El perro también mira en esa dirección mientras se deja acariciar por

Ana hasta que una voz lo llama por un nombre incomprensible, quizá alemán. El perro echa otra vez a correr paleando dos puñados de arena contra las piernas de Ana. Le gustaría quedarse allí. Le gustaría disfrutar el sol, la gente, la arena, el reverbero de las voces y de la luz, el agua y la alegría del perro. Se da la vuelta y echa a andar hacia la pista en la que hará autostop con la esperanza de que alguien la acerque al pueblo, porque el sol ya pega fuerte. Ojalá sea una mujer la que la recoja.

## 9

Una empresa de borregos, una ciudad de borregos, un país de borregos, piensa Aitor. Así sería si todos fuesen como él. Isabel solía quejarse de su pasividad, Isabel solía quejarse de todo, era su estrategia para avanzar en la vida, la contraria de la suya, que era no hacer ruido, no para pasar desapercibido, él quería destacar por las razones adecuadas: constructivo, trabajador, de los que aceptan las malas noticias no como si fuesen resultado de la decisión de un déspota sino igual que cuando cae un rayo o un río se desborda. ¿De qué sirve lamentarse? Salvas lo que puedes de la casa destruida, pones diques donde resulten útiles para contener las aguas.

Isabel le reprochaba que no se quejase, pero no como esas mujeres tópicas que quieren que el marido proteste para ascender, que se haga valer, que compare con lo que gana su vecino que no es más listo que él. Isabel se lo reprochaba porque le parecía que vivir como lo hacía él era una forma de atravesar la vida con una estatura menor de la que le correspondía. Le pedía que se estirase y que respirara en la nueva postura, ya vería qué bien, pero eso significaba también ocupar un espacio nuevo, pelearse por él, porque en la ciudad y en la empresa el espacio no es gratis, y Aitor rehusaba el desgaste que exigiría andar siempre sacando las garras o dando bufidos. Él había aprendido a conquistar pequeños espacios inadvertidos por los demás, tan ocupados en pelear y en amenazar y en ser macho alfa, pero cómo puede haber tantos machos alfa en el mismo sitio. Son ellos, Isabel, los adaptados, los sumisos. Si alguien se rebela, ése soy yo, aunque lo haga de manera poco ruidosa. Ellos hacen justo lo que se espera, eliminar a los débiles para que la empresa funcione mejor, la selección natural. Yo soy una especie invasora y silenciosa. Parece que no compito, pero ahí estoy, mira a cuántos han echado de la pirámide de mandriles, y yo sigo en mi sitio. Pero ella sacudía la cabeza,

le miraba como a un prestidigitador de gestos convincentes que no anulan la certeza del truco. ¿Y en tu familia, es la misma estrategia? ¿No hacerte notar? Aitor, nadie te va a echar de esta casa, pero es lo mismo, no protestas, no pones límites, soy yo la que hace de policía mala todo el tiempo.

Eso era verdad, él no protestaba cuando los niños pintarrajeaban la pared, pero les llamaba y les distraía con alguna historia o con preguntas y, en cuanto se olvidaban de la tiza o el lápiz, se los escondía; tampoco protestó cuando descubrieron que Luis consumía drogas (¿no lo hemos hecho todos?, tienen que experimentar, aprender mediante sus propios errores), ni cuando empezó a relacionarse con un grupúsculo anarquista de Lavapiés, que pedía cerrar todas las cárceles y muerte al Estado y muerte a los caseros y muerte a los turistas, muerte a los capitalistas... Habló con él un par de veces, Luis le exponía sus teorías y él no le demostraba que la mitad de lo que decía era ridículo (¿quieres liberar a asesinos y violadores, a pederastas, quieres que corran libres por las calles, también los empresarios condenados por corrupción?, ¿qué vas a hacer con ellos mientras llega esa sociedad maravillosa en la que la educación nos hace libres?), porque le parecía que era abusar de su hijo: qué iba a saber él con dieciocho años, y además era bueno que aprendiese a argumentar sus teorías; si hubiese sido un neonazi habría tenido que ponerse severo, pero el chico quería la libertad, la justicia, la felicidad del género humano. Regatear con él, siendo un hombre con más experiencia y más conocimiento, habría sido como jugar al póker con un niño y arrebatarse su dinero. Pero a Isabel le preocupaba; esos jóvenes idealistas eran, decía ella, los que después ponen bombas porque creen que su futuro maravilloso merece ciertos sacrificios, ¿no has visto la cantidad de veces que escriben «muerte» en las paredes? Pero él sacudía la cabeza, mujer, son adolescentes, ¿tú no te acuerdas de cómo eras en esos años? Sólo cuando Ana empezó a salir con el grupo que frecuentaba su hermano, cuando adoptó su vocabulario y sus ideas, cuando se rapó el pelo (por suerte lo dejó crecer de nuevo) y acumuló semana a semana metal atravesando cejas, orejas, labios, nariz, cuando adoptó ese tono de hartazgo cada vez que sus padres decían algo, lo que fuese; aunque sólo hablasen de un programa de televisión ella encontraba la manera de hacerles ver lo cobardes que eran, su complicidad con el estado lamentable de las cosas (rebelde o cómplice, eran las dos únicas categorías que ella entendía), y más por presión de Isabel que porque a él le pareciese bien

hacerlo, sólo entonces comenzó a imponerle una hora de llegar a casa (las doce, por Dios, las doce para una chica de dieciséis años no es un acto de tiranía), y a castigarla por las malas notas en las asignaturas que no le interesaban (no darle la paga, no permitirle que saliese un fin de semana).

Me voy a hacer puta, les dijo una vez durante la cena, Isabel se rio y dijo hija, dudo que te guste. Me voy a hacer puta, al fin y al cabo los hijos vivimos en la esclavitud, somos siervos dependientes de que nos alimenten nuestros padres, nos encierran en la escuela y en la casa, ser puta es lo mismo, pero más honrado: se te paga directamente por lo que haces, no porque cumples expectativas que nadie te dice. ¿Os parece bien que me haga puta?

Isabel y Aitor discutieron por la noche en el dormitorio, cada uno sentado a un lado de la cama, con los pies en el suelo, sin mirarse: que salga lo que quiera, vamos a ceder, que tenga la impresión de que ha ganado. No me mires así, mujer; cuando eres adolescente, ¿sabes cuál es tu principal sensación? La impotencia. Todo es más fuerte que tú. El mundo es más fuerte que tú; eres el único que no tiene ningún poder. Por eso te haces tan rebelde.

O sea, que se salga con la suya. Podías haber pagado también las drogas a Luis, para que sintiese tu apoyo.

Indirectamente se las pagábamos.

Ya. O sea que lo que nos queda es eso, ceder, ser como el junco que deja que el viento le empuje, no sabía que te había dado por esas gilipolleces zen.

No era agradable, parecer siempre débil, dejarse vencer. Pero, y eso no lo entendía Isabel, es como cuando juegas con un niño al parchís y misteriosamente casi nunca te das cuenta de que podrías haberte comido una ficha suya. Él se alegra y, en general, se vuelve generoso, te perdona algún error, te consuela si pierdes. En lugar de jugar contra ti acaba siendo tu cómplice.

Pero Ana era mucho más radical que su hermano. Ella no se contentaba con jugar en la mesa de los niños. Ella, así lo dijo Isabel en un ataque de rabia o de impotencia, quiere pegar una patada a la mesa de los mayores. Haz algo, Aitor, contigo habla a veces, a mí me mira como a una mosca en la sopa. Por favor, haz tú algo. Pero no lo hizo.

Una ciudad de borregos, un país de borregos, así sería si fuesen todos como él, porque Aitor iba dejando de creerse sus propias justificaciones, había comenzado a sospechar que, en realidad, esa versión comprensiva y

razonable de sí mismo ocultaba a un hombre incapaz de exigir e imponer. Un pelele.

Y sin embargo, fue Aitor el que dio el paso, tímido, pero al fin y al cabo fue él quien dijo creo que deberíamos separarnos. ¿Creo?, preguntó ella, ¿qué quiere decir creo? Échale huevos y di que quieres separarte, ni debemos, ni creo: quiero separarme, venga, dilo.

Pero de todas formas debía de llevar tiempo esperándolo, quizá planeándolo ella misma, porque no puso objeciones, más bien allanó el camino, hizo cálculos, le entregó una hoja con cómo repartir el apartamento, el coche, el dinero y las deudas, los libros (para ti de la A a la L y para mí de la M a la Z; es broma). Fue todo razonable, sin reproches, como quien divide las pertenencias de un pariente lejano. ¿Y los chicos? Los chicos harán lo que quieran, dijo ella, no tiene sentido que nos pongamos nosotros de acuerdo.

Fue Aitor y por eso se reprocha andar siempre quejumbroso como un perro abandonado, quizá porque ve que a ella no le ha costado tanto adaptarse a la nueva situación, al contrario, después de una breve etapa de tristeza y apatía parece ahora más activa, más ligera, como quien ha pasado la vida buceando y de pronto sale a la superficie y respira y se alegra cuando el aire entra en sus pulmones, ella, ahora, con tacones más altos y faldas más estrechas, pero Aitor nunca había tenido la impresión de oprimirla o sujetarla, ella podía hacer lo que quisiese, y por eso ahora no sólo se siente abandonado, también injustamente juzgado, como si esa libertad y esa alegría actuales de Isabel fuesen una acusación, mira, mira cómo soy en realidad y no podía ser cuando estaba contigo. Incluso, unos meses después de separarse Aitor se atrevió a preguntarle, Isabel, yo no te sujetaba, ¿no?, nunca te he impedido que hagas o dejes de hacer, también podrías haber trabajado como ahora cuando estabas conmigo, y lo preguntaba con miedo, ella en la puerta porque había venido a hablar con Luis de algo que sólo ellos saben, porque ya no tienen por qué darle razón alguna, y ella se está poniendo los zapatos que había dejado a la entrada (siempre caminaba descalza por la casa), se detuvo con un pie en el aire y el zapato de ese pie a medio poner, reflexionó un instante, sacudió la cabeza, acabó de calzarse, y no respondió hasta que estaba ya saliendo, quizá para evitar una conversación sobre el tema. No, no me atabas, y tú no eres responsable de nada. Era yo, que me dejaba contagiar.

Como si él tuviese un virus que se hubiera transmitido a la familia manteniéndolos en una extraña cuarentena, impidiéndoles hacer lo que ellos habrían considerado su vida normal. Pero él no tenía tanto poder o al menos nunca lo sintió así. Él se adaptaba, aceptaba, toleraba, se esforzaba por no coartar ni imponer, ni a Isabel ni a los chicos.

Su puta madre, se dice Aitor, aunque no sabe a quién va dirigido el exabrupto, su puta madre, con una rabia que expresaría en alto si no estuviese en la radio, rodeado de los redactores, cada uno asomado a su ordenador, porque la mayoría de las noticias ya no se encuentran en la calle, sino en la pantalla, del ordenador o del móvil. Se ha esforzado siempre por dejar a los demás como son, pero en lugar de agradecerlo lo acusan de desinterés, de apatía, de tibieza. Y quizá tuvieran razón. Ellos sí habían descubierto que detrás del hombre comprensivo se ocultaba alguien sin carácter. Di algo, joder, papá, di algo, exigía a veces Ana, y él sonreía, ¿qué quieres que diga?, haz lo que quieras, es tu vida.

Pero me juzgas, ¿o te crees que no noto que me juzgas?, respondía Ana.

A veces Aitor tenía la impresión de que si Ana había empezado a juntarse con los amigos de su hermano, más bien, se había ido con ellos, mientras que Luis mantuvo siempre una posición ambigua, había sido para obligarle a actuar, para que él le prohibiese o le ordenase o le gritase, y él sólo había sido capaz de decirle que le parecía peligroso, pero que ya era casi adulta y tenía que decidir por sí misma, y que la casa estaría siempre abierta cuando quisiese regresar. Y era desprecio lo que había en la mirada de Ana al escucharlo, Ana pantalones rotos, Ana pelo trasquilado, Ana anillos y perforaciones y olor a habitación cerrada, Ana diciendo da igual, porque no voy a volver. Y él respondió, llama de vez en cuando, tu madre se va a preocupar. Vete a la mierda, papá. En serio, vete a la puta mierda. Como para cerrar de una vez por todas cualquier posibilidad de reconciliación.

Y ahora, con la historia del detective la iniciativa ha venido como siempre de Isabel, pero esta vez va a ser Aitor el que actúe, el que se implique, cansado de que pasen a su lado como se pasa junto a un perro tendido, que golpea el suelo con la cola y sigue con su mirada tristonca a quien quizá se agacha y le hace una caricia distraída o sigue su camino con o sin una palabra para el animal. Ya está, Aitor también va a salir a la superficie y respirar. Ahí, en la radio, va a asumir su nueva posición, porque ya ha notado que durante la

reunión de papela, cuando redactores, productor y jefes de sección discuten el programa del día, nadie deja de hablar porque él intervenga, mientras que los jefes de sección esperan, y consiguen, que se haga un silencio -si no total, casi- cuando ofrecen informaciones o dan indicaciones sobre cómo tratar un tema, pero si Aitor dice, pongamos, yo creo que habría que investigar los contratos del servicio de limpieza del Ayuntamiento, el de deportes comienza a contar que viniendo al trabajo ha pisado una mierda y la de economía que en las fiestas del barrio no había suficientes urinarios, y continúan discutiendo, riendo, contando anécdotas, y Aitor buscando una sola cara vuelta hacia él, un solo empleado que al menos finja que lo escucha. Se acabó. Las cosas van a cambiar, en la radio y también en casa. Y va a ser él quien se implique en la relación con el detective que ha contratado Isabel, no va a dejar que hagan las cosas como ellos quieren, va a imponer condiciones y a dar órdenes. Se acabó.

Aitor, la reunión empieza, y golpea con los nudillos sobre el escritorio al pasar a su lado.

Voy en diez minutos.

Pero que te digo que empieza.

¿Y qué te he dicho yo, me estás escuchando? Pues escucha de una puta vez.

Y la cara del redactor, que se vuelve hacia los demás como para que le expliquen qué está sucediendo, pero ellos recogen sus cosas y no se enteran o no quieren enterarse del desaire. Se van todos hacia la sala de reuniones, al fondo de la redacción, y Aitor siente el placer de quedarse solo en la zona de informativos, solo, las sillas vacías, las pantallas en reposo, como si de verdad fuese el dueño de toda esa sección.

## 10

En el tercer piso niños corren por los pasillos, se atrapan y se liberan, establecen alianzas y rivalidades, delimitan quién, cómo y dónde. Juegan a gritos algunos mientras otros se sientan en un rincón y leen un cuento; los más pequeños se han tumbado, recostado, sentado alrededor de una mujer con el pelo al cero (pero no penséis en dolorosas terapias, es una elección) que les lee sin levantar mucho la voz, y es un milagro que a pesar de todo se la oiga, y a veces alguno de esos niños se incorpora para mirar el dibujo que señala la lectora con el dedo, mirad, ahí está el ratón, ahí, repite el niño y señala también con el dedito sobre el papel; en el tercero, sólo voces infantiles o voces tranquilas de adultos, no hay televisión y la música que se oye proviene de un pequeño coro que canta érase una vez un lobito bueno al que maltrataban todos los corderos.

Sólo cuando Ana desciende las anchas escaleras de ese edificio protegido (y si no lo estuviera ya lo habrían reformado higienizado racionalizado para albergar oficinas o viviendas), oye el rumor de otra música, la que pone en la planta baja una chica vestida de negro (la vio al subir) que suele hacer de dj y se pasa las tardes detrás de una mesa de mezclas con dos platos, a un costado del bar, con los cascos puestos, la cabeza ligeramente agachada, su pelo tan negro como sus ropas, atravesada por temblores rítmicos de la coronilla a los hombros que coinciden con cada golpe de bajo, tan concentrada que te hace pensar en esa gente que escucha voces en su interior, voces mucho más importantes que todo lo que pueda suceder allá fuera, en ese mundo dislocado y fugaz, en el espacio virtual y fantasmagórico que llaman realidad.

Ana se detiene en el segundo piso; en una de las antiguas aulas, a la que han vuelto a dar esa función, hay una clase de informática visitada también por gente del barrio, gente mayor que quiere aprender a usar el correo electrónico

o programas de código abierto. El primer día que Ana fue al Centro Social le tocó ayudar a una empleada de una panadería cercana a instalar y usar Skype para que pudiese hablar con sus nietos. En otra aula están montando una radiotelevisión rebelde, que informará de lo que callan los medios tradicionales.

Un hormiguo de gente, la sensación de estar embarcándose en una travesía cuyo destino no conoces ni te importa porque no te empujan el hambre ni la desgracia sino el deseo. También se imparten cursos de yoga y de tango y se ha creado un laboratorio de letras que Ana va a probar en cuanto tenga un poco más de tiempo, porque ahora sobre todo dedica las tardes a tareas comunes: junto con tres compañeras colgó tiestos de metal con plantas en las paredes del patio; pasó horas pintando pancartas con letras de colores, como las pintarían los niños de una escuela, con lemas como el CSO no se rinde, desobediencia = libertad, cultura libre cultura viva, que luego atarían a las ventanas del edificio; y se ha apuntado al grupo de análisis político y social que se reúne tres veces por semana. También ha estado echando una mano para ordenar la ropa que la gente deja en la tienda gratuita: ropa de invierno, ropa de verano, tallas, abrigos, faldas. Hubo una larga discusión sobre si debían hacer dos secciones distintas para hombres y para mujeres.

Es más fácil, ¿no?, así sabe cada uno dónde buscar, dijo Ana. Pero una mujer que estaba sentada en el suelo (pómulos salientes, barbilla puntiaguda, manos de pianista con síndrome de abstinencia) dijo, no, joder, no vamos a mantener aquí también las divisiones de fuera.

Pero se pueden poner las faldas juntas, al menos.

Que no. Nadie impide a un chico ponerse una falda, ¿o sí?

Eran cinco, cuatro mujeres y un hombre, sentados en el suelo entre montones de ropa, colores predominantes gris y negro, que no tenían nada mejor que hacer que resolver ese tema esencial, ah, no, no hay ironía aquí, si algo entusiasmo a Ana es esa necesidad de discutir lo que parece obvio, muerte al sentido común, abajo las verdades de toda la vida porque son ellas las que nos impiden pensar más allá de límites impuestos, eliminar divisiones clasificaciones compartimentos estanco tú eres esto y no eres lo otro, y por eso dice tienes razón, y la chica delgada le sonrío y le lanza un beso con yemas afiladas, ¿por qué no mezclar pantalones y faldas, blusas y camisetas, botines talla treinta y cinco con pisamierdas del cuarenta y cuatro?, que cada uno

encuentre su sitio, que cada uno experimente el lugar que quisiera ocupar en el mundo, y el único hombre del grupo se levanta, se quita los pantalones vaqueros negros ajustados rotos reliquias señas de identidad desde hace tanto, rebusca en uno de los montones lanzando al aire las prendas rechazadas, encuentra una falda corta, la alza con ella extendida en la percha de sus manos como para asegurarse de que es ésa, precisamente ésa la que necesita, y se la pone, pero no para hacer el ridículo como los hombres que aprovechan cualquier carnaval para enfundarse un tutú y una peluca de color rosa y un buen relleno de trapos para simular las tetas y se hacen tanta gracia, ellos tan viriles vestidos de chica, queriendo decir que si están así de ridículos es porque son muy, muy hombres, no hay confusión posible, pero no, el chico no está ridículo ni hace el idiota poniendo voz de pito ni amanerando los gestos, se sienta como se sienta siempre y más bien resulta enternecedor con la minifalda alrededor de las piernas delgadas y velludas, ya en el suelo con las demás, porque aquí no hay más diferencias que las que cada una quiera, nada preestablecido ordenado impuesto, la vida como búsqueda y tentativa, ver si estás bien aquí o allí, en esta postura o en otra, con este gesto que llevas desde que eras niña o a lo mejor a lo mejor puedes ensayar otro, escapar a la talla que te han adjudicado en el mundo, crecer o encogerte.

Ana recorre la okupa como Alicia el otro lado del espejo pero sin miedo, tan sólo maravillada y curiosa, feliz de haber encontrado la puerta por la que escapar de las geometrías previsibles del lado de la gente normal.

¿Me ayudas? le dice un hombre cuyo nombre ha olvidado; aún está orientándose entre todas esas caras nuevas, en los pasillos laberínticos del Centro, en los ritos y en las reglas no escritas (sí, es verdad, también aquí hay reglas aunque las hayan ido escribiendo la convivencia y la necesidad).

¿Con qué?

Tengo que bajar una mesa, vamos a hacer una fiesta y hay gente que ha traído comida.

Bajan con cuidado porque pesa más de lo que parece la que fue mesa del rector hace siglos, eras, eones, esa mesa de un mundo primitivo anterior a las pequeñas insurrecciones de esos jóvenes y no tan jóvenes; con cuidado para que las esquinas no choquen contra la pared o el pasamanos, y para no pillarse los dedos, y un joven se acerca a echar una mano, agarra también por un lado, lo que en realidad dificulta la bajada porque ahora los giros a tres resultan

casi imposibles, pero cómo rechazar tan buena voluntad, entran en el salón, dudan si llevarla al patio pero se deciden por el interior porque la comida está allí en bolsas, cajas, bandejas, y porque los demás se ponen a aplaudir su llegada como si fuesen exploradores de regreso de una larga expedición de caza, y se acercan sillas, y se distribuye la comida sobre la superficie, huele a marihuana y cerveza esa sala en la que todos parecen actores mal pagados pero entusiastas de una producción alternativa, y la dj revienta de pronto las paredes con una música que hace que Ana sienta que se le va a parar el corazón con cada uno de los golpes del bajo, las membranas de los altavoces y sus ventrículos como pieles de tambor vibrando al unísono.

Es verdad que las aulas podrían estar más limpias, y no dañaría que la gente tirase la basura a las papeleras y, si se les cae la bebida al suelo, que la recogiesen con un paño, y si todos ayudasen y si no hubiese caraduras que explotan a los compañeros con el mismo descaro con el que, cuando se cansen de jugar a los rebeldes, dirigirán una oficina empresa tienda redacción lo que sea, todo podría ser mejor y más sincero. Ana lamenta también haber llegado demasiado tarde para los momentos épicos de defensa de la okupa: hubo dos intentos de desalojo, el segundo apenas unas semanas antes de que llegase ella, aunque la épica vista de cerca puede resultar anodina: no hubo enfrentamientos ni carreras, ni cócteles molotov ni jóvenes enmascarados y encapuchados y policías avanzando como centurias romanas; tan sólo un grupo de activistas, unos pocos vecinos (dejen a los chicos en paz, no hacen daño a nadie), aliados de otras okupas y de asambleas de vivienda delante de la puerta, protegidos tras cuatro vallas de metal tomadas en préstamo de una obra cercana, dos furgones de policía al inicio de la calle, unos cuantos munipas delante del Centro Social, sin cascos ni escudos, indecisos, porque con el nuevo equipo del Ayuntamiento no saben hasta dónde están cubiertos, y conversan más que discuten con dos representantes del colectivo que dicen que no se van a ir, lo de que están quitando un edificio a los madrileños es mentira, nadie usaba ese espacio y ellos lo que quieren es la autogestión al servicio de los ciudadanos, los munipas asienten sin mirarles a la cara y repiten que es propiedad del Ayuntamiento y no pueden ocuparlo así sin más, que venga entonces un concejal, le ofrecemos un plan para usar nosotros el edificio, conversaciones sin un fin claro y sin énfasis, todo dicho con el desapego de quien rellena un formulario, porque a quién vas a convencer, de

un lado y del otro, un mero salvar la cara por parte de los polis, que se marchan después de identificar a tres o cuatro okupas, y ello porque los chicos están dispuestos a colaborar, que de haberse negado tampoco se los habrían llevado detenidos.

Sí, es verdad, que el mundo podría ser mejor, más perfecto, pero Ana sabe, a su edad, a los diecisiete, que no hay peor utopía que la que se cumple. Así que ella se da por satisfecha con habitar ese mundo en construcción, esa leve esperanza siempre amenazada. Por eso pasa las mañanas en El Agujero y las tardes en el Centro Social, su vida privada se ha vuelto un estar y hacer con otros, quién se lo iba a decir a ella que en el instituto se pasaba el día evitando a sus compañeros, leyendo en un pupitre o en el suelo de un pasillo, al principio víctima de bromas, de que le quitasen el libro los más tontos para leer el título o el principio con voz engolada, como si despreciar lo que leía fuese una medalla o un galón, para luego ir olvidándola, acostumbrados ya a que Ana estuviese en su mundo, en otro mundo, y dejarasen de invitarla a fiestas, a salidas en grupo, a participar en acosos a compañeros más débiles, incluso a protestas contra tal o cual profesor que ha puesto un examen el día después de volver de vacaciones. Antes habría querido vivir en un cuarto insonorizado; ahora lo hacía en un espacio poblado, abierto y, aparentemente, sin límites.

# 11

Uno no deja nunca de ser un niño. Caminar, a los cuarenta, intentando no pisar la raya. Pretender adivinar si el próximo coche que doble la esquina será blanco. Calcular cuál es el siguiente vehículo que se tendrá que detener en el semáforo. Apostar a que el metro entrará en la estación antes de que hayas terminado de contar hasta sesenta. Aitor juega a comecocos en el supermercado. Empujando el carrito a toda prisa: si al girar al final de un pasillo o al entrar en el siguiente se topa con un dependiente o un cliente ha perdido. De niño tenía una consola Atari y jugaba al comecocos. Su primer juego electrónico. Ahora recorre el laberinto de esa gran superficie como si tuviese ocho años. Entremedias compra lo que necesita para el fin de semana. No sabe si estará Luis pero hace sus cálculos como si estuviese. El doble de cervezas, el doble de jamón. La música ambiental le suena vagamente. La tararea mientras empuja el carro hasta el final de un pasillo, duda una milésima de segundo si girar a la izquierda o a la derecha. Se decide por esto último. Casi derriba a una mujer. Comienza a disculparse y tarda un momento en reconocerla.

Casi te llevas a las niñas por delante.

Señala el cochecito con dos bebés idénticos.

Perdona, iba distraído. ¿Cómo estás?

Más delgada, mucho más delgada, y no sólo por el parto. Aitor no sabría precisar qué ha cambiado. Su cabello parece reseco, necesitado de algún champú revitalizador o acondicionador. En el trabajo ella llevaba la melena pelirroja brillante, ondeando como una bandera que marcaba un territorio. Quizá es sólo eso, el cabello descuidado, y si la ve más consumida o desgastada es por la mala conciencia que le lleva a imaginar el declive y el rencor.

Aitor hace un gesto hacia las niñas, dormidas en sus camas paralelas, con el pelo sudoroso pegado al cráneo a pesar del aire acondicionado.

Qué tranquilitas están.

Las drogo. Les doy calmantes para que me dejen tranquila por la noche. A veces les dura hasta el mediodía.

Carolina no sonrío al decirlo ni hace guiño alguno, pero siempre fue una mujer de humor seco, más un arma arrojadiza que una forma de provocar hilaridad o complicidad.

¿Cómo te va?

A ti bien, ¿no? Por lo que he oído. Me alegro.

¿Te apetece un café?

Carolina se asoma al cochecito y baja el borde de la sábana, liberando el pecho y los brazos de los dos bebés. Duermen como todos los bebés, brazos en alto, cabeza hacia un lado. Se tienen cogidas por la mano, en un gesto que parece pertenecer a niños más mayores. Los rostros arrugados, los párpados abultados, la nariz diminuta; el parto debía de ser reciente.

Bueno, un café. Aquí, en ese de al lado del súper.

Vale, yo dejo el carro con mis compras. Luego lo recojo. Nadie va a llevárselo.

A las niñas tampoco, por desgracia. Pero si las dejo aquí seguro que viene alguien a echarme la bronca.

El café es un autoservicio. Aitor hace cola con una bandeja en la mano, ella avanza en paralelo al otro lado de una barandilla de plástico.

¿Expreso, americano?

Expreso doble.

Yo también. ¿Un poco de leche?

Carolina sacude la cabeza sin mirarle. Aitor coge un par de sobres de azúcar y paga. Hay una mesa libre junto al ventanal, pero Carolina elige otra en medio de la sala y del bullicio. Agitan el café con la cucharilla mucho más tiempo del necesario para que se disuelva el azúcar. Las gemelas siguen dormidas. Se han soltado de la mano y tienen las cabezas vueltas en direcciones opuestas. Están tan pegadas una a otra que podrían ser siamesas.

Te habrán contado. ¿No te parecerá mal?

¿Qué parte?

Que haya cogido tu puesto.

Me vas a decir que alguien tenía que hacerlo.

No me lo habían ofrecido antes de echarte, te lo juro. Yo no sabía nada. Ni siquiera estaba previsto.

No veo la diferencia. A mí me echan y tú asciendes. Y el día que yo salgo del despacho con el despido, tú entras.

Te digo que no sabía nada. No lo supe hasta una semana después.

Carolina mece nerviosamente el cochecito haciendo que las niñas se sobresalten. Tuercen la boca, estiran los brazos, suspiran al unísono. Aitor siente la necesidad de mecer también él a las niñas, con violencia, despertarlas, conseguir que lloren.

¿Cómo se llaman?

Carolina les echa un vistazo desganado.

Melisa y Alicia.

¿Cuál es cuál?

Yo qué sé. A ellas les da igual. Algún día les haré una marca.

Carolina se echa a reír. Le mira por primera vez a los ojos.

Vas a pensar que soy una madre horrorosa.

La verdad...

Casi nunca dices la verdad, por eso sigues donde estás. No, no es que adules o mientas activamente, es que nadie sabe lo que piensas, sólo vemos tu cara amable. Da igual, eso da también igual. Ahora. Pero tranquilo, no las maltrato. Es sólo que no consigo ilusionarme. Que si alguien me ofreciese llevárselas y cuidarlas creo que diría que sí. Creo. Segura del todo no estoy. ¿Y tú? ¿Cómo te va en tu nuevo puesto?

Es un desafío.

Joder, no me hables como si estuviésemos en un curso de motivación. No estoy enfadada. En serio. Me parece lógico que hayas aceptado.

Supongo que la mejor manera de expresarlo es que cada mañana me cago de miedo.

Enseguida te acostumbras, en serio. Te das cuenta de que es todo muy sencillo, lo has visto mil veces. Salvo en las emergencias, un atentado terrorista o una catástrofe natural, podrían funcionar sin ti. Y además un día aceptas que en el momento que menos te lo esperes meterás la pata de verdad

y se te derrumbará el firmamento sobre la cabeza.

Como a los galos de la tribu de Asterix.

Aunque luego a lo mejor metes la pata y nadie se entera porque en el fondo a todo el mundo le da un poco igual.

Carolina ríe y a Aitor le resulta extraño que Carolina pueda reír tanto. Reírse como si la vida, con las hostias que te da, de todas formas tuviese gracia. Bofetadas de payaso. Tropezones para provocar carcajadas. Lágrimas de mentira. Carolina pasaba de un gesto concentrado, rabioso, a la risa más alegre del mundo. No va maquillada, ésa es la otra diferencia. No se ha pintado los labios ni los ojos, quizá por eso parece más cansada que cuando trabajaba en la emisora.

Además, no puedes pasarte la vida con la cabeza hundida entre los hombros, esperando el golpetazo.

Estás buscando otro empleo, supongo. ¿Radio otra vez?

Radio, periódicos digitales, televisión. Lo que sea. Tengo dos niñas. Cuarenta años y dos niñas. Y no me preguntes por qué coño me he quedado embarazada. Pero te lo digo yo: no lo esperaba.

Pero hay formas, quiero decir, que no eres católica o algo así.

No esperaba que me echasen. Creía que tendrían la decencia de respetar el contrato. No tienen alma, Aitor. De verdad que no tienen alma. Yo no le haría eso a nadie.

No sabes cómo lo siento. En serio. ¿Y tu marido?

Carolina da otra carcajada pero la alegría se queda esta vez atorada en algún sitio, la ahoga, y ella se traga algo que la hace enrojecer.

Mi pareja está en el paro. Le han echado a él también. Dos semanas después que a mí. Sin indemnización. Quiebra de la editorial. Yo creo que llevaban tiempo preparándolo, descapitalizando la empresa.

¿Qué dices, qué puedes decir en un momento así? ¿Que lo sientes, otra vez? ¿Que qué putada? O te quedas callado, miras a las niñas, pones una mano sobre el cochecito, coges con la otra mano la taza de café, sacudes la cabeza. ¿Qué haces frente a alguien que se está hundiendo mientras tú te mantienes a flote?

Si puedo ayudarte en algo, en serio, un préstamo, sin prisas. Y sin intereses.

Carolina sacude la cabeza.

Yo oía hablar del sistema, criticar el sistema. Y sí, me parecía que tenían razón, que el sistema es inhumano. Pero yo lo imaginaba ahí afuera, más lejos, que a mí no me afectaba directamente, así que daba dinero a varias ONG, para echar una mano, para no sentirme demasiado privilegiada.

Lo digo de verdad, lo de ayudarlos.

¿En serio no te quieres quedar con ellas? Lloran poco, aunque no las drogues.

Carolina toma una mano de Aitor, la sacude afectuosamente. Me tengo que ir.

No has hecho la compra.

No venía a comprar, sólo a robar unas cosas.

Carolina se levanta, quita el cochecito de en medio para dar un beso a Aitor en la mejilla.

De verdad.

Que sí. Hablamos. Sé dónde encontrarte. No dejes que te jodan a ti también.

No creo. Parece que las cosas están más tranquilas.

Tú no les dejes. Ponte los guantes de boxeo. Mantente en guardia. ¿Sabes lo que está rematadamente mal? Que da igual qué decisión tomes, siempre es injusta. Aunque seas el hombre más bondadoso de la Tierra. Porque es el contexto lo que está mal. El puto sistema. Hazme caso. Yo tampoco creía en él del todo.

Carolina echa a andar, el cochecito por delante, hacia la salida. La puerta de cristal se abre para ella pero no avanza. Tiene que abrirse tres veces antes de que la atraviese, y al hacerlo se vuelve muñeca de trapo, como si sus huesos no tuviesen la firmeza anterior. Se queda otra vez parada como intentando orientarse, una mujer buscando la salida a un laberinto sin salida. La tristeza parece barrerla en una dirección sin que los pies la lleven a ningún sitio. Aitor tarda dos minutos en conseguir levantarse él también y tiene que regresar a por las compras. Sólo cuando va a pagar se da cuenta de que alguien le ha quitado los sobres de jamón.

## 12

Es como una vivienda cualquiera, salvo porque en el salón no hay televisor. Cuatro sillas de madera alrededor de una mesa, un sofá, una mesita baja, estanterías con libros. No parece el despacho de una agencia de detectives; ni siquiera parece un despacho. No huele a humo ni hay un sombrero colgado en un perchero ni les recibe con los pies encima de un escritorio sobre el que se encuentra una botella vacía. El detective lleva vaqueros y una camisa blanca con rayas azules muy finas. Zapatillas de deporte negras, pelo con raya a un lado. Reloj deportivo. Podrían estar también en el despacho de un abogado o de un asesor fiscal, salvo porque en las estanterías hay libros de verdad, no archivadores.

Javier, mucho gusto, pasen, dice el detective. Tras las presentaciones, Isabel y Aitor se sientan en el sofá obedeciendo un gesto de ese hombre demasiado joven como para sugerir solidez y la capacidad de llevar a cabo un trabajo delicado. Él arrima una de las sillas y busca la función de grabación del móvil.

Si les importa lo apago, pero así puedo concentrarme en lo que dicen sin tomar notas.

Isabel y Aitor se consultan en silencio, ninguna objeción.

De todas formas, lo que me dijo por teléfono está anotado: Ana, diecisiete años, se ha ido de casa, vive en una casa ocupada hace ahora casi mes y medio, se junta con anarquistas, puede que haya participado en cosas ligeramente ilegales...

El detective sonríe, mira con complicidad a sus posibles clientes: en realidad, no hay nada que sea ligeramente ilegal, dice, o lo es o no lo es. Otra cosa es que te pillen.

Isabel y Aitor esperan. Salvo las pocas palabras con las que han saludado, no han dicho nada. El detective sabe que se sienten culpables, que probablemente dudan de lo sensato de estar allí. Contratar a alguien para espiar a tu hija es la confirmación de un fracaso. Y además una traición a la hija. Tranquilizarlos, darles a entender que es una situación más frecuente de lo que piensan. Y que al final por un hijo hacemos cosas arriesgadas. Queremos lo mejor para ellos, aunque no siempre lo entiendan, todo eso.

¿Tiene hijos?, pregunta Isabel.

El detective levanta las cejas, niega con la cabeza.

Todavía no.

¿Habrían preferido a un detective y padre a la vez, alguien que sepa lo duro que es criar a un niño y que la adolescencia es una fase terrible para toda la familia?

Si he entendido bien, lo que desean es que descubra su paradero y les informe. No esperan que la siga y averigüe qué hace.

Es lo mismo, ¿no?, pregunta Aitor. Si averigua dónde está, sabrá también más o menos qué hace.

No. Para averiguarlo a lo mejor ni hace falta que vaya a donde está. O sólo para cerciorarme de que entra y sale de ese sitio. Pero no la seguiría a ningún otro, ni sacaría fotos ni intentaría descubrir con...

¿Y si lo descubre y nuestra hija está haciendo algo ilegal?

Tendría que denunciarla.

El miedo de los padres y su complicidad, también con la hija, contenidos en una mirada. Esos señores que no infringirían la ley (salvo la fiscal) pero que ante los posibles delitos de la niña preferirían que no se descubriesen, sin importarles el perjuicio que pudieran causar a otro. Esos padres que se miran y callan sin atreverse a decir lo que piensan aunque los dos están pensando lo mismo.

Nos basta con que se entere de dónde se encuentra, dice Aitor con firmeza, aunque el detective sabe que es fingida, que en ese momento no hay nada firme en el cliente, sólo miedo a descubrir lo que hace la hija y la vergüenza por el método para averiguarlo.

Parece un trabajo sencillo. Si después quisieran ampliarlo basta con que me lo indiquen. Necesitaría que me diesen una lista, por mail está bien, con los amigos de ella que conocen ustedes. Compañeros de clase.

Ha dejado de ir a clase, dice Isabel.

Da igual. Puede que mantengan contacto. Me dijo que tienen otro hijo, ¿verdad?

Sí, Luis, pero él tampoco sabe nada de ella. Desde hace semanas.

O eso dice. ¿Lleva mochila?

Luis no nos engañaría, interviene Aitor; no tendría motivo.

¿Mochila?, dice ella.

Quiero decir, si es uno de esos jóvenes que van con una mochila a todas partes.

Sí, una mochila de cuero, o por lo menos antes llevaba una, ¿no, Aitor?

No estoy seguro.

Tú lo ves todos los días.

Es verdad, lleva una, no es de cuero, creo, de tela negra.

Sólo entonces cae el detective en que sus clientes están separados.

Me gustaría ponerle un dispositivo de seguimiento, un GPS. Es un botoncito minúsculo, se puede esconder fácilmente en cualquier pliegue o costura.

Otra traición. Los ve dudar de nuevo. Seguir al hijo sin que lo sepa. Por su cabeza pasan seguro imágenes de lo que sucedería si el chaval lo descubre. Pero quien peca en lo grande no tendrá reparos en pecar en lo pequeño. Asienten. No les va a decir que además de GPS el aparato lleva una grabadora. Los clientes no tienen por qué saberlo todo. Es mejor proteger parte de su conciencia, eso lo agradecen mucho. Saca el aparato, un botón negro. Lo pone encima de la mesa y lo empuja hacia ellos. Es el padre quien lo toma y se lo mete en un bolsillo sin mirarlo, aunque seguro que cuando esté fuera del despacho lo inspeccionará en detalle. Ella ni se mueve, o sea que no debe de tener mucho contacto con su hijo.

Aunque lo descubra ni siquiera va a saber qué es. Y ¿seguro que Ana no tiene móvil?

Si lo tiene, no lo sabemos.

Usará uno de prepago. Hasta los anarquistas tienen móvil. Y ordenador. Y, si me apuran, Facebook.

No con su nombre, dice Aitor.

¿Y su hijo?

Facebook, Twitter, Instagram.

Y no ha encontrado usted nada.

Aitor se sonroja. De verdad se sonroja, así que la vergüenza es real. La vergüenza de un padre espiando a sus hijos, como si los observase desnudos por la cerradura.

Los honorarios...

Trescientos al día, me dijo.

Más IVA.

Asienten. El detective abre las manos, endereza la columna, como indicando que se va a levantar, pero aguarda a que ellos lo hagan primero. Les da la mano aún en el despacho.

La lista, cuanto antes, por favor, les dice ya en la puerta que da a la escalera. Así podemos empezar ya mismo.

Yo se la envío, dice Aitor. Vuelven a mirarse los dos, no, no parece que tengan nada más que decir, no ahora, aunque el detective no descarta que uno de ellos lo llame en un rato para darle una instrucción adicional o para encaminar su búsqueda sin que el otro lo sepa.

Cuando se han marchado, Javier no entra en la oficina.

¡Carles!

La respuesta llega de detrás de una de las puertas del pasillo.

¡Sí!

¿Has enviado los papeles al Ministerio?

Carles asoma resoplando: tiene andares de persona con sobrepeso, brazos separados del cuerpo, piernas demasiado abiertas, como si le rozase el interior de los muslos. Parece imitar a alguien sin darse cuenta, a una persona que pesa cincuenta kilos más que él, como un estudiante de arte dramático al que el profesor va asignando ejercicios para meterse en el personaje: ahora levántate como lo haría una persona mucho más gorda que tú. Pero es tan delgado que enseguida hace pensar en una enfermedad terminal. Se queda parado delante de la puerta de su despacho.

Es sólo una empresa de seguridad, pero parece que estás pidiendo permiso para montar un servicio de espionaje. ¿Tú sabes cuántos formularios he tenido que rellenar?

Pero los has enviado todos, ¿no?

Carles asiente varias veces. Todos. Todos. Todos. Tienen veinte días para contestar. Carles asiente otra vez, un gesto lento y reflexivo que suele usar para preparar cada frase. Pero sabes que no me parece una buena idea. Estamos bien como estamos. ¿Me oyes? Javier, ¿que si me oyes?

Javier no responde. Está harto de responder. Como en las parejas que llevan demasiado tiempo juntas, hay preguntas a las que prefieres no contestar nada, no sólo porque lo has hecho ya decenas de veces, también porque la pregunta misma revela por qué esa pareja no puede durar mucho más. Seguro que los dos que acaban de irse tienen una historia de preguntas sin respuesta. De cualquier manera, la empresa de seguridad la va a montar. Con o sin Carles. Y mejor sin él.

## 13

Si pudieras usar una sola palabra para describir lo que sientes sin duda esa palabra sería vergüenza, antes que rabia. La rabia está también ahí, claro, pero lo que domina es la sensación de embarazo, de estarte sonrojando aunque nadie te mira. Alfon tumbado con los brazos y las piernas separados, como haciéndose el muerto sobre ese jergón que ha rescatado de la puerta de un vecino antes de que lo retiren los basureros; Elena y Yannick tienen los ojos cerrados y aunque los abriesen no crees que pudiesen percibir mucho, perdidos como están en ese viaje interior, en ese chisporroteo de neuronas, pero de todas formas no te animas a hacer nada, tan sólo dices

Quita eso, joder,

dirigido a Alfon, que ni se mueve, flota y parece ahora, más que el cadáver de un ahogado, un astronauta muerto girando en la órbita de un planeta abandonado, y tú también flotas o flotabas antes de que las palabras llegasen a tu oído

que quites esa puta mierda

esos grupos que se creen dueños de la calle, que han decidido que sus derechos están por delante de los de los demás, esto es, como si todas las demás personas fuésemos ciudadanos de segunda y sin otra autoridad que

y ahora sí haces un esfuerzo por levantarte de ese cojín enorme, también resultado de una de las incursiones callejeras de pillaje de Alfon, que dice de sí mismo, lo acaba de decir hace apenas cinco minutos, que es como los habitantes de esos lugares costeros rodeados de arrecifes o en los que las corrientes llevan a los capitanes poco experimentados a estrellar su barco, cosa que no es una tragedia para los pobladores ribereños que viven en parte de recoger los restos que salen a flote o de desvalijar los pecios encallados rescatando cualquier cosa de valor o de adorno que encuentren, y toda la

ciudad es un gran pecio encallado, una estructura sin vida y sin dirección, un residuo de algo, un conjunto de sentinas pobladas de ahogados, y él se limita a hacerse con el botín, antes existía ese derecho, el de apropiarse de lo que el mar arrojase a la costa, aunque a veces hay que ayudar al mar, y Alfon siempre está dispuesto a ayudar, Alfon despatarrado, con pupilas en las que caben constelaciones, galaxias, universos,

Alfon, venga, tío, que yo no puedo

es verdad que no puedes, intentas otra vez levantarte pero es como si te hubiesen desaparecido los músculos de brazos y piernas, ahora sólo huesos que no puedes dirigir, así que no te queda más remedio que oír que

esos jóvenes, y no tan jóvenes, que se creen con derecho a escupir a un político por el hecho de que es un político o a insultar a un policía o a despojar de su propiedad a un desconocido o a romper un parabrisas, no son más que el síntoma de una sociedad permisiva y de nuevos grupos políticos que se aprovechan del descaro de niños mimados de esta generación que sí, es cierto, les ha tocado una época difícil por la crisis y los niveles de paro, pero que en lugar de luchar, como lo hicieron nuestros padres, como lo hicimos nosotros, porque no hay generación que no deba enfrentarse a problemas y adversidades, protestan o más bien se quejan, destruyen el patrimonio de todos

que es cuando por fin te pones de rodillas, gateas como hacías de niña, y te apoyas en el cuerpo de Alfon, que te tiende una mano como para invitarte a un baile y tú estás desorientada, ni siquiera recuerdas qué habéis tomado, de qué eran las pastillas que te enseñó Alfon como quien entrega una sorpresa a un niño, en qué mano das, síiiii, y llegas hasta la estantería, y apagas la puta puta puta radio, y sientes un alivio tan grande que se te doblan las rodillas al dejar de oír la voz de tu padre, que aún dice que la autoridad, y que el ejemplo, y que la sociedad

qué pasa, tía, pero qué haces, oye, ven, tumbate a mi lado, pero por qué lloras, ven, ven aquí con tito Alfon, eso es, joder qué expresión más triste tienes. Venga, ya pasó, un mal viaje lo tiene cualquiera, aunque los viajes malos molan también luego cuando los recuerdas, es como salir de una cueva en la que estabas encerrado, ¿por qué te estoy contando esto? No sé, se me ha olvidado, pero no llores, que me pongo yo también triste.

Y entonces Yannick eructa y parece despierto por unos segundos, mira a su alrededor, olfatea el pelo de Elena,

qué movida, dice, antes de volver a cerrar los ojos,  
y tú ahora te sientes mucho mejor, has llorado y ya está, pero no tienes ganas de seguir haciéndolo, para qué. Estás bien, haces lo que quieres, donde quieres, con quien quieres. Y si alguien no entiende lo que es el mundo, lo que va a ser cuando revienten los hierros que lo sujetan, peor para él. Lo que importa es que estás ahí y eres parte de ello. Que tú también generas la energía necesaria, eres un acelerador de partículas, como lo son tus amigos. Cuando os toméis todos de la mano estallará la tormenta eléctrica. Y lo demás es secundario. Lo demás da lo mismo. Casi.

## 14

Aitor, cuando se lo permitía el trabajo, iba a buscar a Ana al instituto. No lo hacía con frecuencia y siempre justificándolo de alguna manera. No valía con un «no me costaba nada» o un «pasaba por aquí cerca», que hacían que Ana frunciera el ceño y dijese qué pesado eres, papá. Se requería una razón precisa: he ido al notario, que está aquí a dos calles, o, ya sabes que voy siempre a ese taller de la esquina y tocaba revisión. Y luego durante el trayecto hablaba como si estuviese actuando en una obra de teatro, consciente de cada palabra equivocada, de cada entonación forzada, de cada gesto a destiempo. Eran ya tan pocos los temas de los que podían hablar sin que surgiese algún tipo de tensión, sin que Ana resoplara o le saliese ese tono de irritación contenida, como si fuesen decenas de años los que habían pasado juntos, un matrimonio en el que cada gesto tiene una historia y cada herida se abre sobre otra herida. Pero el último día que se atrevió a ir a buscarla parecía que todo iba bien, Aitor había sorteado todos los escollos y llegaron a casa sin peleas ni recriminaciones ni sarcasmos. Aitor estaba contento cuando entraron en el portal, recorrió el pasillo, llamó el ascensor, regresó sobre sus pasos y abrió el buzón. Hojeaba la publicidad pensando en que no pasaba nada porque fuera a buscar a su hija al colegio, aunque tuviese dieciséis años, si él se esforzaba un poco no tenían por qué discutir. Tiró la publicidad de pizzerías y clínicas dentales en la papelera de plástico que estaba en una esquina precisamente para que la gente tirase todos esos papeles inútiles que les meten en los buzones. Lo habían decidido en la última reunión de vecinos, diez votos a favor, cuatro en contra porque la gente iba a tirar los papeles al suelo etc. Ése fue el logro de la democracia participativa: acordar que se comprara una papelera de plástico.

¿Qué haces?

¿Cómo?

¿Que qué haces?

Ah, eso. Es sólo publicidad, no hay correo.

Digo que por qué llamas el ascensor y luego vuelves al buzón.

No sé. Para ahorrar tiempo.

¿Ahorrar tiempo?

Mientras baja el ascensor cojo el correo y así ahorro tiempo. Si no, tendría que abrir primero el buzón, sacar el correo, cerrar y después ir al ascensor y esperar a que llegue.

O sea, que has conseguido ahorrar veinte segundos.

No sé. O treinta.

¿Y qué haces con los segundos que ahorras?

No son veinte segundos. Son veinte segundos cada vez.

Y luego dices de mis ideas.

No entiendo.

Tu mundo, papá, tu mundo en el que te importa ahorrar veinte segundos me da por culo.

No hables así.

Vete a la mierda, papá, en serio.

Pero ¿qué te pasa? Ana, joder, ¿vas a subir los siete pisos andando?

Así era siempre, desde los catorce o quince, esas discusiones por nada, cuando menos se lo esperaba. Esas discusiones para mostrarle lo pequeño que era el mundo que él habitaba y lo grande de aquel al que aspiraba ella. Un mundo en el que no se contabilizaban los segundos ni los minutos ni las horas. Y él se quedó unos momentos mirándose las manos como sorprendido de que estuviesen vacías, y por fin se dirigió al ascensor y entró en él, y permaneció en su interior sin pulsar el botón. Cuando fue otra vez capaz de reaccionar y el ascensor se puso en movimiento, Aitor pensó que había perdido los veinte segundos ganados, esos veinte segundos ridículos que le separaban de su hija.

Gracias por el techo que nos dais  
para que vivamos protegidas del rayo y el granizo,  
gracias por este espacio, aunque mínimo,  
en el que habitamos,

gracias por la comida que cada día nos ofrendáis  
como si fuésemos ídolos o tiranos,  
y por los medicamentos y el agua  
que ni siquiera tenemos que pedir.  
Gracias por el orden que traéis a nuestras vidas  
instaurando la noche y el día, los ritmos  
de la vigilia y el sueño,  
gracias porque a las que fallecen entre nosotras  
las alejáis de las vivas para que no nos invada el terror  
ante el destino inevitable.  
Gracias,  
de verdad, gracias, por regalarnos lo imprescindible  
y por haber eliminado el lujo vano y el ocio improductivo.  
Gracias mil veces por esta vida sin preocupaciones  
ni afanes, porque todo nos es dado,  
a cada una por igual, ah, sí,  
gracias por haber instaurado la igualdad  
por haber eliminado jerarquías y privilegios,  
y gracias además  
porque ya no podemos dejarnos llevar de la ira o el rencor  
y herir a nuestras hermanas,  
ya no nos mutilamos con furia ciega,  
y nos resignamos a nuestra pequeña parcela  
sin afanes de conquista,  
gracias entonces por cortarnos garras y picos,  
gracias por la paz, por la igualdad, por la justicia,  
por cuidarnos hasta el día, nunca lejano,  
de nuestra muerte.

Fragmento de la Oración de las gallinas agradecidas.

## 15

Ana está pintando de azul una de las paredes del cuarto. Rodillo en mano, sobre un taburete tambaleante; en la última asamblea acordaron que, como ella no tiene ingresos, salvo lo poco que gana los fines de semana en el mercado, puede compensar a la comunidad pintando y haciendo pequeños arreglos, también ocupándose más que los otros de las compras y de ir a los contenedores de los supermercados a hacer acopio de productos caducados, aunque resulta cada vez menos productivo por la cantidad de gente que se ha ido sumando a esa tarea que Alfon llama de recolectores primitivos.

Alfon la contempla trabajar desde el escritorio, sobre el que teclea alguno de sus cuentos o artículos, que imprime y fotocopia para luego dejarlos en la biblioteca anarquista porque publicar en una editorial le parecería una concesión inadmisibles al mercado; cuando Ana le pide que le eche una mano, él responde que ha conseguido la pintura y ésta es su contribución; además, hundiría el taburete con su peso. Ambas cosas son ciertas.

Vamos a tener que pedir plusvalía a los dueños, dice Alfon. Les estamos dejando el piso cien veces mejor de lo que estaba.

Días atrás Yannick, que para sorpresa de todos reveló que tenía formación de electricista, puso nuevas conducciones en las habitaciones y en el cuarto que hace las veces de cocina; se quedó sin material para hacer el baño, pero ahora los cables nuevos recorren todos los cuartos por encima del rodapié; también quitó los enchufes antiguos y puso nuevos, o no del todo nuevos, porque estaban usados pero en mejores condiciones. Yannick hizo el trabajo casi sin descansar, observado continuamente por el perro que, la mayor parte del tiempo de pie detrás del dueño, parecía ir dando el visto bueno a la obra.

No estaría de más cambiar las cañerías, son aún las de plomo de hace un siglo, dice Alfon. Y arreglar otra vez el agujero en el tejado. Sigue entrando

humedad.

¿Sabes que mi padre se cepilla los dientes mientras meo?, dice Ana.

No, no tenía esa información.

Ana se estira todo lo que puede pero aun así apenas llega al vértice de la pared con el techo. Tendrá que pedirle a alguien que repase esa parte con brocha.

Le veía a través del cristal traslúcido del baño. Sentado en el retrete cepillándose los dientes.

¿Tu padre se sienta para mear?

No como tú, que lo pones todo hecho un asco de salpicaduras.

¿Y has encontrado una explicación?

Ya te lo he dicho.

Digo al hecho de que mee o cague cepillándose los dientes.

Para ahorrar tiempo.

¿En serio? Tu padre es maravilloso. Me gustaría que me lo presentases un día. A tu derecha.

¿Qué?

Que se notan las marcas del rodillo. Tendrías que pasarlo otra vez, en horizontal y en vertical.

Ana cuelga el rodillo en el borde del cubo. Se limpia las manos en un paño, que hace un gurrño y se lo arroja a Alfon.

Parecemos un matrimonio, tío, una pareja que lleva veinte años casada.

Sólo te estaba ayudando.

Por eso.

Ana va a sentarse a su colchón y, como si hubiese captado una orden inaudible, Nicolás entra en el cuarto, lo atraviesa, sus uñas arañando la tarima, y se tumba junto a ella.

Ana le tira de una oreja, del rabo, le fastidia y él finge que la va a morder hasta que los dos se cansan del juego. Hay días así, en los que todo aburre o resulta insuficiente, un sucedáneo de la vida auténtica, un relleno, un acolchado que huele a viejo.

¿Qué estás haciendo?, pregunta Alfon.

Nada. Estar aquí, con el chucho, contándonos cosas.

Con las manos, ¿qué estás haciendo con las manos? ¿Tocar el piano?

Ana se queda perpleja. Hacía mucho que no tamborileaba con los dedos, pero eso mismo estaba haciendo, sobre el colchón, con sordina.

Antes tocaba la batería.

¿En serio? Qué tía. No dejas de sorprenderme. ¿Y ya no tocas?

Ya ves que no.

Qué pena. Molaría un montón pillar una batería por ahí y ponerla en el salón. Y que la tocases. Qué pena, joder. ¿Por qué lo dejaste?

Porque el profe de música empezó a meterme mano.

Te..., o sea, ¿sólo eso?

¿Tú estás gilipollas? ¿Qué significa «sólo»?

Joder, digo que si además de meterte mano hizo más.

Ana se recuesta contra la pared. Se quita las zapatillas presionando el talón con la punta de la del pie contrario. Se pone a rascar el lomo al perro, que abre los ojos y los vuelve a cerrar.

Qué va. Me daba besos, me acariciaba la cabeza, me abrazaba en cuanto podía. Y a mí me parecía un poco pesado, pero también le tenía cariño y aprendía muchísimo con él. Lo que pasa es que empezó a sentarme sobre sus rodillas para explicarme cómo tocar algunas piezas. Sobre todo en los campamentos de verano. Y me dio mal rollo y lo dejé. A tomar por culo la batería.

¿Lo denunciaste o algo?

Me gustaría decir que le di un rodillazo en los huevos. Pero no. Dejé de ir a clase. Ya está.

¿Qué edad tenías?

¿Qué pasa, que vas a escribir una novela sobre mi vida? Pues la que tuviese, doce o trece, qué más da.

A mí me gustaría también que me rascases así la espalda, como haces con el perro. Me tumbaría y cerraría los ojos y pasaría horas sin moverme.

Lo ha dicho señalando a Nicolás con una expresión a la vez alegre y triste, la de quien recuerda un lugar añorado al que no podrá volver. Tamborilea él sobre la mesa, se levanta y sale del cuarto con la cabeza gacha, quizá también aburrido, sin energía. Hay días como ése. Ana se hace más sitio en el colchón empujando al perro para tumbarse a su lado y cierra los ojos. Se pone a respirar al mismo tiempo que el animal, exhalando e inhalando con él. Pasa así

un buen rato y, aunque no pretendía hacerlo, se queda dormida.

## 16

Cómo te aburren las historias de los demás. Cómo te aburre escuchar las conversaciones de Luis, delante de tu ordenador, haciendo el seguimiento gracias al GPS que el padre instaló apenas dos horas después de que se lo dices. ¿Sabrán sus padres que Luis es gay? ¿Les habrá dicho alguna vez tengo que contaros algo importante, o habrá aparecido en casa de la mano de su novio? Seguramente. Tú, que eres quince años mayor que Luis, nunca llegaste a salir del armario sino que dejaste que las circunstancias lo abrieran por ti. Un día tu madre encontró una revista que te había prestado un amigo, probablemente quedó horrorizada por todos esos hombres penetrándose con gesto de esfuerzo, por todos esos miembros y culos diseminados en cada página, por los correaes ciñendo músculos y erecciones, pero no reaccionó mal, no montó un escándalo; se limitó a dejar la revista encima de tu cama para que supieses que la había visto. No hablasteis de ello y por suerte para entonces tus padres dormían en cuartos separados y sólo intercambiaban las frases imprescindibles para que el hogar, si aquello se podía llamar así, continuase funcionando, igual que dos empleados mal avenidos operando en la misma oficina.

No hay nada en las breves conversaciones que has captado de Luis con Aitor que revele que el padre conoce la homosexualidad de su hijo, pero ¿por qué iba a haberlo? Quizá si lo hubiese te parecería menos aburrido escuchar las conversaciones de ese chico, tan banal como cualquier otro. Desconectas cuando entra en el aula, no te interesan el discurso de su profesor de filosofía o política ni sus cuchicheos con un compañero, como tampoco te interesó cuando se metió en la cama, después de salir de casa, con un tal Javier -se llamaba como tú- y a ti mismo te sorprende que no te excitase escucharlos follar, sus gemidos y bramidos. Llevas demasiado tiempo en este oficio, por

eso quieres montar la empresa de seguridad, para no seguir escuchando las vidas de otros, ni siguiéndolos en sus quehaceres cotidianos -¿cuántas veces has ido con ellos a la compra o al taller o a la delegación de Hacienda?-, y además te desagrada prestar servicio a muchos de tus clientes. Te acaba de suceder con el dueño de una pequeña cadena de talleres mecánicos: el encargado de uno de los talleres había cogido baja médica después de un accidente de coche alegando daños en las cervicales que le obligaban a llevar collarín y a mantener reposo varias semanas. Lo habías seguido a una academia de baile y fotografiado mientras practicaba salsa, nivel avanzado. Aunque se tratase de un estafador, te costó entregar las fotografías tomadas con el móvil. Eso es tu rencor de clase, te dijo Carles cuando le contaste tu incomodidad; te pones contra el patrón aunque el empleado sea un sinvergüenza.

Pero no era eso. También tuviste que superar el conflicto entre intereses y deseos a la hora de entregar las tomas de una mujer que engañaba a su marido, a la que fotografiaste con un tele desde la azotea de enfrente. Aunque te sentías orgulloso de haber conseguido las pruebas (para acceder a la azotea tuviste que forzar la puerta metálica que la separaba de la escalera del edificio) tras hacer guardia durante días delante de la casa de la mujer, te costó entregar las fotos que probaban el adulterio (la palabra que usaba el marido y que a ti te ponía ya del lado de la investigada), y te guardaste dos en las que se los veía, aunque algo borrosos, practicándose mutuamente sexo oral. Te pareció que el marido no tenía derecho a humillar a su mujer mostrándole triunfante las fotografías. ¿Y si hubiese sido al revés, que el cliente fuese una mujer y el investigado un hombre?, te preguntó Carles. Creo que me habría sucedido lo mismo. En serio, no es una cuestión de clase ni de género. Es que me da pena exponer a alguien así, sin posibilidad de excusa.

Ver, saber, te hace cómplice y tú no quieres serlo, porque ser cómplice es convertirte en el actor secundario de una película cuyo guión no decides. Así que será por ese desapego hacia tu trabajo por lo que ni siquiera te empalmas escuchando a Luis y a Javier y te pones a redactar un informe sobre otro seguimiento, otra mujer que engaña a su marido, y tú entiendes que lo engañe, menudo imbécil prepotente que entró en tu despacho como un capitán inspeccionando a la tropa, pero tienes que hacerle el informe y contarle que todos los miércoles su mujer va al NH de Santa Engracia, sube al piso quinto,

donde tiene ya reservada la misma habitación para todos los miércoles hasta dentro de dos meses y se reúne allí con un hombre canoso, de aspecto amable, que seguramente la hace más feliz que el idiota de su marido.

¿Y tu hermana, cómo va la revolucionaria?

Tardas dos segundos en darte cuenta de que el otro Javier está preguntando por Ana.

La veo después de clase, responde Luis.

Anotas la hora. Esperas a que termine esa tediosa clase para seguir a Luis en la moto al encuentro con su hermana. Atraviesas con él la ciudad universitaria y te diriges hacia el centro, lo bordeas por Bailén, imaginas que vais hacia Lavapiés, donde hay varias casas ocupadas, y mientras esperáis en un semáforo te preguntas si Ana será lesbiana, podría ser una razón para irse de casa y no querer dar explicaciones sobre su vida. Conoces más de un caso en el que dos hermanos son homosexuales. Una vez incluso tuviste una relación, poco duradera, con dos gemelos, hombres los dos, y primero mantuviste la relación con uno y, semanas más tarde, cuando conociste al otro, te empeñaste en acostarte con él por cierta curiosidad morbosa, a ver qué diferencias encontrabas, también en la cama, entre los dos hermanos idénticos. Te costó convencerlo, porque nunca habían hecho eso, y le parecía perverso, una manera de negar su individualidad y de que hicieses el amor sólo con su apariencia, como si follases con un muñeco hinchable, dijo, porque sí, habían jugado a las confusiones como todos los hermanos gemelos, pero siempre prefirieron no compartir amantes, aunque habría sido tan fácil para ellos, no sólo por lo inmoral del engaño, también porque, a pesar de lo unidos que estaban, parecía que la cama, eso es, el uso del propio cuerpo, era el único espacio en el que podían ser individuos como cualquier otro. Y empezaste a jugar con la posibilidad de acostarte con los dos a la vez, aunque te daba algo de vértigo pensar que estarías con esos dos hombres idénticos en la cama, follando con cada uno por un lado, sin saber cuál era cuál, pero, te pasa cuando te obsesionas con algo, no podías quitártelo de la cabeza, así que primero les preguntaste, por separado, si nunca se habían acostado juntos, al fin y al cabo, los dos gais, los dos muy unidos, compartiendo dormitorio hasta los dieciséis o diecisiete, y la respuesta horrorizada y también idéntica de ambos te hizo pensar que te mentían, por lo que ya abordaste directamente el tema de reuniros los tres en tu apartamento, aunque ellos no lo hiciesen uno

con otro, sólo cada uno contigo, les insististe, les rogaste, les prometiste ni sabes cuántas cosas, y acabaron dejándote a la vez, evitaban saludarte cuando os encontrabais, y todavía sospechas que te habías acercado demasiado a un secreto compartido y que hablar abiertamente de su homosexualidad, cosa que hacían sin pudor e incluso con cierto exhibicionismo, era una manera de ocultar lo que de verdad les importaba esconder. La mejor manera de mentir, eso te lo han confirmado años de experiencia profesional, no es callar, sino contar una historia que te incrimine en una falta menos importante.

Cuando el punto se detiene sobre el plano de tu pantalla anotas la dirección. Lo bueno de que Luis vaya en moto y no en coche es que puede llegar hasta la puerta de su hermana, y esperas que así sea, pero enseguida tu plataforma de seguimiento te indica que estás delante de un bar, junto a un teatro al que has ido en más de una ocasión, lo que te permite visualizar la escena: la moto aparcada en la acera, que ahí se ensancha, Luis quitándose el casco y acercándose a Ana,

Hola, hermanita.

Hola, hermanito.

que lo espera en la puerta, si mal no recuerdas hace chaflán, entran, eligen la mesita baja, la del sofá (aunque el GPS no es tan preciso como para confirmar lo que imaginas, no oyes el arrastrar de patas de las sillas de madera y sí el roce de telas, aunque eso podría deberse al contacto del micro con la mochila). Conoces el sitio, pero guardas la calle y el número de todas formas para ponerlo en el informe. La grabación, sin embargo, no es para el informe, sino por si te puede servir a ti. En realidad no hablan de nada que te parezca interesante, la fácul, los viejos, frases y preguntas superficiales, ¿cómo te va?, bien, ahí, maquinando, ¿y tú?, bien, estoy bien. Y ahora él baja la voz y ni siquiera distingues todas las palabras, pero recompones una frase pronunciada por Luis, algo así como, oye, hermanita, lo del petardo delante de la comisaría fue la hostia, pero ten cuidado, eh, que ya sabes cómo son esos hijos de puta. Y ella se ríe. El viejo flipaba que ni te cuento, dice Luis; y luego, a los tres días, te marchas de casa; está acojonado. El viejo se ha vuelto un capullo, dice ella, o lo ha sido siempre, pero antes no me daba cuenta. No es mal tipo, dice Luis. Un capullo, insiste Ana, un pringao que quiere que tú y yo seamos unos pringaos como él. Eso es verdad, concede Luis. Y mamá a su bola, salvando el planeta.

¿Sigue con eso de las mochilas reciclables o recicladas o lo que sea?

Sí, más orgullosa que la hostia.

Va a detener ella sola la extinción de las especies. Joder, qué dos.

Y muy preocupados por ti.

Deberían preocuparse por ti, no por mí.

La oveja negra eres tú. ¿Seguís (voz aún más baja) planeando acciones?

Con muchas discusiones, ya te imaginas. Cada uno quiere una cosa. Pero acabaremos haciendo algo.

Qué huevos tienes, hermanita. Muchos más que yo.

¿Y tú, vas a irte de casa de una vez?

En pocas semanas. En cuanto acabe la carrera...

Buf.

Ya, ya sé, pero es que en serio, el conocimiento es importante. Como base de la acción. Todos tenemos nuestro papel.

Buf.

Yo voy a estar ahí contigo, más adelante.

Ahora sí tienen toda tu atención. Te gustaría contar con una cámara, asistir a la interacción entre los dos hermanos como a una obra de teatro, porque ahora lo banal empieza a interesarte, esos dos hermanos que comparten sus secretos. Nos acercamos a Shakespeare, te dices, se van desarrollando ante tus ojos, relaciones de poder dentro de la familia, un hermano que empuja a la hermana menor por un camino peligroso en el que parece acompañarla... Te gustaría anotar sus gestos, entender la tragedia que están montando, porque ya intuyes que es una tragedia en la que habrá víctimas, aunque aún no sepas cuáles.

Bueno, me abro.

¿Quieres que te acerque en la moto?

No hace falta, si estoy ahí al lado.

(Sí, por favor, llévala en la moto.)

No me cuesta nada.

Ni a mí.

Venga, móntate, que te llevo. Antes te gustaba.

¿Te pones nostálgico, hermano? ¿Quieres llevarme a caballito?

Pues podría. Si no pesas ni cincuenta kilos.

Puro nervio.

Eso sí. Venga, monta.

Y los sigues, por un lado satisfecho, por otro decepcionado porque va a ser tan fácil. Ves el desplazamiento sobre el plano, es verdad que está ahí al lado, apenas cuatro calles y la moto se detiene.

Saluda a Alfon.

Si no puedes ni verlo.

Me parece un fantasma.

Es un fantasma, pero de otro tipo. Un espectro recorre Europa.

A ti Marx te da por culo.

Apenas lo he leído. Pero es verdad, no es mi rollo.

No es el rollo de Alfon, quieres decir.

Vete a la mierda, hermanito.

Es verdad, haces lo que te dice.

Oye, si vas a empezar con esa mierda vete a tomar por culo.

Ya lo he hecho esta mañana. ¿Vas a volver a casa?

No me jodas que has venido a eso. No me jodas que te manda papá.

Papá no sabe nada, coño. Es sólo una pregunta.

Al final, va a ser verdad que eres un acojonado. Que no vas de cara.

Como dice Alfon, supongo. Eh, espera. Bueno, pues vete tú también a la mierda.

Anotas la dirección, miras el reloj en la pantalla, aún no es hora de comer y ya has hecho tu trabajo. Podrías escribir el informe en cinco minutos y decirle a los padres angustiados dónde se encuentra su hija. Pero sientes curiosidad y, si eres honesto, tienes que confesarte que esperas que los padres amplíen el encargo. Avisas a Carles de que sales un rato. Te responde desde el despacho que bueno. Carles no se levanta si no es imprescindible, también en eso se comporta como si fuese un gordo incapaz de moverse, y por primera vez te preguntas si la explicación de su delgadez puede estar en el alcoholismo. Nunca lo ves comer y su aliento huele a menta desde temprano en la mañana. Te propones inspeccionar sus cajones cuando no esté.

Montas tú también en tu moto, te pones el casco y haces un trayecto muy similar al que acaba de hacer Luis, aparcas a cien metros de la entrada de tu objetivo. Enciendes un cigarrillo. En realidad, no eres fumador, pero fumar te

da la impresión de hacer algo, de que no te limitas a estar parado frente a la casa ocupada. Te entretienes también leyendo las consignas con las que han pintarrajeado las paredes cercanas. Muerte a la pasma. Fuego a las prisiones. La insurrección se acerca. La Amazonia no se vende.

Dibujos mal hechos, papeles pegados a la pared, algunos desgarrados, llamando a huelgas y resistencias. Una de las ventanas tapada con cartones. Una acumulación de basura cerca de la puerta. Vivir así, te imaginas lo que sería estar ahí dentro y te dan escalofríos. Sí, reconoces que eres un poco maniático con la limpieza y que no todo el mundo se pasa un paño húmedo por la suela de los zapatos después de quitárselos al entrar en casa. Ni limpia las ruedas de la maleta antes de guardarla. Ni usa un espray para desinfectar el maletero del coche. Seguro que hay un término medio, pero vivir rodeado de polvo y de los desechos que dejan tus compañeros, en camas compartidas o en las que se van rotando sus ocupantes, imaginar el sudor que se pega a las sábanas, las babas. No, por mucho que el mundo te parezca a ti también un lugar detestable y aunque decidieses luchar contra el capitalismo, tú no estarías en un sitio así. Serías Unabomber, un chiflado que vive solo en una cabaña en el bosque y envía desde allí bombas caseras. Sin tener que convivir con nadie ni dar explicaciones.

Apagas el cigarrillo en el cenicero de una papelera. Lamentas que no haya un bar justo enfrente de la casa ocupada para poder observar desde una posición más discreta. Pero tampoco hay muchas razones para estar allí. Tu trabajo ha terminado. Podrías alargarlo un par de días para inflar la nómina, inventarte cómo has descubierto el paradero de la chica complicándolo un poco. Sí, lo vas a hacer. Cuando vives rodeado de tiburones no puedes conformarte con ser una sardina. Tú conoces el mundo. Tú has investigado a políticos municipales por encargo de sus compañeros. Esos chicos mugrientos alojados en su cloaca tienen en el fondo razón. Sólo que han equivocado el camino. El mundo no se puede salvar, pero tú sí puedes salvarte. Dudas si encender otro cigarrillo. Decides marcharte. Te pones el casco. Aún te demoras unos segundos porque esperas que, por una coincidencia, salga una adolescente de la casa ocupada, justo la chica a la que te han pedido que localices. Ana. Has visto sus fotos. Es guapa, o lo sería si se arreglase un poco, si se cortase mejor el pelo (no sabes si su color rojizo es natural) y desapareciera por lo menos el piercing clavado en el tabique nasal. Ojos

grandes y oscuros, labios más gruesos de lo habitual, pero seguro, seguro que no es por un implante de silicona. Labios de te apetece que te la chupe. Pero a ti no te apetecería nada que lo hiciese. Arrancas, un último vistazo, no, no sale nadie de esa guarida pintarrajeada. Con un amplificador direccional podrías oír lo que se dice en cada cuarto, pero no hay un sitio discreto desde el que dirigirlo. Sí podrías poner un micrófono de pared y oírlo a distancia, aunque sólo te dé información sobre una de las habitaciones. Se abre la puerta antes de que arranques y sale un perro, sin correa ni collar, con un pañuelo rojo atado al cuello. Al momento asoma un joven muy delgado que te hace pensar en un yonqui. Lleva en la mano un diávolo y los palos para hacerlo volar. Lo sigues con la mirada, primero, y después dejas la moto donde está y echas a andar tras él. Ya estás haciendo planes. Te gusta ser tú el que sabe, el que controla la información. Te sientes ahora más alegre, despejado, casi te has olvidado de la chica. El joven se para en una esquina, saca del bolsillo una gorra y la pone en el suelo. El perro se tumba a su lado. Definitivamente, no vas a redactar aún el informe sobre Ana. Si alargas la búsqueda una semana te llevas dos mil euros y nunca has estado tan necesitado de dinero. Pasas al lado del yonqui y le echas una moneda en la gorra. Él no lo ve porque ha vuelto la cabeza hacia lo alto, con la lengua entre los dientes, concentrado en atrapar el diávolo.

## 17

Aitor siempre había sido un hombre de despertares lentos. Tampoco estaba del todo despierto, aquella mañana de años atrás, cuando se subió al autobús a las ocho para ir a la radio; tenía la sensación de que su cuerpo se desplazaba pero él no lo acompañaba, tan sólo lo seguía de lejos. Sus párpados fingían estar abiertos. De pie agarrado a una barra, aguantaba como podía los zarandeos y, como siempre a esas horas, estaba solo en un autobús repleto. Los demás no existían. Imposible decir si en ese momento estaba rodeado de espectros o si era él el espectro. Pero esa mañana la presencia ajena lo irritaba más de lo habitual, transportaban una carga que él no podía distinguir. Llevaban la mirada perdida, no hablaban, pero no por el sueño o el mal humor, sino que parecían participar en una congoja colectiva, como visitantes a la puerta de la sala de operaciones en la que acaba de fallecer un familiar. Miraban al frente o, los que iban sentados, sus propias manos cruzadas sobre el regazo. Una joven, o quizá no mucho más joven que él, tenía los ojos enrojecidos. Su mirada se cruzó con la de Aitor y a él le pareció que esperaba algo, un asentimiento, que compartiera de alguna forma su tristeza. Aitor se puso alerta, como quien intuye una agresión pero no hay razón alguna que la justifique. Inspeccionó los rostros no pétreos, blandos, y sin embargo impenetrables. Habría querido preguntar, pero no sabía qué. Se bajó del autobús ignorando aún el atentado, los heridos, los muertos.

En cuanto se lo contaron en el trabajo, llamó a casa.

¿La niña?

Bien, respondió Isabel, he llamado a la chica y han llegado bien a la guardería. ¿No vas a preguntar por Luis?

No le hizo falta verse en un espejo para saber que se había puesto colorado. No se avergonzaba ante Isabel; su vergüenza era ante sí mismo, la

de quien se descubre atrapado en un acto reprobable, uno de esos actos fallidos que revelan lo que somos. ¿Por quién habría preguntado, por Isabel o por la niña, si ninguna de las dos hubiese estado en casa? Por Ana, y por primera vez intuyó que su matrimonio no iba a durar mucho y se imaginó a Isabel y a él separados, y en su imaginación él estaría entero, tranquilo, una fantasía como esas en las que nos enfrentamos a un atracador y somos más fuertes, más valientes, lo reducimos sin esfuerzo, esas fantasías que nos consuelan de nuestra miseria y nuestra cobardía. Pero tendrían que transcurrir años hasta que la fantasía se concretara. Voy a hacerlo, voy a pedir a Isabel el divorcio. Mañana, pasado, al otro, la semana que viene, durante un tiempo lo pensó y lo pospuso de manera recurrente, se resistió, se resistieron, porque el miedo o porque el afecto o porque resulta tan difícil imaginarse en otra vida, imaginarse otro, distinto, realmente distinto. Hasta que nos convencemos de que ya no servirán los esfuerzos ni los buenos propósitos, ni siquiera la generosidad, ni la terapia de pareja, porque pesan ya demasiado todos esos años mintiendo y mintiéndose, acumulando día a día silencios, ocultaciones, desprecios.

No le pasó nada a Ana, claro; fue a buscarla en el coche, atravesó aquella muralla de madres preocupadas que fingían naturalidad al abrazar a sus hijos, como él la fingía para ocultar el miedo que había pasado aunque supiese que Ana ni siquiera había estado cerca de las explosiones, y luego en el coche la miraba por el retrovisor mientras ella parloteaba, consciente de que a pesar de todo era un milagro que estuviese ahí, hablando con él, un milagro que estuviese viva, que hubiese nacido, que fuese su hija.

Ese miedo que ya casi había olvidado hace que todo su cuerpo hormiguee y lo cubra una oleada de calor, como si de repente entrase en una sauna, cuando Rita, la de tribunales, durante la reunión de papela, levanta la vista del móvil en el que consulta una sentencia sobre la que quieren informar en las noticias de tarde, y dice: ha habido un accidente en Barcelona, en las Ramblas. Una furgoneta, parece que hay muertos. Ella dice accidente y todos traducen: atentado.

Consultan sus móviles a la vez. Hay heridos, no se sabe cuántos. Lo de los muertos no está claro.

Se levantan deprisa, olvidada la reunión de papela y todos los temas de los que se suponía que iban a informar, porque saben que esa noticia

absorberá el resto de los acontecimientos, que ya ni siquiera merecen ese nombre, nada existirá salvo lo que acaba de suceder en Barcelona, ni la mujer maltratada que ha secuestrado a sus hijos, ni la citación judicial al presidente del gobierno, mucho menos el calor o la ocupación hotelera en agosto, todo se disuelve, más bien, recupera su insignificancia, de la que pretendían extraerlo a fuerza de darle espacio, de repetirlo, de hincharlo, y el accidente, aún lo llaman así, succiona la realidad que lo rodea, y ya unos y otros buscan información en las pantallas de móviles y ordenadores, los menos hablan por teléfono, y Aitor (Pascual está de vacaciones), se vuelve el centro, como un director de orquesta al que los músicos ni miran mientras afinan sus instrumentos, pero cuando levanta la batuta y el otro brazo todo el barullo que había a su alrededor se diluye, y él aguanta un momento así con los brazos en el aire, mientras desaparece también el eco que queda en los oídos, y entonces todos se concentran en sus movimientos, nada sucede sin que él lo indique, buscan a Aitor una y otra vez con la mirada mientras realizan sus consultas, porque incluso los de deportes rastrean información sobre muertos, heridos, quién, por qué. Aitor echa a caminar hacia el estudio y todos lo siguen como a un Moisés que los sacará del desierto. Los técnicos continúan atentos al programa pero se vuelven una y otra vez esperando la interrupción. La tensión se ha contagiado a la pecera. La presentadora habitual de informativos de tarde está de viaje así que es Pedro, su sustituto, quien se sienta detrás del micrófono, se pone los auriculares, abre el ordenador y deja el móvil encima de la mesa; sus compañeros, los que estaban en medio del otro programa, ya están al tanto a través de los cuatro monitores colgados en fila en una pared, por los que se suceden las imágenes de la catástrofe multiplicándose y ramificándose en cada pantalla.

El presentador da la noticia, en tono sosegado, sin estridencias, explicando que aún se ignoran las circunstancias del atropello.

Han muerto tres personas, dice uno de los guionistas. Lo pone en *La Vanguardia*.

¿Fuentes?, pregunta Aitor.

No dicen.

Entonces seguimos hablando de heridos.

Son narcos. Me confirman que son narcos que huían de la policía, dice un joven de quien Aitor no se ha aprendido el nombre.

Quién lo dice.

En redes. A ver...

Que nadie mencione a narcos. Nada hasta estar seguros.

El chico, no debe de llevar más de dos meses, mira a Aitor poco convencido, como si esperase un cambio de instrucciones, pero se da la vuelta y estudia a los presentadores, ahora son tres, que continúan informando, más bien, en la emisora repiten en distintas variaciones lo poco que se sabe. Una furgoneta, La Rambla, heridos, pánico, la policía acordona la zona, que no se acerque nadie, y en televisión imágenes de los curiosos que graban con sus móviles desde lejos.

Alrededor de Aitor, cada uno desarrolla su función sin que haya que decirle lo que tiene que hacer, pegados a sus móviles, protegiéndose la boca con la mano para amortiguar el sonido.

¿Quién está en la calle?

Carlos. Lo tenemos en el 2.

Que alguien consulte el Twitter de los mossos.

Todos comparten sus informaciones en voz alta, pero dirigiéndose sobre todo a Aitor, que asiente o da instrucciones breves. Y cada información es una pieza más para ir componiendo el rompecabezas que mostrarán al final, sin precipitarse a pesar de la urgencia, contenidos por la rienda tensa que maneja Aitor.

Un muerto, dice alguien desde la puerta. Lo confirman los mossos.

Una guionista envía un mensaje al presentador con la información y él la añade, también en tono sosegado, como si se tratase de un acontecimiento triste pero no inhabitual.

Carlos no tiene retorno. Creo que está en la Rambla. Espera, ha colgado. No lo tenemos.

Parece que es un atentado.

¿Parece?

Ha habido disparos.

¿Dónde?

Que se han encerrado en un bar.

Esperad, no lo deis todavía.

¿Queréis testimonios?

¿De quién?

Un vecino del bar. Ve la entrada desde casa.

Conéctalo.

(Voz lejana del testigo. Ve desde la ventana el bar cerrado; dice que hay barullo alrededor. Su voz llega entrecortada, se distorsiona. De todas maneras no parece que vea gran cosa. Pero sigue hablando. Y sigue, todo ello al aire.)

No se le oye, joder, no se le oye. Que deje de moverse. Se le va la cobertura.

No te oímos, no te oímos nada.

Cortadle.

Tres muertos. Lo da el telediario.

El conductor ha huido.

Duplica sonido de calle y sirenas.

Carlos no me coge.

Xavi, te vas a Barcelona, ordena Aitor.

¿Ahora?

Coge un taxi, pasa por tu casa y te llevas lo que necesites. Pero rápido.

Ya salgo.

¡Eh! (grita Aitor, de pronto irritado porque la sala de control se ha llenado de gente, muchos de otras secciones que han ido a mirar, incluso invitados de otros programas). ¡Eh! Quien no esté haciendo nada útil que salga. Sólo quiero aquí a los que pueden aportar algo. (Despacio, a desgana, como niños a los que envías a la cama cuando estaban tan tranquilos viendo la televisión, salen cinco o seis periodistas y técnicos.)

¿Tenemos algo en hospitales?

Yo conozco a alguien en el de Santa Creu.

¿Actualizamos a la media?

Tenemos otra vez a Carlos. Está yendo a Diagonal. Parece que pasa algo allí.

¿Lo tenemos en el 1?

No, en el 2.

¿Hay desco?

No, ahora no. Dos minutos de publi y respiramos.

Yo metería un pequeño bloque de publi antes de pitos.

Tres minutos. La ponemos y la quitamos de en medio.

Tengo a Lluís, del servicio de emergencias.

«Ha muerto Ángel Nieto...»

¿Quién coño ha puesto esa cuña, qué pinta Ángel Nieto aquí?

Es la publi de la emisora. Llevamos un mes dándola.

Ya lo sé, pero ahora no, joder, ahora no. Quién es el gilipollas que lo ha puesto. Hacemos un especial a las siete. Y hay que meter sonido, mogollón de sonido. ¿Tenemos suficientes cortes de calle?

Estoy en ello.

¿Qué reacciones tenemos?

Parlamento Europeo, la Comisión, alcaldesa de París.

Aurelia está en Interior.

Han detenido a uno. Es seguidor del Real Madrid.

¿Estáis de coña? Ni se os ocurra decir que es del Madrid.

Se confirma que es un atentado. Hay varios huidos.

No lo han detenido. Se ha entregado él. Su carnet estaba en la furgoneta.

Qué oportuno. ¿Por qué olvidan siempre el carnet donde lo encuentre la poli?

Siete muertos, por ahora. Y se están pidiendo voluntarios para donar sangre.

Ahora sí, comienzan a hablar de atentado terrorista. Sin adscribirse aún a nadie. Despacio. Mejor llegar un poco tarde que meter la pata y hacer el ridículo. Todos están tensos y concentrados, nadie habla más de la cuenta. Frases cortas. Instrucciones. Un mosaico, eso es, un mosaico de informaciones con el que van construyendo la historia. Pedro, tranquilo, sigue añadiendo detalles, la voz cada vez más preocupada, luctuosa, pero al mismo tiempo una voz que llama a la calma, a no adelantar acontecimientos.

Los controladores han suspendido la huelga en El Prat, para ayudar.

(Se lo comunica a Pedro, que acaba de pasar la palabra a un compañero, pero no lo oye.)

Pónselo en el chat.

Si no metemos más publi no pasa nada, ¿de acuerdo?

Los cortes del presidente y ¿cuál era el otro?

El de la alcaldesa.

Eso, pero separados, ¿eh?

Poco a poco van sumando muertos, heridos, detalles. Añaden las voces de testigos. Gente que estaba allí cuando la furgoneta invadió la acera, gente que huyó por las galerías del mercado. Gente en shock pero que aún no se ha dado cuenta de ello y hoy puede que duerman bien pero los próximos días sufrirán de insomnio, ataques de ansiedad, llanto en momentos inesperados. Turistas. Vecinos. Vendedores del mercado. Llegan ya las primeras declaraciones de políticos, sin sorpresas, pero hay que ponerlas. Va avanzando la tarde, progresivamente el cansancio sustituye a la excitación. Se miran satisfechos, orgullosos de lo que han ido haciendo. Han informado bien, sin sensacionalismos, sin perder el control. Pedro se levanta y se estira, palmea la espalda de uno de sus compañeros. La noche va a ser larga para muchos de los periodistas que comparten ese momento, pero ahora ya saben lo básico, las coordenadas en las que se irán inscribiendo las nuevas informaciones. A las pocas horas ha quedado claro que se trata de un atentado yihadista, y los primeros bulos se disuelven: no ha habido tiros, ningún narco implicado, nadie se ha encerrado en un bar con rehenes. Ya hay sospechosos pero algunos autores del atentado han huido. Los mossos han bloqueado las salidas de Barcelona. Aitor está contento. No podría decírselo a nadie, que se siente feliz aunque ha habido un atentado que puede haber causado decenas de muertos y de heridos. Sonaría mezquino. ¿Cómo puedes estar feliz en un momento así? Y él mismo no lo entiende del todo, salvo porque ese trabajo en equipo provoca una sensación de comunidad, da sentido a lo que hacen todos los días casi sin darse cuenta. Y Aitor, al frente de todo ello, ha superado la primera prueba seria. Ha estado a la altura. Sale de control con la sensación de haber crecido unos centímetros. Y sus compañeros lo certifican con sus asentimientos al cruzarse con él, la productora que le sonrío, el guionista más reciente que se echa a un lado en el pasillo para cederle el paso, los tres o cuatro redactores que le dan la mano y Aitor les premia con una palmada en los hombros, paternal, aprobadora. Sólo ahora se da cuenta de que le duele la espalda, como si hubiese pasado horas en una posición incómoda. Decide quedarse por lo menos hasta las diez. De todas formas, nadie lo espera en casa y sus compañeros lo agradecerán. Sale un momento a la terraza a tomar el aire. Pedro, que está fuera, le ofrece un cigarrillo y Aitor lo acepta sin pensar. Las grúas, quizá porque es agosto, quizá por otro motivo, están detenidas. No hay

una nube. Nada se mueve, salvo el humo que exhalan y flota y se deshace frente a Aitor.

Somos los canarios que se usan en la mina  
para detectar el grisú.  
Sabemos.  
Estamos convencidos.  
Tenemos experiencia  
transmitida de generación en generación.  
Nos gustaría tanto alertar del peligro. Pero nadie nos enseñó  
a hablar, sólo a cantar. Cantar para decir atención,  
tened cuidado, que delante está la muerte.  
Cantar en lo oscuro,  
como quien silba para espantar el miedo.  
Y hasta aceptamos alegremente este empleo en la jaula,  
nos sentimos útiles, nos halaga  
que se aprecie tanto nuestro saber. Podría ser peor.  
Siempre puede ser peor.  
Podríamos morir tan sólo  
porque alguien nos olvida  
en la jaula, porque ni alpiste ni agua,  
porque nadie silba entre las rejas  
para oír nuestro eco. Aquí estamos,  
somos los canarios que se usan en la mina  
para detectar el grisú. Cantamos y pensamos  
que bastaría con que observasen cómo la llama  
se va volviendo alargada y azul.  
No necesitarían un canario,  
no necesitarían bajar con la jaula por delante,  
no necesitarían nuestra muerte. Observad la llama, cabrones,  
corred cuando veáis la aureola azul pálido,  
bastaría con eso,  
pero no, sólo cuando caemos de la percha,

y abrimos y cerramos el pico como boquearía un náufrago  
que a pesar de todo se hunde, sólo cuando de costado  
nos quedamos inmóviles, silenciosos, definitivamente  
muertos, sólo entonces,  
sólo entonces,  
sólo  
entonces,  
nos miran  
compungidos seguros aliviados un poco asustados  
y regresan galería arriba a empujones,  
porque en lo hondo hay grisú y podrían estallar por los aires,  
ellos, la galería, las piedras y lo oscuro, el mundo derrumbándose,  
podría haber sido así,  
pero qué alegría estar vivos, se dicen,  
haber huido a tiempo,  
bailan y se abrazan,  
y dime tú a quién coño le importa la muerte  
de un puto canario.

## 18

Son ocho: tres hombres, cuatro mujeres, un niño. De pelo rubio o castaño claro, salvo una de las mujeres, de no más de treinta, con una melena negra que se desparrama por debajo del casco. Uno tiene la piel tan sonrosada y el vello tan claro que podría ser albino. Están concentrados y sonrientes a la vez. No debe de ser tan fácil porque, salvo ella, todos echan vistazos inquietos a la pantallita digital situada en el centro del manillar. Quizá al rodar cuesta abajo tienen la impresión de desarrollar más velocidad de la real, apenas el doble de la de un caminante. No parecen haber practicado mucho; tienden a flexionar las rodillas como si fuesen a sentarse en cualquier momento, pero no hay sillín en el que hacerlo. Sólo la morena que va adelante da la impresión de estar relajada, se gira de vez en cuando hacia los otros siete y les da instrucciones en inglés sin perder el equilibrio ni la seguridad aunque no esté mirando al frente. No tan deprisa, dice, dejad espacio entre uno y otro, que puedan pasar los peatones, eso que veis ahí son las Escuelas Pías, el edificio lo destruyeron los anarquistas durante la guerra.

Wow, dice uno de los hombres. El grupo se detiene y la guía les explica a grandes rasgos lo que fue la Guerra Civil pero no se mete en los detalles sobre la CNT y Falange que serían necesarios para que entiendan el incendio y la destrucción del edificio.

Qué bárbaros, dice uno de los hombres.

¿Quiénes?, pregunta la guía.

Los que hicieron esto.

Hoy es una biblioteca, dice la guía y todos asienten admirados. Quizá están intentando imaginar cómo era el edificio antes de la guerra.

Hay que controlar la imaginación, había dicho Alfon. Si empezáis a

generar imágenes, todo está perdido. Lo que debéis hacer es miraros unos a otros, sacar fuerzas del vecino, disfrutar la acción, como una coreografía. ¿Me seguís?

Claro, dijo Yannick, hasta ahí es fácil. Es como lanzar el diávolo.

Alfon se frotó las rodillas y luego señaló a Yannick.

Eso es, como con el diávolo. Cuando lo lanzas no estás pensando en lo que vas a hacer mañana, ¿a que no? Tampoco en lo que hiciste ayer. Lo sigues con la vista y te concentras en la recogida.

El Agujero está lleno. Han venido dos chicos de la biblioteca anarquista, tres de otra casa okupada desalojada por la policía días atrás, que quizá se han cansado de levantar una y otra vez castillos de arena para que luego venga alguien y los pisotee; también una mujer que hasta hace poco vivía en un centro de acogida a víctimas de maltrato y a la que le gustaría entrar a vivir en El Agujero, porque decía que viviendo sólo con mujeres se sentía como en un convento. Están de pie en el salón, en lo que había sido salón. Ahora hay tres colchones pegados a la pared, unas cajas de fruta boca abajo, con velas y ceniceros, vasos, varias mochilas, un armario de hule con la cremallera rota. Es el dormitorio de Yannick y Elena, también ahora el de las monjitas; como es el cuarto más grande suelen reunirse allí para las asambleas, para beber, meterse lo que sea que les apetezca meterse, aunque salvo Yannick ninguno es de verdad adicto; una de las pocas prohibiciones en El Agujero es la de picarse.

La aglomeración es hoy mayor de lo habitual, son muchos los que quisieran dejar de manifestarse y escribir panfletos, de organizar cursos, de buscar una solidaridad tranquila. Empieza a ser hora de defenderse, y ya no basta reventar una papelera con un petardo casero ni quemar un contenedor ni hacer añicos la pantalla de un cajero, mucho menos con emborronar paredes y cierres metálicos. Ya está bien de acoso policial, de que los hipsters y las sociedades inmobiliarias se adueñen del barrio, de desahucios y de los suicidios de quien de verdad no puede más. Ya está bien de impotencia y consignas que sólo cortan el aire, de palizas a africanos, de hostias a mujeres que gritan su rabia, de porrazos en la cara y en el vientre y de que intenten romper manos y piernas a cualquier chaval que protesta y que luego digan que es que atacó a cinco policías anchos como puertas. Varios están dispuestos a pasar a la acción, otros tan sólo empiezan a informarse, a adentrarse en el

suelo resbaladizo de los pros y los contras.

¿No deberíamos hacer otra cosa, algo serio, como atentar contra un político, aunque sólo sea darle un buen susto?, preguntó uno de los de la biblioteca anarquista, un chaval que había estado en la cárcel por apología del terrorismo y resistencia a la autoridad y dos años después lo dejaron en libertad sin cargos. Desde entonces, ese chico activo y animoso acunaba un rencor y una desconfianza que desconcertaba incluso a sus compañeros.

Los políticos son intercambiables, respondió Alfon. Hay que atentar contra la propiedad y sabotear las actividades económicas. Es ahí donde les duele.

¿Y tú vas a participar?, preguntó el otro, que no parecía satisfecho con la respuesta.

¿Tú me has visto?

Te estoy viendo ahora, tío. Y no paras de hablar. Pareces un político.

Repito: ¿tú me has visto?

No puede correr, dijo Ana. Lo pillarían seguro.

Ya, y yo tengo la rodilla jodida. Me la pateó un poli cuando me detuvieron.

Nadie te obliga a venir.

Nadie me obliga a nada, eso es verdad. Soy libre que te cagas.

¿Volvemos a nuestro asunto?, preguntó Alfon mirando por encima de las gafas. Gracias. Lo que decía es que no imaginéis nada. Hacedlo todo como un ballet, como patinadores sobre hielo, atentos sólo a vuestros compañeros y a la pirueta. ¿Estamos?

No recorrió con la vista al grupo, se limitó a echar la melena hacia atrás, a pasarse una mano por la frente. Entonces, ¿quién participa?, preguntó. No hace falta que vayáis todos.

Ana levantó la mano, Yannick lo hizo después de ella, también el alemán y las dos monjitas. Elena no alzó la mano y los otros parecían inseguros, dentro y fuera a la vez, como en la sociedad, como tantos en sus propias vidas.

Cinco. Basta y sobra.

Bastaba y sobraba. Con dos habría sido suficiente, porque a pesar de lo que les había dicho la guía, los siete turistas se habían vuelto a agrupar sobre sus segways, bloqueando el paso a cualquier peatón que caminase en dirección contraria.

Cuando estemos abajo, dice la guía en inglés, giraremos a la derecha para

visitar La Tabacalera, una especie de cooperativa cultural, antes un edificio ocupado. ¿Recordáis cómo se realizan los giros?

Mira, mamá, dice el niño y va inclinando el cuerpo hacia uno y otro lado alternativamente provocando que su vehículo describa pequeñas eses sobre la acera.

Ten cuidado, dice una de las mujeres, te vas a chocar.

No imaginar, continuó Alfon, porque si imaginas empiezas a pensar el dolor ajeno. Y la revolución siempre duele. No es posible una rebelión indolora. Pero ninguno de nosotros quiere sumar dolor al mundo, ¿verdad? Yo soy una buena persona, en serio. Yo lo que quiero es restar dolor. Así que si ahora salís ahí fuera...

Más despacio, dice la guía. Un poco más despacio, poneos en fila para que la gente pase. Tú también, le dice al niño, pero no le hace caso.

Mamá, mira ahora, mira lo que hago.

Tim, deja de hacer el payaso. Te vas a caer.

Tim, dice también un hombre. ¿No oyes? ¿Quieres que te lo diga yo? ¿Eh? ¿Te lo digo yo?

El niño resopla y se pone en fila un momento, sólo un momento, haciendo una mueca antes de adelantar al adulto que acaba de hablar. La mujer que iba en última posición también se sale de su puesto y se pone en paralelo al que era penúltimo, un hombre que lleva el casco tan embutido en la cabeza que parece mentira que pueda ver algo.

Si salís ahí fuera y causáis dolor es porque a la larga vais a reducir el que hay en el mundo. El dolor está ya aquí, difuso, sin que se vea la mano del responsable, pero está, y la revolución es un estallido de dolor, como los bomberos que provocan una explosión para extinguir un incendio. La onda expansiva apaga el fuego. Vosotros sois la onda expansiva, vosotros sois la explosión. No sois quien encendió el fuego.

Y tú un predicador, un teleevangelista. Yo digo que hay que hacer algo más, tenemos que ir en serio.

Pero ya nadie hace caso al de la biblioteca e incluso su compañero le dice cállate, joder, está bien lo que hacen, hay que empezar por algún sitio, y los turistas son lo peor. Se levantan los cinco voluntarios. Salen después de dar un abrazo a Alfon, como siempre mirando a los lados nada más abrir la puerta de El Agujero. Bajan por Embajadores hasta llegar al mercado, descienden una

calle más y se detienen en la esquina. Todos llevan sudaderas con capuchas, parecen miembros de alguna comunidad religiosa. Yannick ata el cordel de nylon a la reja de una puerta y cruza la calle soltando carrete.

Nos vamos a joder las manos, dice el alemán.

Las monjitas pintan en el suelo: tourist go home. Tourism kills the poor. Tourism or life. En letras rojas, grandes, desiguales, con la pintura corrida; podrían servir para los créditos de una película de terror.

Ana ata un extremo del nylon a la reja de un portal, cruza la calle, lía el otro extremo alrededor de una tabla de madera de varios centímetros de grosor. Se agacha y rodea un bolardo con el nylon para que amortigüe el tirón. Ya llegan. Bajan siempre por esta calle, es el recorrido oficial.

Cuidado al cruzar, dice la guía. Tim, no te adelantes.

Pero ¿es que no vas a hacer caso, Tim?, dice la mujer que había regañado antes al niño. El niño ríe. Entonces la guía da un grito, más bien, suelta una especie de hipo y salta hacia delante, mientras el segway choca contra la pared. Ana ha tensado el nylon de un tirón. La madera le raspa el interior de los dedos. El grupo de turistas se tambalea, como si de pronto el suelo hubiese perdido su firmeza, alguno se aferra al manillar, otro lo suelta instintivamente una mano como para agarrarse a algo con ella pero sólo aferra puñados de aire. Chocan unos con otros, el niño va de cabeza contra un coche aparcado y el sonido del casco contra el metal se confunde con el de los segways colisionando. También los adultos salen despedidos, cada uno en una dirección. Un hombre cae entre dos coches aparcados y queda tendido en el suelo, inmóvil, aunque el impacto no puede haber sido tan fuerte. La mujer que regañaba al niño ha conseguido saltar del segway y parece que eso va a permitirle seguir en pie, pero tropieza, se le doblan las rodillas y cae hacia delante: la barbilla raspa el suelo dejando un delgado rastro de sangre. El niño llora. Un hombre llora. La guía da hipidos asustada. Otra mujer ha quedado apoyada en uno de los coches. Parece que no le ha pasado nada.

Eso piensa Ana, parece que no le ha pasado nada, y la alivia que al menos una no está herida, porque no hay que hacer más daño del imprescindible. Tendrían que haber salido ya corriendo, pero ninguno lo ha hecho. Yannick tira del brazo a Ana, vámonos, tía, pero tampoco él arranca. Nicolás, ni siquiera eran conscientes de que estaba allí también, ha cruzado la calle y lame la cara del niño, que llora aún más fuerte. Una de las monjitas coge al perro por el

pañuelo y lo separa del crío. Corren, ahora sí, calle arriba, jadeando porque la cuesta es pronunciada. Se dispersan por varias calles y no oyen ya casi ni los llantos ni los hipos, ni que la guía grita, a veces en inglés a veces en español, quién ha sido, quién ha hecho esto, me cago en, hijos de. Nada. Un rumor a lo lejos. El ejército derrotado allí abajo, por los suelos, sin saber aún de dónde llegó el ataque. Tardarán un momento en descubrir el hilo de nylon, esto es, en obtener la seguridad que no ha sido un accidente. Una anciana con una bolsa del Carrefour en cada mano se detiene unos segundos, deja las bolsas en el suelo, coge con la izquierda la que llevaba en la derecha y viceversa, mira el carrito de nylon, mira a todos esos extranjeros desparramados por la acera, sacude la cabeza. No se detiene a ayudar, porque a su edad y porque la cadera y porque vete tú a saber. Camina en la misma dirección que los huidos y murmura, mira tú que llevar un perro, ¿a quién se le ocurre?

## 19

Qué bonito es el amor, parejita. ¿Me echáis una moneda?

Deme algo, aunque sólo sea una sonrisa.

Qué elegante va, caballero. ¿Me da una moneda?

No corra, no corra, si sólo le pido unos centimillos.

Qué mañana más buena, ¿verdad? ¿Me la mejora con cincuenta céntimos?

Vamos, que esto es arte puro. ¿Una moneda, guapa?

Yannick, con pantalones cortos, tirantes y chistera. Hoy parece que tiene prisa. Se le cae el diávolo varias veces seguidas, pero él continúa sonriendo al que pasa, acercándose con su sonrisa amistosa, con un guiño, con un halago. Oye, belleza, ¿no quieres darme una moneda para aligerar el bolso?

No hay mucha gente, cuatro de la tarde y un sol que hace vibrar el aire dan a la calle una apariencia de espejismo, como si pudiese disolverse de repente y dejar a Yannick en el vacío, con su chistera y su diávolo y sus bromas. Ahora el diávolo sube por lo menos cuatro metros, y parece que lo atrapará sin problemas en su caída, pero rebota sobre la cuerda y va a parar a los pies del perro, que lo mordisquea sin ganas. Una moneda, una moneda. La sonrisa más forzada de lo habitual, aunque eso Javier no lo sabe. Los brazos más tensos, así no hay quien haga malabarismos. Y Elena no está con él para apaciguarlo, para ocuparse al menos de pedir el dinero o recoger el diávolo cuando rueda por el suelo. Elena lleva dos días sin ir a El Agujero porque se enfadó con Yannick, tío, tienes que desengancharte, en serio, joder, te vas a morir, te vas a morir de verdad, venga, yo te ayudo, y él siempre responde que sí pero en cuanto junta suficiente se baja a las cundas de Embajadores para ir a buscar unas papelas, a veces sólo una. Él dice que sí y sonrío y es siempre amable y quiere mucho a Elena, pero es que no, y ahí está ahora, con el diávolo y con el

perro adormilado, intentando captar la atención de todo el que pasa. ¿Una monedita, caballero? Qué guay, que tenga un maravilloso día.

Debe ser muy difícil, ¿no?

Yannick, que ya se daba la vuelta para seguir con su malabarismo, mira al hombre que le acaba de dar la moneda. Un pijo con jersey de pico y pantalones planchados. Pero le sonrío de todas formas.

Bueno, es cosa de práctica, pero hoy no tengo un buen día. Hay días buenos y días malos.

Eso nos pasa a todos. ¿Vienes aquí siempre, a esta esquina?

Bueno, siempre no sé, cuando puedo, es una buena esquina, porque por esa calle se va a Tirso y por esa a Cascorro. ¿No tendrás un cigarrillo?

¿Es tuyo el perro?

Yannick duda. ¿Es suyo? Lleva tanto tiempo con él que podría decir que sí. Pero no le gusta la palabra tuyo. La propiedad es un robo.

Sí, dice, Nicolás. Se llama Nicolás.

Es de caza, ¿no?

Pues no lo sé. Conmigo no caza nada. Bueno, una vez cazó una rata, pero le regañé.

Yannick se ríe. A pesar de todo, es un hombre de risa fácil.

Toma, para que le compres algo al perro.

Yannick coge el billete. Con eso ha reunido bastante. No quiere ser grosero con ese hombre, pero querría irse ya mismo. Llama al perro. Cada vez le cuesta más levantarse. Primero estira las patas delanteras y da un par de pasos sin levantar las traseras, arrastrando por el suelo la mitad posterior como si no le perteneciese, un bulto que le han atado sin que se diese cuenta, hasta que consigue por fin incorporarse del todo.

Está viejito, el pobre. Ya ni se sacude como hacen todos los perros. Antes sí. Bueno, me voy a ir. He terminado la jornada.

Vale, nos vemos por aquí.

Yo, ya sabe, tengo aquí el curro. Ésta es mi oficina.

Un tío raro. Lo mismo es gay y se lo quiere ligar. A Yannick eso no le mola nada. Chaperero no ha sido nunca, ni en los peores momentos. Pero se despide amistosamente de él y le desea un buen día. Vamos, Nicolás, dice, y echa a caminar hacia la glorieta de Embajadores. Está bien tener amigos en el barrio.

Gente que le dé un billete de vez en cuando. Para el perro. Para eso va a ser el dinero, para el asqueroso perro que lo devora por dentro.

Siguió con la vista a Yannick mientras sacaba el móvil del bolsillo. Envió dos whatsapps y se dirigió a la moto. Habían pasado cinco días desde que se hizo cargo de la búsqueda de Ana y le parecía que no podía alargar más la investigación. Aún no había puesto en marcha la moto cuando recibió las respuestas. El padre y la madre de Ana podían ir esa misma tarde a su despacho. Condujo despacio entre el tráfico, que a media mañana no era muy intenso, pero no tenía prisa en llegar, al contrario, prefería remolonear detrás de vehículos lentos en lugar de adelantarlos, aprovechar el trayecto para pensar, no de una manera ordenada y jerárquica, más bien dejando que se mezclasen recuerdos y deseos, también las tareas que le esperaban. Tenía una sensación de inminencia, algo así como cuando, las primeras semanas de su relación, iba a visitar a Raúl y él siempre le esperaba con alguna sorpresa pensada para los dos: entradas para un concierto o para el teatro que acababa de comprar por internet, pero corre, ni te quites el abrigo, empieza en media hora, y entonces tenían que salir disparados casi seguros de que no lo iban a conseguir, riendo porque podía haberle avisado con el móvil para que fuese directamente al teatro, pero esas soluciones prácticas nunca se le ocurrían a Raúl o las descartaba porque entonces, ¿dónde habría quedado la emoción?; o le aguardaba en casa una noche cualquiera con una cena de varios platos para cuya preparación había necesitado un día entero, o con un gel de placer nuevo que quería que probaran juntos. Raúl entendía la vida como una sucesión de pequeñas sorpresas, una acumulación de momentos, si no inolvidables, que al menos alimentasen los días sucesivos con un recuerdo divertido o entrañable. Javier no había contado nunca con que tendría una relación tan estable y a la vez tan poco asentada en la rutina. Y cada vez que Raúl le proponía uno de esos planes urdidos en el último momento (o con antelación, pero comunicados cuando ya casi no era posible realizarlos), montaban en la moto, Raúl detrás de él, abrazándolo con más fuerza de lo que exigiría la seguridad, y corrían a donde tocase, más rápido, no vamos a llegar, le susurraba Raúl, haciendo que el susurro fuese más fuerte que el ruido del tráfico y del motor, y Javier reía, loco, nos vamos a estrellar, pero aceleraba aunque sólo fuese un momento para darle gusto y para sentir cómo el acelerón hacía a Raúl

separarse unos centímetros y sujetarse aún con más fuerza.

Y ahora era él quien estaba urdiendo un plan de último momento que casi no había tenido tiempo de pensar. Trabajó un par de horas redactando de mala gana el informe para los padres de Ana. Aunque no la había fotografiado y se iba a limitar a informarles de su paradero, le parecía que la chica tenía derecho a elegir su vida, aunque tuviese diecisiete años, qué más da diecisiete o dieciocho, y que si a esa edad decides marcharte de casa son los padres los que menos derecho tienen a evitarlo, porque sin duda son causantes del desapego de su hija. Y si el hijo tampoco les contaba dónde se encontraba la hermana, algo había ahí que justificaba el secreto.

Carles entró cuando Javier acababa de terminar el breve informe. Se sentó en la silla frente a él, al otro lado del escritorio.

Vamos a despedir a la secretaria.

¿A Irene?

No tenemos otra.

Por cierto, ¿dónde está?

De vacaciones. ¿Te parece que le escriba que no se reincorpore?

Primero me has dicho que vamos a despedirla y ahora me preguntas.

Cuando montaron juntos la agencia a Javier le tranquilizaba la prudencia de su socio, la forma que tenía de anticipar cada paso y prever sus consecuencias; le recordaba a los jugadores de tenis que, antes de sacar, limpian la línea de fondo con el pie, delimitando el terreno y previendo la necesidad de asegurarse del punto exacto del bote de una pelota. Ahora sin embargo le molestaban todos esos preparativos y titubeos, que ya a quien le recordaban era a un mal jugador de ajedrez que una y otra vez acerca la mano a una figura, duda, vuelve a apoyar el mentón en ella, repite el gesto con otra figura y sólo cuando se agota el tiempo desplaza aquella que tocó al principio.

Tenemos cuatro clientes, dijo Carles.

Tres a partir de esta tarde.

Tres. Hay algo que estamos haciendo mal. Así no vamos a amortizar las deudas.

¿Y qué hacemos sin Irene?

Lo mismo que hasta ahora. Pero nos encargamos nosotros de todo.

Carles sacudió despacio la cabeza, suspiró y se agarró al borde del

escritorio como si fuese a tomar impulso para levantarse. Pero se quedó agarrado sin moverse. No miraba a Javier a los ojos, casi nunca lo hacía. Carles solía dejar la vista clavada en el pecho de su interlocutor, si era hombre, y un palmo al costado si era mujer. Javier había notado que cualquiera que hablase con Carles más de un minuto empezaba a removerse inquieto, se desconcentraba, perdía el hilo con frecuencia; nunca tuvo claro si era una táctica o resultado de alguna incapacidad para entablar una conversación franca.

Carles pasó la yema de un dedo por un desconchón en el borde del escritorio, lo examinó con auténtico interés, como si estuviese evaluando un desperfecto en una pieza de museo y no en un escritorio de doscientos euros. Hizo girar la silla apenas unos centímetros en una y otra dirección.

Javier se lo imaginó en casa, en calzoncillos, bebiendo cerveza directamente de la botella, pasando horas en un sofá de imitación de cuero que se le pegaría al cuerpo por el calor, viendo la televisión hasta la madrugada, masturbándose con alguno de esos programas en los que los genitales de sus protagonistas quedan ocultos por la banda de texto de citas calientes. Javier se imaginó también las cenas tristes de Carles, salchichas de lata, pizzas calentadas en el microondas, pescado congelado y patatas fritas de bolsa. Porque Javier está convencido de que Carles no tiene todas esas parejas que finge tener. La foto que ha puesto en un extremo del escritorio cambia regularmente. El marco se mantiene, pero cada pocos meses o como mucho cada año hay una nueva mujer sonriendo a Carles. Sonrisa congelada. Sonrisa que podría ser para cualquier otro. La mujer sola siempre, un rostro difícil de recordar (pero el pelo más largo o morena o rubia). A veces Javier se pregunta si Carles conoce siquiera a esas mujeres o si coge fotos de internet y las pone en el marco para aparentar una vida más feliz o al menos más normal de la que tiene.

Y ése era el compañero con el que se suponía que tenía que montar una nueva empresa. De pronto su propio despacho le pareció un lugar miserable, y lo mismo debía de parecerle a quien lo visitara allí. El archivador de metal de IKEA, el escritorio comprado en una de esas grandes superficies de bricolaje situadas en las afueras de Madrid, la silla anatómica que ya no podía reclinarsse porque se partió la palanca correspondiente, las láminas enmarcadas en plástico negro, la tarima flotante que no pueden acuchillar para

quitarle los desperfectos porque la madera es tan fina que no resiste más que un lijado superficial. Tan sólo podían causar la impresión de desahogo económico las dos sillas para los clientes, compradas en rebajas en una tienda de diseño que quebró durante la crisis, y el ordenador, regalo de Raúl, que gracias a su empresa de cosméticos ecológicos sí podía permitirse regalos de ese precio.

No puedes echarla así.

Sí puedo, tiene un contrato temporal.

Digo antes de que vuelva. Déjala un mes más, al menos para decírselo a la cara.

Como quieras.

Entonces sí, Carles se levantó con tal esfuerzo que parecía haberse quedado encajado en la silla.

Cuando pocos minutos después de la conversación con Carles sonó el timbre, Javier puso otra silla más frente a su escritorio y fue a abrir con pasos desganados. Llegaron los dos juntos, así que Javier supuso que habían quedado antes de dirigirse a la agencia, quizá para ponerse de acuerdo sobre los siguientes pasos sin verse obligados a discutirlos delante de él.

La madre tenía peor aspecto que durante la última visita; Javier no recordaba sus ojeras y desde luego era nueva la pústula en el labio superior. Le hizo pensar en la separación de sus padres; la madre, a pesar de la mortecina vida conyugal no salía a la calle sin pasar media hora arreglándose el pelo y eligiendo qué ropa ponerse, a veces consultando a Javier su opinión y él se la daba con la seriedad de un abogado que aconseja a su cliente qué ropa llevar al juicio, no, ése te queda demasiado justo, sí, el vestido rojo te hace más joven; sin embargo, muy poco después de separarse dejó de prestar atención a su apariencia y era capaz incluso de bajar a comprar el pan en bata, mientras que su padre pareció atravesar el proceso de divorcio como quien realiza un trámite engorroso que no le provocó el menor cambio. También Aitor tenía un aire cansado, pero más bien como el de alguien que ha pasado una mala noche y está irritable y sin energía.

Javier imprimió para ellos dos hojas con el informe y con la dirección de Ana. Ninguno habló mientras se imprimían los folios y tampoco mientras los padres leían.

Isabel dejó el informe sobre el escritorio, sin retirar el índice que

señalaba el nombre de su hija. Tenía los dedos enrojecidos alrededor de las uñas.

¿Cómo la ha encontrado? ¿Con el localizador en la mochila de Luis?

Javier miró a Aitor como esperando que interviniera, pero no lo hizo.

Lo pone en el informe.

Ah, perdone.

No se han visto. Al menos no llevando la mochila. Tampoco le he oído llamarla, ni comentar con nadie que iba a verla. El GPS que le di llevaba un micro.

Ninguno de los dos reaccionó a la información sobre el micrófono, al parecer un detalle insignificante una vez que decidieron espiar a sus hijos.

Puede haberle enviado un mensaje para quedar, ¿no?, dijo Isabel.

Puede. Pero va con la mochila a todas partes. Yo creo que sólo se la quita para dormir.

Entonces, ¿no cree que Luis sepa dónde se encuentra Ana?, preguntó Aitor.

Eso no lo sé. Sólo les digo que no creo que se hayan visto. Su hijo es muy estudioso, un buen chico. Deberían fiarse de él.

Entonces, ¿usted sí la ha visto?

Al quinto día. Como lo de Luis no daba resultado fui a la zona de Lavapiés. Allí está la biblioteca anarquista con la que había tenido contacto, así que pasé tiempo yendo de una casa ocupada a otra. No hay tantas.

No ha cargado gastos.

No merece la pena. Unos cafés esperando.

¿Cómo está?, preguntó Isabel.

¿Ana?

Claro. Ana.

No sabría decirle. Tiene buen aspecto, ya me entiende, lleva ropa que seguro que no les gustaría, pero parece saludable. No tiene pinta de yonqui, si es lo que me está preguntando.

¿Está seguro de que vive ahí?

Volvió al cabo de dos horas y no salió de nuevo. Al entrar llevaba una bolsa con compras de un supermercado.

¿Ha averiguado algo más?

Javier volvió a mirar a Aitor, otra vez esperando su intervención.

Isa, le pedimos que no investigase lo que hace.

Ya, pero puede..., podría..., no sé, quizá ha visto algo.

Prefiero no ver nada si no me piden que lo haga.

Aitor tomó la mano a su ex mujer, un gesto entre el consuelo y la reconvencción que, a pesar de que pudo haber sido habitual entre ellos, hizo que ambos se sintiesen incómodos y retirasen las manos a los pocos segundos.

Voy a ir a verla, dijo Aitor. No pasa nada si voy, ¿no? Tan sólo para saber cómo está.

¿Y cómo va a explicarle que sabe dónde encontrarla?

Aitor dejó escapar el aire por la nariz y se pasó la mano por el pelo. La siguiente pregunta se la hizo a Javier pero con la vista clavada en el perfil de Isabel.

¿Podría averiguar algo más sobre ella?

Isabel negó con la cabeza.

Ya sabes lo que dijo la vez pasada. Si está haciendo algo ilegal...

Pero entonces, ¿para qué nos sirve saber dónde está? Tenemos que sacarla de ahí.

Al menos saben que está bien, y que no vive en la calle.

Déjala, Aitor, déjala tranquila. Ya volverá. Esas cosas se pasan.

Joder, Isabel.

Joder, ¿qué?

Javier avanzó una mano hacia ellos como si quisiera tocarlos. Aunque notaba que su sufrimiento era auténtico y sentía compasión por esos padres rebasados por las circunstancias, tan heridos también por una hija que había roto con ellos como si fuesen un lastre insoportable, no tenía ganas de asistir a su discusión, quizá a un resurgir de recriminaciones antiguas, a esa estrategia de aliviarse de sus culpas cargándolas en el otro, como habían hecho sus propios padres durante años.

No decidan nada ahora. Llévense el informe. Piénsenlo.

Isabel guardó los dos folios en la cartera que había dejado en el suelo al sentarse, fabricada con parches de distintos colores.

No hay nada que pensar. Gracias por encontrar a nuestra hija. Ya ha hecho su trabajo. ¿Vienes?

Aitor miró al detective con el gesto con el que podría haberse disculpado

por las malas maneras de un hijo adolescente. Se levantó también.

Javier les estrechó la mano tras rodear el escritorio; un par de comentarios sobre la transferencia, no se preocupen, no hay prisa ninguna, despedidas inconexas hasta llegar a la puerta. Aguardó en el descansillo a que entraran en el ascensor. Antes de que se hubiese cerrado del todo la puerta ya habían empezado a discutir.

Cuando sonó el timbre con tres timbrazos muy cortos y muy seguidos, aunque podría haberse tratado de un cartero comercial o de la entrega de un paquete o de alguien que se había equivocado de piso, o incluso de un cliente potencial que no había concertado cita, intuyó que era la madre o el padre de Ana, probablemente el padre. Había imaginado que se despedirían en la calle con dos besos, porque no los imaginaba despidiéndose con un apretón de manos, por divorciados que estuviesen y con una relación todavía tensa por la ruptura; al fin y al cabo han compartido mesa, cama, cuarto de baño, las preocupaciones por los hijos, quizá también cavilaciones sobre aceptar tal o cual empleo, mudarse o no de casa, visitas al médico con el niño con fiebre, la decisión de abortar o de tener otro, la contemplación de cómo el cuerpo de la pareja va transformándose, esa conciencia de que también su propio cuerpo se transforma, coge grasa, le salen las primeras arrugas, disminuye el deseo, aunque seguro que hay parejas así, divorciadas y algo hastiadas del otro y de la persona en la que se han convertido durante la convivencia, que se estrechan la mano para marcar una distancia que de todas formas es evidente, pero no, Isabel y Aitor se han tomado de la mano en el despacho aunque el contacto se les volviese enseguida incómodo y seguro que se dan dos besos breves en las mejillas, dos besos que no permiten malentendido alguno, y se mirarán algo tristes mientras se separan, tristes porque todavía y porque ya no, por esa sensación de lo irremediable y de que lo que te parecía una oportunidad, un fin que podía ser un principio, no es más que una continuación. Javier no quería vivir en una pareja así y por eso prefería no compartir piso con Raúl, para lograr que cada encuentro fuese de verdad un encuentro no un estar juntos sin darse cuenta, aunque a menudo se quedan a dormir en la casa de uno de ellos, pero no siempre, eso es importante, hay ahí una decisión, un ejercicio de libertad que ni siquiera exige justificaciones. Raúl y él todavía se besan en la boca al despedirse, e incluso a Javier le molesta lo que implica el

«todavía», porque aceptar el adverbio significa aceptar que dejarán de hacerlo o que lo harán de forma rutinaria y sin atención. Aunque hablaron de la posibilidad teórica de adoptar un niño, sencillamente porque la posibilidad existía y cuando a la gente como tú la han privado de derechos durante siglos hay algo que te empuja a apurar todos los que vas conquistando, ni Raúl ni él querían un hijo (¿preferirías niño o niña?, preguntó Raúl; «Niña, de adoptar querría tener una niña», «¿Por qué?», «No me gustan mucho los niños»), porque eso habría significado convertirse en una pareja que dedica buena parte de su relación a la intendencia, quién lo recoge del colegio, quién lo lleva al médico, ¿puedes darle tú hoy la comida?, y sobre todo porque el erotismo desaparece en una casa con juguetes desperdigados por el suelo, olor a polvos de talco y a papillas, en la que resuenan llantos cuando deberían resonar gemidos.

Aitor llegó al rellano (no había tomado el ascensor), jadeando por el esfuerzo de subir los cuatro pisos casi a la carrera, perplejo al encontrar a Javier delante de la puerta abierta, en el mismo sitio y con la misma postura que cuando entró en el ascensor.

Tengo que hablar contigo de una cosa, dijo, ¿tienes un momento?, y a Javier no le pasó desapercibido que ahora que no estaba Isabel lo tuteaba, sugiriendo una confianza y una complicidad que antes estaban excluidas, aunque a Javier le había sorprendido que gente de su edad mantuviesen el usted durante toda la conversación.

Claro, entra.

No sé por dónde empezar.

Quieres decirme que tú sí necesitas saber lo que hace tu hija pero que te da miedo descubrirlo y, sobre todo, que yo lo descubra.

Aitor asintió con la boca ligeramente abierta; daba la impresión de haber entendido en ese instante lo que de verdad deseaba, como si hubiera subido siguiendo un impulso inexplicable.

Se ha metido en un mundo peligroso.

No lo sabemos.

Sí, Javier, claro que lo sabemos. Si eres anarquista eres anarquista, no te dedicas sólo a leer libros. Crees que tienes que cambiar algo, que la propiedad es un crimen, que el Estado es opresor. Que la sociedad es una mierda. Esas cosas.

Que la familia es una cárcel.

La sonrisa de Aitor fue la de quien quita importancia a una enfermedad por la que acaban de preguntarle.

También.

Pero tú habrás pensado alguna de esas cosas cuando eras joven y no te has dedicado a tirar cócteles molotov. ¿O tienes un pasado de luchas callejeras y pisos clandestinos?

Javier lo preguntó para aliviar la tensión, no porque pudiese imaginar que ese hombre tan convencional hubiese ocultado su rostro con un pañuelo mientras arrojaba piedras a la policía. Aunque nunca sabes, de verdad nunca sabes lo que puede hacer contigo el paso del tiempo, en qué te convierte la terrible tarea de mirarte al espejo cada mañana. Él lo había visto en sus padres, en los amigos de sus padres, y aunque era consciente de que todos lo pensaron alguna vez, Javier no tenía la intención de que le sucediera lo mismo. Al contrario, su objetivo en la vida, le había dicho a Raúl haciéndole reír, era ser más joven cada año que pasaba: más atrevido, más arriesgado, menos convencional. Para eso tendrías que dejar de recoger la cocina después de cada comida, dijo Raúl, no pasar el paño por el suelo cuando descubres una mancha, dormirte alguna vez sin haberte cepillado los dientes. Javier había sacudido la cabeza sintiéndose, por una vez, incomprendido: es que yo no quiero convertirme en hippie a los cincuenta, irme a una comuna, dormir con desconocidos en un colchón en el suelo. Lo que yo quiero es poder sobre mi vida, hacer los cambios que desee, improvisar. Lo que quiero es no andar quejándome de que las circunstancias me han obligado a esto o a lo otro, resignarme, caminar en pantuflas por mi vida. Raúl se había reído con lo de las pantuflas: es verdad, ni siquiera en casa vas descuidado. ¿Y eso te gusta de mí o te molesta? Raúl no respondió enseguida; era un hombre que nunca respondía a la ligera. No lo sé, creo que las dos cosas, y a la larga me molestará más de lo que me gusta. Javier pensó que quizá su relación con Raúl no duraría tanto como había creído, que tendría que romperla cuando entrase en esa fase de dejadez que puede producir la asiduidad.

Aitor no había respondido a la pregunta, quizá porque también él pensaba que no hacía falta. No, no había participado en luchas callejeras, no había intentado subvertir el orden sino encontrar en él un hueco confortable. Era miembro desde hacía muchos años de Amnistía Internacional y de Greenpeace.

Su lucha contra la injusticia se limitaba a un par de transferencias mensuales.

Yo quiero saber qué está haciendo mi hija, en qué se está metiendo. Sigo siendo responsable de ella y no lo digo sólo desde un punto de vista legal.

Quieres que la siga investigando.

El gesto de desesperación de Aitor no le produjo pena. Era el de alguien que desea algo pero no acepta sus consecuencias. Esperaba que fuese otro quien resolviese su problema.

Yo lo que quiero es saber...

Ya. Se me ocurre una posibilidad: hago un seguimiento a Ana, sin escuchas. Así no me entero de si está tramando algo ilegal; tampoco le meto cámaras en casa. Me limito a ver adónde va, con quién se junta, qué tipo de vida hace, así, en general, de lejos. Saco fotografías. Te informo. Decides tú mismo si continuar o si dejarlo ahí.

Aitor había ido asintiendo a cada propuesta.

Isabel...

Isabel ya no es mi cliente.

Lo extraño era que, cuando se despidieron, Aitor no salió del despacho con más energía, con la decisión de quien sabe adónde se dirige y cómo llegar. Le tendió una mano tan flácida como la sonrisa con la que le dio las gracias, fue a decir algo pero no llegó a hacerlo, se sujetó a la barandilla para bajar la escalera; se iba con el paso incierto de quien ha cometido un crimen que desearía confesar pero se siente incapaz de hacerlo.

## 20

No puedes dejar pasar esa oportunidad, la vida no te da muchas. Aitor se da cuenta de lo tópico que suena lo que acaba de decir pero, si mira su propia vida, tiene la sensación de que es verdad. Él tuvo tres, aprovechó dos (la oferta de empezar a trabajar en la radio y la más reciente de convertirse en redactor jefe). Y todavía se pregunta qué habría sucedido de haber aceptado la segunda. Ahí no contó con el apoyo de Isabel, al contrario, su mujer desarrolló una campaña encarnizada para frenarlo. El entonces director de la cadena, que murió dos años después por un ataque cardíaco en medio de una reunión con los jefes de redacción, le propuso que se hiciese cargo de la expansión de la emisora en Argentina y Chile. La idea era enviar a alguien con experiencia en los asuntos financieros y jurídicos, tarea que recayó sobre un asesor externo, y a un joven sin experiencia pero con ideas, que pudiese husmear libremente en los intereses de los radioyentes del Cono Sur y fuese capaz de proponer programas adaptados a aquellas audiencias. En esa época aún no habían eclosionado los podcasts ni las radios por internet, y además merecía la pena que un empleado de la central no sólo escuchase los programas, también que fuese a hablar con productores y presentadores, y quizá que tantease el terreno para contratar a los más interesantes.

¿Y el niño? ¿Qué hacemos con el niño?

Tiene un año, Isabel. Al niño le da igual estar aquí o en China.

Al niño sí, pero a mí no. ¿Qué hago, me quedo en casa todo el tiempo mientras tú vas a trabajar? ¿Te preparo la cena y te saco las pantuflas cuando llegues a casa?

Ahora tampoco estás trabajando.

Venga, Aitor. Sé honesto conmigo. No estoy trabajando pero en unos meses vuelvo.

Si ni siquiera te gusta tu empleo.

No es ésa la cuestión. La cuestión es que si nos vamos yo sería la mujer de. No voy a caer en esa trampa.

Entonces, ¿lo rechazo, dejo pasar la oportunidad? No es sólo el sueldo, son las posibilidades que abre. ¿O me estás diciendo que me vaya solo?

Tú verás.

Dos palabras, tú verás, que lo mantuvieron atado, sin posibilidad de respuesta. Tú verás significa no hay nada que negociar, no vamos a hablar más de ello, no va a haber un ahora tú por mí y después yo por ti, porque Isabel no creía que las cosas funcionaran así. Para ella ceder era traicionarse, aceptar el papel secundario para siempre, hacer eso que tantas mujeres han hecho antes que ella: sacrificar su carrera para apoyar la del marido. Y Aitor lo entendía, sabía que la distribución de papeles que estaba proponiendo era la tradicional, pero con él sería distinto. Hacer lo de Argentina y Chile le daría un peso mayor en la emisora, podría elegir, incluso, a lo mejor, imponer condiciones. Después regresarían, él reduciría su actividad y se ocuparía más del niño y de la casa, pero es que al principio no hay posibilidad de decir que no, eres un trabajador de usar y tirar, si no te adaptas te apartan, eso lo ha visto ya en la emisora, gente que se niega a hacer concesiones y a la menor oportunidad -el siguiente reajuste de plantilla- se la cargan.

Ya entonces era así, más ahora después de la crisis. Por eso le aconseja a Luis que acepte la beca. Uno tiene que hacerse con todas las bazas posibles para competir.

Joder, papá, es que me dices eso y se me quitan las ganas de beca ni de nada. ¿Competir con quién, para qué? Yo no quiero esa vida, en serio, no la quiero. ¿Te acuerdas de Héctor?

No. No sé quién es.

El profesor ese que me gustaba tanto, el especialista en mundo árabe, que tú me decías que te parecía muy radical.

Sí, el de las barbas de chivo.

Ése. Pues ahora es asesor del HSCB, sobre políticas de desarrollo en Oriente Medio. Micropréstamos, esas cosas.

Está bien, ¿no? Eso es bueno.

Qué va a ser bueno. Es una cortina de humo. ¿Tú crees que al HSCB le interesa el desarrollo del mundo árabe? Pero si es una cloaca de dinero negro.

Tienes que engañarte mucho para hacer algo así.

A Aitor le gusta que Luis se resista, le parece una señal de integridad. Al final tienes que aceptar porque no te queda más remedio, pero no es lo mismo lanzarse por gusto o por interés a esa carrera de ratas que hacerlo para no hundirte. No estamos programados para ser felices, sino para sobrevivir.

Pero no es lo mismo, ¿no? Aceptar la beca no te compromete a nada. Es formación, no trabajo.

Ya, pero luego...

Cómo explicarle. Cómo convencerle. Porque aunque Aitor admire la integridad del chico también quiere que vaya armado por la vida. No se trata de hacer una carrera brillante ni de hacerse rico ni de meterse de joven en el interior de la rueda como una ratita sino de construirse un refugio, un hueco en el mundo laboral desde el que resistir y preservar lo que más te importa.

A mí me parece que está muy bien. Luego ese conocimiento lo puedes usar como te convenga.

Pero es aceptar favores, es como cuando te pones la corbata por primera vez. Un primer paso.

Antes, cuando íbamos a la sierra y echábamos una batalla de bolas de nieve, ¿qué es lo primero que hacías de niño?

Luis se ríe, ya sabe lo que va a decir. Cuando subían un domingo de invierno a Guadarrama organizaban una batalla de bolas de nieve. Y Luis exigía, antes de empezar, una tregua inicial para hacer acopio de bolas y luego se atrincheraba en una zanja o en un badén o detrás de un montón de ramas, y desde allí daba la voz de inicio de la lucha. Luis en la trinchera, no deseando conquistar ni sorprender, sino resistir, mientras Ana correteaba y amasaba bolas perfectas, con mimo, como si tuviese en mente un ideal de bola de nieve al que debía acercarse, sin que le preocupara llevarse más de un bolazo, al contrario, riéndose cuando lo recibía. Ana terminaba las peleas con nieve en el pelo, en las orejas, por dentro del jersey, mientras que Luis salía casi impoluto del parapeto, la mitad de las veces sin haber recibido un solo impacto.

Pues es lo mismo que hacías.

Qué pesado era, ¿verdad?, con mis trincheras.

Era una estrategia. No estaba mal. Casi siempre ganabas. Y es eso, acumular bolas para defenderte, para que no te saquen de tu espacio. Acepta la

beca, Luis.

Te vas a quedar solo, papá.

Ya estoy solo.

Aitor lo ha dicho sin pensar y la frase, ya estoy solo, reverbera dentro de su cabeza como en una habitación vacía. Sonríe a Luis para ocultar el pánico. Únicamente Luis, y no Ana, lo ha acompañado durante los últimos años. Frágil, inseguro, como un perro asustadizo que no se separa de los pies del dueño.

Y él, sin ser consciente de que quizá estaba pensando en reemplazar a Luis, había sentido la tentación de comprar un perro. Una vez había leído u oído de un hombre que se dejaba a sí mismo mensajes en el contestador de casa para escucharlos cuando se sentía solo y tener la impresión de que alguien había querido hablar con él. Tener un perro era una forma más sana de engañarse. Debía de ser agradable contar con un ser vivo al lado que se alegrase al oírle levantarse, lo saludara entusiasmado y agradeciese cada caricia. Hablar con un animal parecía un indicador menos grave de enajenamiento que hablar solo, y él se había descubierto en los últimos tiempos hablando consigo, por ejemplo dándose instrucciones para cocinar un risotto -y sonaba como uno de esos cocineros televisivos que van diciendo qué ingredientes utilizar y cómo- o sopesando los pros y los contras de salir a dar un paseo.

Se lo había contado a Luis una de las pocas mañanas que desayunaron juntos.

No es grave, papá. Lo hace mucha gente.

Ancianos. No de mi edad. Hablar solo es una cosa de viejos.

Pero sólo lo haces en casa, no por la calle.

Por la calle no.

Además, aunque lo hicieses, no pasaría nada. La gente pensaría que estás hablando por el móvil.

No me preocupa la gente. Me preocupo yo. Hablar solo. A mi edad.

Mientras no pongas voces puedes estar tranquilo. Y yo, porque si te oyese imitando a interlocutores imaginarios me acojonaría.

Aitor piensa en cómo serán los años siguientes, si no hay algo que aún puede hacer para remontar la pendiente y tomar impulso. Sin decírselo a nadie

ha estado mirando pisos en urbanizaciones de las afueras de Madrid, con piscina común y gimnasio y, algunas, con restaurante y sala de juegos. Lugares en los que cavar, también él, una trinchera compartida con otros, porque es demasiado tarde para convertir en amistad la relación con sus compañeros de trabajo, pero quizá, por qué no, en un piso nuevo, con espacios comunes con los vecinos, podría encontrar a una mujer no necesariamente para vivir con ella, pero sí para recuperar el deseo o su fantasma, el amor o sus sucedáneos. Ha visto un piso demasiado caro, demasiado vulgar, demasiado como esos sitios en los que nunca imaginó que llegaría a vivir, pero de todas maneras uno nunca adivina lo que sentirá o lo que necesitará al hacerse mayor, y piensa que también él tiene ahí una oportunidad de seguir siendo el capitán del propio barco. Demasiado caro, pero quizá sólo para el hombre timorato que había sido, ahorrador para tiempos peores, también previsor generoso para las necesidades de sus hijos, pero Luis ya recibe becas y encontrará un trabajo bien pagado una vez que supere sus escrúpulos, y Ana tendrá siempre habitación y comida si algún día decide renunciar a su vida de horda primitiva y regresar a la civilización. Demasiado caro para quien era antes de que lo ascendiesen, pero tenía que asumir el cambio, y si vendía el piso en el que vivía, después de amortizar la hipoteca aún podría pagar una parte importante del nuevo. Y permitirse por fin ser generoso no con otros sino consigo mismo.

Hazlo, le dice a Luis en voz alta pero también se lo está diciendo al Aitor de otro tiempo, hazlo, dice, hay que saber aprovechar las oportunidades. Es mejor equivocarse por exceso que por defecto. Y Luis y él levantan a la vez las cejas, sorprendidos por una frase que nadie habría esperado de Aitor.

Luis se incorpora y, mientras se dirige a su cuarto, se pone los auriculares, como hace siempre, los usa de la mañana a la noche. También cuando se paseaba por la casa aunque no estuviese oyendo música, como una manera de aislarse y, últimamente, eludir conversaciones sobre Ana.

¿Qué oyes?, le había preguntado una mañana que Luis estaba sacando unos libros de las estanterías del salón.

¿Qué?

Música, que qué música estás oyendo.

Ah. Ninguna. Está apagado.

Entonces, ¿por qué llevas los auriculares?

¿Los auriculares? Bueno, hay gente que lleva gafas de sol por la noche.

Así andaba Luis por la casa, como ausente, si es que de verdad andaba por ella, porque o había salido o estaba encerrado en su cuarto, sin hacer ruido, agazapado en el interior de la vivienda como quien se esconde de perseguidores, un espía que teme que haya micrófonos escondidos en las lámparas o detrás de los libros. Si salía por la noche era difícil saber cuándo volvía, porque rara vez dejaba rastro, en todo caso un vaso en el fregadero o la botella de leche vacía en la encimera. Un perro habría hecho más compañía a Aitor. Pero le daba pereza asumir ese compromiso. Y salvo los fines de semana no tenía tiempo de ocuparse de un animal. Y en la nueva casa no lo necesitaría.

Luis regresa de su habitación y, sin quitarse los auriculares, le tiende el móvil.

Ana, que quiere hablar contigo.

¿Ana, conmigo? ¿Por qué me llama a tu móvil?

Porque me había llamado a mí.

¿Está bien?

Sí. Yo qué sé. ¿Lo coges o no? A ver si te va a colgar.

Aitor toma el aparato. Hace un gesto con la mano a Luis para que le deje solo porque el chico se ha quedado esperando junto al sofá como si contase con una conversación brevísima o un mero intercambio de saludos.

Ana.

Hola, papá.

Me alegra mucho que llames. ¿Estás bien?

Claro.

Aitor no sabe si alegrarse o preocuparse por la llamada, debería hacer lo primero pero teme la decepción, que no se trate de una recuperación del contacto con él, de un acto afectuoso, de una muestra de nostalgia de la vida familiar; él no necesita ni espera que Ana se disculpe por marcharse sin decir una palabra o más bien con las palabras que dejó pegadas con un imán a la puerta del frigorífico, quizá de madrugada, porque él se había levantado ese día muy temprano, no después de las seis, así que ella probablemente ni se había acostado; llegó a casa por la noche, cuando Aitor ya dormía, metió sus cosas en una mochila y, antes de salir, pegó al frigorífico un poema sobre gallinas agradecidas, un poema sobre él, sobre la familia, sobre el trabajo de sus padres, sobre el mundo que había creado su generación, un poema con el

que en lugar de iniciar una conversación la daba por concluida sin haber llegado a mantenerla. Qué arrogancia la de los jóvenes, qué superioridad moral, qué valentía la de quien no ha tenido que librar ninguna batalla de verdad, qué coraje el de quienes viven en la retaguardia, protegidos, mimados. Aitor le guardó rencor varios días, un rencor casi más fuerte que su preocupación por ella, porque en unos pocos versos pretendía resumir su vida, como si él fuese sólo eso, como si no hubiese en su historia pasos adelante y atrás, dudas, deseos de ir más lejos o a un lugar diferente. Pero no necesitaba disculpas, daba igual, que pensase lo que pensase, pero que regresara a casa, porque, a pesar de todo, él no la quería a la intemperie y en primera línea de batalla, quería protegerla mientras fuese posible de frustraciones y errores irreparables.

Me alegro de que estés bien. Mucho. Ya sabes que tiendo a preocuparme de más. En eso ya no voy a cambiar. ¿Quieres contarme qué haces, cómo te va? Sólo si quieres.

Hace un tiempo te oí en la radio. Ni siquiera te lo iba a decir, pero no puedo quitármelo de la cabeza.

El tono. Esa manera cortante de empezar y terminar las frases, sin un titubeo, sin un solo matiz de afecto, ironía, humor. Aitor, al oír las casi primeras palabras de su hija, deja caer cualquier esperanza de reconciliación. No son fórmulas introductorias a un regreso a casa y a conversaciones sosegadas, no es una oferta de tregua. Son palabras en pie de guerra. Frases como un alambre de púas. Y no va a haber una puerta en esa alambrada. Nada blando ni acogedor. Cómo envidias esa manera tajante de expresarse, aunque desearías que ella no la tuviera o al menos que la matizase de vez en cuando con alguna inflexión de ternura o de ligereza. Las palabras de Ana caen como piedras, tienen aristas, hacen ruido contra el suelo y se quedan donde están. Aitor supone que Ana tiene otras maneras de hablar, no le parece que alguien, un ser humano, pueda comunicar siempre con palabras que cortan y separan, seguro que ríe con sus amigos y es capaz de convertir cada frase en promesa, en juego, en alusión, en superficies sobre las que tocarse. Pero no con él. Con él es así desde hace años y ahora cuando Aitor responde lo hace después de dejar escapar el aire, de desinflarse, esperando resignado a la crítica que vendrá después.

No sabía que me escuchabas.

No lo hago, papá. Pero te oí.

Lo dices en un tono como si debiera disculparme.

Me lo estabas diciendo a mí, ¿verdad? Hiciste todo el programa para mí. Te oía y pensaba: me está hablando a mí.

No, hija, ni siquiera había imaginado que me pudieses oír.

Da igual, no te escaquees.

Ni era un texto mío. Lo habían dejado escrito.

Y tú, si te dejan escrita mierda, cuentas mierda.

Te voy a colgar; no puedes imaginar lo difícil que me resulta, pero si sigues hablándome así, te voy a colgar. Si me llamas, habla conmigo, no me hagas esto.

En el silencio que sigue Aitor oye una música lejana, rock violento, no tan distinto del que escuchaba él de adolescente. Las cosas no han cambiado tanto como parece pensar Ana y no hay tanta diferencia entre los dos. Aunque ella no lo crea, Aitor entiende su rebeldía y su descontento con el mundo. ¿No estamos todos descontentos?

Vale, cambio de tono, no me cuelgues, porque de verdad quiero saberlo. ¿Crees lo que decías en ese programa? ¿Lo crees en serio?

Te digo que no escribí yo el texto, la directora del programa estaba enferma, el editor de vacaciones, me dieron ganas de volver al micrófono, ya nunca lo hago. Y me tocó esa portada como me podría haber tocado otra. Si la hubiese escrito yo seguro que habría cambiado cosas.

¿Qué cosas?

No me acuerdo, hija. No me lo sé de memoria. Creo que habría sido más comprensivo con los jóvenes.

Voy a vomitar, papá.

¿Ya estás otra vez?

¿A cuánta gente han despedido en la radio en la que trabajas? Así a ojo, en los últimos años. ¿Cuánto han rebajado los salarios? En este país dejan en la calle a familias, patean inmigrantes, protegen a curas pederastas, los políticos se forran mientras te dicen que te aprietes el cinturón. Pero parece que tú estás defendiendo ese orden, sí, hay que cambiar cosillas, pero en el fondo todo está de puta madre. ¿Es eso?

¿Me vas a echar la culpa? Me dirás que es mejor lo vuestro.

No sabes qué es lo nuestro. No tienes ni idea.

Pues dímelo tú. Háblame.

Es que...

¿Sí?

Ahora es ella quien suspira. Quizá sentada en un sillón con las piernas cruzadas sobre el asiento como en una postura de yoga, o recostada en una colchoneta mugrienta, en un espacio que sólo puede imaginar desolado, con grafitis obscenos en las paredes, dibujos bastos de genitales, latas y papeles y vasos de plástico y, ojalá no, pero quizá, jeringuillas, pañuelos manchados de sangre.

Tú y yo ya no podemos hablar, papá. Eso es imposible, porque tú, bah, da igual, pero es que me gustaría que mi padre no fuese así. Me gustaría tener un padre digno.

Joder, Ana. No me digas eso. Lo he intentado, lo intento.

No me entiendes; si yo podría aceptar que te callases, que soportases por miedo, lo que no puedo aceptar es que ladres lo que dice el amo. Que me insultes de esa manera porque es lo que esperan de ti.

¿Has llamado para hacerme daño? ¿Es eso lo que echas de menos de casa, que ya no puedes criticarme?

Papá, cambia, por favor. No te rebajes así. No tienes que hacerte eso. Te juro que ya me da más pena que rabia.

Hija, si yo...

Ana ha colgado. Aitor se queda un momento mirando la pantalla. Se levanta aún aturdido. Coge un bolígrafo que cuelga de la pared junto a un bloc de notas. Apunta el teléfono desde el que se ha hecho la llamada. Al final de la conversación algo se había ablandado en Ana. No como él desearía, él prefería la admiración o el afecto de su hija más que la conmiseración, pero por el momento Aitor se conformaba con eso. Era poco, pero era un avance: que Ana, en lugar de despreciarlo, lo compadeciese.

## 21

Ven, te invito a un café.

¿Y un croissant? Es que tengo un hambre que me muero. Desde ayer no he comido. Creo.

Vale. No me has dicho cómo te llamas.

Yannick. Mi madre era canadiense. Mi padre de aquí. Y me pusieron Yannick. Yannick Zarzalejo, qué hijos de puta.

¿Trabajas siempre solo?

Qué va, si tengo una amiga... No sé dónde está. Hace días que se fue. Pasa a veces, ¿no? Que uno dice, ya, se acabó. Y se pira. Es lo bueno de vivir así, que no tienes cargas. Pero podía haber avisado.

¿Con azúcar?

Y con mucha leche. Si puede ser. Mola. Eres un tío legal. Joder.

¿Tú conoces a Ana?

Hostia, ¿tú también? Vale un montón esa chavalita. A veces me da hasta pena que esté con nosotros. Oye, ¿dónde hemos dejado a Nicolás? Ah, joder, creía que se había pirado también. Le gusta un huevo tumbarse al sol. Como los viejos.

Me preocupa un poco Ana.

Está bien, Ana está bien. Ella podría hacer otras cosas. Es más lista... Pero ahí está, con nosotros. Con dos cojones. Pero no se mete nada, tranquilo, no como yo. Nada fuerte. Tripis, speed, pero no se pica nunca. Yo no la he visto. Hay tíos muy sanos, lo que pasa es que en eso la gente ni se fija.

¿Tú crees que podrías informarme de lo que hace?

No sé, tío, eso no mola mucho, ¿no?

Sólo si se mete en líos. Si hace algo raro. Algo que le pueda hacer daño.

¿No serás uno de éstos, cómo se llaman? Lo que sea. No estarás detrás de ella, digo, para...

Para nada. ¿Otro café?

No, más café no. Hombre, si tienes alguna moneda. Pero no quiero abusar.

Qué va. Toma.

Joder. Esto son horas de curro. Horas tirando al aire el cacharro este.

Entonces, ¿sí?

¿Sí, qué? Ah. No sé, tío.

Sólo si crees que va a estar mal. Que se va a meter en líos. Si no, no me cuentas nada. De verdad, yo no quiero saber más que eso.

Bueno. Si se va a meter en líos te lo puedo decir. Supongo que eso no es malo.

No se lo digas a ella que se me cabrea.

Pero tú no eres su hermano, ¿no?, a su hermano yo lo he visto. Lleva una moto como tú. Más pequeña. Pero guapa. ¿Dónde está Nicolás? Este cabrón se pierde en cuanto te descuidas. Todos se pierden. A mí se me pierden todos. Tengo una racha más mala...

Se pasan. Las malas rachas se pasan.

Eso es verdad. Entonces, ¿eres su hermano o no?

Sí, pero no el que tú conoces.

Joder, qué tonto eres tío, eso ya lo sé. Vale, no le digo nada. Pero a ti tampoco, ¿eh?, si todo va bien yo no te voy a andar diciendo lo que hace y todo eso.

Que no. Sólo si hay problemas. No es mucho. Y es por ella.

Mola, Ana mola un montón. Me gusta más esa chica... Pero bien, eh, digo que me gusta pero me gusta bien, no para hacer nada. Me voy a ir, me esperan por ahí abajo. Gracias, eh. No comía nada desde hace tres días. O dos. ¿Dónde has dejado la moto? Venga, Nicolás, tío, mueve el culo. No puede, el chaval, le cuesta un huevo mover el culo.

¿Vas a venir a la oficina los próximos días?

Jajaja, tú también la llamas la oficina. No sé, yo eso no lo sé, depende de muchas cosas. Si no, estoy en El Agujero, ahí abajo. O por ahí. Pero te busco. Joder, claro que te busco. ¿Verdad, Nicolás?

Ese cuerpo. Ese cuerpo escuálido, doblado hacia delante como si no

hubiese en él músculo alguno. Huesos, tendones, piel, dientes, ojos. Todo inerte o casi. Baja la calle con un paso mucho más lento de lo que parece, porque da pasos grandes, pero tarda más de lo normal en hacer que el pie descienda sobre el suelo, como pisando un terreno que sabe minado, y Nicolás se adelanta, espera, vuelve la cabeza para asegurarse de no estar solo. Y se rasca, no el perro, el amo, cada tres o cuatro pasos, se rasca los brazos y los muslos. En el barrio ha habido una plaga de chinches, pero los picores de Yannick vienen de dentro, de debajo de la piel, allí se agitan los parásitos que lo roen. Él no se vuelve ni una vez y por eso no puede ver al detective observando su lenta carrera, su torpe avance de marinero incierto. Javier ni siquiera se plantea seguirle. Hay sitios a los que no quiere ni acercarse. La mugre se le pega a uno sin que se dé cuenta. Una vez que has visto ciertas cosas ya son tuyas para siempre, no se quedan fuera, sino que empiezan a habitarte, se instalan como huéspedes inoportunos e insistentes. Él podría haber sido Yannick. Hay cosas que no decides. En realidad, no decides nada. Tropiezas o no tropiezas. Te caes o no te caes. Sucede y ya está. Javier no se cree superior sino afortunado. No puede agradecer a nadie no ser Yannick, pero siente alivio de no caminar por las calles con su paso de mimo ridículo, de no tener un perro con displasia, de no tener perro. Se frota las manos con una toallita desinfectante. No es un maniático, ni siquiera hipocondríaco, él sabe que no se va a contagiar de nada, pero se siente mejor, más fresco, más ligero, si no se lleva a casa el contacto de las cosas y de la gente. Si regresa tal cual salió, sin una nueva carga.

Y la única carga auténtica que tiene ahora son las deudas del despacho. No le dan los encargos para vivir y saldar deudas a la vez, una cosa o la otra. Y lo que quiere Javier es crear una empresa de seguridad, porque con una agencia de detectives es muy difícil expandir, y con la de seguridad al principio quizá tampoco, pero sería cuestión de tiempo, ahí al menos habría una salida.

Hay que contratar empleados desde el principio, le había advertido Carles.

¿Por qué?, podemos empezar tú y yo y cuando empiecen a llegar contratos empleamos a los que sean necesarios.

Estaban tomando una cerveza en la terraza de un bar que se encontraba en la manzana de la agencia. Cada vez que un autobús frenaba en la parada junto a la terraza tenían que hacer una pausa en la conversación.

No podemos ser una empresa de seguridad sin empleados.

Pero nadie tiene por qué enterarse.

Carles miró el autobús que acababa de detenerse a dejar y recoger viajeros. Saludó con un gesto a un anciano, que levantó el bastón hacia él como respuesta.

Mi padre.

Ah, no sabía...

¿Que tengo padre?

Que vive por aquí. ¿Quieres otra?

Carles negó con la cabeza. Se echó tres aceitunas de un golpe a la boca; pareció meditar mientras masticaba; almacenó los güitos en un carrillo.

La actividad ya está dada de alta y he registrado el nombre comercial. Lo demás no corre prisa.

No me estás contestando. Al final hacemos siempre lo que quieres pero no me das razones. Ser el administrador no te da derecho a decidir. ¿Vas a contestar mi pregunta?

Otro autobús se detuvo junto a ellos. Por la puerta central descendió una mujer joven vestida con lo que a Javier le pareció un impermeable malva aunque no había una sola nube en el cielo; se quedó dudando en qué dirección tomar y al cruzarse sus miradas hizo un saludo con la mano que parecía dirigido a Javier. Él se preguntó si la conocería de algo y le devolvió el saludo. La miró alejarse junto al bordillo y después levantar la mano para llamar un taxi. ¿Para qué habría tomado un autobús si luego cogía un taxi? ¿Para ahorrar? Javier se volvió hacia Carles, que daba vueltas en la boca a los huesos de aceituna con la concentración de un perro intentando masticar un cacahuete.

Son las reglas. Es una empresa de seguridad privada, no un todo a cien.

¿Me lo explicas?

Aparte de dar de alta la actividad tienes que solicitar una autorización para poder inscribirla en el registro del Ministerio del Interior.

Pues lo hacemos.

Carles suspiró. Solía exasperarle la impaciencia de Javier, pero no lo expresaba más que con suspiros resignados.

Y para inscribirla necesitamos presentar una relación de empleados.

¿Y tenemos o no tenemos dinero para un par de contratos? Podemos empezar con pocos.

Y además (Carles hizo una pausa para asegurarse de que iba a dejarle terminar o, más bien, para que Javier se diese cuenta de que no le había dejado terminar), además hay que establecer dos garantías bancarias o avales o contratar dos seguros de responsabilidad civil por un valor conjunto de más de quinientos mil euros. Así que no, no hay dinero, menos aún teniendo en cuenta que hemos adelantado el IVA de tres facturas que no nos han pagado aún, lo que para una empresa sana no sería un problema pero para nosotros es entrar otra vez en números rojos. La cuenta está a cero. Menos que cero. Así que hay que esperar. No hay prisa. Podemos esperar un año más, conseguir liquidez.

¿Cuándo hemos tenido liquidez? En cuanto juntamos algo de dinero compras muebles, pones anuncios, pintas los despachos.

Hay que causar impresión de solidez.

Como tú, que das una impresión de solidez acojonante.

Conmigo no tratan. Tú eres el de la sonrisa de anuncio de dentífrico, tú eres el elegante, el hombre de mundo. Yo soy sólo el que puso el dinero inicial y el nombre.

Podemos pedir otro crédito.

Javier lo dijo con un tono de desesperación que a él mismo le resultaba desconocido, su voz sonaba casi suplicante, un niño pidiendo algo que sabe imposible pero de todas formas lo desea con todas sus fuerzas.

Yo tengo dos. Y tú uno.

Podríamos quebrar.

Tampoco estamos tan mal, ya te digo. Dale tiempo.

Digo que podríamos quebrar a propósito. Ahora mismo no tenemos más que a la secretaria, a la que quieres echar. No hay rollos de empleo, no hacemos daño a nadie. Cerramos y abrimos otra empresa. Que nos embarguen los muebles. Debemos más de lo que valen.

Yo no puedo abrir otra empresa con impagos de la anterior.

Yo sí. Podemos ampliar uno de tus créditos para devolver el mío. Me salgo de la agencia y meses después declaras la bancarrota. Así yo estoy limpio y ponemos la nueva empresa a mi nombre. Tú eres socio en la sombra.

Nos arreglamos entre nosotros. Salir de esta ruina. Dejar de correr detrás de mujeres infieles y de empleados miserables.

Ése es el plan.

Pues lo realizamos. Pero no dentro de no sé cuántos años.

No me has dicho cómo financiar la nueva empresa. ¿Con un nuevo crédito? ¿Quién te lo va a dar?

Puedo hipotecar mi casa.

Se oye decirlo: hipotecar mi casa, y se da cuenta de que es justo eso lo que no quiere, avanzar por una espiral de deudas para amortizar las que se destinaron a pagar otras anteriores. Lo que él quiere es una vida despreocupada, no enterrar una preocupación con la siguiente. Sus padres, al separarse, hipotecaron la casa para poder pagar parte del alquiler del apartamento al que se mudó su madre y al final, incapaces de pagar las mensualidades, acabaron los dos compartiendo la misma vivienda social en el extrarradio de Madrid, con vistas a una radial atestada de tráfico y a un patio en cuyo fondo se iba acumulando la basura que los vecinos tiraban por la ventana. Javier dejó de visitarlos porque le angustiaba aquella vivienda de ventanas diminutas (para reducir el ruido del tráfico) y de vecinos en cuyas caras podías leer todas las derrotas, todas las humillaciones a las que les había ido sometiendo una sociedad que se come las chuletas y escupe los huesos. A él no le iba a pasar lo mismo. Sólo necesitaba un poco de tiempo.

Pero es justo lo que Carles le pide a él, un poco de tiempo y entonces todo será mejor, podrán realizar sus ambiciosos proyectos. Crear una empresa con diez empleados y poco a poco ir cediendo las operaciones a subalternos, alejarse del día a día, disfrutar.

Tenemos que consultar al asesor fiscal y a un abogado, dice Javier.

No sé.

Les consultamos, si entonces no lo ves claro, no hacemos nada. Pero si encuentran un camino, declaramos la quiebra y yo registro una nueva empresa a mi nombre. Seguro que hay una manera de arreglarnos nosotros bajo cuerda, darte una participación de beneficios, yo qué sé. Se hace todo el tiempo. Mira los periódicos.

Sólo si el abogado dice que se puede. Sin riesgo, dice Carles, pero no parece convencido.

Sin riesgo alguno.

Ya sabes que me fio de ti, dice Carles y a Javier le maravilla la declaración, aunque la haya hecho con su tono dubitativo habitual, porque aunque llevan años trabajando juntos y juntos montaron el negocio apenas saben nada de la vida privada del otro, ni sus problemas ni sus alegrías. No quedan para cenar salvo con algún cliente y eso rara vez porque, como dice Carles, es Javier el que lleva las relaciones públicas. Como mucho, para salir de la oficina, toman una cerveza en ese bar, siempre el mismo, y siguen hablando de asuntos de la agencia, nunca de cosas personales. Javier no sabe nada de las mujeres en las fotos del despacho de Carles y Carles ni siquiera sabe que Javier es gay. Es verdad que Carles a veces cuenta pequeñas escenas de su vida cotidiana, una cena navideña o una excursión con sus compañeros (y compañeras, dice con sonrisa pícara) del club de tenis o que su hermana le ha dejado el perro mientras está de vacaciones en Bali. Y Carles sí querría saber algo más de su socio, a veces lo sonsaca o provoca para averiguar aunque sólo sea un detalle de lo que hace cuando no está en la oficina o trabajando en un caso.

Javier no habla de sí mismo; es un pozo, un agujero negro que no deja escapar información al exterior. Tú podrías ser un agente doble, le dijo una vez Carles, uno de esos tipos de los que ni siquiera los más cercanos saben algo. Podrías ser un polígamo, alguien que tiene mujer e hijos en dos ciudades distintas. La Nochebuena con una, la Navidad con otra. Te imagino en ese momento en el que estás leyendo un cuento por la noche a uno de tus críos y de pronto dudas de qué mujer es hijo, en qué ciudad te encuentras, en qué cama te despertarte esa mañana. O ¿te acuerdas de ese tío que salía todas las mañanas hacia su trabajo, fingía ser un médico famoso de la UNESCO o algo así, cada mañana besaba a su mujer y sus hijos y se iba a trabajar? Sólo que no tenía trabajo.

A Raúl no le importaba, al contrario, parecía gustarle ese rasgo de Javier. Lo tomaba en sus brazos después de follar, lo acunaba. No digas nada, le pedía, aunque sabía que no iba a decirlo. Le acariciaba la cabeza y podían pasarse así mucho tiempo, horas iba a decir pero quizá sea exagerado. Al menos hasta que uno de los dos decidiese dormir o tuviese que levantarse. Sh, no digas nada, y la mano de Raúl sobre su frente, colocando sus cabellos, rozando sus párpados, apaciguándolo, espantando temores y angustias. Podrías ser un asesino en serie, o un gran estafador, le había dicho él también una vez,

creando otro de esos posibles personajes que llevaban una vida oculta, guardianes de un secreto que dejaría descolocados a todos los que le rodeaban en caso de revelarse un día: era un joven muy amable, saludaba siempre, nunca lo habría esperado de él.

Le producía una sensación desagradable mirarse desde fuera, como dicen que hace quien se está muriendo, que puede observar lo que sucede a su alrededor desde lo alto, una vista de pájaro de la agonía y de los familiares afligidos; él también se veía caminar por el pasillo después de la conversación con Carles, entrar en el despacho, con un nudo en el estómago, qué idiotez, porque Carles le ha vuelto a decir al final de la conversación en la terraza, justo después de afirmar que se fía de él, dejando que la asociación inconsciente lo contradiga, que podría ser polígamo o espía o agente doble, y pensó en Raúl, que, por suerte, no desea casarse ni fundar una familia ni emparejarse siquiera de verdad, él es como Javier en eso, que cree que los gais perdieron mucho al ser reconocidos, al dejar de ser perseguidos, porque los han absorbido, los han vuelto normales, grises, tristes, en lugar de ser aquellos individuos extraordinarios y especiales que eran. Así que para Raúl está bien, muy bien no saber casi nada de Javier, follan, Raúl cuenta a veces ideas que se le pasan por la cabeza, o un sueño, luego cocinan juntos, discuten casi tan sólo el presente, eso empezó como si fuese un juego, no hablar del pasado ni del futuro (resulta, es verdad, imposible, pero lo intentan), sólo del ahora. Así que es feliz, Raúl, con un hombre que parece no tener de verdad ni pasado ni futuro, un hombre tan acostumbrado al secreto que ya no le supone esfuerzo alguno silenciar parte de su vida. Pero ahí sigue la congoja, cuando Javier se sienta detrás del escritorio e interrumpe el gesto de encender el ordenador, se ve, desde lo alto, delgado, el pelo brillante de color castaño, la camisa blanca con dos botones abiertos, las manos, cuidadas, sobre la mesa. Por mucho que se examine tampoco sabría decir gran cosa sobre ese hombre, porque, y eso es lo trágico, no es que guarde un gran secreto; si calla es porque no tiene nada que contar. Porque no oculta nada. Porque no siente nada. Salvo ese deseo. Esa necesidad. Esa esperanza de asumir el control de la propia vida.

## 22

Ana levanta la cabeza.

Es muy temprano y Alfon cacharrea ya en la cocina. Estaba tumbada leyendo y empezaba a quedarse otra vez dormida. La sobresalta el petardeo de una moto al detenerse delante de la casa, cree reconocer el sonido del motor. El aporrear de la puerta confirma su sospecha, y le dan ganas de no abrir, de esperar agazapada a que Luis se canse, pero hace varias semanas que no lo ve y la verdad es que tampoco lo necesita, pero siente algo como mala conciencia, esa fisura que sigue resquebrajando sus convicciones, vidrio perfecto pero tan frágil. Se levanta Ana, se pone una camisa, un rastro de pudor frente al hermano, aprendido desde antes de la pubertad, y de todas maneras pregunta. ¿Quién?

Luis entra como el cliente de una inmobiliaria que valora si alquilar el piso. Pasa la mano por los muebles, su mirada se queda un momento prendida del enchufe ladeado, de la persiana rota que forma en la ventana una inclinación de guillotina, de los agujeros en el yeso dejados por tacos o escarpías. Ana procura no hacerle caso, continuar su camino hacia el dormitorio sin adaptarse a la lentitud con que Luis inspecciona y valora.

¿Qué haces? Ven, en el dormitorio estamos mejor.

Luis se sienta en un cojín sin descolgarse la mochila del hombro. Sonríe como siempre que no sabe qué decir. Sigue habiendo en él una timidez de chico en su primer día de colegio; procura ocultarla impostando un gesto de distancia irónica, pero no por ello deja de parecer un niño apocado que no se atreve a acercarse a un grupo. Aunque nunca lo hubieses visto antes sabrías que se ha cortado el flequillo que le tapaba los ojos, por ese gesto de echar hacia atrás algo que no está ahí, y que ahora parece más bien un tic o un intento de espantar un insecto.

¿Qué tal? ¿Cómo te va? Hace siglos que no das señales de vida.

Me fui de casa, Luis. Irse es eso, no dar señales de vida. Pero tú sigues ahí. No te vas a ningún sitio.

Justo eso quería contarte.

Enhorabuena.

Y lo dice sin burla ni ironía aunque desde que cumplió los dieciséis Luis contaba a su hermana sus planes para marcharse, a una comuna, o a recorrer el mundo con lo puesto, o a vivir con un chico al que había conocido y esa vez sí que merecía la pena.

Pero espera, antes de que se me olvide.

Rebusca en la mochila y saca varios productos, uno a uno, como para recalcar su importancia o la generosidad del donante:

Un bote de champú

Un bote de jabón líquido para el cuerpo

Una crema hidratante

Dos novelas de Ursula K. Le Guin, que Ana hojea enseguida

¿Las has leído?

No.

Una lata de espárragos y un tarro de alcachofas.

Habrás traído espejitos y abalorios. Parece que vienes a la selva o a una isla en el Pacífico. Pero lo dice riéndose y también Luis se ríe.

Es que sois una isla, la isla del fin del mundo. Esa peli la vimos juntos.

No me acuerdo. Pero en serio que podemos hacer la compra, salimos a veces a la calle.

No tienes pasta. Ha llegado una carta del banco a casa. Estás en números rojos.

Lo dice entrecerrando los ojos y enseñando los dientes, con una mueca difícil de interpretar.

Gracias, hermanito. Ahora cuéntame, ¿adónde te vas?

Luis tarda un tiempo excesivo en cerrar todas las cremalleras de la mochila y colocarla en el suelo con cuidado, ajusta también las correas.

Es que no lo vas a entender.

Inténtalo. No puede ser tan difícil.

Me voy a Estados Unidos. Y ahora me vas a decir que es como si me fuese

a Mordor.

Tienes mala conciencia. Se te ve la culpabilidad de lejos. Joder, Luis. No soy tu madre. No soy tu padre.

Pero es que no te va a gustar.

Lo que pasa es que no te gusta a ti. ¿Qué, vas a hacer un máster en Administración de Empresas? ¿O tienes una beca en la Casa Blanca?

¿Lo ves?

No veo nada. No has dicho nada. Soy yo quien dice cosas.

Sí, voy a hacer un máster a Estados Unidos. ¿Qué pasa? ¿Que me vas a juzgar?

Has venido a despedirte, ¿no? Pues venga, dos besos, un abrazo y ya. Pero no me hagas este número.

Eres tú, tía, eres tú.

No he dicho nada, yo no he dicho una palabra.

Como mamá, que tampoco dice nada. Sólo te mira tan, tan decepcionada, pone dos ojos redondos, todo pupila, como si se hubiese tomado una droga o algo, ojos de un animal de Pixar pidiendo que no le hagas daño.

Ana se levanta del suelo. Sacude el culo del pantalón y se mira las manos, no está claro si está limpiando el pantalón o las manos.

¿Cuánto tiempo?

No sé. Pero no es lo que piensas.

Cariño, no es lo que parece.

Pero es verdad, yo voy a regresar con lo aprendido, y eso me va a ser útil, yo voy a ser útil. Necesitas armas para defenderte. Joder, no puedes ir con la jeta y las buenas intenciones por delante. ¿Sabes lo que hacen con las buenas intenciones? Pues eso. Yo voy a pasar uno o dos años allí dentro, pero no me va a cambiar. ¿Me crees?

Ana se encoge de hombros. Camina hacia la puerta; al parecer, da la visita por terminada. Pero no abre sino que apoya la espalda contra ella.

¿Dónde en Estados Unidos?

Boston. Papá estuvo allí cuando era joven.

En Boston.

Sí, no sé qué de la radio. Cuenta que lo alojaron no en un hotel sino en una especie de club privado y tenía que bajar a desayunar con americana y

corbata.

Ana querría interesarse, escuchar las historias de Luis como si fuesen más que maneras de rellenar el silencio y reducir la sensación de culpa. Pero no lo consigue. Luis ya no está en su mundo; habla también él un idioma desconocido.

Es que necesito adquirir conocimientos prácticos, dice Luis. ¿Cuándo dejó de ser el hermano mayor y cedió esa posición a Ana? ¿Cuándo la admiración comenzó a fluir en sentido inverso? Tía, Marx está muy bien, y leer a Rawls y a Hayek y a Gramsci. Entender cómo y por qué hemos llegado aquí. Pero es como intentar parar balas con palabras. Tú eso lo entiendes. Te quejabas de que en casa se hablaba tanto pero no se hacía nada. Papá locutor de radio. Te cabreabas un montón. Él decía que era necesario estar informado pero tú decías que la información es una barrera de humo contra el conocimiento. Siempre has dicho cosas así. Desde que eras niña. Papá te admira mucho.

¿Cómo está?

¿Papá? Bien. No, en realidad no sé. A veces me preocupa que tenga principio de Alzheimer. Se queda parado en medio del salón sin saber adónde iba o qué estaba diciendo. ¿Te acuerdas del abuelo? Igual. Como si se hubiese extraviado en su propia casa, peor aún, como si no supiese que se encuentra en su propia casa. Pero a lo mejor es sólo la preocupación.

No me vengas con eso, Luis.

Me has preguntado por él, ¿no? Pues yo te cuento.

Ya.

¿Vas a volver?

Joder.

Es una pregunta. Para irme tranquilo.

¿Y te vas más tranquilo si voy o si no voy a volver?

Oye, es tu vida.

Vale, entonces estamos de acuerdo. Y a mí qué me importa la preocupación de papá, pobrecito, perdido sin mí en la casa vacía. Que viva él también su vida. Al menos mamá hace algo.

El otro día comí con ella; no me lo dijo así, pero me da la impresión de que su negocio va a quebrar, lo de los bolsos y eso.

Es que hay que joderse: compre un bolso y salve el planeta. Parece que los

que tienen diecisiete años son ellos.

Cumples pronto dieciocho. ¿Qué quieres que te regale?

Que no te vayas a Estados Unidos.

Ahora soy yo quien dice que es mi vida.

Alfon asoma la cabeza, sólo la cabeza, por la puerta entreabierta, gira los ojos en una y otra dirección como si evaluase el riesgo de entrar en la habitación. Mira a los dos hermanos sin decir una palabra, asiente. Su cabeza de guiñol desaparece muy despacio.

Es que dices que vas a armarte, pero lo que vas a hacer es volver sabiendo hacer el nudo de la corbata, y hablando de inversiones y de rendimiento y de outsourcing y de filosofía de empresa. ¿Te acuerdas de lo que decías sobre eso?

Luis, sentado abrazando la mochila y con la cabeza escondida entre los hombros, un niño testarudo que escucha la regañina de mamá, levanta la vista buscando un gesto cómplice de su hermana y lo encuentra a medias.

Que quien usase las palabras filosofía y empresa en la misma frase debería ser fusilado.

Cultura empresarial.

Valores empresariales.

Y quien hable de revolución sin hablar de la revolución. Un producto revolucionario, tiro en la cabeza; una revolución en el mundo del marketing, tiro en la cabeza.

Sigo pensándolo.

No vas a dejar a un compañero vivo. Vas a ir a las clases con ametralladora. Una sangría entre los profesores.

Es como el caballo de Troya, Ana. Atravesar las murallas para destruir la ciudad desde dentro.

No sé qué me jodería más, que me estuvieses mintiendo o que te estuvieses engañando. De cualquier manera, eres un cobarde.

Luis no se esfuerza en buscar una respuesta. Descruza las piernas y se levanta con más torpeza de la que en ese momento sería necesaria para hacer una salida digna.

¿Digo algo a los viejos?, pregunta aún desde la puerta. Ana tamborilea sobre el suelo, un rabioso solo de batería tocado con la punta de los dedos

produciendo un estruendo que sólo resuena en la cabeza de esa joven airada que alguna vez fue la hermana de Luis y ahora es como un animal al que no te acercarías de encontrarlo en el bosque.

Ana deja quietos los dedos y parece querer decir algo más y si lo dice será algo que puede destruir la relación entre los dos hermanos. Luis quisiera marcharse antes de que Ana añada alguna forma de veredicto definitivo, pero se queda fascinado como lo harías tú con una boa al acecho, que aguarda inmóvil a que un pájaro se acerque más, sólo un poco más. Es animal y primitivo y salvaje lo que se escapa de ella. Pero Ana contiene en su interior lo que sea que iba a decir y Luis aprovecha para librarse del embrujo de ese cuerpo a punto de la erupción.

Entonces no les digo nada, dice Luis, más una afirmación que una pregunta; tras unos segundos sale de la habitación sin más palabras ni gestos. En el salón se cruza con Alfon, que parece reparar una cafetera o al menos está hurgando en ella con un destornillador. No se hablan. Se tienen una animadversión tan perfecta que no necesita ser expresada. Cuando Luis se pone el casco tiene la impresión de que podría desmayarse de pura rabia. Da un pisotón al pedal de arranque y se marcha sin mirar hacia el ventanuco desde el que, está seguro, Ana no espera para despedirlo.

## 23

¿No os intimida también a vosotros sentaros en el despacho de un notario, como estar en la consulta del médico justo en el momento en el que os va a dar los resultados de unos análisis? En lugares como esos se percibe la sensación de inminencia: algo podría suceder que cambie vuestra vida para siempre. No es lo mismo el anuncio de un cáncer que la firma de un contrato en el que quizá os estén estafando o que suponga un paso equivocado, un compromiso que a la larga resultará inasumible, pero de todas formas notas el contacto de tu cuerpo con la silla, te fuerzas a fijarte en lo que te rodea, finges indiferencia o seguridad, desearías haber terminado. Ese momento, piensa Aitor, en el que sabes que tu vida podría entrar en nuevas coordenadas.

El oficial ha puesto el contrato delante de Aitor, una copia frente al representante de la inmobiliaria, se salta a la empleada del banco, y deja otra delante de una silla vacía. Los notarios nunca pierden tiempo, llegan cuando está ya todo listo. Los notarios van de una habitación a otra y leen a toda prisa compraventas y herencias, donaciones y traspasos, sin pronunciar todas las palabras, un murmullo que sólo se aclara en un par de pasajes esenciales: el precio, el monto de la hipoteca, la fecha. El notario entra en la habitación y reparte una ronda de apretones de mano flácida, ignorando a su empleado y sin mirar a nadie a los ojos. Es un hombre de aspecto pulcro y ausente; los ojos de un azul clarísimo no se posan en sus interlocutores ni una vez. Lee como todos los notarios. Al acabar, sale del despacho murmurando una fórmula a la que nadie hace caso, seguido del oficial. Aitor saca de la americana un sobre con el dinero negro. El empleado de la inmobiliaria lo cuenta con una sonrisa distraída, como alguien que se sumerge en recuerdos no muy importantes mientras remueve un guiso. La mujer del banco dice algo sobre el calor que hace fuera o sobre el frío por el aire acondicionado o las dos cosas. El sobre

desaparece en el bolsillo interior de una americana, birlibirloque del que el pudor aleja las miradas del público. Espero que lo disfrute, dice el de la inmobiliaria pero no parece que le importe mucho. La del banco y el de la inmobiliaria harían buena pareja: poco más de treinta, ropa de Zara o similar, gestos profesionales que les quedan grandes o pequeños, seguridad impostada. Ninguno de los dos lleva anillo de matrimonio aunque eso no quiere decir nada. El oficial asoma la cabeza para asegurarse de que el notario puede entrar sin asistir a la comisión de un delito. El notario regresa murmurando ininteligible, la vista fija sobre la superficie de la mesa mientras los interesados firman. Traza una rúbrica que no desmerecería en un incunable, qué pena que no use una pluma de ganso en lugar de esa estilográfica de oro macizo. Enhorabuena, dice, se levanta, nueva ronda de mano blanda y de mirada huidiza. Bla, bla, bla hasta que salen de ese ambiente artificial, Aitor abre la puerta del ascensor, no, no, ellos tienen que hacer aún unas gestiones, baje usted. Por fin en la calle, con una mezcla de alegría y excitación, con necesidad de celebrar. Ciento sesenta metros cuadrados, dos terrazas, una al sur y otra al este (propósito de desayunar en esta última leyendo el periódico), piscina, gimnasio y sauna comunes, servicio de lavandería. Una vida tranquila, cómoda, quizá una mujer separada con la que sueles coincidir en la piscina, una mujer con hijos que ya viven su vida y ella no necesita complicaciones, pero sí tomarse una copa con un hombre en situación similar, compartir con él la falta de proyectos, la sencillez de momentos que no prometen nada más allá de esa noche y de seguir encontrándose en la piscina y conversar y gastar bromas y quizá otras pocas noches, otras pocas copas. Vivir el ahora. Dejar de planearse y construirse. No deber nada a nadie. Estar satisfecho con lo que eres. Por fin. De una maldita vez.

## 24

Si pudieses ver desde el banco en el que está sentada Ana todos los acontecimientos que han ocurrido en esa calle, seguramente sentirías náuseas, vértigo, la necesidad de sujetarte a algún sitio para no ser arrastrado por ese caudal de imágenes, gritos, la banda sonora de la Historia. Y no hablo de toda la gente que circuló por ahí, ya antes de que el Ayuntamiento decidiese instalar ese banco y atornillar sus patas a las baldosas de cemento, con sus pequeños dramas (la pérdida de un empleo, el accidente laboral, las inevitables infidelidades) y sus pequeñas alegrías (el nacimiento de un niño, el beso en el portal, el ascenso tan necesario), sólo los participantes en grandes acontecimientos históricos o aquellos más cotidianos pero que, por su repetición, acabaron siendo significativos. Podrías ver, remontándote lo suficiente en el tiempo, un reguero de agua sanguinolenta que arrastra hacia el río intestinos y pellejos y fragmentos irreconocibles de órganos o vísceras, no el resultado como podría pensarse de revueltas y ejecuciones, sino del lavado de los puestos del mercado situado en lo alto de la calle. Escaneando a toda prisa la película acelerada de la Historia, también podrías ver linchamientos de usureros judíos, navajazos entre majos embozados que no querían llegar a ese extremo pero la maldita honra no les deja otra salida que acuchillar o ser acuchillados, curas expulsados a pedradas del Convento de las Escuelas Pías, alguno de ellos en pelotas mientras la turba lanza por los aires su sotana y juega y se ríe como si fuese un muñeco que van a quemar en fiestas populares, hasta que uno coge la sotana y la guarda y se apresura a escabullirse de la multitud porque el paño es, aunque basto, de calidad; y verías a los anarquistas gritando ni dios ni patrón, algunos pistola en mano, otros con antorchas que aún no han empezado a arder. Verías, en ese banco, todo lo que ha aquejado y empobrecido y embrutecido a este país, toda la mala leche y el

rencor que si los exprimieses de cada uno de los ciudadanos te permitirían llenar pantanos de mala baba. Pero Ana no está ahí, Ana desconoce la historia porque no le interesa; le parece que buscar agravios o crímenes en el pasado es un pasatiempo innecesario, útil sólo para quien no se atreve a actuar. El pueblo que no conoce su Historia está condenado a repetirla. Eso lo decía engolando la voz el profesor de Sociales, pero es mentira. Nadie cambia por conocer lo que sucedió un siglo antes, lo reinterpreta, lo rumia, lo regurgita convertido en una papilla no muy distinta de la mierda, usa ese mortero para endurecer las paredes de los propios prejuicios. El pasado y el futuro son el entretenimiento de los impotentes. Porque no hace falta volver la vista ni siquiera a décadas recientes: la conciencia de injusticia acumulada durante sus diecisiete años le basta para querer volar por los aires media ciudad. La conciencia y el amor, no el conocimiento del pasado ni los proyectos de futuro, son los combustibles de toda esa pasión que apenas le cabe en un cuerpo tan delgado que podrías pensar que aún no se ha desarrollado del todo y que le queda un estirón y un ensancharse de las caderas y un abultarse de los pechos, pero a lo mejor no, a lo mejor Ana ha alcanzado su forma final, salvo lo que destruya el deterioro producido por el paso del tiempo y los desengaños, a lo mejor ésta es la versión más completa de Ana que podremos ver y sólo le sucede como a algunas personas, que mantienen un aire algo infantil hasta que casi sin transición se nos aparecen prematuramente envejecidas, como si sus cuerpos aún jóvenes empezasen a mostrar deformaciones y carencias imposibles a esa edad.

Ana está sentada en el banco y por lo que se pregunta es por lo que está pasando aquí y ahora, en esa misma calle, en esa misma acera. Por ejemplo, le gustaría mucho hablar con la mujer que se ha construido una vivienda de cartón y plástico en el rincón donde convergen dos edificios, la fachada de uno más adelantada que la del otro. El rincón está elevado sobre la acera unos pocos escalones formando una especie de terraza que queda fuera del paso de la gente; sí, cualquiera podría subir los escalones, por ejemplo, para ir a la farmacia que se encuentra en el otro extremo de la plataforma, pero tú tampoco atravesarías el pasillo, el salón, el dormitorio y el patio de una vivienda ajena para ir de una calle a su paralela. A pesar de toda esa pérdida de la intimidad de la que tanto se habla en la era de las redes sociales etc., hemos conservado un pudor que nos impide entrar sin permiso en la casa de un desconocido. Y es

evidente que allí vive alguien, no sólo se ha buscado un lugar protegido para tumbarse a dormir o recuperarse de una borrachera. Para eso no pondrías cuatro macetas de plástico con plantas, de aspecto, es cierto, poco saludable, una colección vegetal que evoca un ataque con agente naranja, pero cuya función evidente es crear una atmósfera hogareña en la puta calle: un palo seco en una, en otra un lilo que podría también crecer entre escombros, y otro par de plantas cuyo nombre ignoramos y no nos vamos a poner a buscar ahora, porque no es eso lo importante. Lo que importa es que esa mujer -es una mujer- ha puesto allí las plantas y tiene una pequeña regadera de plástico azul claro, o sea que cuida sus plantas maltrechas, y ha construido una tienda de campaña con lonas de plástico y cartones para protegerse de la intemperie y de las miradas, un prodigio de estática que habría que estudiar en las facultades de arquitectura, observen ustedes esta forma primitiva de edificación con desechos que se encuentran fácilmente en los contenedores de reciclado, fijense en cómo se han ensamblado estos materiales blandos para obtener una mayor resistencia a la torsión. La cabaña lleva ahí meses, azotada por la lluvia y el viento, albergando a la mujer de pelo muy corto y ajado (¿dónde se lava, dónde hace sus necesidades? Aunque quizá no responda a las exigencias de higiene que aplicaríais en vuestra casa no huele mal ni parece particularmente sucia), siempre sola; no la ha visto acompañada de vagabundos ni borrachos ni yonquis ni gente pobre del barrio; frecuentemente con un cigarrillo en la mano (el cenicero es una concha de vieira, atención al detalle, no que sea la concha de una vieira, sino que utiliza un cenicero a pesar de estar sentada en el suelo de una calle de barrio donde tienes que mirar delante de tus pies para no tropezar con papeles o bolsas de plástico, para no pisar excrementos o charcos de orín), y concentrada en sus pensamientos: no tiene tics extraños, no habla sola, no se dirige a los viandantes. Vive allí. Vive consigo misma.

Y Ana querría dirigirse a ella, pero le cuesta desplegar esa soltura, esa ligereza, ese atrevimiento; alguna vez ha entablado conversación con desconocidos, pero siempre venciendo una barrera de pudor, y esa mujer le impone demasiado. Le preguntaría por qué está allí, a qué se dedicaba o dedica, si es una decisión propia o el resultado de una cadena de desgracias, le gustaría tanto hablar con ella de igual a igual, dos mujeres que han elegido (pero ¿lo ha elegido la otra también?) salirse de trayectorias prefijadas, dar

una patada a las expectativas de papá, de mamá, de la pareja, irse a la calle, aceptar que uno no puede estar a la vez dentro y fuera del sistema, eso se lo puede creer su hermano Luis, gente supuestamente biempensante que sufre con los males del mundo y desea paliarlos, echar una mano, pero se beneficia de ellos.

Ana sabe que con ella no va a sobreponerse al pudor, es curioso, que combine tanta decisión, tanta seguridad, con una timidez que ella no llamaría así, más bien diría que le parece mal meterse en la vida de otro; no la juzguemos, todos tendemos a disfrazar de virtudes nuestras debilidades, de elección nuestra incapacidad para actuar.

Así que Ana se queda donde está, de espaldas a una tienda de objetos de segunda mano cuyos beneficios se destinan a niños que padecen el síndrome de alas de mariposa; no se vuelve pero podría describir el escaparate; lo social resistiendo a la hipsterización del barrio, pero lo social es en realidad la avanzadilla de lo hipster; como los sacerdotes eran la avanzadilla de los colonizadores. Lo mejor para conquistar un territorio no es ya enviar curas, sino grupos de jóvenes concienciados; tienen la energía, la fe para ocupar espacios y creer que les pertenecen; las viejas se encierran en sus casas a la llegada de esos jóvenes o se mudan a las afueras porque los ven como amenaza, y casi al mismo tiempo, o muy poco después, van llegando otros jóvenes que abren tiendas vintage y vermuterías y pizzerías ecológicas. Hoy el territorio no se conquista mediante la fuerza y el miedo, sino mediante la seducción. Por eso parece desproporcionado derribar a unos cuantos turistas: ¡pero si ellos no han hecho nada! Tan sólo pasaban por allí. Un par de notas en la prensa hablaron de xenofobia e intolerancia. Se apeló a la sensatez, a la necesidad de resolver las tensiones que plantea el turismo, pero por los canales adecuados, la violencia no lleva a ningún sitio, etc. Enseguida se olvidó el asunto: al fin y al cabo, no hubo heridos graves (además el niño sólo se hizo un raspón) y había violencias más preocupantes durante esos meses que la de un puñado de jóvenes antisistema. La acción no había servido de gran cosa.

Ana procura espantar los pensamientos; reflexionar demasiado paraliza. Basta con observar, con ver lo que sucede a tu alrededor. Es verdad que de lejos parece tranquila. Hay algo búdico o meditativo en su inmovilidad, con los pies descalzos y de plantas sucias sobre los que está sentada. Calma,

olvido, contemplación. Pero sólo de lejos. Ana mira, aprende, asimila, como una forma de prepararse a la acción. Si te acercas a ella no puedes evitar percibir la tensión, una corriente que parece rodear su cuerpo, una caja de Faraday sobre la que ha caído un rayo.

1. Visualiza cuatrocientas ballenas piloto varadas en una playa. Si te falta imaginación, busca en internet. No es algo que se me ocurre para sostener una tesis, una floritura apocalíptica que nos ayude a pensar el fin de los tiempos. Hay fotos.



Ballenas piloto varadas en Nueva Zelanda.

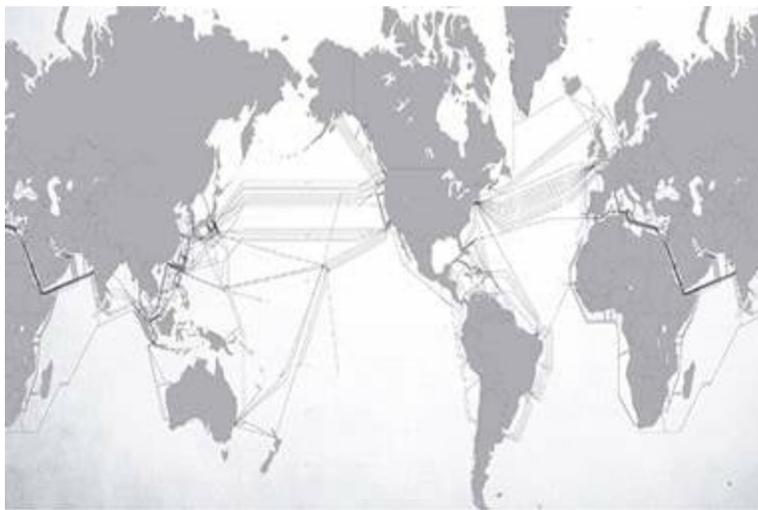
© Anthony Phelps

Cuatrocientas ballenas. Quita doscientas si el número te parece excesivo para abarcarlo en una imagen. Doscientas ballenas de seis, algunas de hasta casi siete metros de largo. Mide tu dormitorio para hacerte una idea del tamaño de cada animal. Entre mil quinientos y dos mil kilos cada ejemplar adulto. Y están muriéndose. Por deshidratación o porque su propio peso les aplasta los pulmones. Lo más probable es que estén gritando, llamándose, pidiéndose auxilio, cada una de ellas esperando que otra vaya a salvarla; pero todas están igualmente condenadas. El sonido que producen recuerda al de una lejana bandada de pájaros oída a través de un aparato de radio con interferencias. Es un lenguaje complejo y a la vez simple por lo repetitivo.

Aunque es posible que un extraterrestre pensase lo mismo del lenguaje humano.

Puede que, tras morir, el metano y el dióxido de carbono acumulados en su cuerpo las hagan estallar. Los voluntarios que se han acercado a vaciar cubos de agua sobre ellas para intentar -en general inútilmente- salvarlas, harían bien en no encontrarse cerca en el momento del estallido, ponerse a cubierto de la lluvia de vísceras.

No se sabe con seguridad por qué decenas o centenares de ballenas se dirigen a la playa donde van a morir. Se ha hablado de suicidios colectivos, pero seamos serios: ¿por qué va a suicidarse una ballena? Otros culpan de estas muertes masivas a las ondas electromagnéticas de los cables tendidos en el lecho marino y de los sonares de los barcos, que les harían perder el sentido de la orientación. Es cierto que nuestras tecnologías introducen perturbaciones en numerosos ecosistemas, pero puede que éste no sea el caso, a pesar de que los cables de comunicaciones y eléctricos han formado una tela de araña en la que parece difícil no acabar enredado.



Mapa de cables submarinos.

También se ha buscado la causa en explosiones submarinas durante guerras o maniobras militares. Pero la verdad es que todo esto es pura especulación. De lo que podemos estar seguros es de que no morirían tantas ballenas si no fuese por su instinto gregario. Nos conmueve saber que los lazos que unen a

los individuos de esta especie son muy fuertes: el grupo está dispuesto a sacrificarse si oye las llamadas de socorro de las crías; cuidan conjuntamente de los más jóvenes; las hembras que ya no pueden reproducirse se ocupan de los hijos de las demás. Todo muy hermoso, muy reconfortante. Pero ese instinto gregario tiene otro rasgo: los miembros de la manada nadan detrás del líder a donde vaya. Si éste se equivoca de camino (confundido por explosiones, ondas electromagnéticas o corrientes marinas que lo llevan a aguas someras, da igual la causa), los demás miembros del grupo morirán con él.

2. Los sistemas educativos de casi todos los países del mundo occidental siguen en la actualidad una evolución paralela: la eliminación o reducción de las asignaturas de humanidades. Algunos planes de estudios prescinden de la filosofía. En la mayoría, la literatura y la historia ocupan un papel menguante. Lo mismo sucede con las artes plásticas y la música. La filosofía, la literatura, etc., son considerados conocimientos no superfluos, pero sí una especie de lujo que sólo puede uno permitirse en los ratos de ocio, cuando se tiene la vida asegurada. La escuela debe formar a los muchachos para enfrentarse a un entorno laboral cada vez más exigente. Sólo los mejores conseguirán un empleo digno. Hay que ser competitivos. Es necesario tener un espíritu emprendedor. Por eso aparecen asignaturas nuevas en los institutos como Economía de la empresa.

También la enseñanza universitaria se centra, cada vez más, en preparar a los estudiantes para integrarse en el mercado laboral y en una investigación al servicio de los intereses empresariales. La universidad sirve a la empresa y la empresa financia la universidad, una simbiosis fluida y al parecer inevitable. Por eso los departamentos de humanidades ven cómo se reduce su presupuesto de año en año. Por ejemplo, en las universidades de Estados Unidos han desaparecido diversas materias humanísticas. Una visita a alguna de las mejores universidades de ese país revelará departamentos de humanidades que no sólo han reducido su personal: paredes desconchadas; mobiliario ajado; material de oficina insuficiente; ordenadores obsoletos. Una visita subsiguiente a un departamento científico hará sentir al viajero que acaba de pasar del tercer al primer mundo. Basta con cambiar de edificio. Aparte de que el salario de, pongamos, un profesor de economía o de física en la

universidad privada es muy superior al de un profesor de literatura.

La escuela y la universidad no pueden dedicar mucho tiempo a la cultura porque deben concentrarse en preparar a los alumnos para el mercado laboral. Ahí no sirve de nada conocer la obra de Feuerbach o saber lo que es el suprematismo y sería injusto privarlos de oportunidades más adelante. Sería una irresponsabilidad dedicar los escasos recursos a asuntos tan secundarios a la hora de luchar por la supervivencia.

3. En los años cincuenta y sesenta la tasa de desempleo en Estados Unidos y Gran Bretaña rondaba el 2 %, en Alemania estaba por debajo del 1 %. Desde entonces, la tasa media de desempleo ha ido aumentando década a década, acompañada de una menor creación de puestos de trabajo, también en fases de gran crecimiento de la economía. Al mismo tiempo, una parte considerable de los puestos de trabajo se ha precarizado, de forma que en Gran Bretaña el 35 % de quienes tienen un empleo a tiempo completo no podrían sobrevivir más de un mes con sus ahorros. La proporción de empleos a tiempo parcial crece de manera constante.

Según diversos estudios, entre el 47 y el 80 % de los empleos actuales desaparecerán debido a procesos de automatización. No se prevé que esa pérdida de puestos de trabajo se vea compensada de forma significativa por nuevos empleos en tecnológicas y servicios.[1]

4. Si combino 2 y 3 llego a la conclusión de que se masacran las humanidades en las enseñanzas media y superior con el supuesto fin de prepararnos para un mercado laboral inexistente. Nos guían hacia empresas que no nos van a contratar. Sólo una pequeña élite encontrará un trabajo bien remunerado. Extranjeros, mujeres, miembros de razas marginadas tendrán aún más difícil encontrar un empleo digno.

Si pienso en 1, después de pensar en 2 y 3, resulta conmovedora la solidaridad de las ballenas piloto. También resulta inútil. Incluso contraproducente. Apoyarse en la desgracia es algo admirable, también en los humanos. Ser incapaz de rebelarse contra ella, dejarnos llevar a aguas someras donde moriremos asfixiados o deshidratados o hambrientos es, sí, un suicidio colectivo. La solidaridad frente a la desgracia compartida es un falso consuelo si no va unida a la lucha contra esa desgracia.

5. Las ballenas piloto no conocen el concepto de revolución. Tampoco el de rebelión ni el de insurrección. Las ballenas piloto seguirán muriendo por decenas sin entender por qué.

6. Completa la línea de puntos que van del 1 al 5 y observa la figura resultante. Después de contemplarla, toma una decisión. Busca entre tus conocidos a personas que podrían haber decidido lo mismo. Organízate. Inventa formas de resistencia colectiva.

## 25

Desde aquí se ven más cúpulas de iglesias que rascacielos, es lo primero que había dicho Pascual cuando Aitor se acercó a él en la terraza. Después dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo en dos tiempos. Más iglesias que rascacielos, eso dice mucho de una ciudad, de un país, ¿no?

Aitor no supo qué contestar, ni siquiera sonrió porque en una situación así cualquier cosa que hagas es insuficiente o humillante.

¿Sabías que en España hay cada año decenas de terremotos? Lo que pasa es que no nos enteramos. La tierra tiembla y nosotros seguimos durmiendo. Eso también es significativo: hay fallas debajo de nuestros pies que podrían hacer que los edificios se derrumben, pero caminamos como si el suelo fuese firme. Somos unos inconscientes. ¿Quieres uno?

Aitor rechazó el cigarrillo. Madrid, a las nueve y cuarto de esa mañana de septiembre, tenía un cielo de nubes hechas jirones, largos velos desgarrados, iluminados de través por el sol todavía bajo. Un cielo vagamente bíblico, de reflejos dorados que se replicaban en las ventanas de los edificios. Grúas quietas aún en su mayoría, que irían empezando a girar despacio, una tras otra, según avanzaba la mañana, como si todas ellas fuesen parte del mismo mecanismo, piezas conectadas entre sí de forma que el movimiento de una pone en marcha otra próxima y así sucesivamente hasta que todas ellas giran, se detienen, continúan trazando su lenta caligrafía contra el cielo. La ciudad, vista desde arriba, resulta irreal, difícil imaginar que esté habitada por parejas que discuten durante el desayuno, por niños que lloran en la cama porque no quieren ir al colegio, por ancianos que tienen dificultades para orinar, por enfermos muriendo en los hospitales. La ciudad era uno de esos juegos que había antes y cuyo nombre Aitor no recordaba, juegos en los que podías crear estructuras y empujar con el dedo figuras de plástico para desplazarlas entre

ellas: obreros, policías, perros, enfermeros.

Ya lo sabes, ¿verdad?, preguntó Pascual sin volverse hacia Aitor, como si no esperase respuesta. Dejó caer la colilla, la pisó hasta enterrarla en la grava.

No se habla de otra cosa ahí abajo. O sea, no sólo de tu despido. Temen que haya más. ¿Desde cuándo lo sabes tú?

Claro que va a haber más.

Me dijiste que no.

Esta ciudad es una mierda. Está aplastada contra el suelo, no se eleva, una ciudad de cinco alturas no puede ser capital de nada. Yo levantaría rascacielos allí, y allí, y allí. Volaría todas esas iglesias inútiles y levantaría edificios de cien pisos. Los rascacielos tiran de las ciudades hacia arriba, las llevan en volandas.

Pascual señalaba en una y otra dirección como un arquitecto describiendo sobre un plano la obra que va a realizar o como un general indicando dónde hay que colocar la artillería.

Me prometiste que no iba a haber más despidos.

Me impresionas. A veces me gustaría ser como tú. Atravesar la vida con esa inocencia. Tiene que ser bonito, no enterarse de nada.

O sea, que lo sabías. Me engañaste.

Suenas como una telenovela. Pero no, cuando estás en un puesto como el mío no engañas porque nadie en su sano juicio puede creerte. Parece mentira, joder. En una empresa los jefes no mienten: hacen pronósticos, señalan objetivos. ¿Quién coño espera que digan la verdad? Es como esperar que la digan un jugador de póker o un ministro. Si enseñas las cartas se acabó el juego, y la gente depende de que el juego no se acabe. Toma un cigarrillo.

Aitor lo cogió y aceptó también el fuego tapando la llama del mechero con la mano aunque el aire estaba tan quieto como en esas tardes de verano en el campo en las que no se oye el rozar de una hoja, sólo las chicharras. Pero desde la terraza lo que se oía era el tráfico que discurría siete pisos más abajo, ruido blanco que enmascararía cualquier queja o estridencia. Las primeras caladas del cigarrillo no le supieron mal como había esperado. Más bien, se dio cuenta de que había echado de menos el humo, sentir los pulmones y la faringe recibiendo su tacto áspero. Se lo había dicho una vez Isabel, en uno de esos raros momentos en los que hacía una afirmación general, ella que

estaba siempre tan apegada a lo concreto, a lo que sucedía justo en ese instante: cuando fumas te das cuenta otra vez de que tienes un cuerpo. Una afirmación tan triste que Aitor prefirió no pensar en ella.

No sé qué decir. Ni siquiera sé si decirte que lo siento, dijo Aitor.

Pues sí, joder, dime que lo sientes, porque no vas a volver a tener un jefe tan bueno en tu vida. Yo animaba a la gente, la empujaba a dar lo mejor de sí. Mírate a ti.

A mí.

Si no llego a hacer nada habrías ido marchitándote, o convirtiéndote en una de esas plantas de plástico que tenemos en los pasillos. O rescindía el contrato o te daba un puesto de responsabilidad. También podrías darme las gracias.

Vale, gracias. ¿Y ahora?

Ahora van a subcontratar la mitad de los programas a productoras independientes, como hoy pero a lo bestia. No es mucho más barato pero sí más flexible.

Digo que ahora qué va a pasar conmigo.

Tú eres un superviviente.

Algo así me dijo Carolina.

Carolina, otra gilipollas. Mira que quedarse embarazada, luego he sabido que de gemelas. ¿En qué mundo viven? ¿En qué mundo vivís?

No me has contestado.

¿Qué quieres que te conteste? ¿La verdad?

Ahora puedes. Ahora te has salido del juego.

Pascual volvió a espachurrar la colilla entre la grava con la rabia y la meticulosidad de quien está matando un animal venenoso. Tomó cuatro o cinco piedrecillas y fue tirándoselas a las palomas subidas a los antepechos. Alguna de las piedras cayó a la calle.

Te vas a quedar. Has hecho bien tu trabajo, te has atendido a la línea editorial. Están contentos. Sólo te falta una prueba.

Como en los trabajos de Hércules.

No seas presuntuoso.

¿Qué prueba?

Hacer de malo. Siempre has sido el bueno de la película. Cuando se necesitaba un malo me llamaban a mí. Es como en las pelis de mafiosos o de

maras: para que te acepten tienes que matar.

Yo no voy a echar a nadie.

Claro que no vas a echar a nadie. Vas a comunicar a cada uno que lo echan y vas a explicarle las condiciones que tienen que aceptar y hacer que entiendan lo que va a pasar si no las aceptan.

Te estás divirtiendo.

Has tenido una vida fácil. Una vida de pobre, sin responsabilidades.

Voy a entrar, dijo Aitor sin moverse. Tengo cosas que hacer. ¿Cuándo te vas?

Ya me he ido. Estás viendo un fantasma. ¿Qué dijo el fantasma del padre de Hamlet?

Ni idea.

Yo tampoco. Algo que seguro que merecería la pena recordar. ¿Quieres que te dé un consejo antes de desvanecerme?

Vale.

No son tus compañeros. Aunque te lo parezca, no son tus compañeros.

Eso no es un consejo.

Pero es un acertijo, como en los cuentos. Piénsalo. Si descubres el significado te casas con la princesa.

Estás leyendo libros de autoayuda, de esos para empresarios sin escrúpulos. Cómo tener éxito pisoteando a los demás. Hágase rico sin remordimientos.

Pascual sonrió. Señaló el horizonte. Un rascacielos, dijo, otro, otro, barriendo con el brazo casi ciento ochenta grados de aire. Dio un suave puñetazo en el hombro a Aitor, asintió como para sí mismo y fue él el primero en entrar en el edificio.

Y lo hiciste. Claro que lo hiciste. No tenías opción. En serio, no es una manera de justificarte, es que no te quedaba más remedio que ir llamando a los compañeros a tu despacho (te asignaron un despacho especial para que desempeñases esa tarea de manera discreta), uno a uno. Porque no era o ellos o tú; eso te habría dejado una salida heroica, una posibilidad de sacrificio para no doblegarte a las órdenes de arriba. No sabemos, ya no sabremos nunca, si te habrías inmolado en una situación así, si habrías sido esa persona

que imaginas que eres o, como suele suceder, habrías sido en la vida real una versión deslucida de ese hombre fantaseado.

Pero no había posibilidad de trueque, la alternativa era hacer los recortes y mantenerte en el puesto, o que los hiciese otro y perder el puesto. Ellos no tenían salvación de ninguna forma. La decisión estaba tomada. Así te lo dijeron en la reunión con el director de la cadena, el nuevo de informativos, que ya lo había sido años atrás y regresaba ahora con gesto de emperador que vuelve del exilio, y los redactores jefe; la emisora estaba perdiendo demasiado dinero, la publicidad no había remontado a los niveles previos a la crisis, los nuevos accionistas consideraban necesario modernizar la parte técnica para poder enfrentarse con solidez a los desafíos del siglo XXI (literal: «los desafíos del siglo XXI», como si se avecinase una guerra y hubiera que ponerse a cavar trincheras y limpiar el armamento) y uno de los lastres que la emisora arrastraba desde hacía décadas era un exceso de personal y (bajando la voz) sobre todo en los segmentos mejor pagados.

Fueron serios pero amigables, generales que envían a sus soldados a una misión arriesgada. Les dieron a entender que tenían confianza en ellos. El director de informativos les guiñó un ojo al final de la reunión. El director de la cadena repartió palmadas en los hombros, como un entrenador de fútbol fomentando el espíritu de equipo. Cada redactor jefe se fue con una lista de los que debían despedir y las condiciones que se les ofrecían. Por supuesto, tenían que ser conscientes todos de la amenaza de un nuevo ERE, en el que las condiciones de los despidos serían peores; de hecho, estaban haciendo una oferta generosa para quienes aceptaran.

Es necesario. A veces no queda más remedio que tomar medidas duras, todos sabemos que una empresa no es una ONG, necesita beneficios, satisfacer a los accionistas, asentarse en el mercado. Y cuando las cosas no funcionan hay que intervenir, todos somos conscientes de ello. Pero tienes un regusto amargo en la boca cuando una compañera te acusa de echarla por ser mujer, y un compañero (pero no son tus compañeros, recuerda) casi llora y te dice que no puede irse a la calle y que la compensación no le basta porque tiene cincuenta y dos años y a esa edad quién lo va a contratar, y uno del comité de empresa te amenaza físicamente (te voy a reventar la cabeza, puto vendido) y jura que te incluirán en la demanda contra la dirección, pero casi todos firman, porque saben que si llega el ERE van a ser ellos de todas formas los

despedidos, en peores condiciones, y sólo dos se niegan a firmar, pero igualmente les comunicas el despido. Que denuncien, te dijeron; los que no acepten la indemnización, que vayan a juicio, tú de eso no te preocupes.

Y llegas a casa después de cuatro días de desagradables reuniones en el despacho, cuatro días en los que no has hecho otra cosa que difundir la mala nueva, aguantar los reproches, atravesar pasillos o la redacción soportando que te nieguen el saludo y miren en otra dirección aquellos con los que te cruzas, o que te miren como lo haría un padre decepcionado a un hijo que valía mucho pero se volvió drogadicto, llegas a casa, con la boca seca y el estómago encogido, vas al frigorífico y te encuentras con otra de las estúpidas poesías que cuelga Ana para comunicar contigo, poesías que no admiten respuesta ni discusión (no son argumentos, son poemas, te dijo la primera vez que quisiste protestar por lo que te parecía una forma demasiado simple de representarte). Entonces ha estado en casa, pero el descubrimiento ni siquiera te alegra. En su dormitorio no hay rastro de ella. Aunque no ves ni una arruga en la colcha roja que cubre la cama, la tocas como el sheriff que remueve entre las cenizas de la hoguera que hicieron los forajidos a los que persigue para calcular cuándo abandonaron el campamento. Ni un residuo de calor, como es lógico, sólo la superficie áspera del tejido. Ana no se ha tumbado mirando al techo en un ataque de nostalgia, no ha querido recordar las sensaciones de cuando era niña y vivía en esa casa. Habrá entrado a buscar algo que se dejó en el armario, y tú lo abres pero no descubres nada distinto, y seguramente te darías cuenta si faltase algo, porque has abierto ese armario decenas de veces: allí siguen dos o tres faldas que nunca se puso o al menos tú no la recuerdas con ellas, de hecho no la recuerdas con falda; una caja con ropa de cuando era niña, cuatro o cinco muñecos apretujados en un cajón (una fosa común de fantasías infantiles dijiste una vez a Luis y él se partió de risa con tu patetismo), baratijas, documentos que ahora no hojeas pero conoces de memoria, libretas con notas anodinas, unos pocos libros de texto. Te sientas frente a su escritorio; algo parecido al pudor te ha impedido siempre tumbarte en su cama; dudas si hacerlo esta vez, pero no te decides. Del perchero cuelga un chaquetón de piel vuelta que no habría quedado mal en una película de hippies. Acercas la nariz a él para confirmar que sigue desprendiendo olor a madriguera. Lo coges y, en la cocina, lo tiras al cubo de la basura. Tienes que presionar con un pie para que entre del todo y poder cerrar la tapa. El poema

está en la encimera, donde lo dejaste antes. Te acercas y lees el inicio. Somos los canarios que se usan en la mina para detectar el grisú. Otro discurso victimista, seguro. Otro dedo apuntado hacia ti, una colección de recriminaciones y exigencias. Si Luis no se hubiese marchado ya a Boston esperarías a que llegara y le tenderías el poema: mira, tu hermana nos ha visitado. Pero Luis se ha ido hace dos días y no tienes a quién quejarte, nadie de quien esperar un mínimo de solidaridad y comprensión. Estrujas el papel y lo tiras también al cubo de basura. Si quiere algo de ti, que dé la cara y te lo diga. Te has cansado de ser el receptor de su rabia. Sacas una cerveza del frigorífico y te sientas en el sofá, pero te olvidas de abrirla. He sido un padre ejemplar, te dices. He hecho todo lo que se esperaba de mí. Pero se ha acabado. Voy a ir a buscarla. Tiene diecisiete años y puedo obligarla a volver.

Decides no contar tus planes a Isabel ni al detective. No tienes por qué dar explicaciones. Ahora sí, haces saltar la chapa con un tirón seco del abridor y no te agachas a recogerla del suelo. Bebes media botella de un trago. Eructas, como lo harían un niño o un adolescente. Somos los canarios que se usan en la mina para detectar el grisú. Otro acertijo. Pero no estás interesado en la respuesta.

## 26

Sentados alrededor de un punto en el que converge la atención, pero no es el fuego ni el televisor, es una idea la que da sentido a esa cercanía, la que hace que la presencia de los otros, aunque parezca pasar inadvertida, conceda a la vida en ese salón consistencia de hogar.

Hasta ahora todo ha sido un juego, dice Alfon, limpia las gafas con un pico de la camisa, se las pone achinando los ojos como intentando distinguir a alguien en la penumbra, se rasca el bigote, sonríe y muestra dos dientes partidos. Qué feo eres, Alfon, piensa Ana con cariño y le anima a continuar mirándolo con intensidad y haciendo un ligero movimiento de la cabeza hacia delante. Es como esos coches que no arrancan a la primera, hay que girar varias veces la llave, pisar, desesperarse, pero después se oye un acelerón, el motor da un largo trago de gasolina y el coche arranca con potencia. Vamos, Alfon, lánzate.

Un juego... o no, otra cosa, porque no es de verdad pero no es en broma tampoco. Una aproximación. Nos hemos ido acercando poco a poco a la presa, agazapados, ¿verdad, Anita?, da un codazo a Ana, las dos monjitas asienten muy serias, Elena, que ha regresado más delgada y más ausente, golpea el aire con movimientos de kárate, el perro bosteza y duda si buscar un sitio más tranquilo. Se deja caer en el colchón con un suspiro que, en una persona, expresaría un cansancio infinito.

Y ahora vamos a dar el salto.

Hans escribe con un bolígrafo caligrafías inventadas sobre el dorso de la mano, runas, kanjis, garabatos de novelas de fantasy. Cuando se cansa, arranca con la uña trozos de cera pegados a una caja de madera, los restos de las velas que han acompañado conversaciones y ensoñaciones compartidas.

Vamos a atacar, por fin. Que quede claro: no queremos que muera nadie,

pero puede que muera gente.

Alfon se detiene. Parece que ha llegado a un punto final, que ésa era la conclusión, va a morir gente, pero todos saben que lo que parece el fin es sólo el inicio. Sonríe como pidiendo disculpas. ¿No habíais traído unas birras? Es verdad, dice alguien, y todos miran en derredor, hasta que el alemán dice, joder, bájate de la banqueta, y Yannick descubre sorprendido que estaba sentado sobre la caja de cervezas. Se levanta, reparte, abren las botellas, beben a morro. No es sólo Alfon el que está nervioso, todos lo están. Se saben en un momento en el que sus vidas van a cambiar, o pueden cambiar, está en su mano que sea así o no. Un cambio radical, sin vuelta atrás. Porque todos ellos aún podrían volver a casa, a algún tipo de casa. Ana podría regresar al instituto y, chica lista, seguro que salvaría la mayor parte de las asignaturas. Yannick a la metadona, ese hogar algo frío y desangelado, pero que no es la intemperie de la heroína, Elena..., ella no sabemos de dónde viene, sólo que se sentó un día junto a Yannick y desde entonces aparece y desaparece, entusiasta o deprimida, hiperactiva o apática; el alemán encontraría el camino de vuelta a la casa de esa tía que lo crió y lo envió a la universidad y no pudo entender que de pronto un chico tan brillante abandonase los estudios para pasar las tardes en una biblioteca anarquista fumando porros y hablando del futuro, precisamente esos chicos que estaban destruyendo su futuro, y todos ellos, incluso Alfon, aún encontrarían el sendero de miguitas que habían trazado aunque parezcan extraviados en el bosque. Pero si dan el paso será como dejar caer una reja entre ellos y el mundo.

En algún momento puede que haya muertos, retoma Alfon, y es una pena, de verdad que es una pena, no creáis que no lo siento. Pero hay gente que muere todos los días por culpa de este sistema que los echa de sus casas, que los exprime hasta el infarto -y no es una metáfora-, que crece sobre miles de cadáveres en eso que llaman el tercer mundo, que no vemos, claro, y por eso no nos duelen, pero el olor de la podredumbre llega hasta aquí. ¿Me seguís?

Asienten, serios, dan un trago de cerveza, todos, como si se hubiesen puesto de acuerdo. Sólo están los habituales de El Agujero. Según Alfon, decenas de reuniones como ésa están teniendo lugar en decenas de casas okupadas. Porque ha llegado el momento. Y, aunque saben adónde lleva la explicación, escuchan sin prisa. Es un rito con el que hay que ser pacientes. Incluso prefieren que el discurso sea lo más largo posible, no tener que dar

aún el salto, como quien se sube al trampolín de diez metros peldaño a peldaño, demorando el momento de enfrentarse de verdad al miedo y al vértigo, y quizá también a la decisión vergonzosa de volver a bajar por la escalerilla sin haberse atrevido a dejarse caer desde lo alto.

No, en serio, oís a toda esa gentuza que critica a los violentos, que dice que lo último que se puede aceptar en la sociedad es la violencia, los políticos, la prensa, vuestros padres y los míos, pero luego ni se inmutan sabiendo que en África se mata y se viola y se esclaviza para mantener nuestro nivel de vida. Y bombardeamos a civiles y torturamos a gente y tan sólo hay que imaginárselo, que estuviesen entrando a nuestras casas, sacándonos a rastras, violando a nuestras madres, hermanas, hijas, volando el edificio en el que hemos vivido, todo ello para defender la democracia o la libertad o cualquier otra mierda. En serio, imaginad que sucede todo eso en el bloque de apartamentos donde vivisteis de niños porque nosotros lo permitimos y les vendemos las armas para hacerlo. Leed la puta prensa de derechas, toda la prensa es de derechas, que hace pocos días informaba de que España ha vendido armas que se van a usar en Yemen y que nuestro rey va allí a reírle las gracias a un asesino. Pero nos da igual. Esos muertos no cuentan. Deteneos a pensarlo. Las clases medias, no sólo los ricos, las putas clases medias tienen las manos manchadas de sangre. Y los obreros son sus cómplices silenciosos. Olvidaos del idealismo de la clase obrera. Quieren su parte del pastel, nada más que eso. Quieren la tele y el coche, quieren la universidad para el hijo, ésa es la emancipación obrera, y pasar las vacaciones en República Dominicana o en Cuba. Qué más da que haya que degollar a unos cuantos niños en un país que no sabrían situar en un mapa.

El sudor ha empezado a empañar sus gafas pero no se las quita para limpiarlas otra vez con el pico de la camisa, tampoco da ya tragos de cerveza aunque la botella está a medias, ha entrado en trance, porque está teniendo una visión, está viendo toda la brutalidad del mundo y, a la vez, toda la hipocresía de quien se aprovecha de esa brutalidad. Ese ministro, añade, ese miserable ministro al que oyó hace un par de días defender la venta de armas a asesinos diciendo que hay que ser realistas y que los puestos de trabajo y que su puta madre, sí, le mataría ahí mismo, habría que llevar al paredón a todos los que predicán el realismo y dicen que no podemos andarnos con remilgos, y que hay que negociar con asesinos para salvar unos miles de puestos de trabajo

cada vez más precarios y que cada vez benefician a menos gente, porque también en eso hay que ser realista, las empresas no invierten si no hay una expectativa de beneficios y si no lo hacen nuestras empresas lo harán otras y tenemos que ser competitivos, así que conformaos con que os paguen una mierda a cambio de los niños muertos.

Ni se mueven, salvo porque aún asienten muy despacio rumiando las últimas palabras de Alfon, que de nuevo no son las últimas: los muertos están ya ahí, insiste, nosotros sólo los acercamos al origen, y tendremos que vivir con la responsabilidad de que inocentes han muerto a nuestras manos, pero esos muertos serán el inicio de un cambio, porque la idea no es hacer estallar la bomba y retirarnos.

Alfon hace una pausa después de esta primera vez en la que ha pronunciado la palabra bomba y Yannick y Elena han bajado la cabeza, el alemán mira fijamente sus propias manos, aferradas a la botella como a un arma, las dos monjitas se han tomado del brazo, como niñas que van a entrar en el bosque oscuro, y sólo Ana mantiene la vista clavada en él, con la mandíbula trabada, ella no desvía la vista cuando llega el momento decisivo, en el que se enuncia la calidad y la magnitud de la acción. Vamos a tomar las calles, dice Alfon, nosotros y miles como nosotros que están esperando, porque nuestros gobernantes caminan al borde del abismo sin saberlo, la sociedad entera camina al borde del abismo, y la paz no es posible, la ausencia de conflicto, ese fin sagrado de la democracia, es una mentira. Quien niega el conflicto niega la opresión. El que habla de paz oculta el crimen. El conflicto está ahí, escondido, oculto, amordazado, y nosotros lo vamos a sacar a la luz y vamos a empezar no la revolución, que esa palabra está demasiado cargada de historia desaprovechada, sino la insurrección mundial. El mundo va a arder, ¿me oís?, porque sólo así volveremos a lo esencial, a comunidades como ésta, a solidaridad como ésta, a amor como éste, a la alegría que a pesar de todo sentimos por estar vivos.

Nadie aplaude, claro, aunque ahora sí han llegado al final. Asienten como borrachos anunciando en un bar vacío que van a dejar de beber a la mañana siguiente, asienten y callan porque aplaudir sería empezar ya a dar el salto, estar en el borde del trampolín con los talones levantados. Y Ana se acerca a Alfon, que parece ahora agotado y tiene la mirada perdida, acaricia sus cabellos húmedos, retira unos mechones que se le han quedado pegados a la

frente, le quita con cuidado las gafas y le da un beso en cada párpado.

Los detalles y las discusiones vendrán después, una vez que se vaya disipando esa sensación oscura y tibia, como de ritual antiguo, secreto. Hans se levanta a coger más cervezas, abre una botella golpeando la chapa cuyo borde ha apoyado en el canto de una mesa, Yannick pasea por la habitación, chasquea los dedos y Nicolás estira el cuello como si se imaginase haciendo las cabriolas que ya no puede ejecutar. ¿Entonces?, pregunta Elena, ¿cuál es el objetivo? Una de las monjitas rastrilla con los dedos la melena de la otra y la cara de las dos se contrae cuando los dedos se atascan en un nudo.

Alfon es un buda exhausto. El hotel, dice, casi susurra, esa mierda de hotel que han levantado en un espacio común. Y el Carrefour que están construyendo en Tirso de Molina y va a joder a otro montón de tiendas del barrio. A esto se le llama defensa propia. Y después vendrán las casas de apuestas. Y después las franquicias de ropa made in las putas cárceles chinas.

Después los gimnasios, dice Yannick y ninguno está seguro de si habla en serio.

Una de las monjitas, la más alta de las dos, deja de acariciar y peinar a la otra como si fuese su muñeca. Sacude la cabeza pero no dice nada. Hans se pone la botella contra la mejilla. ¿Y los explosivos?, pregunta.

De esa parte me encargo yo, dice Alfon.

¿Tú puedes conseguir explosivos?

Todos tenemos un pasado. Yo me ocupo, en serio. Hay gente que nos apoya.

¿Qué gente?, pregunta una de las monjitas.

Fíate de mí, Marta.

Marta es ella, yo soy Paula.

Paula, fíate de mí.

No es eso. Yo de ti me fío. Pero esto ya es la leche, estamos hablando de un delito de verdad. Años de cárcel. Yo quiero saber quién está detrás.

Grupos autónomos. No hay alguien detrás. Esto no es Spectre. Es un movimiento de células creciendo en la misma dirección.

No me vale, tío. Alguien estará coordinando. Hans asiente. Yannick entra y sale del cuarto que se le ha vuelto jaula.

Pero no deberíamos saber quién, dice Ana. Por si nos pillan.

Eso es, dice Alfon. El responsable de esta acción soy yo. Por eso no os cuento de dónde salen los explosivos ni con quién hablo.

¿Y es verdad que hay decenas de células o comandos o como los llames que van a actuar la misma noche?

Decenas es exagerado, dice Alfon, pero no estamos solos.

¿Tres? ¿Cuatro? ¿Diez?

No lo sé. No quiero saberlo. Pero somos parte de algo más grande.

Yo voto no, dice Paula.

Yannick levanta la mano y dice a mí esto no me mola nada. Yo tampoco voto, o sea, que no voto sí. Yo con Paula.

¿Y a favor?, pregunta Alfon.

Ana levanta la mano al mismo tiempo que Alfon. Después lo hace Hans. Marta se incorpora, echa el pelo para atrás. Mira a Paula. Levanta la mano. Elena no ha hecho un gesto, ni a favor ni en contra.

Entonces, dice Alfon, vamos a decidir cómo y quién. ¿Os parece?

Yannick se sienta otra vez. Sacude la cabeza. Esto no mola nada. Con lo bien que estábamos. Lanza a Nicolás una bola de trapo; el perro hace un esfuerzo por levantarse, arrastra el abdomen y las patas traseras medio metro, apoya otra vez la cabeza con un suspiro.

Mirad, dice Alfon, podemos hacerlo así.

Y Ana se frota las manos, golpea varias veces con los pies contra el suelo, tamborilea un ritmo rapidísimo sobre sus rodillas con las dos manos, más como si tocase el piano que la batería.

Ahora sí. Ahora empiezan de verdad las cosas serias.

## 27

A Yannick le cuesta abrir la boca. También levantar la vista. La venda que lleva en la muñeca está tan blanca que no parece de verdad; desentona junto a la camiseta de mangas raídas, los brazos con su sucia filigrana de cicatrices y tatuajes, la otra mano de uñas comidas que rasca por encima de la venda. A veces deja de rascar para acariciar el lomo de Nicolás, que sin abrir los ojos espanta con las orejas algún insecto soñado. Y Yannick dice: no sé, tío, no sé.

Javier no dice nada. Espera, bebe café con leche, asiente como si contestase. En el bar la camarera tiene una mariposa tatuada en el dorso de cada mano, revolotean entre copas y botellas, dirigen un leve concierto con un temblor más alegre que el de las manos de Yannick, una pavana frente a un réquiem, pero la música que suena en el bar es otra, una voz que anuncia que está feeling good aunque el peso de la voz que se arrastra sugiere algo diferente. No sé, tío.

Y Javier saca un cigarrillo, no iba a encenderlo, pero de todas maneras un dedo de la camarera oscila como un diapasón y Javier deja el cigarrillo sobre la mesa como un vaquero dejaría el revólver para indicar que no va a usarlo. Pues tienes que saberlo, Yannick, eres tú quien tiene que saberlo.

Yannick le quita una legaña al perro, la estruja entre las uñas como un piojo y el perro azota el suelo dos o tres veces. Podrían pertenecer a la misma familia, a la misma especie, Yannick y Nicolás, la diferencia no es tan grande, no más que entre un caniche y un dóberman, aunque entre Yannick y su perro el parecido es más de carácter, cierto cansancio o incapacidad para levantarse, nada más que eso.

Es que están preparando algo gordo, y era eso lo que me decías, ¿no?, que te lo contase si podía pasarle algo a ella.

Javier asiente aunque sabe que el otro no le ve. Asiente, sonrío a la

camarera sin motivo y ella sin motivo devuelve la sonrisa, como un adulto replicaría el gesto de un bebé, y viceversa.

Podrían encontrarse en un confesionario y Yannick sería el pecador que no se decide, buscando las palabras para confesar lo inconfesable. Por eso Javier espera, con paciencia; si Yannick está allí es que ya ha tomado la decisión, sólo le falta darle forma, poner los labios y la lengua en la posición adecuada, dejar escapar el aire que aún contiene como si le rodease un gas tóxico.

Vamos a poner una bomba, tío. Bueno, yo no, eh, yo estaba allí, como todos, todos los de El Agujero quiero decir. Nicolás estaba también allí, conspirando.

Qué torpe intento de broma el de Yannick, mira, parece decir, yo estoy fuera de todo eso, hasta puedo hacer chistes, fíjate lo inocente que soy.

A eso me refería, a que me dijese si se va a meter en líos, para protegerla, ¿me entiendes? Anda, acábate el café. Ana siempre se ha metido en líos, pero nada grave hasta ahora, ¿verdad?

No, tío, nada grave. Niñerías. Cosas que se hacen, porque estamos en la calle, estamos tirados por ahí, tío. Y entonces haces cosas. ¿Cómo no vamos a hacerlas? Nos tratan como a la puta escoria. Y ahora quieren echarnos para construir apartamentos para turistas.

¿Y vais, van, a volar el edificio, Ana y los otros?

¿Qué edificio? No, joder, el edificio no, ¿para qué sirve volar nuestra casa si ellos quieren echarla abajo?

Ellos, ¿quiénes son ellos?

Yo qué sé, los de siempre, los que se quedan todo. Son los mismos, están en todas partes, es la globalización. Sí, tú riéte porque yo no sé hablar y no soy más que un drogata, ¿que te crees que no lo sé?, pero es la verdad. Tendrán otras caras, pero al final son los mismos, y les importamos una mierda. Antes montaban guerras para arramblar con todo, ahora no les hace falta, eso dice Alfon.

Alfon es el amigo de Ana, ¿no?

Alfon es Alfon. Y él sí sabría explicártelo.

¿Se acuestan juntos?

Sí. No. O sea, comparten habitación pero no hacen nada, creo.

Y es Alfon el que ha decidido el atentado.

Más o menos. Alfon no decide nada. No es así. Oye, ¿me pagas otro café? Es que estoy sudando.

Estás tiritando.

Eso.

Javier hace un gesto a la camarera, que ahora lee el periódico apoyada en la barra. Cuando ha captado su atención señala la taza de Yannick.

¿Entonces?

Tendríamos que dar agua a Nicolás. Lleva todo el día sin beber.

Luego. Se lo pido a la chica cuando traiga tu café.

¿Tú no quieres nada? Bueno, que lo pregunto como si yo invitase, pero pagas tú siempre. Eres un tío legal. No hay muchos, así, con tu aspecto y que se preocupe. Te juro que les damos asco.

O sea, que Alfon no toma las decisiones.

No, las tomamos en asamblea. Los que estemos presentes. Ahí no hay quórum ni hostias. Los que están, deciden. Así de sencillo.

¿Y tú votaste a favor de poner la bomba?

No, no, qué va. Te he dicho que voté en contra. Te lo juro. Votamos dos en contra, una de las monjitas y yo.

¿Hay monjas en una casa ocupada?

No, hombre, las llamamos así, pero son dos chicas normales, hermanas o pareja o algo. Y una votó conmigo en contra, pero los demás sí que votaron a favor. Salvo Nicolás, que se abstuvo. Y Elena no me acuerdo.

Ya.

¿No me crees? (Ahora Yannick baja la voz, como si por primera vez estuviese diciendo algo que no debe llegar a oídos ajenos.) Pregúntale a Ana. Ella votó a favor, y Alfon, y no me acuerdo de quién más estaba, pero eran mayoría. Mayoría absoluta, dijeron. Como hay dios.

Así que Ana votó a favor de poner la bomba. Qué chica más loca. ¿Ves lo que te digo, que hay que protegerla?

Yo la quiero un montón. Es muy especial.

Pues vamos a ayudarla. ¿Tengo tiempo? Quiero decir, ¿cuándo han planeado poner la bomba?

Son dos bombas, una en un Carrefour de esos, no el 24 Horas, que ése está ya abierto y ya me entiendes.

No, no te entiendo.

Pues que te cargas a un montón de gente y no es eso, joder. Alfon no es así. En uno que no ha abierto todavía.

Ah. Has dicho dos bombas.

En el hotel.

Cuál.

Joder, tío.

Qué hotel.

Uno que están construyendo.

¿Cuándo?

El domingo que viene, de madrugada.

¿Eso significa la madrugada del sábado al domingo o del domingo al lunes?

Yannick abre la boca y se queda con ella abierta hasta que la llegada de la camarera parece sacarlo del trance.

Eso no lo sé. No presté atención. A mí ese rollo no me iba.

Javier espera a que la camarera se haya alejado, mira a los demás clientes, pero están en el otro extremo del bar y es improbable que hayan oído algo de la conversación. No estarían ahí tan tranquilos.

¿Y la va a poner Ana? ¿Es ella la encargada?

Una de las dos. Te digo que van a poner dos, y Ana se hace cargo de la del hotel. Qué putada, eso tendría que hacerlo otro. Es que es la única menor y aunque la pillen no le pasa nada.

Eso no es verdad. La pueden internar en un centro de menores hasta que cumpla los dieciocho, y después pasar varios años en la cárcel.

Alfon decía...

Empiezo a estar hasta los huevos de Alfon.

No te enfades. Yo digo lo que decía. No es mala gente, Alfon. Sólo un poco raro.

Venga, Yannick, acaba de contármelo. ¿Dónde va a poner la bomba Ana?

Qué más da..., no sé ni cómo te llamas, pero que digo que da igual, tú habla con ella antes. Te va a hacer caso. Vas a ver cómo a ti te hace caso. Eres su hermano mayor. Me tengo que ir. No tendrás un euro, o dos. Es que necesito comprar unas cosas. Lo que puedas, que no quiero abusar.

Javier rebusca en el bolsillo. Saca dos monedas de dos euros pero no las deposita sobre la mano extendida. Las deja encima de la mesa.

Un hotel de pijos, dice Yannick, en la plaza; de Lavapiés, digo. Y no creas que me importa, como a ellos no les importa lo que nos pasa a los que están como yo. Ana les da igual. Les importa una mierda. ¿Sabes lo que había ahí antes?

Ni idea.

Yo he ido a ver pelis ahí, al aire libre. Cada uno llevaba su silla. Era, joder, era otro mundo. La gente era una pasada. Las tías, unas tías fantásticas haciendo cosas. Unas tías que creían, no sé si me entiendes. ¿Eso es para mí?

Claro.

Otro mundo. Y ahora esa mierda de hotel. Nos aplastan, te digo yo que nos aplastan poco a poco. Vamos, Nico, nos abrimos. Oye, habla con ella.

Pero tú no le dices nada.

Ni palabra, te lo juro. Estaré por aquí estos días, en la oficina y eso, creo.

Esta vez Javier no se vuelve para ver cómo camina calle abajo, sus andares de vampiro, su ansia en cada movimiento, en cada gesto. No quiere verlo porque no quiere saber ya nada de él. Todo el barrio se le ha vuelto odioso.

## 28

Nadie recuerda un pelirrojo en la familia; no lo son los padres ni su hermano, no lo eran los abuelos, y los bisabuelos, de los que sólo quedan fotos de cuando ya eran canosos, murieron demasiado jóvenes como para poder preguntarles. En las familias de Aitor e Isabel no hay una tradición de longevidad: distintas enfermedades del corazón y variedades de cáncer sobre todo del aparato reproductivo suelen terminar con sus miembros no mucho después de los sesenta. A eso hay que añadir una fértil rama de suicidas en la de Aitor (una tía abuela, el abuelo, la madre, respectivamente por ahorcamiento, inhalación de gas y tranquilizantes combinados con alcohol).

El pelo de Ana no es de un color muy encendido, pero cualquiera al que preguntasen de qué color lo tiene, después de dudar un momento si es castaño o rubio, y tras sorprenderse de que tenga tan pocas pecas, de todas formas acabaría afirmando que pelirrojo, aunque inclinando lateralmente la cabeza, como quien mira un cuadro que no acaba de entender del todo. En casa de Ana se gastaban bromas sobre un cambio de bebés en el hospital, del que no se dieron cuenta porque nació casi calva y la poca pelusa que tenía sobre el cráneo era negra; sobre una infidelidad de Isabel durante un viaje que hizo a Irlanda poco antes de quedarse embarazada, aunque si echaban las cuentas, el embarazo habría durado once meses; sobre una alteración genética que era también la causante de ese mal carácter que nadie más tenía en la familia. Pelirroja. Distinta entonces. Distinta en casa y en el jardín de infancia y en el instituto, en el que sólo los más cercanos conocían su nombre: pelirroja, roja, caldero, chichirrojo, era como la llamaban, dependiendo de las ganas de hacer daño. Quizá por eso comprendió tan pronto que el colegio es ese lugar donde se recorta todo lo que sobresale, y no, no son sólo los profesores, también tus compañeros se entregan con dedicación y crueldad a proteger la norma:

larguirucho, gordo, vaca, ojoschungos, maricon. El colegio como invernadero para bonsáis. La convivencia como proceso de poda.

Ana apenas guarda buenos recuerdos del instituto. Ni siquiera las borracheras eran memorias agradables de transgresión y exceso, porque en cuanto empezabas a tambalearte ya tenías a un compañero encima intentando meterte la mano en las bragas.

Qué asco, le dijo a Alfon cuando le preguntó por el instituto.

Nunca habían hablado de ello pero a Alfon se le ocurrió empezar a interrogarla en medio de la sección de ultracongelados del supermercado en el que hacían la compra cuando conseguían algo de dinero, Yannick mediante sus limosnas, las monjitas con una contribución de sus becas, el alemán muy de vez en cuando, ella arañando sus ahorros y Alfon cuando aparecía con unos cuantos billetes cuya procedencia le costaba revelar: si le insistían mucho decía que era una aportación de compañeros de lucha. Como las herramientas, la pintura, la sustitución pocos días atrás de una ventana, sus apariciones repentinas con pastillas o una caja de vino.

Yo tengo un buen recuerdo del colegio, dijo Alfon. Lo atravesé subido a una nube de marihuana. ¿Prefieres bacalao o pescadilla?

La misma mierda.

Lo bueno de Alfon era que nunca la criticaba por su mal humor, como su padre, por su falta de alegría, como su madre, por no responder si no le daba la gana, como Luis. La tomaba como era o al menos se esforzaba en hacerlo. Alfon estudió las etiquetas de los dos paquetes que tenía en la mano.

Desechos prensados, ¿no?

Coge el bacalao. Creo que tiene menos gusanos.

¿Y no tienes ningún buen recuerdo del colegio? Hay que comprar macarrones. Ven, la pasta está por ahí. Empuja tú ahora el carrito.

Ni uno, tío. Bueno sí, cuando el profesor de educación física quiso enseñarnos a saltar en el potro, se le dobló una muñeca al apoyar las manos, cayó de cabeza y se fracturó el cuello. Aquello estuvo bien.

Venga, no te hagas la dura. Un profesor, una profesora que te tratase como a una persona, que creyese en ti, que te diese ganas de aprender.

Eso es como cuando te dicen, venga, no todo sería triste en tu infancia, habría buenos momentos. Sí, vale, había buenos momentos, pero lo que te jode la vida es el sistema. La familia, la escuela, el trabajo. Mira, esta caja de

galletas para la noche.

No nos va a llegar el dinero.

Ni yo he dicho nada de pagarla.

Ana se acercó a Alfon para darle un beso en la mejilla y usó su cuerpo como parapeto. En dos segundos la caja de galletas estaba bajo el chubasquero de Ana.

Sí hubo una época.

Yo voy a pillar una botella de vino.

La última vez se te cayó al suelo en la caja.

Qué hija puta, me lo vas a recordar toda la vida. Una época ¿de qué?

En la que fui feliz, de niña.

¿Me lo cuentas cuando lleguemos a casa?

La cajera no los mira ni con más simpatía ni con más animadversión que a otros clientes. Pasa por el escáner los códigos de barras, empuja los productos para que se deslicen hacia el final del mostrador. ¿Tienen tarjeta de fidelidad? Soy infiel por naturaleza, dice Alfon, y ella recibe la broma con indiferencia, toca una tecla y sale el ticket. Veintidós cincuenta, dice, mientras se acaricia el dorso de la mano izquierda. Tiene un aire cansado, de enfermera que ha visto ya demasiado como para conmoverse. De no haberse encontrado en un supermercado sino en la tienda de esa mujer, Ana habría devuelto la caja de galletas y el vino. Si roba es, entre otras razones, porque hay empleadas así: explotadas, sin futuro, sin posibilidad de sentir placer alguno durante el trabajo, inermes, prematuramente envejecidas y las que llevan poco tiempo en la caja y no lo están aún lo estarán si se quedan; nada que obtener ahí salvo un salario miserable que luego muchas se gastarían en el mismo supermercado, no tienen tiempo para hacer la compra en otro sitio (porque los niños, porque la casa, porque el médico, porque la cena), como los obreros del XIX que recibían parte de la paga en bonos para el economato de la industria en la que trabajaban (eso lo aprendió en el instituto cuando pasaron casi de puntillas por el marxismo y el anarquismo); pero hoy no obligan a nadie, hoy eres libre de elegir, te dicen, es sólo que acabas optando por lo más conveniente, también porque las otras tiendas que van abriendo en el barrio (verduras ecológicas, café gourmet, ropa vintage, enoteca, panadería artesanal) ni las miran, para qué se van a poner de mal humor al ver los precios. A Ana le gustaría mostrarle con algún gesto que está de su lado, que deberían compartir la

misma causa, hacer juntas pintadas de protesta, tú sujeta el cubo de pintura y yo la brocha, enlazarse por los codos para impedir un desahucio o un lanzamiento, apedrear el escaparate de una coctelería, ponerse de acuerdo para sacar por su caja todos los productos robados que les cupiesen en las bolsas. Pero sabe que eso nunca va a ser así, y que si esa mujer se diese cuenta de que Alfon y ella llevan una botella y una caja de galletas que no han pagado ocultas bajo la ropa, llamaría inmediatamente al encargado y los miraría con desprecio y cierta satisfacción cuando los detuvieran.

Si pienso en mi padre me acuerdo de un gorila, dice Ana, cuando al detenerse a mitad de la cuesta para que Alfon recupere el resuello, aprovechando la escuálida sombra de un toldo a medio desplegar. No de un gorila cualquiera sino de uno que vi en un zoológico cuando era niña. No me gustaban los zoológicos, al contrario que a los demás niños de mi clase. Lloraba delante de los terrarios con serpientes, lloraba frente a los hipopótamos y los leones, no podía parar de llorar viendo nadar a los pingüinos. Sería bonito pensar que era una niña muy sensible y me dolía el encierro de los animales, pero si soy sincera no sé por qué se me saltaban las lágrimas y a veces pienso que no sufría por ellos sino por mí, aunque en aquel momento tampoco encontraba razones para sentir que mi familia fuese algún tipo de carga o de prisión. Eso empezó con catorce, cuando me escapé, cuando me conociste en la playa.

Si pienso en zoológicos tengo que acordarme de aquel gorila. Estaba solo, o eso me pareció, en una especie de bosque tropical detrás de un vidrio: palmeras, arbustos de hojas enormes, lianas y troncos retorcidos, también un árbol bajo cuyas ramas descendían raíces como barbas desgreñadas. El gorila estaba sentado en una esquina pegado al cristal y se masturbaba -no recuerdo qué edad tenía yo, pero ya sabía lo que era masturbarse-, con una expresión que no reflejaba ningún placer, más bien melancolía. Y me miraba, allí acurrucado, con el pene en la mano, la cabeza ligeramente recostada contra el vidrio, no como uno imaginaría a un exhibicionista, sin la pretensión de asustarme, más bien triste, como si en realidad no se diese cuenta de lo que estaba haciendo con la mano derecha y, también, como si no me viese a mí, o como si me viese pero me mirara como podría mirar una piedra o un animal muerto hace mucho. Si digo que me recordaba a mi padre no es porque le haya visto hacer nada parecido, de hecho, ni siquiera recuerdo haberlo visto

desnudo, sino por esa mirada de melancolía y porque el gorila y mi padre están detrás de un vidrio. La vida pasa por delante de ellos, buena o mala, pero sólo les llegan imágenes y sonidos amortiguados, no ven del todo, no sienten del todo. A veces pienso que me habría gustado poder grabar al gorila aquel y luego, todas esas ocasiones que me he peleado con mi padre, casi siempre por los mismos motivos, le podría haber enseñado el vídeo y haberle dicho: ¿ves?, eso es precisamente en lo que no quiero convertirme. Pero seguro que de todas formas no me habría entendido.

Los hombres no han bajado de los árboles.

¿Cómo?

Que los hombres, y me refiero a los varones, aún no han bajado de los árboles. Les da miedo tocar el suelo.

Alfon, ¿qué tiene que ver eso con lo que te estoy contando?

No sé, es lo que se me ha ocurrido.

Vete a la mierda, tío.

Oye, no te pongas así.

Que te vayas a la mierda.

Vale.

Alfon resopla, que es su manera de protestar; echan a caminar otra vez cuesta arriba; las bolsas de plástico se van alargando con el peso de la compra, podrían romperse y entonces la botella se haría añicos.

Sólo hablas de tu padre, dice Alfon, poniendo una mano debajo de la bolsa para prevenir la catástrofe.

No hablo casi nunca de él.

Quiero decir, que cuando hablas de tu familia es como si fueses huérfana de madre.

Ya. Mi madre tiene un negocio de bolsos, mochilas, maletas; las fabrican a partir de materiales reciclados, se cree que eso es bueno para el medio ambiente. Salvar el mundo fabricando bolsos. Ésa es mi madre.

Reciclar es hacer el juego al sistema, dice Alfon. Los papeles hay que tirarlos al suelo, meter el plástico en el cubo de basura, estrellar las botellas contra la pared en la calle. El reciclado sólo sirve para dar buena conciencia en un sistema de pillaje de la naturaleza. Y eso que a mí me la suda la naturaleza, pero sí me jode un sistema de explotación y avaricia.

Lo ha dicho de un tirón y ahora jadea y suda y le cuesta decir la siguiente frase, aunque por su gesto concentrado está claro que le queda mucho por decir.

Respira, que te va a dar algo.

Me va a dar algo de todas maneras. Y tampoco hay que recoger la mierda de los perros. Lo que hay que hacer es tomar ejemplo de Yannick que pone el perro a cagar delante de los portales de pisos turísticos. Los pequeñoburgueses no soportan el desorden, les da miedo porque el desorden abre una rendija por la que podría empezar a quebrarse su pequeño mundo con sus pequeños privilegios y sus pequeñas aspiraciones. No hay que manifestarse contra los turistas. Hay que ensuciar las calles, mear en ellas antes de entrar en casa.

Ana se ríe de él porque no le gusta el papel de alumna modélica que le impone Alfon, pero mientras finge despreocupación escucha, aprende, es verdad, aprende, porque ella no ha tenido tiempo de pensar tantas cosas.

El deseo a gran escala es lo que construye la Historia, ¿sabes quién dijo eso?, pregunta Alfon.

¿Marx?

No, un novelista norteamericano. Pero tienes razón, debería haberlo dicho Marx. Oye, me ibas a contar esa época feliz.

Ana no responde. Señala una pintada junto a una tienda de bicicletas.

Bicipijos vais a morir Eskorbuto.

Qué pintada más rara.

Era un grupo de punk.

Ya lo sé, pero sigue siendo rara. Ésos eran los que te gustaban a ti tanto.

¿A ti no? Piensa que una respuesta equivocada puede destruir nuestra amistad.

A mí ese rollo del mundo es una mierda, pero en lugar de rebelarme me destruyo yo solo...

Es puro nihilismo.

Por eso.

Si ni siquiera sabes lo que es el nihilismo.

Yo creía que lo de la k empezó cuando los móviles.

KuKluxKlan.

Vete a tomar por culo.

¿Con c o con k?

Gilipollas. Ese tío...

¿Cuál?

El que está ahí junto a la moto. No mires.

Si no miro no sé de quién me hablas.

Yo creo que ya lo he visto.

Está de espaldas.

Pero de todas formas me suena. O me suena la moto.

Lo mismo es un poli. Se supone que tenemos el juicio en diez días. Da igual, no vamos a ir.

Abren la puerta controlando que nadie se acerca. Entran en El Agujero con el alivio de quien consigue llegar a un refugio antes de que se desate la tormenta. Por el ventanuco apenas se filtra luz; la penumbra resulta acogedora, da a la casa una atmósfera de tardes lentas y languidez, de leer junto al ventanuco o de contarse historias. Dejan las compras y los productos robados en el suelo. A ninguno de los dos le apetece preparar comida.

¿Hay alguien?, pregunta Alfon en voz alta al oír un ruido al fondo del apartamento.

Nadie contesta. Unos segundos más tarde oyen el raspar de las patas en el suelo antes de que aparezca Nicolás y se acerque a frotar la cabeza contra la pierna de Ana como lo haría un gato.

Voy a comprobar, dice Alfon.

No seas paranoico.

Cuando regresa, Alfon tiene un trozo de papel en la mano.

Elena se ha ido. Ha dejado El Agujero.

¿Y Yannick?

Estará consolándose.

Muy mal andará si ha dejado aquí a Nicolás.

Se sientan en el borde de la encimera. Lo que era languidez es ahora desánimo. Ese goteo de deserciones. La gente no resiste el estrés de la supervivencia, la necesidad de construir todo desde cero: las comunidades, las habitaciones, los afectos, asediados por el fuego enemigo. Alfon se lo dijo a Ana el primer día que llegó a El Agujero: la mayoría sólo aguanta uno o dos

meses la primera vez, algunos se rinden, otros van pasando de una casa okupada a otra, quedándose un poco más de tiempo en la siguiente y un poco más en la de después. Es como vivir en la naturaleza, lleva tiempo adaptarse, endurecerse. Tendríamos que mudarnos nosotros también, le había dicho Ana, a una casa más grande, con más gente, con más energía, con más intercambio, ¿no? Esto es muy pequeño.

Después, responde Alfon, eso lo haremos después.

¿Después de qué?

Lo vas a saber dentro de poco.

Ahora Ana ya lo sabe. Y sospecha que Elena no va a ser la única en marcharse.

## 29

Isabel solía decir, cuando aún decía esas cosas, que se había enamorado de Aitor por su voz, y él, lejos de entenderlo como un cumplido, creía descubrir una ofensa en el elogio, porque convertía en central algo accesorio y que, al contrario que la valentía o la firmeza o la lealtad, no era un rasgo de carácter ni un mérito adquirido, nada de lo que pudiera estar orgulloso, como no es posible, sin ser un imbécil, enorgullecerse de ser alto o de tener los ojos azules. Una voz sugerente o seductora era un detalle insignificante, y que fuese esa minucia la que la había enamorado le parecía una provocación gratuita. Y sin embargo es probable que tuviese que agradecer su primer empleo de verdad precisamente a esa voz que a él, cuando se oía en una grabación, le resultaba poco expresiva.

Isabel y Aitor habían estudiado juntos periodismo en la Complutense. No fue un amor a primera vista y Aitor en sus momentos bajos llegó a preguntarse si había sido siquiera amor, pero era consciente de que sus recuerdos habían ido deslustrándose y de que se es siempre injusto con aquel a quien hemos dejado de amar, porque ha ido reemplazando a la persona que conocimos, ya no somos capaces de entrever a quien nos deslumbró o nos atrajo, oscurecido por el paso del tiempo y las rencillas. Pero es cierto que ni siquiera entonces, veinte años atrás, Aitor había encontrado particularmente guapa a Isabel. Tenía el pelo demasiado lacio y la nariz demasiado corta, pero sobre todo sus piernas eran más gruesas de lo que correspondía a su tronco delgado; al mirarla caminar tenía la impresión de descubrir en ella una minusvalía tan leve que no podías decir en qué consistía con exactitud. Años de sesiones casi clandestinas de Pilates y de estiramientos consiguieron dar a sus piernas un aspecto más estilizado, aunque nunca llegaron a ser su parte más atractiva.

Aitor coincidía con ella en los pasillos, en la cafetería de la facultad, en

fiestas y salidas con otros compañeros. Conversaron algunas veces, pero ella, muy pronto durante la carrera, quizá ya a finales del primer año, inició una relación con el profesor de *Ética y deontología profesional* y, ocupada con esa aventura, no era de las que tonteaban o experimentaban con sus compañeros y mucho menos una que buscara pareja estable. Más bien daba la impresión de sentirse un poco por encima de todos ellos y se comportaba como una alumna de último año en el colegio a la que una profesora pide que se haga cargo de un curso inferior. Era amistosa con todos, les escuchaba con gesto serio pero sin mucha atención, se dejaba invitar a una cerveza o a dar un paseo, pero luego miraba el reloj y se marchaba, casi siempre antes que los demás, como si alguien la estuviese esperando. Y era cierto que a menudo la esperaba el profesor para pasar con ella un par de horas en su apartamento o en el despacho, aunque Isabel contaría a Aitor años después que en el despacho, separado por un tabique corredizo del que pertenecía al catedrático de *Investigación y Documentación Periodística*, tenían que ser tan silenciosos que, pasada la excitación de las primeras veces, casi nunca conseguían llegar hasta el final y se conformaban con unos cuantos besos y caricias íntimas que a ella la dejaban siempre insatisfecha y con la sensación de estar haciendo algo un poco patético. Isabel se preguntaba cómo alguien cercano a los cincuenta, con mujer, hijos, respetado en su campo, podía rebajarse a toquetear a escondidas a una chica en un sofá o en el suelo, como un adolescente temeroso de que su padre o su madre entre de pronto en el dormitorio y le descubra con la mano dentro de las bragas de una amiga.

Isabel y Aitor no empezaron a estar juntos hasta bien avanzado cuarto de carrera, cuando Isabel había dejado de ver al profesor, no sólo por el aburrimiento y porque poco a poco ese hombre al que admiraba y que la hacía sentir adulta y atrevida a la vez, se había ido revelando como una persona timorata, mentirosa (no sólo mentía a su mujer, también a Isabel para justificar que no se pudiesen ver, inventando visitas de familiares o compromisos de trabajo), y porque Isabel empezó a recibir llamadas nocturnas durante las que su interlocutor no decía una palabra, y ella sospechaba que era la mujer del profesor intentando intimidarla; no es que le hiciesen sentir miedo esos silencios supuestamente amenazantes, pero las llamadas la volvieron consciente de que en su historia con el profesor había una tercera persona que sufría, esa que callaba al otro lado del teléfono y tenía que soportar los

engaños, las excusas torpes de su marido. Además, le dijo a Aitor, yo para entonces no lo disfrutaba; seguía con él por pura inercia, justo lo que había intentado evitar con aquella aventura. A él esa afirmación le hizo sentir que estaba con la mujer adecuada, porque Aitor todavía alimentaba la fantasía de que su vida no iba a consistir en atisbar desde la ventana las existencias apasionantes de los demás. Él, con Isabel, iba a recorrer las calles de madrugada en vez de observarlas desde lo alto.

Terminaron al mismo tiempo la carrera, ninguno de los dos con calificaciones deslumbrantes pero tampoco suspendieron ni una sola asignatura; su espacio natural lo delimitaban el bien y el notable, con algún rarísimo sobresaliente. Comenzaron juntos a buscar trabajo y fue Isabel quien le convenció para que se presentase a una plaza de becario en la cadena de radio en la que no podía ni imaginar que acabaría trabajando durante los siguientes veinte años.

La radio, no sé, yo preferiría la prensa escrita, se defendió. Y fue entonces cuando ella le dijo que se había enamorado de él por su voz. Una voz sedosa y profunda, decía ella, y se lo dijo no sólo a él sino que lo soltó en uno de sus encuentros con compañeros, para entonces ex compañeros, sentados en los sofás de terciopelo ajado en un pub de Moncloa, adonde iban porque les hacía gracia el ambiente de parejas de cierta edad que dejaban acompañar sus amores sosegados y tardíos por un pianista con smoking y larga cabellera rizada y negra que parecía salido de un programa musical de los inicios de la televisión nacional. Sedosa y profunda, se rió Mili, tras cuyo diminutivo se ocultaba el nombre algo pueblerino de Milagros), que repetía quinto pero había decidido no separarse de sus compañeros de toda la carrera hasta la fecha, una chica rubia, muy delgada, de pelo largo y lacio, con un aire a una modelo famosa en los años sesenta, a la que imitaba quizá de manera inconsciente llevando minifaldas pasadas de moda, blusas caladas y zapatos de plataforma. Sedosa y profunda, repitió alguien poniendo voz de galán de telenovela y enseguida un idiota, pareja reciente de Mili, el único que no había hecho periodismo y cuya carrera consistía en haber suspendido primero de físicas, primero de ingeniería agrícola y primero de telecomunicaciones (Aitor no recordaba si por ese orden), dijo: Garganta profunda, y todos se rieron, Aitor de mala gana para no parecer ofendido, y no consiguió quitarse de encima el mote con el que se dirigirían a él sus amigos durante los meses

siguientes hasta la tarde en la que, en ese mismo pub pero antes de sentarse en su sofá y sus sillones favoritos, aquel aspirante a tantas cosas le saludó con un aquí llega Garganta profunda y con un movimiento obsceno de la pelvis. Fue la única vez en la que Aitor participó de adulto en una pelea. Cuando oyó a aquel idiota repetir su mote con voz insinuante y oscilar sinuoso de las caderas, o, para ser exactos, cuando se dio cuenta de que Isabel lo estaba observando mientras lo insultaban, lanzó un puñetazo con el que no alcanzó la cara de su adversario porque el otro vio venir el golpe, no con suficiente tiempo para esquivarlo, pero sí para empezar a desplazar la cabeza hacia un lado, de forma que el puñetazo de Aitor se estrelló contra el cráneo, por encima de una oreja. Aitor no sintió el dolor en el puño y hasta horas después ni siquiera descubrió que se había roto el meñique; tampoco sintió dolor mientras forcejeaban y se daban puñetazos en el vientre y los costados, casi abrazados uno a otro, como dos púgiles que temen separarse y recibir un golpe más peligroso. Medieron entre todos (Aitor agradeció a Isabel que fuese la única que no intervino), hubo insultos, amenazas, chulerías que, pasada la primera excitación, sonaban ridículas. Aitor recogió la bolsa que acababa de dejar en el sofá, consultó a Isabel con la mirada, ella tomó su abrigo del respaldo y salieron juntos del pub. Fue la última vez que le llamaron Garganta profunda, no por miedo, sino porque se daban cuenta de lo mucho que le hería.

En la emisora, donde lo aceptaron durante tres meses como becario ayudante de producción de un programa deportivo no pasó desapercibida aquella voz tan apropiada para la radio. No es que tuviese muchas oportunidades de hablar durante su trabajo, que consistía en sacar fotocopias, recibir a los invitados, llevarlos a la sala de espera y después al programa, ocuparse de que hubiese agua en sus mesas, entregar el guión a los presentadores, buscar cortes musicales y encontrar grabaciones en los archivos, poco más, o al menos pocas cosas más interesantes que esas tareas que podrían haber sido realizadas por cualquiera, sin necesidad alguna de haber estudiado periodismo, más bien, de haber estudiado.

Aitor leía tres periódicos cada mañana en la cafetería a la que iba a desayunar un café con porras o un croissant, imaginaba su nombre presidiendo alguna de las crónicas que leía, fantaseaba con realizar periodismo de investigación, por ejemplo rastrear la fortuna de los Franco, de dónde provenía cada una de sus propiedades, quién les había regalado tal o cual obra

de arte, buscar el dinero que sin duda tendrían en cuentas suizas, entender qué sociedades habían usado, qué hombres de paja, con qué complicidades contaron de banqueros, funcionarios y políticos. O imaginaba introducirse en los archivos de La Paz y seguir el rastro de las operaciones e intervenciones del yerno de Franco, aquel aristócrata que decidió ser el primer médico español que realizara un trasplante de corazón, que acabó con la muerte del paciente. Aitor quería eso, desvelar lo oculto, derrumbar las sonrisas con las que seguían posando en el *Hola* los herederos de la dictadura.

Pero te están dando una oportunidad, ¿no?, le dijo Isabel. Ahora mismo no tienes otra cosa. Cuando la tengas, entonces eliges lo que más te convenga.

Pero no es el camino que quiero. La radio, qué coñazo.

Caminos hay a montones. Puedes empezar ahí y luego irte a otro lado. ¿No? ¿O prefieres seguir consultando los anuncios cada mañana mientras desayunas? Los caminos no están vallados.

Aitor no tenía ninguna objeción sólida aunque sospechaba que iba a cometer un error. Si no eres consecuente desde el principio luego te sucede como cuando te deslizas por un terraplén: cuanto más avanzas más difícil es frenar o cambiar de dirección. Pero no supo cómo rechazar la oferta. Tampoco cuando el presentador del programa deportivo le propuso que hiciese una prueba ante un micrófono.

Cuenta una historia.

¿Una historia?

Sí, la que sea. Ponte los cascos para oírte. Así te haces una idea del volumen, de cómo se te oye. Venga, tenemos media hora antes del programa. Y no me hables a mí, piensa en una familia reunida alrededor de la mesa, una pareja tumbada en la cama, dos adolescentes que estaban estudiando y se interrumpen para oír lo que tienes que contar.

Pero se le trababa la lengua, cuando iba a mitad de una frase no recordaba cómo la había comenzado, no encontraba la palabra necesaria. Pasaron unos minutos antes de que se olvidase de que la luz roja estaba apagada y entonces, más que hablar para personas concretas, tuvo la sensación de estar recordando en voz alta, de poner voz a su propia historia como si fuese un suceso ocurrido a otro del que quisiera dejar un registro sonoro, y así comenzó a radiar para nadie el accidente del tren que los llevaba a su madre y a él a visitar a su abuela. No hubo muertos, sí algunas contusiones, pero uno de los vagones

descarriló y tuvieron que pasar horas, a cuarenta grados, aguardando a que llegasen los autobuses que debían llevarlos a su destino. Más que el frenazo, el chirrido de las ruedas sobre los raíles, el balanceo del tren, la pérdida breve de la horizontalidad del suelo, el miedo a volcar; más que el accidente en sí, le impresionó que, mientras aguardaban, una mujer que estaba de pie en el pasillo frente a él, lo mirase como asustada, pusiese los ojos en blanco, abriese la boca como para decir algo y se desplomase a cámara lenta. En esa imagen se centró durante el relato, la mujer cayendo muy despacio con los ojos en blanco, y pensó con orgullo que eso era hacer periodismo: encontrar la imagen alrededor de la cual gira todo el relato.

El presentador le dejó hablar mientras hojeaba el guión del programa siguiente. Cuando Aitor acabó y le miró algo perplejo por haberse atrevido a hablar tanto y, sobre todo, por haberlo disfrutado, le recomendó que tomase un curso de dicción y otro de respiración.

Conozco a una profesora de canto que te puede ayudar.

¿De canto?

Para que aprendas a usar el diafragma. Tienes una voz cojonuda pero no sabes respirar. Y la próxima vez imagínate de verdad que te está escuchando alguien, a veces tienes el tono de un zombi. Seduce, joder, tienes que seducir.

Una de las primeras decepciones de Aitor en su relación con Isabel fue cuando ella prefirió alquilar un piso nuevo en Móstoles, en un enorme edificio de ladrillo, idéntico a los diecinueve que le rodeaban, con terrazas estrechas, parquet sintético, ventanas de aluminio, delgados tabiques que permitían oír la televisión de los vecinos, sus discusiones, incluso conversaciones a un volumen no muy elevado. A pesar de todos esos defectos, y, sobre todo, de que la firma del contrato de alquiler incluía en letra pequeña la obligación de ir cada día a trabajar en autobús y metro, en sincronía perfecta con decenas de miles de personas, a las mismas horas y en los mismos atascos, eligió todo eso en lugar de una exigua buhardilla en Lavapiés, cuando el barrio aún estaba habitado por obreros, inmigrantes marroquíes, gitanos que vendían al por mayor productos para mercadillos, y estudiantes sin dinero, una buhardilla incómoda, fría en invierno y caliente en verano, bajo un tejado sin aislante, y en la que habría sido necesario pintar de arriba a abajo y hacer una limpieza a fondo y con desinfectante de los pocos muebles de cocina, cuya parte superior estaría cubierta de una gruesa capa de grasa dejada por varias generaciones de

inquilinos, una buhardilla parecida a tantas otras en ese barrio pero que al mismo tiempo sería símbolo de una vida individual, propia, de una vida por diseñar y decidir, de una negación a aceptar el bienestar y las comodidades de una familia de clase media. Pero junto a la decepción Aitor también sintió alivio, como si el piso de Móstoles fuese el final de una búsqueda desesperada y del estrés que suponía decidir cada paso y considerar la vida una sucesión de acontecimientos inesperados. Móstoles significaba haber tomado ya las decisiones, ser quien era, no quien soñaba ser, despojarse de las expectativas exageradas como quien se quita un abrigo empapado, que ha dejado de proteger del frío para convertirse en estorbo y lastre. Así que aceptó la propuesta de Isabel, que iba acompañada de mil justificaciones prácticas y por supuesto de la indicación de que con lo que ahorraban podían permitirse salir al cine o de juerga por las noches y regresar en taxi, que Móstoles no era una renuncia a su vida de solteros, jóvenes, despreocupados. Pero la verdad es que no ahorraban nada, porque si mirabas los números descubrirías que la buhardilla y el piso costaban más o menos lo mismo -sí, ahorraban en relación al número de metros cuadrados, casi el doble en Móstoles, pero no en el coste mensual del alquiler-, y además tenían que añadir el precio del transporte. Aitor se daba cuenta pero de todas formas le pareció razonable, aunque sospechaba que no era cierto lo de que saldrían por las noches con la misma frecuencia que antes; aun así, le seducía la idea de pasar el final de la tarde y la noche con ella, quizá sentados en el sofá, debajo de una manta, masajéandose los pies o acariciándose, lo que podría llevar a hacer el amor con más regularidad de la que lo hacían en su situación de entonces, cada uno viviendo en un sitio, él con la madre y ella compartiendo habitación con una chica de último año de carrera; imaginaba tardes tiernas, apacibles, relajadas, disfrutando su vida en común, sin ajetreos y sin esa tensión que Aitor sentía estando con más gente, incluso aunque fuesen amigos, porque nunca había sabido acostumbrarse a los grupos y pasaba el tiempo intentando intervenir en las conversaciones, pero o no se le ocurría nada bastante inteligente o gracioso o se le ocurría cuando ya no venía a cuento, y más de una vez había tenido que irse pronto a casa porque le dolía el estómago o se sentía mal de una manera poco específica que incluía algo parecido a la angustia, con la sensación de que tenía que sentarse para no caer como la señora del tren, a cámara lenta en medio del corro de sus amigos, con el vaso de cuba libre todavía en la mano -y se imaginaba que el vaso caía al principio

aún más despacio, flotaba derramando el líquido antes de acelerar y estrellarse contra el suelo al mismo tiempo que su cabeza-, o sea que sí, mudarse a Móstoles era sin duda la mejor decisión por muchas razones. Y eso que Isabel todavía no había dicho a Aitor que estaba embarazada.

## 30

Antes de salir de El Agujero Ana mira por la ventana. Hace poco un grupo de serbobosnios ha reventado el CSO que está una calle más abajo, quizá el más activo del barrio, con grupos de autoayuda para mujeres maltratadas (que incluyen defensa personal: hablar está bien, pero repartir hostias ni te cuento). No dejaban volver a entrar a quien salía, así que ni podían conseguir provisiones para los que se habían quedado dentro. Cuatro hombres hinchados a base de pesas y esteroides, calzados con botas de caña alta y suela pesada, pero sus patadas no pretendían derrumbar nada, sino proteger la casa del amo. Perros tatuados vigilando las idas y venidas, enseñando los dientes amarillos de nicotina. Uno había dado un bofetón a un adolescente que de todas formas intentó entrar. Si denunciaba, seguro que los cuatro jurarían que los agredió.

Pero no hay serbobosnios ni kosovares a la vista, ni otros matones a sueldo de los propietarios. Sólo el grupo de hombres que bebían latas de cerveza todos los días en un banco junto a los contenedores de vidrio y plástico. La voz ronca, orgullo de clase y de estar jodidos, como si su miseria fuese una elección; siempre con algún perro al que no hacen caso salvo cuando empieza a comerse excrementos de otro perro, a veces un par de mujeres, tan duras que te hacen pensar en alguna máquina que no conoces, una piel dos milímetros más gruesa que la de una persona normal. Normal es una palabra que Ana rechaza, así que digámoslo de otra manera; mujeres que te puedes imaginar no ya abofeteando a su hijo, eso es fácil, sino abofeteando a su padre. Ellos tienen el tono de quien dice éste es mi barrio y si hablo a voces es porque quiero, qué pasa, y ten mucho cuidado conmigo, aunque en realidad saben que no hay resistencia posible, sólo esperan el empujón definitivo. Gente que sale a la calle pero no para conquistarla, más bien huyen de sus cuartos oscuros, del aspecto consumido de padres con andador, enfisema y

braguero para la hernia.

Ana pasa junto a ellos y es consciente del breve silencio, del giro de las miradas, de esa lata de cerveza que se detiene unos segundos antes de tocar los labios. Baja hasta Lavapiés, salta el torniquete de entrada al metro con una gracia tan natural que hace pensar en animales brincando en la sabana, a quién no le gustaría saltar con esa expresión de inocencia, con esa complicidad con el propio cuerpo. Sube al vagón y enseguida se siente rodeada de una muchedumbre de personas solas. Busca un rincón para sentarse en el suelo. Escucha por los auriculares a Patti Smith, de la que no había oído hablar hasta unas semanas antes y ahora no se cansa de su música. *Pissing in a River*. A Ana le gustaría tener una voz tan ronca como la de Patti, ella, que conserva aún el timbre de la niña que era hasta hace poco.

A esas horas el metro avanza despacio, con larguísimas paradas en las estaciones para que puedan bajar y subir todos esos rostros ausentes. Los recién llegados miran al suelo cuando llegan junto a ella, se esfuerzan en no pisarla aunque seguro que alguno se molesta por todo el sitio que ocupa. A pesar de lo lleno que va el vagón, un yonqui lo recorre entonando un soniquete en el que habla de tres hijos y una mujer enferma y ofrece mecheros de plástico a un euro, o la voluntad, lo que buenamente puedan. ¿Cuándo se convirtió Madrid en esa ciudad depresiva, en un purgatorio para almas sin brillo?

Algo se alegra en ella cuando llega al barrio donde vive su padre y donde antes vivió toda la familia. No sabe si es una reminiscencia o sencillamente que hace sol y las calles son anchas, se balancean las copas de los árboles, los dueños conversan con sus perros, que los miran como si los entendiesen, y jóvenes corren, a ningún sitio, es cierto, pero felices por la serotonina, el cuerpo una máquina engrasada y poderosa.

Nada más entrar en el edificio un portero le pregunta adónde va. No habrá cumplido los treinta y se dobla hacia delante al dirigirse a ella como para amagar una reverencia. A casa de Aitor Sánchez, y él asiente sin recelo, lo que extraña a Ana, que, de tener un empleo como el de ese chico, nunca se habría dejado a sí misma entrar sin más averiguaciones. Le sonrío y le da las gracias, y él parece alegrarse, asiente varias veces, es en el séptimo, séptimo D, aclara, como esperando continuar la conversación. Ana entra en el ascensor consciente de que el joven no se mueve, probablemente mira su espalda o su

culo o todo a la vez. El ascensor es un sarcófago. Tres personas máximo, dice una pegatina, que también dice me follo a tu madre. Aunque el trayecto es breve, nada más cerrarse la puerta se siente agobiada por la estrechez, y el malestar le recuerda al que sentía de niña, cuando contaba del uno al cincuenta para distraer su ansiedad.

Toca al timbre. Su padre estará en la radio y Luis ya debe de encontrarse haciendo su cursillo acelerado de caballo de Troya en el vientre del imperio. La cerradura es la misma, no esperaba otra cosa. Aunque encima de la puerta una placa indica que el apartamento está protegido por un sistema de alarma, ella sabe que lo desactivaron al poco tiempo de instalarlo, cansados de las falsas alarmas que les hacían levantarse en medio de la noche para comprobar que una cortina se movía o que el sistema se activaba por el cambio de luz en el salón (un reflejo, una nube que cubría la luna, el reverbero de uno de los láseres que se pusieron de moda para convertir la ciudad en el escenario de un espectáculo permanente).

Ana recorre el pasillo y enseguida nota un olor familiar en el que sin embargo nunca se había fijado. Es ahora, al regresar después de tantas semanas, cuando se da cuenta de que su casa huele de manera peculiar, más que un olor es un recuerdo infantil, como el perfume de su madre o la loción de su padre. Se sienta en un sillón. No está allí por un impulso nostálgico así que no entra en lo que fue su dormitorio para pasar la mano por la superficie de la cama ni contemplar enternecida su colección de conchas marinas alineada sobre una estantería (cada una de ellas de una playa diferente) ni para abrir el armario y sonreír al ver la ropa de niña que todavía guardaba en una caja de cartón o esos muñecos a los que aún podría llamar por su nombre. Tampoco entra en el dormitorio de su padre ni en el de su hermano. No ha ido a conversar con fantasmas. Saca de la cazadora de cuero un papel doblado en cuatro, lo despega, se acerca al frigorífico y hace un sitio entre los imanes, también traídos de viajes, recuerdos de lo que ya ninguno recordaba. Sujeta el papel con un imán en el que está retratada una momia, de cuando sus padres fueron a Egipto, una aventura de la que hablaron durante meses y que luego se convirtió en un recurso para intentar recuperar un vínculo ya deshecho. Decían ¿te acuerdas?, y se creían que con eso volvían a ser quienes habían sido, que la decepción, el cansancio, el aburrimiento no habían ido velando las fotografías de dos personajes que habían dejado de existir. Eran como dos

actores que insisten en continuar la función cuando el público ha abandonado la sala y se han apagado los focos.

Ana relee el poema ya sujeto al frigorífico y le parece bien, quizá un poco pretencioso pero no es momento de corregir. De todas formas, también poner una bomba es un poco pretencioso.

Me fui pero nunca estuve tan cerca,  
he añorado y en momentos frágiles  
deseé otra vez mi cama de niña  
y mi futuro admirable. Te oigo respirar  
a mi lado,  
aún sé cómo suenan tus pasos  
y lo que pesan tu voz y tus expectativas.  
Ahora sí, el adiós es definitivo.  
La niña ha muerto. La adolescente  
no se ha cortado las venas  
y lamenta prescindir de renuncia tan hermosa.  
Pero no es tiempo de gestos dramáticos  
ni de palabras solemnes.  
Actuar.  
Hacer.  
Dar.  
Destruir.  
Sinónimos, papá, que tú ya no entiendes  
porque tú sólo dices y no edificas,  
tan sólo dibujas en el agua un futuro  
lánguido y rendido.  
Dile a mamá que no lo siento.  
Dile a mi hermano que no lo perdono.  
Tú no me digas nada, no te oigo, no te escucho,  
yo ya no hablo tu lengua muerta,  
no entiendo tus palabras de espectro,  
porque me he ido lejos

y estoy en otro mundo,  
aunque esto no es, ya lo sabes,  
una nota de suicidio.

## 31

Yo podría llevar una vida tranquila. Podría haber seguido haciendo un programa cultural que no exigía más preparación que la que yo quisiese realizar; invitar cada día a escritores, directores de cine, músicos, pedir a mis redactores que hiciesen la investigación previa, que me resaltasen en amarillo las ideas importantes, llegar a la radio, entrar en el estudio un rato antes, mirar por encima lo que otros habían preparado para mí, incluso sugerir de antemano a los invitados que seleccionasen la música que desearían para su entrevista (¿cuál es la banda sonora de tu libro?, elige tú mismo los temas), yo podría haber aplicado la ley del mínimo esfuerzo o, siendo más ambicioso, también podría haberme implicado, eligiendo yo a los invitados, buscando cada vez el ángulo original desde el que asomarme a la obra de un escritor, de un director de cine o teatro, de un músico.

Y dejarlo ahí.

Nada más.

No es poco: cada día un programa cultural que no andaba tan mal de audiencia a pesar de los cambios de horario. Yo podía vivir de eso, cada vez peor, es cierto, y los últimos años me había ido quedando sin redactores y sin gente que trabajase para mí, pero era independiente, podía acoplarme a la nueva situación. Sobrevivir es eso: adaptarse al cambio del entorno. Las especies incapaces de hacerlo se extinguen. Sería una vida modesta, tranquila. Tendría algunas mañanas libres. Iría a la piscina o al gimnasio. Leería. Ni siquiera, pasado un tiempo, habría echado de menos a Ana, ni a Isabel, y me habría acostumbrado a la ausencia de Luis como si del salón hubiese desaparecido una planta o un mueble, algo cuya falta puede que percibas, pero sin que el vacío que deja genere una sola emoción.

Pero no me bastaba. En realidad la culpa es de Ana. Era a ella a quien

pretendía impresionar. Aunque ni se enterase, yo me miraría a mí mismo con sus ojos y diría ¿ves?, soy redactor jefe, yo organizo, cambio, decido, impongo, mando, elijo, asumo la responsabilidad. ¿Ves como no soy ese hombre sin energía que tú descubres cuando me observas con desgana adolescente, con el cansancio que te produce un mundo al que no tienes acceso y por eso desprecias? Yo podría ser no sé si un hombre feliz, pero sí un hombre satisfecho. Ana, joder, yo hacía cosas que estaban bien, que a ti, una vez pasada tu crisis de rebeldía, incluso te habrían gustado: libros, discos, películas, eso que te interesaba desde niña era lo que yo difundía. Y no me digas que no eran programas dinámicos y originales. La cultura en mis programas estaba viva. Yo también. Yo no necesitaba esto, meterme en esta mierda sólo porque quería presumir como un adolescente, ensayar una pose nueva con la que conquistarte.

¿Y ahora? Tengo cuarenta y siete años. Una edad en la que debería dar un nuevo empujón a mi carrera, hacer un regate a la rutina, crecer, ensancharme. Y mírame (no, no me miras, no me ves, no me oyes), como un jubilado, caminando por la ciudad sin saber muy bien adónde voy mientras converso con fantasmas. Yo podría haber tenido una vida tranquila, sin este desgaste innecesario. Sin esta humillación. Sin esta rabia que tengo que tragarme porque ni siquiera sé a quién escupírsela.

Aitor había preferido caminar desde la emisora hasta casa, hasta lo que aún era su casa, aunque ya había firmado el contrato de compraventa y en un mes tendría que entregar las llaves. Callejeaba en zigzag, dando rodeos innecesarios, y a veces se desviaba tanto del camino que tenía que detenerse para recuperar la orientación. Podría haberle atropellado un coche o un ciclista; podría haberse caído en el terraplén de una obra o haber derribado a un niño o anciano que se hubiera cruzado con él. Caminaba como quien después de pasar meses en un sótano (imaginad a un secuestrado cuyo rescate nadie quiso pagar o al combatiente escondido en medio de una ciudad enemiga) sale por primera vez a la calle y es incapaz de alegrarse por la luz, por los sonidos, por la gente, todavía demasiado confuso como para poder apreciar los nuevos estímulos.

Qué cabrones, pensaba Aitor a cada rato y continuaba intentando imaginar cómo podría haber sido su vida si no hubiese firmado el contrato que le

ofreció Pascual. Habría seguido siendo autónomo y si hubiesen querido prescindir de él les habría demandado por emplearlo durante una década como falso autónomo; no le habría sido difícil probar que había ido a la emisora cada día de diario, y cada día de diario entraba en un estudio propiedad de la emisora en un programa en el que colaboraban empleados de la emisora, todos lo eran salvo él mismo, del técnico al último becario, y le habían pagado por una prestación de servicio en lugar de cotizar por él a la Seguridad Social y de tenerlo acumulando antigüedad. Llevaba años trabajando para piratas que luego predicaban desde el micrófono contra la corrupción y a favor de la recuperación del empleo y de medidas para ayudar a los trabajadores y de la sanidad universal y de la transparencia en las cuentas públicas y, sin sonrojarse en sus despachos, de una más justa distribución de la riqueza gracias a la reforma fiscal.

Aitor bordeó el Retiro tocando las barras de la verja como un niño aburrido, entró en el parque no porque atravesarlo fuese su camino habitual sino porque el portón de metal estaba abierto y él ni siquiera era del todo consciente de adónde iba. Se paró a mirar las piruetas que unos patinadores realizaban alrededor de pivotes con franjas naranjas y blancas que habrían robado de una obra en la calzada. Cuando se caían volvían a levantarse alegres, chocaban palmas con sus compañeros, se sacudían los pantalones y se ajustaban las rodilleras antes de volver a intentarlo. Pasó más de media hora allí, primero de pie, luego en un banco al borde del césped, y quizá se hubiese quedado hasta el anochecer si los patinadores no hubiesen recogido los pivotes y se hubieran marchado juntos, la mayoría en parejas cogidas de la mano, comentando, riendo, quizá aún repitiendo en su cabeza una pirueta fallida.

No es personal, le había dicho el nuevo director de informativos, cuyo nombre siempre confundía: ¿Lucas o Roque? De verdad que no es personal, pero prefiero contar con mi equipo de confianza. Redactor jefe es un puesto delicado, los inversores se espantan cada vez que desafinamos.

Pascual me garantizó...

Pascual no podía garantizar nada. Pero no te estamos despidiendo. Te vamos a trasladar a...

Melilla.

No, no, ¿por qué Melilla?, estábamos pensando en ponerte...

Aitor dejó de escuchar en ese momento. Miraba a su jefe sentado al otro lado del escritorio como quien se encuentra a salvo detrás de un cristal blindado. Más que oír sus palabras se fijaba en sus gestos convincentes, en su expresión sincera. Roque o Lucas cumplía la ley y la ley no es siempre justa pero sin ella estaríamos perdidos; permite una convivencia ordenada y hay que aceptar los daños colaterales, y mejor que te pase a ti que a mí, para qué vamos a engañarnos.

No puedo volver a trabajar con mis compañeros; yo he estado despidiendo gente.

No, hombre, tú no has despedido a nadie. Cada uno cumple sus tareas. Como yo ahora.

¿Y el sueldo?

El que tenías.

El base.

Claro.

Es bajísimo. Acepté un sueldo muy bajo a cambio de pluses muy altos.

Entrabas nuevo, es lógico que el base fuese modesto.

Vete a la mierda, Roque. Yo llevaba veinte años trabajando aquí.

Ya me entiendes.

Aitor encendió y apagó varias veces el flexo que estaba encima del escritorio. Roque o Lucas acercó la mano como para detenerlo pero interrumpió el gesto.

¿Qué indemnización me daríais para que me vaya?

Ya te digo que tienes poca antigüedad.

Aitor no se molestó en cerrar la puerta. Por eso oyó aún desde el pasillo que el director de informativos le decía: haríamos un esfuerzo.

Aunque Aitor había llegado a su portal y sacado las llaves del bolsillo se quedó parado mirando hacia el interior. Ana tenía algo de razón, pensó. En sus críticas al sistema. Capitalismo asesino, quien muere de hambre muere asesinado; esas cosas. Pero lo de David y Goliat es un cuento. Lo único que puede hacer David es guardar la honda y esconderse bien para que el gigante no lo descubra. Construir un refugio en una grieta, camuflarse en el paisaje. Vivir como los pájaros y los lobos. Aquellas historias del joven pastor que resistió a los romanos son cuentos para niños. Y él tenía ya cuarenta y siete

años, demasiado tarde para empezar a engañarse.

## 32

La vida no se detiene. Estás planeando hacer algo extraordinario, descomunal, lo mires desde el punto de vista que lo mires, y te parece que el mundo debería contener el aliento, como los asistentes al circo en el momento en el que un trapecista hace un tirabuzón en el aire y da la impresión de que sus manos no van a alcanzar otra vez el travesaño. Pero sigues levantándote cada mañana y haciendo el café, charlas con tus amigos, vas al Centro Social y ayudas a montar la sala para proyecciones de cine libertario, bromeas con un chico que te resulta atractivo y que sujeta un bebé en brazos mientras pega al suelo con cinta aislante los cables del proyector, comes de pie con la gente del curso de informática un cuscús de verduras en platos de plástico (joder, hay que dejar de usar plástico, es una vergüenza que nosotros también usemos esta basura, te dice una mujer que se descuelga por el centro de vez en cuando, participa en un taller, en reuniones informativas, pero también la has visto en un espacio de coworking detrás de un ordenador y no sabes dónde ubicarla, si es okupa o visitante, simpatizante o curiosa, o sencillamente alguien que necesita contacto con un grupo); vas a comprar pasta y tomate para el CSO, te paras a conversar con una pareja de punkies que no sabes de qué conoces, habláis, otra vez, de los turistas que están jodiendo el barrio, compras también una crema hidratante en la farmacia (uno de los pocos lujos que te permites no sin un resto de mala conciencia), regresas a El Agujero por la tarde y durante todo ese tiempo tienes la sensación de que la vida se ha vuelto irreal, te sientes en un escenario recitando un papel, pero sabiendo que en un rato te bajarás de las tablas, abandonarás el personaje, comenzarás a ser tú de nuevo: ya no habitarás en ese mundo inocuo de lo fingido, los golpes dolerán de verdad y las tragedias serán irremediables. Y tú eres ahora mismo, esencialmente, la mujer que va a poner una bomba en el hotel en construcción,

esto es, vas a cambiar de vida por completo, porque hay años luz entre la mujer que eres ahora y la que serás después del atentado, para ti misma y para los demás.

Al entrar en El Agujero Ana se encuentra con las monjitas y con Hans parados frente a la puerta como si llevarsen allí un rato esperándola. Y es verdad que la están esperando.

¿Y Alfon?

Se ha encerrado en vuestro dormitorio, dice Hans, con el tono cómplice de un adulto refiriéndose a un niño que ha cogido una pataleta. Ana deja la bolsa en el suelo.

¿Ocurre algo?

Que nos largamos, dice Marta. Dejamos El Agujero.

Te vamos a echar de menos, dice Paula.

La conversación se alargará hasta que fuera ya haya oscurecido pero a nadie se le ocurrirá encender la luz. Uno detrás de otro se habrán ido sentando en el suelo hasta formar un círculo íntimo en el que una rodilla roza la contigua, un hombro se apoya en el de al lado, una mano busca la piel vecina.

Poco a poco la conversación adquirirá la calidad desolada de las separaciones de parejas que todavía se quieren. No, no pueden quedarse, dirá Paula, porque la casa se ha convertido en algo que ya no comparten, había ahí un cariño, una solidaridad, un cuidado que ahora se ha dado la vuelta como un guante y ha mostrado la parte hiriente y áspera. En realidad, lo de los turistas fue un error, hacer daño a los demás siempre deja una rebaba, un poso, y no estaba hablando de karma, aclarará Paula, sino de los jirones que te quedan en la conciencia por algo así. Y Marta reconocerá que ella, a pesar del mal cuerpo que le provocó el asunto de los turistas, votó a favor del atentado, que le parecía en realidad menos grave porque está convencida de que no habrá víctimas, pero es entrar en un mundo que no le conviene y diga lo que diga Alfon, dirá señalando con la barbilla la puerta tras la que se ha atrincherado su amigo, la única resistencia útil es la de crear espacios más humanos, arrebatárselos al capital y a sus esbirros, pero usar sus armas te vuelve como ellos. Así que nos vamos, dirán casi a la vez Paula y Marta, y casi a la vez sonreirán y acariciarán cada una la pierna de Ana que tienen más cerca, como quien consuela a un niño. ¿Y tú?, preguntará Ana a Hans, ¿tú piensas lo mismo

que ellas? Hans tardará en responder, bien porque no lo tiene tan claro como las dos mujeres o porque es menos decidido a la hora de frustrar las expectativas ajenas y al final dirá algo menos definitivo que Marta y Paula: sí, yo también dejo la casa, pero te voy a acompañar en la acción según el plan, aunque lo hemos alterado un poco, ya te contará Alfon, y desde allí ni regreso, me voy por mi lado, ya tengo un sitio en una okupa de Carabanchel, he estado viéndolos las últimas semanas, tienen unos proyectos muy combativos pero pacíficos, yo me siento mejor ahí. A no ser, dirá Hans, y hará una pausa buscando las palabras, a no ser que tú decidas no seguir adelante; yo lo preferiría. Si das marcha atrás...

¿Vosotras cuándo os vais?, preguntará Ana.

Ya, en unos minutos, es sólo que no queríamos irnos sin despedirnos de ti y de Alfon.

Qué cabrones sois, nos dejáis con Yannick y Nicolás, dirá Ana, y los cuatro reirán lo justo para enmascarar la causa de que sus ojos se hayan enrojecido. Y habría tanto que decir aún, recordar esos meses de convivencia en una isla justa en medio de un océano brutal, todos esos momentos en los que la cercanía del otro significaba compartir, compartirse; pero eso sólo habría hecho la despedida más difícil, quizá le habría dado un tono falsamente sentimental y no, todos ellos defendían la claridad (Hans un poco menos) y la controversia honesta. Yo sigo, dirá Ana, yo voy a continuar tal como estaba previsto. Alfon..., Alfon, dirá y no terminará la frase recién empezada.

Además, añadirá Paula, que no podía irse sin decir de verdad todo lo que la expulsaba de ese espacio tan valioso, esto se ha vuelto para nosotras demasiado patriarcal, con un hombre a la cabeza que nos dice lo que hay que hacer y lo que hay que saber y lo que hay que callar.

Bueno, pero es que Alfon es de verdad el que tiene los contactos, es de verdad el que sabe qué podemos hacer.

Es siempre así, dirá Paula, que acabamos haciendo lo que los hombres saben hacer, no lo que sabemos nosotras. Nosotras no decidimos. Sí, votamos y todo eso, pero ahí está la trampa. Votamos lo que nos proponen los hombres, nuestra libertad es decidir entre sus alternativas. Nos vamos a un Centro Social de mujeres, vamos a estar mejor, dirá Marta.

Seguro, dirá Ana. Si nos pillan no diremos que sabíais de la acción,

verdad, ¿Hans? La planeamos a vuestras espaldas.

El alemán asentirá, a la espera de algo, mirando a Ana como si ella no hubiese terminado de hablar. ¿Entonces?, dirá al cabo de un rato en el que cada uno parecerá perdido en sus pensamientos, y lo estará, pero no será un pensamiento común, porque cada uno irá ya asomándose a algo parecido al vacío, aunque aún tengan tareas, proyectos, planes; El Agujero era más que una forma de vida, era también una manera de entenderse, de estar, de ser y, al desmoronarse, el mundo perderá la solidez en la que estaban instalados, por precaria que pudiese parecer desde fuera.

Y se levantarán los cuatro, y se abrazarán y acunarán unos segundos, cada cuerpo un molde cálido del otro. Despedidnos de Yannick, dirá Marta. Y de Nicolás, dirá Paula, y también de Alfon, que no ha querido seguir hablando, ya ves, se encierra, Alfon es un hombre que se encierra, ya lo sabes, y Paula la mirará como si estuviese diciendo mucho más que esas pocas palabras, como si hubiese un mensaje en clave que tocaba a Ana descifrar o no. Y se irán a oscuras, y no se verán ya las caras, y también Hans dirá me voy a dar una vuelta, pero cuenta conmigo, ya sabes que puedes contar conmigo.

No estás segura, pero sabes que no hay marcha atrás. Ya has dicho que sí, joder, que sí lo hago, no, no me voy a acojonar, vosotros hacéis vuestra parte y yo la mía. ¿Hans está listo? Me decía que habíais cambiado algo.

Ana.

Qué, oye, no me hables con ese tono paternal.

No he dicho nada aún.

Pero te veo venir.

Es que tengo que decirlo. ¿Sabes a lo que te arriesgas?

Venga, joder, que ya lo hemos hablado. Claro que sé a lo que me arriesgo, cárcel, alguna paliza, con mala suerte, si me pillan en el momento, veinte tiros, porque estos cabrones tienen orden de tirar a matar.

Quizá debería hacerlo otro.

Un tío, quieres decir. Que un atentado así tiene que hacerlo un hombre.

No, joder, quiero decir alguien más mayor, con más experiencia.

No me has contestado qué has hablado con Hans. Yo no lo veo convencido. Todos diciendo muerte a la pasma y quemad las prisiones, pero luego ni uno.

El alemán el único, si es que cumple (dice «el alemán» y parece establecer una distancia, marcar una frontera, Hans está dejando de ser Hans para ella, porque no se fía, porque no le cree, aunque quisiera hacerlo).

Es que te miro y pienso, si no ha acabado de crecer. Si fueses un pájaro no se te habrían caído las boqueras.

Las boqueras. Qué coño será eso.

Da igual. No se te habría caído el plumón de pollito. Te tamblearías al caminar. Piarías con la boca muy abierta para que mamá te alimentase.

Hace mucho que mi mamá no me alimenta.

Eso es verdad, eres de las pocas que no regresan a casa el fin de semana para que les cocinen y les laven la ropa. Tienes más huevos que todos nuestros compañeros aunque tú no te hagas agujeros de tribu africana en las orejas.

¿Entonces?

A lo mejor deberíamos pensarlo un poco más. Nos hemos quedado casi solos, y puede que en otros comandos esté pasando lo mismo.

En un mes cumplo dieciocho. Yo prefiero hacerlo ahora.

Deberíais ser dos para cada acción. He pedido a Hans que deje lo suyo.

No jodas.

Para que vigile desde la entrada del metro. Que llegue antes que tú y vea si todo está bien. Lo que más me preocupa es que todo se quede en un petardazo y no sea el inicio de los fuegos. Por eso quería al menos dos simultáneos, pero no va a ser posible. Nos conformaremos con una acción. Y ver qué pasa.

La insurrección, tío, va a ser el inicio de la insurrección.

Y Hans va contigo.

Que sí. Yo me quedo más tranquila. Desde la entrada del metro se controlan varias calles. Es verdad que hacerlo sola era una mierda.

Si lo veis chungo, ni te acercas. Ojo al Carrefour 24 Horas. Aunque a esa hora lo mismo no hay nadie.

Cuando oigan la explosión yo estaré ya cien metros más arriba.

Y no te subes a los andamios. Llevan alarma.

Ana se ríe, es una risa tensa, como la de quien desea ocultar lo que de verdad está pensando; se pasa la mano por la cara y se frota la nariz.

Ya me lo has dicho. Lo hemos repasado. Al andamio ni acercarme. ¿O me ves trepando como un mono? Y sólo cuando no pase nadie, cuando no haya ni

una posibilidad de que pase nadie.

Nadie.

Alfon ha dicho que va a ser fácil, el explosivo es emulsión, muy estable, ni la temperatura ni el roce ni un golpe afectan a la mezcla, y éste es el cordón detonante, el multiplicador va aquí, tú sujetas estos dos paquetes cada uno a una columna, te aseguras de que estén bien conectados al cordón, tranquila, no puede pasar nada, esto no es nitroglicerina, no hay accidentes con emulsión, además el detonante es electrónico, ¿ves?, ¿ves estos circuitos?, lo único importante es que no hagas la llamada con el móvil hasta haberte alejado y comprobado que mientras tanto no se ha acercado nadie al hotel, pero el móvil está bloqueado, o sea que tienes que desbloquear primero, recuerdas el código, ¿verdad?, y haces la llamada, y pase lo que pase no te detengas, y si no hay detonación ni se te ocurra regresar a ver por qué, está claro, ¿no?, eso es, qué lista es mi Ana.

No, en el plan no parece que pueda haber fallos, y la lógica de la acción es inapelable (la gente ya está muriendo aunque no oigamos sus gritos, es necesario derribar para construir, arrastraremos la culpa pero no hay acción auténtica que no entrañe responsabilidad), pero nunca puedes prever por completo las consecuencias de cada acto: hay accidentes al derribar árboles, heridos en fuegos artificiales, cornisas que se desploman y matan a un viandante. Y si sale mal, es decir, si hay muertos (no digáis daños colaterales, no caigáis en la hipocresía del eufemismo, decid «muertos», decid «heridos», decid «hemos matado aunque no queríamos», decid lo que hay que decir) detrás de cada uno hay una biografía, un deseo, una esperanza, una generosidad. ¿Y qué sucederá si luego nadie sale a la calle, si en lugar de provocar la insurrección vuestras acciones sólo consiguen que la gente se encierre más aún en sus casas, animalitos asustados dentro de sus guaridas, cangrejos que no asomarán a la superficie hasta que se haya alejado el peligro?

Pero no, no, no adelantarte, no tiene por qué haber muertos ni heridos, es ése el riesgo que hay que minimizar, y el intento de despertar a los dormidos merece la pena por sí mismo, recordarles que la vida podría ser distinta, que no tienen que vivir con miedo, pero la acción tiene que empezar ya, ahora, es ahora no mañana, no esconderte en la esperanza ni en el ideal, ahora en la acción, ahora en el yo me arriesgo y me expongo y actúo y me uno a los demás

en esta tarea.

¿Qué haces, por qué te quedas callada tanto rato?, pregunta Alfon, y acaricia el pelo rebelde de Ana pensando que quizá sí le está entrando el miedo.

Repasaba el plan.

¿Seguro?

Claro.

No repases el plan. No hay plan. Es ir y hacerlo. Anda, dame un abrazo.

Ana se aprieta contra Alfon, la cara apoyada en su clavícula, sintiendo los brazos enormes alrededor de ella (piensa en *El libro de la selva*, piensa en King Kong), se quedan un rato apretados, él meciéndola con suavidad y a pesar de que los pechos de Ana presionan el cuerpo de Alfon, a pesar de que sus vientres y sus pelvis se tocan y se frotan, no hay nada sexual en ese abrazo, ni un momento de deseo o de temor del deseo ajeno, ni vergüenza ni rechazo. Sólo eso, estar en los brazos de Alfon sin proyecto ni plan, sin cálculo y sin futuro. En brazos de Alfon. Ahora. Estamos viviendo ahora.

Se habían quedado solos en El Agujero. Que Hans y las monjitas se hubiesen mudado ya estaba previsto. La marcha de Yannick la mañana antes del atentado fue tan inesperada, aunque en cierto sentido también tan previsible, como la muerte de Nicolás. Yannick había entrado en el dormitorio de Ana y Alfon cargando el perro. Las patas del cadáver se bamboleaban lacias a cada lado de los brazos de Yannick, que lo presentaba como en esas fotografías en los que madres de niños asesinados muestran los cuerpecitos, reclamando justicia o tan sólo para dar forma a su dolor insoportable. La expresión de Yannick era también una mezcla de escándalo y desolación.

No respira, tíos, y el corazón nada, no lo encuentro.

Lo depositó en el suelo como una ofrenda y se arrodilló junto al cuerpo.

Ana y Alfon se acercaron.

Ha muerto hace poco, dijo Alfon.

Yo lo he encontrado así esta mañana. Cuando nos acostamos estaba bien, me lamió y eso, las cosas que hace cuando yo ando chungo, que se tumba junto a mí y me acaricia con el hocico y me pasa la lengua. Más bueno era...

¿Por qué dices que ha muerto hace poco?, preguntó Ana.

Aún no está rígido.

Yannick acarició la cabeza del animal. ¿Y ahora qué?, preguntó sin dirigirse a ninguno de los dos, una pregunta que no sólo abarcaba el problema de qué hacer con el cuerpo, también uno mucho más amplio que afectaba a toda la vida de Yannick: ¿y ahora qué?

Lo puedes arrojar a un contenedor.

Alfon, joder.

Le estoy enumerando las posibilidades. Uno: Arrojar el cadáver a un contenedor. Es ilegal, o sea que hay que hacerlo por la noche. Otra posibilidad es enterrarlo en el campo, también ilegal pero qué coño importa.

Yannick negó con la cabeza. No joder, a un contenedor no, como si fuese una silla rota. Y lo del campo, no sé, Nicolás era muy de ciudad, como yo.

Dos: incineración colectiva. Es lo que hizo mi madre con un setter que tenía. Llamas a no sé qué servicio del Ayuntamiento, lo recogen y lo queman con otros animales. Creo que le costó unos treinta pavos.

¿Treinta? Qué pasada. Pobre Nicolás.

Tres: ésta la digo para no dejar nada, porque son unos doscientos euros. Mi madre se informó pero dijo que por ese dinero se compraba otro perro. Todo corazón, mi madre. Tres, decía, incineración individual. Creo que te lo devuelven en una urna o una caja.

Lo podríamos embalsamar, ¿no?, como los egipcios.

¿Quieres decir embalsamar o disecar?, preguntó Alfon.

Y yo qué sé lo que quiero decir. Me voy a la cama un rato.

El perro quedó tendido en el suelo frente al escritorio de Alfon.

¿Qué hacemos con él?, preguntó Ana.

Pues no sé, esperar a que se despeje nuestro amigo y volver a ver las posibilidades. Pero supongo que echarlo a un contenedor. Cuando yo era punki y paseaba con una comadreja es lo que hice, quiero decir, al morirse el bicho. La tiré a un contenedor.

Una comadreja no es un perro.

Pues yo le tenía mucho cariño. Era muy afectuosa.

Esperaron. Pasaron dos horas con el cadáver de Nicolás en el dormitorio, Alfon tecleando en la máquina de escribir (a lo mejor escribo un cuento sobre esto, dijo, sobre gente que no sabe qué hacer con el cadáver de un perro y lo

meten en una tumba de alguien en el cementerio; oye, eso es otra posibilidad, darle cristiana sepultura). Ana no podía concentrarse en lo que leía y cuando se cansó de mirar el cuerpo inmóvil fue a buscar a Yannick. Regresó a los pocos segundos.

Se ha ido. Yannick no está en su cuarto. Se ha llevado el diávolo y toda su ropa.

Qué cabrón. ¿Tú crees que no va a volver?

En cuanto oscureció envolvieron a Nicolás en un trozo de sábana vieja y lo dejaron en el contenedor de una obra cercana, oculto por el tablero de una estantería rota.

Ana, bajando la calle con las manos en los bolsillos y la capucha calada y la cabeza baja para evitar que la identifiquen las cámaras, sintiendo un frío poco razonable para una noche de septiembre, o no es que tenga frío, pero tirita, y tiene que trabar la mandíbula para que no castañeteen los dientes, trabar la mandíbula, trabar la imaginación, no anticiparse, eso es fundamental, no imaginar a un borracho que ha entrado en la obra y se ha dormido en cualquier rincón o a un mendigo de ropas tan oscuras que no han podido distinguirlo en el portal de al lado, o a un chico que llega en bicicleta a entregar un encargo de comida a domicilio, un chico que se gana su salario miserable trabajando para una empresa de miserables, y a las tres de la mañana aún recorre las calles desiertas a una velocidad con la que ella no podría contar, con el casco puesto y probablemente los auriculares inyectándole algo de rock duro para mantenerlo en pie a esas horas, y Ana sabe lo que se siente recorriendo las calles de madrugada a toda velocidad (lo ha hecho con la moto de su hermano), con casco, visera, guantes, música que parece no estar ahí fuera sino producida dentro de ella, sentirse el centro del mundo que atraviesa, un mundo en silencio y desierto, una civilización perdida en la que te adentras tú sola, como quien llega a una ciudad maya que aún no se había descubierto, recorrer aislada ese espacio ajeno, una burbuja dentro de otra inmensa, los ojos registrando las fachadas silenciosas, como ahora, que también parece atravesar las calles como lo haría un fantasma, habitando otra dimensión, un buzo con escafandra caminando por el fondo del mar. Camina, cabeza baja, ojos en el pavimento, la respiración contenida. Da una patada a una lata vacía de cerveza y se sobresalta con el ruido que produce al

rebotar en el suelo. Una pintada que no había visto, junto a una panadería: Queremos disturbios, no trabajo. La lee de reojo y sonrío a pesar de su nerviosismo. La luz de una farola subiendo y bajando de intensidad acompañada de un sonido de insecto eléctrico; Ana evita alzar la mirada. Cruza la calle; sorteando varias bolsas de plástico verde de las que se usan para recoger excrementos de perros que alguien ha estallado contra el suelo: sabotaje o enajenación; o las dos cosas. Llega a la plaza y frena ligeramente. No duda, sólo evalúa. Procura no mirar hacia la boca del metro para no delatar a Hans si la está captando alguna cámara de seguridad. Tiene que hacer como si estuviese sola. Controla con rápidos vistazos en varias direcciones que no hay un coche de la policía cerca. Ningún taxi en la parada. Continúa caminando, despacio, otra vez como un buzo que avanza llevando sobre sus hombros el peso de un océano. Agacha aún más la cabeza cuando pasa delante del escaparate iluminado del Carrefour 24 Horas. Todo va bien, no se ha cruzado con nadie, nadie sale ni entra. Al llegar al hotel se da cuenta de que han retirado ya los andamios. Ahora sí, duda. Podría pasar de largo como si nunca hubiese tenido intención de entrar. Una adolescente que regresa a casa de madrugada. Una chica que camina en la noche quizá con miedo a atracos o abusos y por eso, ahora que sale de la zona más iluminada, aprieta el paso y esconde aún más el rostro; una chica asustada como cualquier otra. Si supierais, musita Ana. La entrada es un agujero que la absorbe como el remolino de un río. Aún podría, todavía sí, todo es posible, alejarse, ser una más, regresar a la multitud y a la resignación. Pero ya no. Demasiado tarde.

## 33

La habría reconocido en cualquier otro contexto. No sabría decir por qué, pues en el vídeo, salvo al final, sólo se la ve de lejos y de espaldas. Aparte de que la figura coincide (delgada, no muy alta, casi sin caderas, torso de chico), es la manera de andar, decidida pero no rígida, dando pasos rápidos no como quien llega tarde a algún lugar, sino como quien no puede contener la propia energía.

Tiene una sensación de irrealidad al volver a examinar esa escena nocturna; está sentado en el Parque de la Montaña, asomado al borde de Madrid como a un precipicio, con esa extensión de pinares por delante, y por delante también las parejas que se toman fotos (¿te importa tomarnos una?, sólo tienes que pulsar aquí, gracias, otra por si acaso), un grupo de turistas con camisetas blancas y un logo que Aitor no llega a descifrar, siguiendo a un guía, todos montados en segways, que parecen patrullar el parque y seguir al jefe que hace gestos vagamente militares señalando y agrupando a sus huestes. Niños jugando en la explanada junto a ese templo egipcio que resulta tan fuera de lugar en medio de Madrid. La escena nocturna corre delante de sus ojos, que le obliga a entrecerrar un sol que se va acercando al horizonte, justo frente al banco, más allá de los pinos y del río, más allá de las parejas que se asoman al precipicio (que no es tal, porque si te acercas a lo que parece el borde ves que pocos metros por debajo hay un aparcamiento donde aguardan los buses para los turistas) y se hacen selfies apoyados en la barandilla.

¿Tienes una copia?

Claro. He sacado una, dice Javier.

Aun así Aitor siente la tentación de arrojar el móvil contra el suelo de cemento o, mejor, por encima de la barandilla, contra el asfalto del aparcamiento. Pero le sucede igual que con algunos gifs, que no puede dejar

de mirar por mucho que repitan una y otra vez la misma escena.

Es Ana, lo había adivinado en segundos, bajando la cuesta con las manos en los bolsillos, una bolsa de tela en bandolera, la capucha ocultando su rostro. Sólo mira al frente, la cabeza algo agachada, quizá ni siquiera para ocultar su identidad, sólo por el hábito de encorvar ligeramente los hombros hacia delante; estírate, hija, le decía a veces Isabel, que te va a salir joroba, y Ana chasqueaba la lengua, ¿qué pasa, que me vas a enviar a un concurso de belleza?, y mantenía la postura, sentada o de pie, y se enfadaba si su madre le ponía una mano en la columna vertebral como para obligarla a enderezarse, déjame, joder. Ana llega a la plaza, ahora sí, mira casi sin girar la cabeza, a ambos lados, continúa hasta uno de los ángulos y entra en un edificio en construcción con la decisión de quien vive o trabaja allí. La imagen tiembla unos segundos: muestra la plaza desierta salvo por un par de africanos sentados en los bancos del centro, al parecer dormidos; la luz granulosa de las farolas con un halo de fotografía antigua; la parada de taxis vacía; las tiendas cerradas, también los bares; en el suelo papeles, bolsas de plástico, algunas latas de cerveza o refresco. Debe de ser bien entrada la madrugada para que haya tan poca vida en las calles. Dos minutos de imágenes nocturnas casi idénticas, salvo porque la mano que sostiene el móvil a veces tiembla o cambia ligeramente la altura o el ángulo.

Tres perros entran casi en fila en la imagen, husmean como siguiendo una pista, y caminan en dirección al edificio en el que ha entrado Ana, levantan la cabeza como si hubiesen oído un ruido sospechoso y flexionan las patas traseras, preparados para el ataque o la huida. Entonces Ana sale del edificio y vuelve sobre sus pasos, ahora más deprisa que antes, la cabeza aún más metida entre los hombros, las manos otra vez en los bolsillos; los perros se echan a un lado, salvo uno que le enseña los dientes pero es obvio que no se trata más que de una advertencia. Ana prosigue su camino sin hacerle caso. Del Carrefour sale una pareja que se detiene delante de la luz espectral del escaparate a reacomodar los productos en las bolsas de plástico. Ana saca un móvil del bolsillo, vuelve la cabeza y, con ella vuelta, manipula el teléfono. La imagen tiembla ahora violentamente y una nube de polvo atravesada por cascotes y cristales se levanta en la puerta del edificio del que había salido Ana. Es un estallido silencioso, como el de naves interestelares explotando en el espacio (Aitor no se atreve a subir el volumen). Los perros se asustan tanto

que chocan unos con otros al huir. Los africanos se levantan del banco, miran en dirección a la explosión, al edificio de cuya puerta sale un penacho de humo negro, y se marchan a toda prisa. Ana llega a la altura de Javier y no queda claro si se da cuenta de que la están grabando o tan sólo mira a quien tiene el móvil en la mano, pero de cualquier manera se asusta y desvía la mirada. Desaparece del campo de visión y, en lugar de regresar por donde había venido, toma una calle lateral y poco a poco se va confundiendo con la oscuridad.

Aitor vuelve a dar a play y ve la escena completa una vez más.

Sabías lo que iba a hacer. Has esperado a que ponga la bomba.

¿Cómo iba a saberlo?

Entonces, ¿por qué sigues grabando la plaza vacía?

Porque suponía que iba a salir enseguida, ¿qué iba a hacer en un edificio en construcción?

¿Y vas a grabarla de madrugada? Habías adivinado que iba a salir, claro. Eres adivino.

Decidí hacer una vigilancia de veinticuatro horas. Gente como tu hija no sale sólo por el día.

Gente como mi hija.

Javier se remueve a su lado. Toma sin mirarlo el móvil que le devuelve Aitor.

Sabes de qué hablo.

¿Ciento cincuenta mil por esto?, pregunta Aitor.

Me la estoy jugando. Tengo pruebas de un delito, pero no he ido a la policía. Me juego la licencia y la cárcel. Ciento cincuenta mil no es mucho.

Es la ruina. Para mí es la ruina.

Javier se levanta. No se va a ir a ningún lado, es sólo que se siente incómodo, en el banco o con la conversación.

Ciento cincuenta mil, y te estoy haciendo un favor de cojones. Habla con tu mujer.

No tengo mujer.

Con la madre de Ana, digo. Ella también estará interesada.

Envíame el archivo.

¿Para qué? ¿Para qué quieres el archivo?

Aitor no responde. Está intentando decidir si es un halcón lo que aletea en el aire, justo en línea recta delante del banco, como si estuviese colgado por un hilo en un punto fijo. Aguanta en la misma posición más tiempo del que parece posible. Demasiado pequeño para ser un halcón, aunque Aitor tampoco entiende mucho de aves. Le gustan y se compró unos prismáticos para observar las que veía en el Retiro, pero le sucede como con los árboles, que sólo recuerda los más comunes.

Una alondra, dice Javier, y justo entonces el pájaro parece dejarse caer pero remonta antes de tocar el suelo.

Te pago lo que me pides, pero me envías el archivo.

Me voy a quedar con una copia.

Ya, hasta ahí llego.

En metálico.

Lo quiero para que lo vea Ana.

¿La vas a chantajear para que vuelva a casa?

Me estás jodiendo la vida. Te das cuenta de que me estás jodiendo la vida.

No puedo enviártelo, pero te puedo hacer una copia.

¿Qué más da?

Si te lo envío queda un rastro.

Me lo dicen hace tres meses y ni me lo creo. Hablando con un detective sobre pruebas de un atentado. Con mi vida hecha mierda y conversando con el delincuente que, bah, no sé.

Tu hija te necesita.

Vete a tomar por culo.

Eso es lo importante, que hables con tu hija. Que la saques de ahí. Verás como luego todo parece menos grave.

Qué huevos tienes. Me vas a dar consejos sobre mi vida.

Javier hace un gesto como para ponerle una mano en el hombro pero la retira antes de haber llegado a tocarlo.

Ciento cincuenta mil, ¿estamos? Aitor asiente como si lo hiciese para sí mismo. Da la impresión de estar pensando en otra cosa y que la conversación con Javier ha dejado de interesarle. Te doy una semana. Pasado el plazo envío el vídeo a la policía con la identidad de tu hija.

Aitor asiente una vez más, se levanta él también; ni se le ocurriría

despedirse de Javier dándole la mano. Comienza a caminar hacia el templo egipcio, se detiene a dejar pasar a un grupo de turistas. Cuando se vuelve, Javier todavía está mirándolo con una expresión insegura.

## 34

Así que ahora la casa está vacía. Ni siquiera el perro aguarda a que alguien entre y le haga unas caricias. Tiene algo de civilización desaparecida, El Agujero, cuando nadie lo ocupa: los restos son tan escasos que es difícil imaginar que alguien viviese ahí tan sólo un día antes. Ni siquiera se oye el tableteo de la máquina de Alfon. Ahora parece más fuera de lugar que nunca, trasplantada a una calle a la que no pertenece: de un solo piso, puerta de madera verde, mal encalada, con rejas de hierro forjado y ventanucos más que ventanas. Una casa de pueblo en medio de la gran ciudad. Una casa abandonada a la espera de que la derriben para levantar allí un edificio de ladrillo.

Ana, tal como habían acordado, no regresó a El Agujero después del atentado para evitar que su recorrido de vuelta fuese registrado por las cámaras. Atravesó el Parque de La Reina, saltó la verja para salir de él sólo cuando vio acercarse un taxi (tuvo que esperar tres cuartos de hora oyendo las sirenas de la policía y de los bomberos), se bajó junto a una boca de metro al otro lado del río, aguardó todavía más de una hora a que circularan los primeros trenes y fue a Carabanchel, cerca del CSO en el que la aguardaba Alfon.

Aunque se sienten relativamente seguros (ni siquiera estaban identificados como vecinos del barrio), Alfon insistió en que no debían buscar noticias en internet, tampoco desde un locutorio, para que no rastreasen la búsqueda; esa mañana leen los periódicos en un bar: sólo hablan del atentado con explosivos contra un hotel en la plaza de Lavapiés. La policía sospecha de grupos antisistema aunque aún no excluye otros posibles autores. El Estado no va a permitir que una minoría violenta blablablá. La convivencia ciudadana blablablá. En una sociedad democrática es inadmisibile blablablá. Nuestra más

enérgica repulsa blablablá. Pero lo que desde luego no aparece en ningún periódico es que hayan estallado otros artefactos en Madrid.

Ana espera que Alfon diga algo, una reacción por su parte al hecho de que la famosa insurrección haya quedado en eso: ruido, humo, unos pocos cascotes. Hay que seguir, ha dicho, como anticipando todas las objeciones que Ana no se atreve a plantear. Tenemos que organizarnos mejor, establecer nuevos contactos. Hay más gente que sabe que no hay otro camino. Nuestra acción servirá de ejemplo. De modelo. Otros se animarán, estoy seguro. Habrá otras acciones, aisladas al principio, pero luego el ritmo se irá acelerando. Esto va a estallar porque no puede ser de otra manera.

Ya.

Los violentos son ellos, Ana, ¿estás de acuerdo en que los violentos son ellos?

Ana está de acuerdo, por supuesto, pero también siente el cansancio que se ha ido acumulando en ella durante las últimas semanas. Sabe que la pobre violencia que puedan desencadenar ella y gente como ella no es nada comparada con la que desencadenan políticos y banqueros mientras sonrían para la foto y se ponen medallas y hablan sobre democracia y convivencia y bienestar. Por eso preferiría no sentir ese desaliento, y sobre todo, preferiría no sentir el de Alfon y le agradece que se esfuerce en ocultarlo tras nuevos proyectos y los breves discursos que improvisa para ella.

Hay otra noticia que Ana espera pero no encuentra en ningún sitio, la del posible sospechoso fotografiado por un ciudadano, ni siquiera hablan de un testigo al que esté interrogando la policía. Cuando se encontraron no se lo contó a Alfon para no inquietarlo, porque era poco probable que hubiese visto su cara, protegida por la capucha, y menos aún que la hubiese fotografiado en ese momento. Ni siquiera estaba segura de que estuviese tomando fotos. Pero a medida que pasaban las horas y hojeaban periódicos se sentía más inquieta.

No te he contado una cosa, le dice por fin, y él levanta la vista del periódico.

¿Algo importante?

Es posible que un tipo me fotografiase.

Alfon la examina por encima de las gafas, dobla el periódico meticulosamente y moja un churro en el café hasta que casi se deshace.

¿Que te fotografiase cuando estabas poniendo la bomba?, pregunta en voz

muy baja aunque el camarero se ha metido en la cocina y no hay más clientes en el bar que un hombre echando monedas a la máquina tragaperras.

Después, justo después cuando me marchaba. Si estaba antes no me di cuenta.

¿Llevaba una cámara?

Un móvil.

¿Y estaba allí, esperando?

No estoy segura, puede que sí. Creo que era el de la moto.

Alfon suspira. Se rasca el pecho por encima de la camiseta negra con el símbolo de los okupas (mi DNI, solía llamarla).

¿Tus padres saben dónde vives?

No era mi padre.

Ya lo imagino. Pero ¿saben dónde vives?

Yo no se lo he dicho, pero lo mismo se lo ha contado mi hermano.

Tu hermano siempre me ha parecido un poco capullo.

No es mala gente.

Hemos hecho bien en dejar El Agujero. No es el primer lugar al que iban a ir, pero acabarán por hacerlo. De todas maneras era muy pequeño para hacer nada, ya lo habías dicho, necesitamos una comunidad más grande. Podemos pasárselo a un par de familias desahuciadas mientras encuentran una vivienda social. Deberíamos irnos a Barcelona, allí conozco gente.

No sé, Alfon. Yo estoy un poco cansada. ¿Has sabido algo de Hans, estaba siquiera allí?

Alfon se encoge de hombros. Coge una servilleta de papel y la estruja en las manos sin usarla. Tira al suelo la bola de papel.

¿Vas a regresar a casa?

Si Ana dijese que no se le había pasado por la cabeza estaría mintiendo. Lo había pensado en los últimos días, antes y después, aceptar la ducha caliente, la leche en el frigorífico, el wifi, el olor a café que no has preparado tú, y sobre todo la tranquilidad de que alguien vela por ti y te cuida (el interés de Alfon no podía llamarse cuidado). Y cuando lo pensaba no se veía en la casa de su madre, que puede que le ofreciese la ducha y el café y el wifi, pero las veces que la había visitado en su piso de divorciada le había parecido entrar en la casa de alguien que está de paso, cajas sin desembalar después de

meses de vivir allí, ropa en bolsas de plástico, café de sobre y ese aleteo en la mirada, esa incapacidad de estar sentada sin consultar el móvil a cada rato, enviar un whatsapp, disculpa tengo que responder a este mensaje, perdona, se me ha olvidado llamar a. Su madre que parece caminar sobre tacones de aguja con miedo a que se le tuerza un tobillo. Su madre equilibrista. Su madre vértigo y miedo a caer no despertaba asociaciones de hogar y ni siquiera de refugio, mientras que imaginar la casa de Aitor, si se olvidaba un momento de todas las cosas que la irritaban en él, hacía que su cuerpo se relajase, que el corazón latiese más despacio, que su respiración se volviese más profunda. Aitor de movimientos cuidadosos, atentos, con deseo de agradar, de acoger, de proteger. Aitor nido, Aitor muralla, Aitor asfixia.

No, tío, cómo voy a regresar a casa. Ya sabes que no.

Alfon vuelve a contemplarla por encima de las gafas, la agarra por el hombro y la sacude con suavidad.

Claro que no. Ya sé que tú nunca volverías a casa.

Pero tengo que ir otra vez. Hay algo que no le he dicho a mi padre.

No sabía que hablas con él.

No hablo con él, pero tengo que decirle algo.

Sabes que es un riesgo.

Ya. Pero si averiguan que he sido yo de todas formas me acabarán pillando.

Alfon intenta sacar con la cucharilla un trozo de churro que flota en el café.

Luego vienes, ¿no?, cuando hayas dicho a tu padre lo que sea que tienes que decirle.

Ana se levanta de la banqueta. Acaricia la cabeza de Alfon, sus pelos lacios. Le da un beso en un lado de la frente. Sale del bar tan absorta que ni siquiera se le pasa por la cabeza comprobar si hay alguien vigilándola.

## 35

Que su madre se haya suicidado y que su padre se encuentre en paradero desconocido tiene sus ventajas, una de ellas que no pueden preguntarle por Ana ni hacerle responsable de que la niña se haya escapado de casa, mucho menos de los actos inaceptables de Ana, y sobre todo que no le den consejos sobre cómo actuar en un caso así. Si era sincero consigo mismo tenía que reconocerse que nunca echó de menos a su padre (quizá el niño que fue sí lo hizo pero el adulto lo había olvidado) y la muerte de la madre fue más un alivio que una desgracia. La madre había sido una carga no económica pero sí emocional desde que él tenía uso de razón: aunque tardaron años en diagnosticar su personalidad bipolar él recuerda aquellas fases en las que era tan difícil conseguir que mostrase o siquiera fingiese interés por conversar con su hijo, por lo que iban a comer o por la reunión de padres o por la admisión en la carrera de periodismo; aquella mirada desganada, aquel esbozo de sonrisa que tardaba un minuto en materializarse, como si le costase una concentración extraordinaria conseguirla: cuando se suicidó con una sobredosis de somníferos, un suicidio muy acorde con la recurrente carencia de energía de la mujer, Aitor, antes de ir a casa de la madre a hacerse cargo del sinfín de gestiones que le esperaba, escribió en el periódico que estaba leyendo: «Mamá ha muerto; por la tarde fui a nadar», y estuvo más ocupado el resto del día repitiéndose ese texto ingenioso que con el duelo por la muerte de Maika (después de morir ella, Aitor dejó de usar las palabras «mi madre» o «mamá» y sólo la mencionaba por su nombre).

El padre era para Aitor un fantasma que sólo le servía para jugar con Isabel a imaginar dónde se encontraría: él prefería suponerle en una cárcel centroamericana, donde se habría convertido, al fin y al cabo era un hombre respetable, en correo entre miembros de bandas y sus abogados; mientras que

Isabel, más clemente, lo transportaba a una isla del Caribe, donde habría abierto un hotel para mochileros, unas cuantas cabañas de bambú, las más lujosas con dos camas, mosquitero y ventilador, y las básicas apenas barracones con literas donde los turistas tenían que rociarse con repelente para soportar los ataques nocturnos de las decenas de mosquitos que se colaban por la tela de rejilla rota que cubría cada ventana. Ella lo describía con camisa hawaiana, ya completamente calvo (lo que le hacía parecer más sexy que en las fotografías) y, aunque había ganado peso, la vida al aire libre le había vuelto también más musculoso. Seguramente convivía con una caribeña que fue hermosa años atrás y que llevaba las cuentas de las cabañas con mano de hierro (a él no le permitía sacar dinero de la caja para ir a gastárselo a tabernas cercanas: si quieres beber, haz gasto en el negocio, le exigiría). Aitor encontraba más interesante su propia fantasía, aunque, cuando estaban de humor conciliador, compaginaban ambas suponiendo que, después de pasar años en la cárcel y de hacer algún dinero traficando con droga en su interior, usó los ahorros para comprar un terreno en la selva nicaragüense, donde levantó una docena de cabañas, contrató a una cocinera -con la que después se casó- y abrió el alojamiento para turistas. Un día, cuando enferme de cáncer, decía Isabel, se empeñará en buscar a su hijo y hacer las paces con él. Entonces lo visitaremos en la selva.

Por suerte, los padres de Isabel, aunque vivos y localizados los dos, estaban lo suficientemente lejos como para no suponer una molestia excesiva. Divorciados a los sesenta, poco después de que la madre decidiese que no quería pasarse la vejez cuidando de un hombre más achacoso que ella, tan silencioso que podía pasar por mudo, siempre crítico y como asqueado con el mundo (un mundo del que ella era una parte destacada), buscó un abogado, sacó de todas las cuentas la mitad de lo que contenían (la casa que tenían en Barcelona estaba a nombre de ella, y el chalet en Tarragona al de él, división que a ella la convenía) e introdujo la solicitud de divorcio sin molestarse en informar a su marido. En contra de lo que habría podido esperarse, el hombre se lo tomó bien; se limitó a llamarla vieja puta cuando le llegó la notificación del juzgado, recogió sus pertenencias, dejó a su mujer toda la basura que había ido acumulando en el sótano, vació la mitad restante en cada cuenta, y se fue a la casa de Tarragona. Llamaba una vez en Navidad y otra en el cumpleaños de Isabel. Nunca los había visitado en Madrid.

La madre de Isabel sí buscaba contacto frecuente y ambos temían que un día quisiese vivir cerca de sus nietos, como dejaba caer en alguna ocasión quizá aguardando una invitación que nunca llegó. Así que ninguno de los padres estaba presente en sus vidas para llevarse las manos a la boca espantados por lo que había hecho Ana ni para dejar caer un ya te lo decía yo, esa niña hacía lo que le daba la gana. Y Luis no está ni quiere mezclarlo en ese lío terrible. Así que sólo le queda Isabel. Y sabe perfectamente lo que va a decir; sin embargo, no es capaz de hacerlo solo, necesita un mínimo de apoyo, aunque vaya mezclado con quejas y recriminaciones.

Pero al principio Aitor piensa que ha cometido un error. Porque los gritos de Isabel en el teléfono no pueden ofrecer consuelo alguno, ni siquiera el de una reprimenda en cuyo fondo se detecta un rastro de afecto. Isabel grita, inicia frases que se pierden en repeticiones sin sentido, golpea con el pie (Aitor supone que con el pie) contra el suelo o la pared, y acaba gritándole aún más fuerte, con la voz distorsionada, pero ¿por qué habéis tenido que seguirla, por qué la habéis seguido, Aitor, por qué mierda la habéis seguido?

Y no hay respuesta, claro. ¿Qué ganaba husmeando en la vida de Ana si ya sabía dónde estaba? Aunque lo había tenido claro unos días antes, ahora no sería capaz de explicar por qué pagó al detective para que realizase ese trabajo que sólo podía resultar contraproducente. Pero el enfado de Isabel ya no tiene sentido. Lo que debería preocuparles es qué hacer para proteger a Ana.

Aitor calla y espera a que Isabel llegue a la misma conclusión. Sentado en un sillón del salón en penumbra rodeado de cajas de embalaje que contienen todos los residuos que ha ido dejando su vida, fósiles de vivencias y afectos ya extintos, residuos también de Ana y Luis que meterá en un trastero hasta que decidan llevarse a algún lado ese lastre de objetos, esos artefactos que sólo sirven para generar memorias y que al final siempre te atan y limitan. En unos días tiene que dejar la casa libre para los nuevos propietarios, llevar cajas y muebles a la nueva y empezar a vender también ésta, porque sin el salario anterior en pocos meses no va a poder hacerse cargo de la hipoteca, aunque quizá pueda renegociarla para reducir las mensualidades. Y él que se alegró de haber encontrado comprador tan deprisa; qué suerte, pensó entonces, qué suerte tan enorme. Si al menos le hubiesen despedido una semana antes no habría tenido tiempo de firmar el crédito, quizá habría podido paralizar la

venta de su piso, seguiría viviendo allí, aún sin saber cómo ganarse la vida, pero con una hipoteca ya muy baja y sin haberse endeudado como lo ha hecho.

Si hubiera; si hubiese; habría.

¿Es así como llegan los desahucios sobre los que ha leído en el periódico? Siempre le había parecido que a quienes pierden su casa, salvo a los muy pobres, que se quedan en paro a los cincuenta y tienen a cargo familiares enfermos, salvo a esa gente que nace ya con una condena que se ejecutará más pronto o más tarde, a los demás les ocurre por imprudencia o malicia y ni se le había ocurrido que le pudiese pasar algo así a él. Gente descuidada o deshonesto o las dos cosas, pensaba antes. Gente que gasta más de lo que tiene.

A su alrededor las cajas que ha ido embalando él mismo para ahorrar dinero en la mudanza. Más de una vez estuvo a punto de llamar a Isabel para consultarle si quería recuperar tal jarrón, tales libros, tal recuerdo. Pero Isabel había sido generosa al repartir las pertenencias de ambos. Aunque Aitor sospechaba que no era generosidad sino desapego, y le dolió esa falta de interés por llevarse los álbumes de fotos de su vida juntos o testimonios de situaciones y viajes compartidos.

Sólo quería saber qué hace, a qué se dedica, dice por fin para responder la pregunta que ha quedado en el aire. Estaba muy preocupado. De hecho, pensaba ir yo a buscarla, pero no me ha dado tiempo.

¿Y yo no estaba preocupada? ¿Te parece que yo estaba tranquila? Por eso no quería que un detective se pusiese a averiguar. Lo habíamos hablado.

Lo sé. Pero ya está hecho.

La imagina retorciendo el cable del teléfono alrededor del índice pero enseguida se da cuenta de que los teléfonos ya no tienen cable, no sabe de dónde habrá salido ese recuerdo, quizá de algún antiguo drama televisado.

Isabel.

La oye sonarse los mocos. La siguiente vez que habla su tono es contenido, disciplinado. Se está imponiendo su sentido práctico y eso ya tranquiliza a Aitor. No espera que además lo consuele, pero compartir la preocupación, pensar juntos en posibles soluciones, apoyarse. Era eso estar casados; aunque ya no lo estén, tienen práctica.

¿Qué vas a hacer?

De eso quiero hablar contigo.

¿Ahora, hablar conmigo? Un poco tarde, ¿no?

Te puedo decir que lo siento todas las veces que quieras, pero tenemos que buscar una solución.

No hay solución.

Casi siempre la hay. Tenemos que buscarla juntos.

Juntos. De repente. De todas formas, no te puedo ayudar con el pago. Mi empresa...

Y sólo con oírle decir eso a Aitor le gustaría poder salir corriendo y plantarse a su lado en segundos, dejar que apoye la cabeza contra su pecho, cuéntame, ¿puedo hacer algo?, y acariciarla como cuando eran aún un matrimonio y ella estaba apesadumbrada por cualquier motivo, aunque muchas veces acababan discutiendo porque él enseguida buscaba, como ahora, una solución, le decía cómo resolver sus problemas, pero ella sólo quería que la escuchase, joder, Aitor, escúchame, con eso me vale, a veces es como si quisieses consolarme para poder dedicarte a tus cosas sin sentirte mal, ya está, problema resuelto.

Mi empresa..., repite Isabel, y entonces suena como si hubiese tomado una violenta bocanada de aire, como quien tiene que sumergirse a toda prisa y apenas le da tiempo a llenar los pulmones. Aitor espera unos segundos antes de preguntar.

¿Tenéis problemas? ¿Puedo hacer algo? En serio, lo haría. Ya sabes que lo haría.

Han dejado de suministrarnos la materia prima. Por retrasos en los pagos. Vamos a tener que cerrar.

Ven a casa, se oye decir Aitor.

¿A casa? ¿A cuál?

A ésta. A la nuestra. Por ahora.

No me quiero poner melodramática, pero ya no hay nada nuestro. Eso es un divorcio, ¿no?, que ya no hay nuestro ni nosotros.

Se me ha ocurrido una posibilidad. Se me había ocurrido antes de llamarte, pero no me atrevía. Ven, en serio, lo hablamos. La casa está patas arriba, ya te explicaré, pero lo vamos a solucionar.

¿Lo de Ana?

Todo. Lo vamos a solucionar todo. Tú ven, vas a ver cómo es posible.

Y oye a Isabel reírse, una risa incrédula, cercana al llanto pero que se resiste a retomarlo, ¿de verdad?, pregunta, y vuelve a reír, haciendo que también Aitor se ría y se conmueva; es un milagro, piensa Aitor, no sólo porque se le han humedecido los ojos, algo que quizá hace meses que no sucede, sino porque al mismo tiempo ha tenido una erección, también un hecho extraordinario en su vida de los últimos tiempos, el descubrimiento de que en medio de los escombros algo se agita y se resiste.

¿En serio, quieres que vaya?

Te estaré esperando. Va a ser muy fácil. Vas a ver.

A lo mejor no hay nada en este parque, en esta ciudad, en esta vida que de verdad te retenga. Las cosas suceden, eso es todo, y el error es convertirlas en parte de ti mismo, como esas piezas deformes o rotas que desecha el alfarero y podrían haber sido distintas, mejores, admirables, objetos para exponer con orgullo en una vitrina. Pero son añicos y por tanto han perdido su utilidad y su belleza (aún no son tan antiguos como para recuperar el halo mágico de las civilizaciones extintas). Así que el error es llenarse los bolsillos de ese peso como un suicida que se ata a la cintura bolsas de guijarros. Y es un error también aceptar que eres quien has sido, dejar que te definan esas decisiones que fueron dictadas por el momento, por eso que podemos resumir llamándolo circunstancias.

Y te dices que no. Que no tienes por qué aceptarlo. Ahora que te asomas otra vez a ese suave abismo hacia los pinares de la Casa de Campo, el templo de Debod a tus espaldas, otra acumulación de residuos de otro tiempo que han restaurado y ahora no parece ni antiguo ni nuevo, más bien una maqueta en el estudio de un arquitecto. Ahí, asomado como un turista pero sin deseo ninguno de tomarte un selfie, porque una fotografía mostraría y fijaría la cara del individuo que estás a punto de dejar de ser y, si de verdad pudieses elegir, cambiarías incluso de rostro, para dejar atrás ese que ya no te corresponde. Y te da la impresión de que también Isabel es otra, porque te ha escuchado atentamente, sin poner objeciones, con un gesto concentrado y sorprendido de estudiante maravillada por la sencillez y la belleza de una operación matemática. Ella es otra, tú eres otro, o sea que podrías no empezar de nuevo, sino empezar, como si acabaseis de conoceros, aunque luego el cuerpo tiene su memoria y reconozca ese tacto, esa caricia, ese gemido, esas uñas que hace

tanto tiempo dejaron de arañar tu espalda desnuda.

Has llegado con antelación porque sabías que disfrutarías los minutos previos al encuentro. Has sentido el sol en la espalda, oído retazos de conversaciones, fragmentos de historias que no son la tuya y que no envidias; antes sí, ¿te acuerdas?, te parecía que meterte en la vida de cualquier otra persona sería una aventura más intensa que la suavidad con que te deslizabas por la pendiente de los días. Pero ahora vas a saltar y no vas a dejar que te empujen y te expulsen del camino tortuoso que has elegido. Habrías preferido que Isabel estuviese allí para verte, pero decidisteis que era más conveniente que fueses solo, no introducir ningún elemento adicional de sospecha.

Te distraes un momento mirando el teleférico, sus cabinas vacías que recorren el azul; si entrecierras un poco los ojos los cables desaparecen y te parece que flotan, como si el cielo fuese un mar particularmente calmo. Cuando te vuelves hacia la explanada, Javier ya se acerca a ti y parece no haberte descubierto aún. Se vuelve a mirar a un corredor, más bien, a mirar el culo de un corredor y es la primera vez que piensas que. Y como es lógico tienes que pensar también en Luis. ¿Te lo dirá algún día? Te dirá, papá, tengo que contarte una cosa importante. Y si lo hace, ¿fingirás no saberlo? El antiguo Aitor es lo que habría hecho: escuchar la confesión, mostrar una leve sorpresa, asentir, sonreír, gracias por decírmelo, hijo. Yo con que seas feliz... Pero ahora no, ahora si te lo confesase lo detendrías, ya lo sé, Luis, ¿cómo no lo voy a saber?, y sería él entonces quien pusiese cara de sorpresa, quizá se avergonzaría por todo ese tiempo en el que ha creído mantener un secreto que no era tal, y que su padre sabía, su padre, que parecía no enterarse de nada. Cuando Javier está ya muy cerca de ti sonrías como si fueses a recibir a un amigo, pero enseguida te pones serio, señalas el banco, os sentáis, esperas que sea él el primero en hablar.

Vista desde fuera, parecía una repetición de la escena de unos días antes, los dos sentados en el mismo banco y mirando en la misma dirección, aunque Javier vestía unos pantalones claros (vaqueros negros la otra vez) y un polo de manga larga azul marino (violeta la vez pasada); Aitor llevaba los mismos pantalones vaqueros, los mismos zapatos negros, una chaqueta ligera en la mano y una camisa de cuadros pequeños, nadie habría podido estar seguro de si era una diferente de la que llevaba cuando estuvieron sentados en ese banco

hacía tan poco, y que sin embargo parecía algo tan remoto como si se hubieran encontrado en otra época o en otra dimensión.

¿Sabes que no me fío de ti?, preguntó Javier.

Que tú no te fíes tiene su gracia.

Por lo del vídeo, por lo de que quieres el vídeo.

Como recuerdo.

Ya.

¿Lo has traído?

¿Estás grabando esta conversación?

No se me había ocurrido.

Entonces no te importa que te registre.

Con una condición, que me dejes registrarte yo a ti también.

¿Y para qué iba a grabarte yo?

O los dos o ninguno.

Javier se lo quedó mirando con una expresión difícil de interpretar, parecía asomarse al borde de un precipicio o a la orilla de un pantano, como quien tiene miedo de perder pie; quizá tan sólo como quien pisa una baldosa para asegurarse de que no está suelta. Javier registró primero a Aitor: bolsillo de la camisa, cuello, cinturón, más bolsillos, perneras, ¿te importa quitarte los zapatos?

Por suerte apenas había gente tan temprano en el parque, pero vistos desde lejos podrían haber sido tomados por dos hombres que se magrean con disimulo. Javier entregó un bolígrafo grabadora a Aitor. Deformación profesional, dijo, permitió que Aitor lo registrase con los mismos gestos que él acababa de realizar y se quitó los zapatos antes de que se lo pidiese.

Es un poco ridículo, todo esto, dijo Aitor, como una mala película de espías.

Así es mi trabajo, una película de espías rodada con pocos medios, una versión cutre. ¿Tienes el dinero?

¿Tienes el vídeo?

He cambiado de opinión. No te lo voy a dar. No sé para qué lo quieres y eso hace que se disparen mis alarmas.

Pero yo tengo que darte el dinero.

Javier tendió los brazos por el borde del respaldo del banco, estiró las

piernas y cruzó los pies después de pisotear distraído una hormiga que arrastraba una hoja diez veces más grande que ella.

Es un chantaje, Aitor, no un canje de rehenes. ¿Has traído el dinero o no? Sabes lo que voy a hacer si no. Son muchos años de cárcel para tu hija. Estamos hablando de un delito de terrorismo.

Y quieres ciento cincuenta mil.

No le des más vueltas.

He decidido denunciar a Ana.

Una babosa que tocas con el dedo no se contrae con más rapidez de lo que lo hizo Javier: dobló las rodillas, recogió los brazos y los cruzó frente al pecho. Hizo un esfuerzo por no volverse hacia Aitor.

Qué idiotez. La vas a hundir. Y no te lo va a perdonar. ¿Has hablado con Isabel?

Más bien, voy a forzar a Ana a que confiese el delito.

Por ahorrarte ciento cincuenta mil euros vas a joder la vida de tu hija.

Aitor dio una palmada tranquilizadora en el muslo de Javier, se permitió dejar unos segundos la palma sobre su pierna.

Al contrario, voy a salvarla, nos voy a salvar a todos.

Vas a salvar a todos.

Bueno, a ti no, pero supongo que no te ofenderás por eso.

Aitor tuvo que explicarle despacio, deteniéndose a veces para responder a las preguntas y objeciones de Javier, más lento en entender de lo que podría esperarse de un detective, para colmo de uno que intentaba chantajear a un cliente, que en el atentado no había habido víctimas, sólo daños materiales, pero que Ana estaba metida en un mundo en el que dentro de muy poco podría haber los primeros heridos, los primeros muertos, y entonces su vida sí que estaría destruida para siempre. Si Ana hubiese vuelto a casa aterrada por lo que había hecho, dispuesta a huir de ese mundo rencoroso y amargo que la había ido devorando, él habría pagado lo que fuese para protegerla. Nunca he querido a nadie más que a Ana, le confesó a Javier, ni siquiera a Isabel, y por eso la voy a sacar de ahí; delito de terrorismo, es verdad, pero sin víctimas, Ana no tiene antecedentes, es menor, tendrá el atenuante de confesión y arrepentimiento, colaborará con la policía cuando se dé cuenta de cómo la han utilizado, de que ella no es esa persona capaz de causar muertes, ni siquiera

por accidente, conozco a mi hija, a pesar de todo la conozco, sé quién es, y cuando leí dos poemas que me dejó en la puerta del frigorífico, sí, a veces me dejaba poemas, entraba en casa cuando no estábamos, y esta vez fueron dos casi seguidos, me di cuenta de que me estaba pidiendo ayuda, de que el primero no era una nota de suicidio pero era igual que cuando alguien va a hacer algo terrible y lo anuncia para que se lo impidan, pero yo no me di cuenta, no me di cuenta a tiempo, y ahora he entendido, con el segundo entendí mejor lo que pasaba, y sé cuál es mi papel: sí, ya se lo he dicho a Isabel y está de acuerdo, vamos a salvar a Ana forzándola a confesar, en realidad no habrá que forzarla pero ella fingirá que es así para salvar la cara y también fingirá que está enfadada con nosotros, dirá que no nos lo perdonará, pero lo va a hacer. Hasta ahora he sido un padre pasivo, pero eso ha cambiado. Está bien, me siento bien asumiendo la responsabilidad. ¿Te aburro? ¿Quieres saber más o te basta con eso?

Las cosas no tienen por qué salir como las esperas, dijo Javier pero la voz no tenía la firmeza que sin duda había deseado; era la voz de quien pide clemencia sin contar con ella.

Van a salir así, porque no pueden salir de otra manera. Créeme.

Javier tampoco ahora se volvió hacia Aitor. Asentía con los labios fruncidos y las cejas ligeramente arqueadas, constatando la magnitud de la desgracia causada porque Aitor de repente iba a jugar a ser padre responsable, a defender la camada enseñando los dientes, y todos sus planes, pagar la deuda, registrar la empresa de seguridad, al principio con Carles, se derrumbaban con un suave empujón, como si no hubiesen sido más que esas fantasías que construyes en la duermevela para descubrir por la mañana, apenas despierto, que no tenían el menor sustento.

Javier.

Ajá.

Ciento cincuenta mil.

¿Eh?

Quiero que me pagues ciento cincuenta mil por no denunciarte cuando Ana se entregue. Has encubierto un delito de terrorismo. Añádele intento de chantaje.

Vete a la mierda.

Piénsalo. Vas a ir a la cárcel. Vas a perder la licencia.

Esta vez sí se volvió hacia Aitor, que lo miraba muy de cerca, con una suave sonrisa; parecía a punto de besarlo.

Que te vayas a la mierda. No tienes nada. Sí, puedes denunciarme y fastidiarme durante unos meses. Nada más. Anda, lárgate. Pero voy a seguirte. Me voy a enterar de lo que haces. Voy a buscar la manera de que me pagues. No hemos acabado.

Aitor volvió a ponerle una mano en el muslo, muy arriba, como esos tanteos que Javier había realizado más de una vez en bancos públicos, en cines, en conciertos, cuando ya estaba casi seguro de que acabaría en la cama con ese hombre sentado junto a él, un movimiento que exploraba el terreno pero que podía revertirse sin mucho riesgo.

Tengo pruebas del encubrimiento. Demostrar el chantaje me costará más, no sé si voy a poder, pero lo voy a intentar. Has trabajado para mí. Tenías pruebas.

Pero tú no, no te he dado el vídeo. ¿Ves por qué no quería darte nada?

Ya, y no te he grabado. Pero Ana te ha visto: al pasar delante de ti te mira. Te va a reconocer. Cuando la policía le enseñe una foto tuya que he sacado de vuestra página web, va a decir fue éste, este tío estaba grabando la noche de la bomba. Ciento cincuenta mil. La semana que viene. En metálico. En este banco.

Ciento cincuenta mil era suficiente para no tener que marcharse de la nueva casa, para invertir en la empresa de Isabel, para pagar el abogado de Ana. Era todo tan fácil como apartarte de la realidad igual que te retiras para observar un cuadro: ves el punto de fuga, ves la composición, ves cómo los detalles crean una imagen que no habrías distinguido desde más cerca. A Javier le estaba costando entender tanto como a Isabel, porque no se alejaban, porque se quedaban demasiado cerca de las cosas. Pero Isabel había acabado por entender: por dolorosa que fuese la situación, no había otra salida. ¿Y Ana?, decía. ¿Nuestra Ana en la cárcel? Se lo tuvo que explicar, con paciencia, que Ana iba a acabar haciendo algo grave, que era hora de las medidas drásticas, cortar su relación con el entorno, ¿me entiendes?

Podemos dejarlo en tablas. Yo no la denuncio y tú no la obligas a presentarse. Le ahorras años de cárcel.

Es que no quiero ahorrárselos. No te estás enterando. Si la dejo, todo va a ser mucho peor para ella. Aún estamos a tiempo de evitarlo. He estado

informándome: lo más probable es que sólo pase meses en prisión. Y me va a doler muchísimo, pero estoy salvándola de lo peor, porque si la detienen ahora sin que se entregue no hay atenuantes que valgan, y porque puede cometer lo irreparable. Así que la voy a llamar y se lo voy a explicar. Tengo su número. Lo va a entender.

Estás loco.

Al contrario. Uno aprende. A golpes, pero acaba aprendiendo.

No te voy a pagar hasta que no se entregue.

Ésa es mi parte, déjame que yo me ocupe de ella. La semana que viene en este banco, mismo día, misma hora.

No tengo el dinero. No tengo ciento cincuenta mil.

Yo tampoco lo tenía.

Aitor retiró la mano de la pierna de Javier. Le dieron ganas de palmearle los hombros pero se contuvo. Echó un último vistazo al pinar. Las cabinas del teleférico seguían dando vueltas, balanceándose en lo alto, ahora cada una de ellas con tres o cuatro pasajeros en su interior. Por el parque caminaban ya las primeras parejas, y grupos sueltos de turistas se iban arremolinando aquí y allá como hormigas que han descubierto el cadáver de un insecto. No se lo iba a decir por teléfono. Era mejor hablar frente a frente. Tomaría un taxi para ir al sitio ese en el que vivía. No tenía miedo de su reacción. Ella, como Isabel, como Javier, acabaría entendiendo. Todo tenía una lógica cegadora. Alzó la mano sin volverse para despedirse de Javier, que seguro seguía allí, viéndole alejarse, aún incapaz de asimilar la nueva situación. Un grupo de jóvenes hacía taichí en el césped. Tenían los ojos abiertos pero no parecían ver lo que tenían delante. Sus manos dibujaban en el aire lentos mensajes que no significaban nada.

Marcó el número desde el que le había llamado Ana semanas atrás para avisarla de que iba. Este número está desconectado o fuera de servicio. Aceleró el paso. Tenía que darse prisa. Porque Javier iba a empezar a pensar en maneras de no pagar. Ya. Su cerebro debía de estar funcionando a toda velocidad. Y quizá se decidiría a adelantarse e ir a la policía, pero no lo haría inmediatamente, tenía que sopesar. Había retenido información de un atentado más de una semana. Le quitarían la licencia. Iría a juicio. Pero quizá lo preferiría a pagar ciento cincuenta mil. Aitor ya corría más que caminaba, con la garganta seca, sintiendo un miedo impreciso. Llegó a la avenida que bordea

el parque. Encontró enseguida un taxi. Le dio la dirección de Ana. La iba a salvar, quisiese o no. ¿Ves, Isabel, ves que no soy tan manso? Vamos a salir adelante, seguro, se repite mientras el taxi atraviesa Madrid a una velocidad muy inferior a la que él desearía. Intenta llamar de nuevo a Ana. Pide al taxista que lo deje cien metros más arriba de la casa, aunque esa medida de seguridad ya no tiene sentido. Quédese con el cambio; tropieza, aunque intenta caminar con normalidad, porque le vence la impaciencia. Así que es aquí. Se detiene delante de la dirección que les había dado Javier, pero ni siquiera pierde el tiempo examinando la casucha miserable. No hay timbre. Los golpes que da con la palma de la mano resuenan como si acabase de golpear un cajón vacío. Repite una y otra vez los golpes. ¡Ana! ¡Ana! Va espaciando la llamada, ya no aporrea, sólo un par de puñetazos sin esperanza. Muy poco a poco, tan despacio que casi podría sentarse a ver cada imagen, va abriéndose paso en su cabeza la intuición de la catástrofe.

## 36

Las piernas le escocían cada vez que una ráfaga de viento lanzaba contra ellas un nuevo remolino de arena. Se había quitado las zapatillas y los pantalones aunque en esa mañana de finales de septiembre la temperatura no alcanzaba ni siquiera los veinte grados. Las piernas picaban y dolían como si un pequeño enjambre de insectos se estuviese abalanzando sobre ellas cada pocos segundos; a pesar del dolor Ana tenía que reírse, como cuando de niña su padre le hacía cosquillas y ella de verdad, de verdad quería que parara pero no podía evitar las carcajadas, de verdad, papá. ¿Seguro? ¿Seguro que quieres que pare? Pero si te estás riendo.

Ana hizo visera con la mano al salir del camino de arena que desembocaba en la playa. No había nadie, aunque para asegurarse del todo tenía que ir hacia el extremo que quedaba a su derecha, donde unos riscos terrosos ocultaban una porción de playa. Escondió la mochila debajo de una barca boca abajo de la que sólo quedaba la mitad. Al soltar la barca, que había alzado unos centímetros para que cupiese la mochila, se le pegaron escamas de pintura azul a las manos. Después fue a inspeccionar los rincones en sombra bajo los salientes de los riscos, rodeó una roca que podía servir de abrigo y se acercó a una endeble construcción hecha con troncos secos y deslavados por el agua del mar y por la exposición al sol, y con varias pencas de agave también secas apiladas en el suelo; un círculo de piedras de distintos tamaños formaba una terraza que invitaba a no acercarse demasiado a la precaria construcción. Ana se aproximó de todas formas con cautela. No había nadie en el interior y, salvo por un lío de trapos descoloridos, ninguna huella de que una persona habitase allí. Ana calculó que sería fácil sujetar una lona con las piedras y los troncos para refugiarse del viento y también de lluvias no muy intensas. Estaba orientada hacia el sur, pero aun así no tenía claro que fuese refugio suficiente

para las noches de invierno. Había aprendido en las clases de Ciencias que la roca retiene mal el calor.

Ana fue hacia la orilla y metió los pies en el agua, más caliente que la arena. También cuando era niña había jugado a ir hundiéndose poco a poco a medida que el borde manso de las olas amontonaba arena sobre sus pies; entonces era un barco naufragando y ella ponía voz, muy bajita para que nadie descubriese su juego, a los marinos pidiendo auxilio. Cada uno de los dedos de sus pies era un marino que pugnaba por sacar la cabeza a la superficie.

Ana volvió a inspeccionar la playa con la vista. Se desnudó por completo. A pesar de la carne de gallina se sentía bien, con una placidez sin urgencias. Además el sol matinal la iba reconfortando, como si un gigante le echase el aliento. La bañaba una luz dorada; aun así le parecía que su cuerpo estaba demasiado blanco. Nunca le había prestado mucha atención, pero ahora le apetecía endurecerlo, hacerlo más fuerte y más elástico: de quedarse allí, correría por la playa al amanecer, nadaría todos los días; al anochecer, cuando se hubiesen marchado todos, volvería a meterse en el agua para nadar. De quedarse allí. Aún no había decidido qué hacer. Aún no había decidido nada. No pensar en el futuro. Actuar. Dar una patada a una puerta porque te cierra el paso. Regresar a aquella playa que fue el destino de su primera huida.

Recorrió la playa hasta el final y contempló la pared de roca que entraba en el mar por un lado de la cala y le impedía ver qué había más allá: en el extremo estaba más cuarteada que en el resto de la pared; la superficie de piedra atravesada por fracturas casi perpendiculares unas a otras hacía pensar en escamas sólidas, una piel de dragón fosilizado. Trepó el saliente final de la pared, mucho más bajo que el resto. Del otro lado se abría una cala similar a esa en la que se encontraba, quizá algo más pequeña. Regresó.

Tenía todo el día por delante.

Se imaginó viviendo ahí durante años, los habituales de la playa acabarían conociéndola, pero la mayoría no se atrevería a dirigirse a ella. Sería tan sólo la mujer esa que vive en la playa, quemada por el sol, casi salvaje, pero no agresiva. Se acostumbraría a la presencia de los turistas, quizá aprendería a mirarlos de una manera más piadosa. O no. Pero ella se haría con un espacio mínimo, viviría en él al margen de los flujos que mueven a los demás.

Y yo qué sé, se dijo. Yo qué sé cuánto tiempo me quedaré en esta playa o en ningún otro lugar. Sí tenía claro que incluso viviendo así necesitaría algo de

dinero; no quería andar pidiendo limosna a los turistas. En algún momento podía bajar al pueblo para ver si había supermercados (seguro que sí, supermercados y farmacias hay en todas partes). Buscar trabajo ocasional. Vivir un tiempo de la comida caducada que tiran cada tarde.

Volvió a sentir el sol y el viento compitiendo sobre su piel. Se detuvo de nuevo en la orilla mirando hacia lo lejos, su mirada recorriendo la superficie del mar una y otra vez, como si buscara algo. Avanzó hasta que el agua le cubrió las rodillas. Había pececillos allí abajo: diez o quince, del mismo color que la arena salvo por unas rayas oscuras muy finas que los recorrían transversalmente. Si se quedaba quieta, los peces se acercaban a sus pies, los tocaban con sus bocas diminutas, como si estuviesen probando si eran comestibles. Ana continuó avanzando. Se preguntó si habría medusas. Entonces se acordó de Alfon. No lamentaba haberse separado de él. Tampoco quería darse razones para hacerlo. Era lo que necesitaba y ya está, salir de su sombra, pensar y sentir un poco por sí misma. Al despedirse, Ana tuvo la impresión de que a él la separación le resultaría más difícil. ¿Seré de verdad incapaz de sentir auténtico apego por los demás? Alfon ya había elegido su escondite, entre compañeros; ella le dijo que también sabía dónde ir, pero no le dio más explicaciones. No por desconfianza, era otra vez algo intuitivo, una necesidad de estar sola, y eso significaba también que nadie pudiese ponerse en contacto con ella. Nadie que deseara protegerla o aconsejarla o guiarla.

Dejarlo todo, así, de forma radical.

Una a veces necesita eso, ¿no? Quedarse sola, descubrir el propio ritmo, incluso perder el ritmo, como ese momento en el que estás bailando y de pronto te das cuenta de que no sigues la música y tu cuerpo se mueve sin gracia, y entonces tienes que escuchar, dejarte atravesar por el sonido para recuperar la sensación de que la música viene de dentro y no de fuera. Hacer que el ritmo sea de nuevo el tuyo. La otra posibilidad sería dejar de bailar.

Ana dio un par de pasos más. Ahora le costaba mantenerse en pie. Las olas, aunque el mar estaba en calma, la zarandeaban hasta casi hacerle perder el equilibrio. Otros dos pasos más, decididos, luchando contra la resistencia del agua, caminando como si el mar tuviera un centro que deseara alcanzar con todas sus fuerzas. Otro paso, sin zambullirse.

Una bandada de gaviotas atravesó la cala de lado a lado y fue a instalarse sobre los riscos en los que acababa de estar. Se quedaron allí mirando en su

dirección, como si esperasen algo. Ana aspiró, cerró los ojos y dobló las rodillas. Buceó con brazadas poderosas al ras del fondo marino. Abrió otra vez los ojos; la arena parecía más oscura, el agua también, un velo de tinta que rodeaba las rocas y las algas. Ana expulsó aire para no ser devuelta a la superficie y se quedó quieta; aun así la marea la arrastraba y la hacía tambalearse. Se agarró a una roca del fondo. Sintió que se cortaba con una arista de la piedra, pero no le importó. Miró a su alrededor, ese mundo silencioso que se movía con un lento vaivén. Miró también hacia arriba, hacia la parte luminosa que acababa de abandonar y estaba ahora muy lejos. El cielo parecía encontrarse detrás de un vidrio grueso e irregular. No sólo el cielo, su propia vida allí fuera parecía haber retrocedido kilómetros o décadas. Un vago recuerdo. Como si fuese la vida de otra persona. Contuvo aún la respiración hasta sentir que empezaba a marearse, resistiendo el impulso de aspirar con violencia por la boca. Apoyó la punta de los pies en la arena, soltó la roca a la que se aferraba y empujó con todas sus fuerzas hacia lo alto.

Ahora miro lo que fuimos, lo que ya no seremos,  
ese proyecto inacabado, esa maqueta  
construida con corcho blanco  
y arbolitos de plástico.  
Sé que sabes que no sé  
adónde conduce el camino de tierra,  
pero lo prefiero a las autopistas  
y a la sala de espera en los aeropuertos.  
Me gustan los atardeceres, soy joven  
y aún el miedo al final no me atosiga;  
temo, sobre todo, los principios equivocados.  
Porque pasaré muchos años, eso espero,  
llevándome de la mano por la vida  
y nada hay peor que elegir mal el compañero  
de viaje.  
Oigo ya las gaviotas, la lengua  
me sabe a sal; serán días duros y mi piel  
se resquebrajará como el barro al secarse;

cuando sea anciana (y no es que esté en mis planes)  
mi piel será una corteza de alcornoque.  
Decíais que mi cutis es delicado  
y me poníais cremas y me cubríais con gorros  
y no te salgas de la sombra del parasol.  
Nunca entendisteis que admiraba las cicatrices  
y que un rostro immaculado  
levanta mis sospechas.  
Sé que me queréis,  
como se quiere a una muñeca  
que dice mamá cuando presionas su barriguita,  
que dice papá  
cuando tiras de la cuerda. Me acunabais en los brazos  
conmovidos por la imagen hogareña  
que reflejaban los espejos.  
No os critico. A los diecisiete  
ya he aprendido que la vida  
es sólo el ensayo de una obra  
que no se representará nunca.

Escribo ahora en tu salón,  
rodeada de cajas y penumbra,  
me acompañan los fetiches de un pasado  
que ya siempre será el mío.  
El pasado, la estatura, la vez que me caí  
y no había nadie para consolarme, y estos ojos  
que son clavaditos, clavaditos a.  
Pero sólo te construye lo que puedes elegir.  
Disculpa el tono solemne; son tus cajas de mudanza,  
es la penumbra, es el silencio  
que combato como puedo.  
Oigo ya las gaviotas. La lengua me sabe a sal.  
Siento bajo mis pies la arena húmeda

que a la vez me sostiene  
y me engulle.

Papá, aún estás a tiempo:  
escapa de ese ataúd en el que dormitas;  
quítate la capa de vampiro;  
enfrentate al sol aunque te abrase.

Pero tienes razón: quién soy yo  
para dar consejos a nadie.

Quién  
soy  
yo.

# AGRADECIMIENTOS

A Pedro Blanco, que me ha enseñado tanto sobre el mundo de la radio y me llevó a conocer su trabajo en un día fatídico.

Al equipo de informativos de la SER, que en medio del atentado de Las Ramblas de Barcelona me hicieron un hueco entre ellos para que fuese testigo de la gran profesionalidad con la que fueron informando sobre la tragedia.

A J. B. que completó mis informaciones sobre el movimiento okupa y me acompañó a un Centro Social Okupado.

A Carina Pons, que apoya mi trabajo desde hace más de veinte años.

A mi editor, Joan Tarrida, por leer siempre mis libros con una mezcla equilibrada de atención, respeto y sentido crítico.

A Lidia Rey, que acompaña con entusiasmo todo el proceso que va de la escritura a la publicación (gracias también por la paciencia con la que busca las cubiertas de mis libros).

A Blanca Navarro y su equipo, que lucharán, como siempre lo hacen, por que este libro no pase desapercibido entre la vorágine de novedades.

Y a Edurne Portela, la primera lectora de mis libros desde hace tiempo, por todo lo que me da, por todo lo que me enseña.

# NOTAS

[1] Fuente de los datos mencionados en este apartado: Nick Srnicek y Alex Williams, *Inventing the Future: Postcapitalism and a World without Work*; Londres, Verso, 2015.